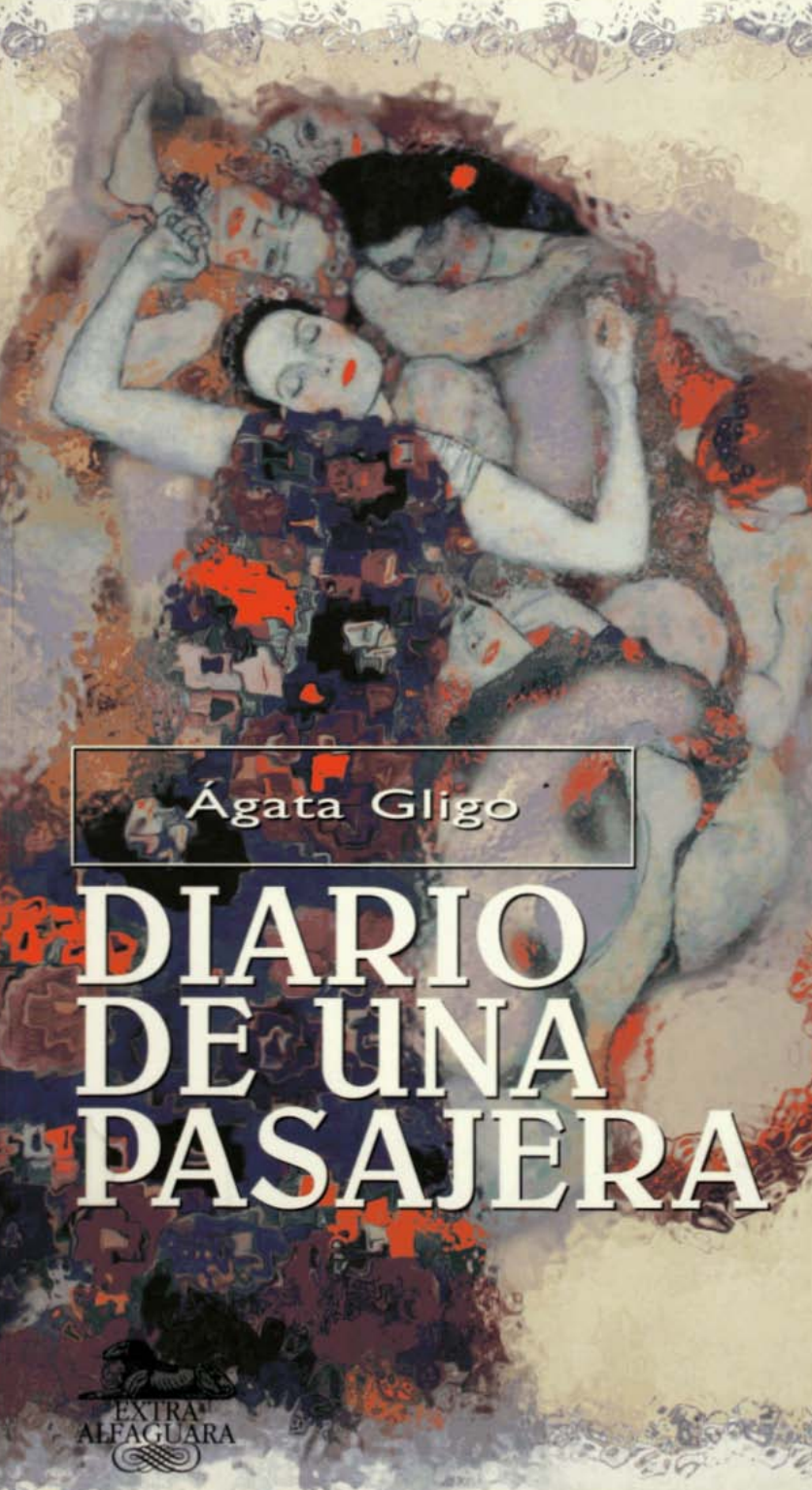
Ágata Gligo
DIARIO DE UNA PASAJERA
EXTRA ALFAGUARA

Ágata Gligo, escritora y abogada, nació en Punta Arenas, Chile, en 1936, y murió en Santiago en julio de 1997. En 1990, iniciado el primer gobierno democrático tras la dictadura militar, fue nombrada Directora de Cultura del Ministerio de Educación, cargo al que renunciaría tiempo después al diagnosticársele un cáncer. Se dedica entonces a escribir el *Diario de una pasajera,* comenzado —por consejo de su maestro y amigo José Donoso— como la bitácora de una escritora. El libro combina ficción, crónica cultural, sicoanálisis y memorias, a la vez que testimonia su diaria batalla contra el cáncer. Además de cuentos en antologías, Ágata Gligo había publicado en 1984 *María Luisa,* una celebrada biografía de la novelista María Luisa Bombal que le valió el Primer Premio de la Academia Chilena de la Lengua ese mismo año, y el Premio Municipal de Literatura en 1985. Su novela *Mi pobre tercer deseo* fue publicada en 1990, y en 1997 un relato suyo formó parte del volumen colectivo *Salidas de madre.* Ágata Gligo apostó a sobrevivir escribiendo y a que su palabra permaneciera. Ejerció su oficio con pasión y elegancia, buscando siempre en la escritura las claves de la vida, «la emocionalidad, la vocación, el destino».

DIARIO DE UNA PASAJERA

Ágata Gligo

DIARIO DE UNA PASAJERA

184700

ALFAGUARA

© 1997, **Ágata Gligo**
© De esta edición:
1997, **Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.**
Pedro de Valdivia 942, Providencia,
Santiago de Chile

- **Santillana S.A.**
Juan Bravo 38. 28006 Madrid
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.**
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires
- **Editorial Santillana, S.A. (ROU)**
Javier de Viana 2350, (11200) Montevideo

ISBN: 968 - 19 - 0263 - 7
Inscripción N° 101.835
Impreso en Chile/Printed in Chile
Primera edición: noviembre 1997
Segunda edición: Febrero 1998

Diseño de cubierta:
Pablo Rulfo y Teresa Ojeda
—Stega Diseño (México)—,
sobre *La ascensión* de Gustav Klimt

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser
reproducida ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por,
un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma
ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético,
electroóptico, por fotocopia,
o cualquier otro, sin el permiso previo
por escrito de la editorial.

Para mis amigas,
que me han dado tanto

1992

Martes 18 de febrero de 1992

Los que viajan son el protagonista, su mujer, los tres muchachos y la otra mujer. Avanzan por una planicie interminable, entre círculos de polvo que acompañan el remolino de las ruedas, y después de varios días instalan el campamento en medio del páramo. Es un viaje importante, definitivo: algo como quemar las naves. ¿Por qué está ahí la otra mujer? Sólo se entiende cuando alguien se refiere al accidente del camino. Los dos amigos habían partido con sus familias. Onetti se llamaba el segundo aventurero y en el sueño era nada menos que Onetti, el escritor uruguayo. Cuando ya habían hecho más de la mitad del recorrido, el hombre cayó del carruaje, fue arrastrado por el suelo y murió. La diligencia siguió adelante envuelta en su polvareda, el amigo mirando sin detenerse y llevándose a la mujer.

Cuando desperté, dije: "La tengo entera. La tengo por fin. Es una novela completa, redonda."

Minutos después he perdido todos los eslabones.

Miércoles 19 de febrero de 1992

Después de *Mi pobre tercer deseo* me sentí por primera vez con facilidad de pluma. Segura de que escribiría mi tercer libro rápidamente y sin problemas. Tenía algunas razones para pensar así: las mejores páginas de la novela fluyeron de la nada en la etapa de corrección final. Rehíce en corto tiempo varios párrafos y un capítulo entero. Creí haber adquirido una destreza para siempre. Si no la usaba enseguida, sería por las circunstancias de mi trabajo de entonces, tan poco propicias para la literatura.

En ese año 1990, los nuevos autores proclamaban en las conferencias que en la década anterior escribir era cosa de vida o

muerte. Yo pensaba que escribir es siempre cosa de vida o muerte. Me refería, por supuesto, a la realización de la esperanza, a la construcción de la propia vida. Ni remotamente relacionaba la escritura con la sobrevivencia biológica.

Ahora es distinto. Si no escribo, ¿cómo podré seguir viviendo? Ha pasado más de un año y medio y no tengo una trama clara. Mis dificultades son grandes en los inicios de una obra. Intereses humanos e intelectuales y la oferta de símbolos que presenta el universo se entremezclan a mi alrededor en una confusión tremenda, sin prioridades ni niveles. El progreso que antes mencioné es la otra cara del desconcierto. Porque antes escribía desde una herida evidente, propia y profunda, que quizás me limitaba, pero que de alguna manera señalaba el camino.

Creo que mis dos libros y el fluir de la vida han sanado en parte esa herida, esa necesidad de que el ser humano se exprese en una obra exterior a sí mismo que le corresponda o lo supere, como única manera de unirse al mundo. Es una queja que dejé atrás. Ahora quiero apresar la realidad desde varias de sus puntas. Pero eso mismo, al revés de lo que pensé, se me hace aun más difícil que antes el comienzo.

Leí el borrador de la novela que Pepe Donoso está escribiendo sobre Lota. Une de manera magistral lo subterráneo y oscuro de las minas de carbón con lo subterráneo y oscuro del hombre. He sentido nuevamente que leyéndolo aprendo mucho, aunque no sé en qué medida soy capaz de aplicarlo.

El miércoles vino a tomar té y comentamos varios episodios. Luego Pepe me preguntó:

—¿Y tú?

—Yo, aquí.

—¿Qué pasa con la escritura? No puedes no escribir.

Me pareció oír: no puedes no vivir. Pero sin duda me equivoqué.

Entonces hablé de mis inquietudes literarias actuales, después de haber vivido esas grandes experiencias del año 1990: el ejercicio del cargo de Directora de Cultura y luego, en agosto, el diagnóstico de la enfermedad. Le expliqué que no sabía por dónde empezar a trabajar y le pedí que con base en todo eso me diera algún consejo.

—Ningún consejo sirve —me respondió.

—Lo sé. Pero de todas maneras quiero uno.

Entonces dijo:

—Llevar diario de escritor.

Y reiteró:

—Diario de escritor, no diario de vida.

Jueves 20 de febrero de 1992

El origen de esta novela posible es muy diferente al de mis libros anteriores. El sentido de *María Luisa* lo vi de repente, clarísimo desde el principio hasta el final, aunque no por eso me costó menos la realización. *Mi pobre tercer deseo* tuvo que escribirse, no quedó otra, porque la soledad, el desarraigo y la no pertenencia eran temas que me ahogaban y fatalmente terminaba vinculándolos con la ausencia de memoria de esa isla situada en el extremo del mundo.

El proyecto de *Boca Ancha* se estructuró a la fuerza. Suena raro, pero en cierto modo es verdad. Yo guardaba el recuerdo vivo de las salitreras vacías del camino de Antofagasta a Calama, que visité junto a Lucho y los dos niños en el viaje que hicimos con Vicky y Roberto Morales en el verano de 1985. Mi impresión fue muy grande.

—Algún día tendré que hacer algo con esto —me dije.

Pero entonces no era posible. Tenía que dar cuenta de otras obsesiones, de algunos pesares. Aunque no lo supiera claramente, debía escribir primero *Mi pobre tercer deseo*.

La idea de la novela sobre el Norte me daba vueltas de vez en cuando. Podría haberse mantenido en embrión durante mucho tiempo más, pero de repente la oportunidad de presentarme a una beca detonó la urgencia de enfrentarla. Sí, quería postular.

—¿Con qué?

—Con un proyecto de novela.

—¿Sobre qué?

—Sobre los pueblos fantasmas del Norte de Chile.

—¿Y qué más?

No sabía más. Era todo lo que tenía. El ángulo recto formado por dos paredes de adobe todavía en pie, el suelo árido y terroso barrido por vientos tibios. Una extensión interminable y los tonos cambiantes del ocre en los declives de los cerros del camino de Copiapó a Antofagasta.

Entonces me vi obligada a pensar, a precipitar el proceso desde fuera. No podía confiarme solamente en la revelación misteriosa y paulatina con que el sentimiento guía la escritura.

Me atrae el período en que han cerrado la mayoría de las "oficinas" salitreras pequeñas y medianas. ¿Qué ocurría con las que se mantenían abiertas? ¿Quiénes vivían en ellas? ¿Por qué sobrevivían en medio del desastre? ¿Cuáles permanecían? ¿En cuál transcurre la novela? Hay que identificarla, tiene que tener un nombre: busquemos uno.

La bauticé: Boca Ancha.

Habitarla con personajes femeninos me pareció natural. Mi atracción por el tema proviene de sentir que el desierto guarda un secreto. Sólo las mujeres podrían ayudarme a develarlo. Las mujeres no somos la única clave, pero para mí, específicamente, la principal.

Viernes 21 de febrero de 1992

Santiago está casi vacío. Los chilenos son muy especiales —dice mi amiga argentina Leticia Vigil—, en febrero suspenden todo: la política, los trabajos, los matrimonios, los bautizos y hasta los nacimientos.

Lucho viajó por unos días a Puerto Montt y todavía no vuelve. Yo no puedo ir muy lejos por las sesiones semanales de quimioterapia.

Hoy en la mañana empecé a escribir sobre la situación de Boca Ancha en el desierto. Mientras lo hacía, surgió al otro lado de la línea del tren una salitrera idéntica en la cual no había pensado y que bauticé La Fresia. Terminé describiendo la forma, orientación y construcciones de Boca Ancha a través de la similitud con su gemela, método inconsciente que me sorprendió. ¿Me aterra tanto la soledad de Boca Ancha?

Hay algo en común con mis escritos anteriores: me sigue atrayendo el silencio. Sin embargo, el matiz ha cambiado. Al principio me pareció seductor. Ahora es un elemento que me intriga, pero no me apasiona ni me interesaría quedarme en él.

Sábado 22 de febrero de 1992

Debo definir el punto exacto en que estará situada la oficina Boca Ancha. Es ridículo, pero me enredo entera, atraída sucesivamente por distintos accidentes de la tierra y vacilo entre la

línea de Antofagasta a Calama, que es el lugar que en realidad conocí, y las cercanías de Iquique. Pero he mirado con detención los mapas y la guía geográfica del norte y me confirmo en mi primera idea. Boca Ancha, entonces, está en el paralelo 23, sobre el Trópico de Capricornio, cerca de la Pampa del Indio Muerto hacia el norponiente, y del Llano de la Paciencia y la Cordillera de la Sal, hacia el suroriente. Son nombres sugerentes y poéticos. No sé qué vigencia tengan. Sólo había oído algunos.

Quiero concederles importancia. Hacer algo hermoso con ellos. Al trenzarlos con la trama, serían uno de los motores del desarrollo. El lenguaje moviendo al suceso, qué desafío. Es una de las direcciones que me gustaría tomar.

Lunes 24 de febrero de 1992

Reabro el tomo primero de *La historia de Chile* de Gonzalo Vial. Contiene los cambios sociales y políticos entre 1891 y 1920. ¿Por qué me interesó tanto leer esa parte? Debe ser por mi manía de los orígenes. Me gusta saber sobre North y todo eso, de lo que no tenía mayor idea, pero lo que necesito ahora es la época 1929-1936, por ahí. Es mejor conseguirme el segundo tomo que ir a la biblioteca a nadar entre diarios.

Mientras espero a que mi cuñado René me responda si tiene el libro, apunto algunas imágenes de mi sueño de anoche:

Un personaje vestido de blanco, de pelo blanco, delgado y curtido por el sol, siempre emergiendo de un aura clara y luminosa, viejón, de sesenta y cinco, setenta años, que en todo era mejor que su hijo. La idea de su superioridad teñía el sueño. El hijo era fofo y torpe, con la cara muy ancha, parecido al protagonista de *La luna en el espejo* de Silvio Caiozzi.

La rara claridad del padre me deslumbra. No la puedo perder.

Confirmo también que Mabel es cantante, con períodos de mucho cantar y otros mudos, todo relacionado con el amante. Aún no encuentro el tono de esta novela. Ojalá cupiera en ella esa pregunta que he repetido desde hace años: ¿por qué dejaste de cantar, María Elena? Pero Mabel es distinta en el bosquejo. No se parece a mi amiga María Elena Valenzuela.

Martes 25 de febrero de 1992

Estoy perpleja ante mi cambio de estos últimos días. Aunque había subido en un año y medio más o menos siete kilos, eso no me parecía tan importante, porque en esos casos una sigue siendo la misma, aunque más gorda. Lo que ha pasado ahora es diferente. Soy otra. Desde que empecé el nuevo tratamiento, miro intrigada y con distancia mi propio cuerpo. A las tres semanas exactas empecé a perder el pelo y aparecían mechones en la almohada, en mis blusas, en nuestro auto o en el auto de Jorgelina y Andrés. Decidí cortarlo. Simplemente, sin queja. Libre de mi frondosa melena, con los grandes aros de cristal de Murano, casi contenta de mi aspecto renovado —como siempre ocurre al salir de las peluquerías— y gozando del aire de la noche de verano, fui con Lucho al teatro Apoquindo a ver una obra de Raúl Osorio. Que mucha gente no me reconociera me pareció divertido.

El domingo siguiente salieron en el diario las fotografías del estreno y pude ver una señorona sueca, agradable, con cara de luna, que era yo. ¿Dónde estoy? ¿Quién es ésta? ¿Cómo puedo haber cambiado tanto y, sobre todo, tan rápidamente? Me miro al espejo. Nada es tan inquietante como contemplar ese rostro que se está apoderando de mi rostro. Como si hubiese actuado un conjuro, la maldición de un demonio. No siento pena por haberme afeado, sino terror ante el poder de lo desconocido.

Jueves 27 de febrero de 1992

Al final conseguí el libro de Gonzalo Vial y nada que ver. Sigue en el siglo pasado y principios de éste, todo lo cual me gusta conocer, pero lo que quiero ahora es fijar definitivamente el año en que transcurre mi novela. Ayer partí a la Biblioteca Nacional a sumergirme en los diarios. Antes pasé a ver al ángel de Justo Alarcón y me contó que había una guía (ni siquiera impresa) de la Producción Intelectual Nortina, hecha por la Universidad de Antofagasta en 1971. Increíble. Con los puros títulos confirmé lo que ya sospechaba: hay mucha literatura —varias novelas y abundantes estudios políticos, económicos, geográficos— de la época anterior a 1929 y prácticamente nada de la posterior (1929-1936).

A nadie le interesa el momento del cambio y del desastre. Sólo a mí.

Seguramente no es cierto lo que digo.

Lo que sí observé es que muy pronto emergen los poetas. Mucho poeta suelto. Hasta visualicé al periodista de mi novela diciendo algo así: "Cuando todos se hayan ido y esta tierra sólo provoque interés a los poetas." Claro que en forma menos solemne, porque será un personaje irónico.

Tomé bastantes notas que puse en una caja especial. No me da el ánimo para archivador. De todas maneras, quiero anotar aquí lo que estimula mi escritura. Hay un soneto de Óscar Hahn de 1967, excelente, reproducido enterito en la propia guía, honor que tienen pocos. La última estrofa dice: "Y en cada dulce flor de sangre inerte/ la muerte va con piel de sal entrando/ y entrando van las flores de la muerte." No puedo olvidar el verso "la muerte va con piel de sal entrando", me deslumbra y me sugiere mil posibilidades y misterios y muertes escondidas.

Sobre narrativa, que es mi interés mayor, descubrí que hay varias novelas "injustamente olvidadas" sobre el tema. Las más importantes: *Carnavalaca*, de Andrés Garafulić, 1932, editorial Nascimento. De extraordinario acierto social, señala la guía. Otro novelista es Luis González Zenteno, autor de *Caliche*, 1954, también de Nascimento, y *Pampinos*, con grandes aciertos de habla, dice. Se mencionan los folletines de Ramón Pacheco, con unos títulos fantásticos: *La monja endemoniada*, *Revelaciones de ultratumba*, *La novia de un viejo*. Puedo imaginarme a la tía de Isidro (u otra matrona intercambiable) con un acervo de información deformada sobre la gesta del desierto basada en los novelones iquiqueños. ¿Me estaré yendo de nuevo hacia la inquietud intelectual postergando los clamores del cuerpo, de las manos, de la sangre? No me parece. Curiosamente, estas referencias las veo más como parte del equilibrio del humor, algo no tan serio como cada proposición o cada coma de mis escritos anteriores.

También descubrí que *Un perdido*, de Eduardo Barrios, trata en gran parte de la alta sociedad iquiqueña, por eso volé al escritorio a buscar los dos tomitos baratos de Zig-Zag que compré en la calle hace tres o cuatro años. No soy capaz de leer lo demás por el momento, pero anoché desprecié a la Marguerite Yourcenar y a Gonzalo Contreras, y empecé con ese perdido.

Como esta mañana tuve sesión de quimioterapia, escribo en la noche porque estuve muy decaída y soñolienta en la tarde y dormí una siesta larguísima.

Viernes 28 de febrero de 1992

Tengo que ponerme al día con los sueños; si no, se borrarán.

El de anoche:

He recibido una invitación muy importante, creo que a París, con todos los gastos pagados. Estoy muy contenta. Sin embargo, a las nueve de la mañana sigo todavía sin bañarme y con las maletas sin hacer, en circunstancias de que el avión sale a las diez. Lo primordial es que tú estés a las diez, me dice Lucho. Logro llegar sin nada de ropa y sin un dólar. Estoy sola. En algún momento, los pasajeros son trasbordados del avión a un barco. El barco se desliza plácidamente sobre un gran mar. En la cubierta está Fresia, sentada en silencio, inmóvil, pensativa, vestida con su lindo traje de cachemira rosada, el mismo que le pusieron el día de su muerte. Pero el rosado es mucho más tenue y toda su figura es más tenue. No comprendo por qué no aproveché el momento del trasbordo para recuperar la ropa y los dólares. Me siento incómoda viajando con una bata de casa. No sé qué haré sin el dinero. De repente, oigo la voz de Lucho en medio del mar. Sólo la voz, él no está. Anuncia: el buque llegará a París y se estacionará en el *boulevard* Edgar Quinet. Maritza te puede prestar ropa.

Domingo 1 de marzo de 1992

Amanecí muy decaída y con el cuerpo cortado después de la fiesta de cumpleaños de Patricia Politzer. Quizás no estoy acostumbrada al trago y me tenté con el ponche a la romana y seguí bebiendo. Pasamos a buscar a Pepe y a María Pilar para irnos juntos. No tengo ganas de escribir, sólo apuntar que le pregunté a María Pilar detalles de la casa en que vivió en su infancia en la oficina salitrera Pinto, y ante mi estupor me contó que en el centro había un gran living redondo. ¿De dónde habré sacado que los contornos de Boca Ancha y La Fresia eran ovalados? Porque recuerdo perfectamente que las líneas redondas fueron mi primera idea y luego me pareció mejor ovaladas. ¿Lo habré oído, leído, lo tendría en el subconsciente?

En la misma fiesta, por otra conversación, supe que no sólo existen oficinas fantasmas, sino una serie de caletas fantasmas, ex puertecitos al sur de Tocopilla.

No tengo ánimo de seguir.

Martes 3 de marzo de 1992

Respondo la última carta de Diamela. Me está empezando a pasar algo de lo que ella me pronosticara en septiembre de 1990, antes de irse de agregada cultural en México. Yo en esa época aún no renunciaba a la Dirección de Cultura. Estaba en mi casa con licencia médica. Diamela vino a almorzar conmigo y me incitó a iniciar una terapia psicológica que me ayudara a asimilar la experiencia de la enfermedad.

—Pero estoy muy bien, Diamela, lo he tomado muy bien.

—Sí, no hubiera pensado que lo afrontarías de esa manera. Estoy sorprendida.

—No es lo peor que me ha pasado en mi vida.

—¿Lo dices de verdad?

—Desde lo más profundo. Hay dolores más fuertes.

No los nombré. Por pudor. ¿Para qué? Diamela es escritora, no puede ignorar cuáles son los grandes dolores. Lo que no sabe es cuánto más grandes son. No por falta de conocimiento de la vida, sino porque carece de la medida del cáncer para establecer la diferencia.

La vi atemorizada. Inquieta por mi futuro. Me dijo que le había tocado conocer casos como el mío, en que al principio la enferma está rodeada de mucha preocupación. Luego persistía un afecto suave y la atención iba diluyéndose cada vez más por las características de este mal hipócrita y solapado, cuyos síntomas parecen desaparecer por completo.

—Para rebrotar traidoramente en el momento menos pensado —completé.

—Está siempre ese riesgo. Y el temor, a la larga, no se puede compartir con nadie.

Eso lo intuí muy pronto. Traté de que Lucho no se diera cuenta de que el diagnóstico me había situado en una parte de mí misma inabordable para los demás. En una soledad tranquila, distinta a las anteriores. De ese núcleo interno me hablaba Diamela aquel día. Ese núcleo, esa parte sitiada, iba a necesitar un interlocutor.

—Anda a ver al doctor C. Es muy inteligente. Yo me traté con él un tiempo largo.

—¿Y?

—En varias ocasiones, fue detonante de la escritura.

En ese momento, el desastre era muy reciente para poder seguir el hilo completo del pensamiento de Diamela. Proponía la

terapia para terminar de sanarme, pero no me explicaba lo que específicamente me aportaría. Si era detonante de la escritura, tenía que ayudarme a vivir, debe haber pensado. Me regalaba su remedio, el mejor de todos.

No me convencía la idea de consultar a un psiquiatra. Más adelante quizás, pensé.

La profecía no se cumplió. No se han escurrido el amor y la preocupación. En este año y medio, Lucho ha estado continuamente conmigo y ha tomado el mando de mi restablecimiento como una verdadera empresa. Es difícil explicarlo: nunca he visto a alguien más comprometido con la enfermedad del otro. Eso me produce un gran bienestar, mucha ternura. Y además, todos dicen que soy la más obediente y dócil de las enfermas.

María Elena sigue a mi lado. La larga y ancha amistad que empezó a nuestros dieciocho años no se ha modificado, sólo ha variado el paisaje. Testigo de búsquedas, amores, dolores y triunfos, suele acompañarme ahora a las sesiones semanales de quimioterapia. Hoy, ayer y anteayer vino a darme energía mediante el reiki, lo que me produce mucha paz. También lo hizo la semana pasada. Me conmueve que en medio de su vida llena de exigencias encuentre siempre un momento para su amiga Ágata.

No es el único caso. Estoy rodeada. No se ha deshecho el amor a mi alrededor.

Pero estoy detrás de un vidrio, en una nueva dimensión de soledad que sólo tendría expresión en el diálogo con un interlocutor ajeno. Por eso hoy empecé a acordarme de las conversaciones con Diamela y le escribí una carta confesándole que había perdido el teléfono y la dirección del doctor C., y que posiblemente la necesitaría.

Miércoles 4 de marzo de 1992

Y los sueños. ¿Por qué tantos sueños? Apretados, claros al despertar, difusos después. Recuerdo uno, parte de uno, en que tenía que hacer un viaje mar adentro —un inmenso mar— sola con un hombre. El hombre era altísimo, desproporcionado y un poco deforme, tenía rostro y hombros normales, pero su cuerpo se ensanchaba hacia abajo, caderas de papaya que desaparecían en pantalones de tela gris, muy amplios. El barco era raro, un bajel sería la palabra, entero de madera curva a la vista, una especie de arca de

Noé muy alta que se veía cada vez más sola, lejos de todo en el gran océano de olas verdes casi rectas, paralelas, horizontales. La travesía duraba un mes. Yo sabía —con seguridad— que en ese plazo me iba a entender con el hombre, me iba gustar, lo iba a querer, amar, me quedaría con él. No tenía nada atractivo a primera vista, pero yo tenía esa intuición. Y así ocurría. Más no recuerdo.

Jueves 19 de marzo de 1992

Por suerte Lucho me acompañó al control del viernes 6, ya que una de las causas de la fiebre de los últimos días era la agudización de la anemia. El doctor Reyes ordenó de urgencia una transfusión de glóbulos rojos. Mi realista marido decidió que nos iríamos directamente de la consulta del Iram a la Clínica Santa María, sin pasar por la casa. Estuvimos varias horas en una pieza del servicio ambulatorio, más bien pequeña, el sol molestando a esa hora de la tarde y una fea bolsa plástica con sangre muy oscura colgada sobre mi cabeza. Cuando el banco de sangre me dio el alta, me pareció salir de una cárcel.

Tenía además una neumonitis, que el doctor Reyes sólo diagnosticó en el nuevo control del lunes nueve, cuando vio la radiografía de tórax. Me mandó a la cama por toda la semana o más, con antibióticos. Me levanté el martes y volé al computador, pero ocupé la primera mañana en escribir la presentación del libro de María Pilar para el grupo de la embajada alemana y ayer el día se me fue en corregirla y en tonteras. Tuve la impresión de que a María Pilar no le gustó. Sería una pena, porque lo hice de manera seria y hasta creo que la dejé mejor que a Pepe, a quien quiero tanto, pero no tanto estos últimos días, porque igual que a Sebastián, le ha dado por recordarme a cada rato mi desmejoramiento físico, caída de pelo y kilos de más. Los encuentro idénticamente antipáticos a los dos (a Pepe y a mi hijo Sebastián), y si siguen así les voy a pasar un plumero por la cara y los borraré de mi vida.

En la embajada alemana me alabaron el pelo. Yo, callada. Cuánta razón tuvo Lucho en arrastrarme a elegir una peluca cuando recién empecé el tratamiento y me resistía a enfrentar mi futuro inmediato —tres semanas— en que el espejo me mostraría la caída total e inminente del cabello. Es una solución harto prosaica, pero que me permite no llamar la atención en grupos grandes de gente. La peluca es bastante parecida a mi antigua melena. No

quedó bien enseguida y me significó varios viajes a la calle Carmen acompañada de mi generosa y adorable amiga Cecilia Salas, que con sus manos de artista me ayudó a determinar los toques precisos en pro de la naturalidad. Pero en la casa ando sin nada en la cabeza y a veces me pongo un pañuelo como las gitanas.

Lunes 23 de marzo de 1992

Anoche tuve un sueño horrible y por capítulos. "Escríbelo enseguida, antes de que se borre", me dijo María Elena por teléfono. Tengo tanto que escribir hoy, pensé, pero luego me di cuenta de que cabe en este diario, que todo es lo mismo.

Era un centro médico modernísimo, excelente y muy caro. Con gran precisión los sabios se anticipaban a todos los detalles. No había asombro frente al proceso ni a los síntomas. Una organización admirable. Tengo la sensación de una mezcla entre la parte técnico-científica de los tratamientos, y las reflexiones de estudiosos que no eran médicos y que estaban en otro lugar, tal vez en una universidad. No entendí esa parte: eran esas cosas raras de los sueños.

Veo una inmensa máquina de metal gris verdoso coronada por pantallas de medición. El material y el color me recuerdan al Theratron de la radioterapia, pero no es igual. Me someto a todo, acatando dócilmente cada una de las fases del tratamiento. A veces me acompaña María Elena. Todo va bien, me dicen, serenos. Como cumplo con cada etapa, me dan el pase para la siguiente. Buena alumna. De repente, algo los sorprende en mi cuerpo. A raíz de eso me recetan un nuevo remedio y me ordenan escribir a mano unos papeles: eran muy gruesos, pergaminos solidificados en una base de piedra y diseminados en el suelo a mi alrededor, dificultando el movimiento.

Todo va bien, dicen, porque yo obedezco, siempre puntual.

Me dejé encerrar en una cámara para hacer nuevos exámenes. Una cámara sombría, como el pronóstico. Me había agravado. Parecía que para los médicos era importante poner un asterisco junto a cada tramo. Dentro de la habitación oscura decían sonrientes: "Todo va bien." Avanzábamos subiendo nuevos escalones, pero no sabíamos hacia dónde. Ellos descubrieron que una esponja blanca había invadido mi sangre. Preocupados miraban los magos su presencia. ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Qué va a

suceder? Habrá que extraerla, habrá que operar, respondieron. ¡Operar! ¡De nuevo! Sí. No quedaba otra. Ya no volví a mi casa entre examen y examen. Pasé a una cámara más oscura, un cubo de fierro en medio de un prado verde. Alrededor había gente. Muchachas de empolvados rostros de mimos, con cortos y ajustados trajes negros. Me amputaron la pierna derecha y quise llorar. Una de las jóvenes me dijo que no podía quedar así, que había que poner una pierna postiza. Que mucha gente lo hacía y que Maritza, mi bella prima, la tuvo mucho tiempo. "¡Imposible! Ella usaba vestidos largos, pero abiertos y flotantes, y algunas veces andaba descalza", dije. "Sin embargo, tenía una pierna menos. Nunca te diste cuenta, no supiste verlo", repetían. "No, no. Es absurdo, imposible", cuestionaba yo. Vi entonces la imagen de Maritza bajando ágilmente de una embarcación en Chiloé. Junto a ella, un hombre de barba rubia (Jean Marc, sin duda) y su hijo pequeño. "Es que Maritza tuvo dos vidas", aclaró alguien, y me tranquilizó por completo. Más no recuerdo. Sé que me pusieron la pierna ortopédica, que me vestí de terciopelo negro en el verano, que salí caminando en línea recta y no alcancé a llorar.

Jueves 2 de abril de 1992

Estoy haciendo un esfuerzo por escribir el diario. No me siento bien. Decaída, desganada. Influyen varias cosas. Levantarme tanto al baño en la noche: he contado siete, ocho, nueve veces. Y dejé de tomar Actán (fluoxetina), ese remedio mágico que se burla de cualquier inquietud existencial y que me convirtió el año pasado en un avión a chorro. También tiene que ver con los glóbulos blancos. El 14 de febrero habían llegado a mil quinientos. Después de eso, tuve dos sesiones más de quimioterapia, así que deben estar por los suelos. Esta mañana tuve que hacerme un nuevo hemograma de control. Después fui a *La Época* a entregar un artículo, bajé por la escalera hasta el cuarto piso y pasé por la editorial.

Tengo la sensación de que *Mi pobre tercer deseo* se murió. Que se murió de hambre y de frío, una cosa así. En la pared de entrada vi un recorte de diario en que el nuevo gerente hablaba de las ventas del año. Sentí cierta envidia al leer que se habían reimpreso los libros de Mercedes Valdivieso, *La brecha* y *Maldita yo entre las mujeres*.

—No, es una equivocación —me explicó la secretaria.

Aunque con el paso de los años cada vez es más discreta mi fe en la prensa, mi reacción fue ingenua y cívica:

—¿Cómo? Si el diario lo anuncia.

—Sabe, Ágata, lo que ocurre es que el gerente no conoce a casi nadie entre los escritores. A Mercedes sí, por casualidad, porque llegó el año pasado justo dos días antes del lanzamiento de la nueva edición de *La brecha*. El lunes un reportero lo tomó por sorpresa y dijo lo primero que se le ocurrió, para salir del paso. La verdad es que no se han hecho reimpresiones.

La publicidad de los autores de Planeta Chile sigue dependiendo de informaciones caprichosas. Recordé el asombro que causó mi exigencia de libro leído para otorgar las entrevistas sobre la novela. No me daba cuenta de que el mío era un producto más, al que había que hacer una propaganda rápida y efectiva. Yo pensaba en una charla verdadera como fuente de comunicación. Me parecía lo más natural, lo más serio y respetuoso para la autora y para la periodista.

—Y lo más extraño y complicado, lo menos fácil —me reprocharon.

Olía a azufroso orgullo, a vedettismo. Jamás lo hubiese pensado.

Ya está claro que *Mi pobre tercer deseo* interesa a pocos lectores. Siempre he sostenido que ninguna maniobra cambia el destino final de un libro. Por lo menos en lo que más me importa: el interés, la emoción del lector.

Domingo 5 de abril de 1992

Ayer describí la llegada de Robinson. Tres páginas de la novela. Estoy bastante satisfecha. El inglés es alto, inmenso, con rostro de escolar en falta y un oleaje de carne que trata de ordenarse en el cilindro de su cuerpo. Valeria lo invita a pasar sólo por la costumbre de la hospitalidad, que siempre es sagrada en los parajes apartados. No es fácil hablar con alguien así. Nadie está seguro de si las palabras llegarán o se perderán en el camino. O si la pesadez del hombre arrastra también una cierta pesadez de oído.

Robinson es un desafío. No hay que engañarse y caer en lo obvio, el tipo tratando de que el mundo le perdone la gordura.

Parece así al principio. Sin embargo, tendrá una personalidad fuerte y compleja y será capaz de mantener la independencia en sus relaciones con Valeria e Isidro.

Martes 7 de abril de 1992

De nuevo empezar. Después de unos días de sueños concentrados, un trabajo que se volvió árido y alguna tristeza. Más vacío que tristeza. Me pregunto una vez más qué hago frente al teclado. Vuelvo a sentir mi enorme dificultad de escribir. Que no pertenezco a nada, que no tengo nada claro que decir, que lo que he hecho no tiene valor alguno. Me han dolido las exclusiones reiteradas: a nadie le interesan mis libros. Es decir, no puedo negar la adhesión de cierto público, mujeres que me reconocen y se acercan en el banco, en el cine o en el supermercado. Cada vez menos. El tiempo pasa para todo. Las mías no son obras presentes en el panorama cultural y algo en mí necesitaría que sus voces se oyeran en este tiempo de amenaza y de murmullos. No figuro en el manifiesto de los jóvenes (nací antes), no pertenezco a la generación del cincuenta (nací después), no me identifico con la estética feminista (amo a los varones). "No me interrogaron para el reportaje de *La Época* sobre literatura y poder", le comento a Jorgelina Martín. "¿Y qué te importa? Siempre has evitado esas entrevistas", me responde. "No la hubiera eludido en este caso. Tenía mucho que decir sobre el tema y era evidente para cualquiera", le aclaro. "Entonces, por eso no te llamaron", concluye mi afilada amiga: "En este país, ahora nadie quiere oír ni saber nada."

Tampoco estoy —y con razón, ya que no tengo obra suficiente para ello— entre los diez escritores chilenos invitados a París. (Qué coloquio de nombre tan raro, "¡Les Belles Étrangères!" Y qué bien lo van a pasar.) Cuando se contempló la posibilidad de incluir más mujeres, se dio y desechó mi nombre y el de Mercedes Valdivieso. Me encantaría pasearme por París con Pepe y Diamela. Es la parte que más me importa, ya que me cargan las conferencias, mías y ajenas. Pero son sólo sueños locos, delirios, pues no puedo moverme de Santiago debido al tratamiento de quimioterapia.

Leí un excelente artículo de Manuel Espinoza sobre la novela chilena, que publicó el suplemento "Literatura y Libros", de *La Época* del domingo. Con contadas excepciones,

menciona lo que había que mencionar e intenta poner los puntos sobre las íes entre tanta confusión.

Tengo de nuevo la impresión de no existir.

Miércoles 8 de abril de 1992

Estoy en cama otra vez. Recibo una llamada telefónica del grupo de reflexión Chile Veintiuno. El sábado 26 de abril se realizará el encuentro "Ahora el Futuro" y me invitan a hacer uno de los discursos de inauguración, junto con el biólogo y filósofo Humberto Maturana y el senador Sergio Bitar. Respondí que sí enseguida, sin pensar en las fiebres frecuentes ni en la pérdida de voz que me sobreviene en las tardes. Pero quedé perpleja. ¿Por qué ahora se acordaron de mí, que no tengo ni he tenido actividad política? Ayer me sorprendía de lo contrario: pudiendo aportar la dualidad de haber sido simultáneamente escritora y directora de Cultura, no fui tomada en cuenta para una visión sobre literatura y poder.

Con la llegada de la democracia acepté un cargo en el gobierno. Nunca fue mi ambición y lo confirmé muy pronto. Aunque quizás lo que digo no es tan cierto. Porque después de esa oposición apasionada al régimen militar, nos contagiamos de la mística y de la responsabilidad de lo público. Comprendimos que nosotros —no otros— éramos los protagonistas del presente. No podíamos mirar de lejos o hacernos a un lado. ¡Chile recuperado! El país nos concernía en forma personal. Era imposible rechazar una misión. Cuando el ministro Ricardo Lagos me lo ofreció, temblé y por un momento dejé de oír su voz. *Mi pobre tercer deseo* estaba en la editorial, a punto de entrar a impresión. Faltaba mi tranquila mirada final. Temí por mi literatura y en consecuencia por mi vida, pero al final accedí. ¡Era un momento tan hermoso, tan lleno de esperanza! Y nada se vive impunemente. Aunque muy pronto quise renunciar al puesto y al cumplir un año lo hice, una parte mía quedó enganchada, obligada para siempre.

Sábado 11 de abril de 1992

Estoy muy contenta. Esta mañana escribí un trozo precioso de la novela, en el que Mabel se aleja de la casa de administración y se dirige hacia el final del campamento. Camina lentamente buscando

una abertura, una brecha que le permita evadirse y traspasar naturalmente los límites que la separan del desierto. Pero el bloque de casas unidas cierra el espacio ovalado a la manera de las defensas medievales. No es posible atravesar por ahí, nunca ha sido posible. Varias veces ha hecho el mismo recorrido y varias veces ha vuelto con parecido fracaso, bordeando el óvalo interior. Sin embargo, persiste en su intento, rebelde a la obligación de salir por el frente y dar un rodeo tan grande e inútil para llegar adonde quiere llegar.

Viernes (Santo) 17 de abril de 1992

Han seguido los sueños, pero no he podido apuntarlos.

En el de anoche Pepe y yo íbamos subiendo una montaña de curva suave, nevada, iluminada por una luz un poco azul, como si fuera a anochecer: luz de película encantada, de cuento mágico. De repente me doy cuenta de que Pepe se ha reducido a un animalito pequeño y blanco, una especie de ratón prendido a mi hombro. No te achiques tanto, por favor, le pedí. No ves que me dejas sola y vamos a llegar al límite. El límite era el lugar en que terminaba la subida. Presentíamos que detrás no había nada, pero necesitábamos la seguridad. Entonces Pepe hizo un esfuerzo enorme por crecer y se convirtió en un pájaro enteramente blanco, más o menos del tamaño de un gallo, con plumas de tramado fino, plumas de pájaro africano que oscilaban ante cualquier movimiento del aire. Seguimos la ascensión y llegamos al final. A nuestra vista y a nuestros pies un inmenso precipicio cortado a pique, insospechado tras tan dulce curva. Aquí se divide el mundo, supimos. ¿Entre quiénes? No teníamos respuesta. Al mirar hacia abajo vimos unas cabañas con cierto aire primitivo: más podían pertenecer a un pueblo autóctono y conservado que ser copia de un modelo contemporáneo.

—Es Ushuaia —dije yo.

—Es la India —dijo Pepe.

—Están equivocados: es Islandia —dijo la voz de María Pilar—. Todos los pueblos se escriben con "i".

Viernes 24 de abril de 1992

Antes de pasar a la sala de quimioterapia supe que el doctor Reyes quería conversar conmigo. Me examinó, miró los últimos análisis

de sangre que había recibido directamente del laboratorio y tomó nota de todas las subidas y bajadas de fiebre de los últimos días, reprochándome no habérselo avisado antes. "Llamé por teléfono y dejé mensaje, pero usted no me respondió", expliqué. Al decirlo estaba tan débil que casi lloré. Después de pedirme disculpas —no le había llegado el recado —anunció que debíamos hacer un cambio importante y suspender el tratamiento.

—¡No puede ser! —protesté.

—¿Por qué?

—Porque usted dijo que serían seis meses. Y llevamos sólo cuatro.

—Pero las circunstancias han cambiado. Está demasiado débil, sin defensas. A este paso, hay mucho más riesgo de que se muera de un resfrío que de cáncer.

Seguía molesta, incómoda. Era como haberme matriculado en un curso, haber hecho todas las tareas y que me echaran en la mitad, sin nota ni diploma. Se lo dije.

—Ni siquiera los seis meses constituyen diploma en esta enfermedad. No se puede garantizar nada —respondió.

La quimioterapia es desgastadora, lo sé, pero eficaz en muchos casos. La decisión del médico resucita mi inseguridad. Le pregunto si el cese del tratamiento es definitivo.

—Por el momento. Lo dejaremos de reserva, para un caso extremo. Mientras tanto usted se fortalecerá.

Me explica que deberé tomar diariamente, durante tres años, una cápsula de Megace (maegestrol acetate). Se trata de una droga nueva y efectiva que al bloquear mis estrógenos me defenderá contra nuevas metástasis óseas. Además, estimulará mi metabolismo, aumentando considerablemente —por desgracia— la sensación de hambre constante que me produjeron los primeros remedios.

Sí, efectivamente, es probable que suba aun más de peso. Me recomienda no preocuparme de eso por un tiempo. Y me acompaña hasta la puerta, deseando que esté bien.

Llego a la casa deshecha y sin diploma.

Martes 28 de abril de 1992

Vuelvo a soñar lo mismo. Ya es la tercera vez. Voy diariamente al Ministerio de Educación a pesar de mi renuncia. Me siento

obligada a ir porque no hice todo lo que había que hacer. Cumplo un horario casi religioso, pero a nadie le importa ni controlan mi trabajo. Me siento bien así. Mi antigua secretaria me consigue un pupitre de colegio con el barniz rayado. "Lo pondremos por aquí. Usted no puede seguir dando vueltas sin un lugar fijo", dice. Quedo en un rincón de la inmensa y elegante oficina que fue mía. Los filodendros han crecido mucho y los nuevos cuadros son tan grandes que cubren las paredes enteras. Tras un gran escritorio veo a una mujer. El pelo largo y abundante le oculta parte de la cara.

—¿Quién es? —pregunto.

—Es la señora Ágata Gligo, la directora de Cultura —me responden.

La veo bien vestida, desenvuelta, enérgica.

—¿Desea hablarle, conversar con ella? —me ofrecen.

—No, muchas gracias, estoy mejor en este lugar.

Viernes 15 de mayo de 1992

Participé en el encuentro "Ahora el Futuro", en el centro cultural Ágora. El discurso de Sergio Bitar me pareció más esperanzador que ninguno, producto de la fe propia de la vocación política. Al sabio Maturana esta vez no lo entendí. Mi intervención fue bastante crítica. Prepararla no me costó absolutamente nada. Escribí llena de interés y sin detenerme ocho cuartillas intentando traducir el sentimiento de desconcierto y decepción de mucha gente ante este país transformado en un inmenso e iluminado salón. Creo que lo logré. Había mucho político y mucho sociólogo, más que artistas. Los asistentes, muy atentos y afectuosos, algunos con cierta delicada extrañeza por verme en pie e interviniendo sobre la cosa pública después de haberla abandonado tan decididamente. Pero no era lo mismo, yo lo sé.

Cuando llegué a la casa tenía 38,8 grados de fiebre. Me comuniqué por teléfono con el doctor Reyes. Fue categórico. Reposo absoluto. La fiebre debería bajar en cuatro días. En caso contrario, me internaría en una clínica bajo una burbuja que me aislara de los gérmenes patógenos.

Me dio miedo esa burbuja. La imaginé redonda, enorme, hermética, de un plástico duro, transparente y cruel. Decidí taparme hasta las orejas y mantenerme completamente inmóvil en la cama. Pasé dos días sin contarle a Lucho las aprensiones

del médico. Cuando lo hice, se desesperó. La angustia de Lucho me afecta más que la propia.

Mi estrategia dio resultado. Derroté a la fiebre en la casa, pero quedé en un estado de gran fragilidad.

Me agota hablar, pierdo la voz en las tardes. Pepe regresó de París (del encuentro "Les Belles Étrangères") y anunció visita y regalo. Respondí el teléfono, pero no fui capaz de recibirlo. No fui capaz de ver a nadie fuera de María Elena. Y también a Diamela, que en lugar de aparecer en forma de carta vino personalmente —pasó por Chile por unos días— y pude contarle lo que omití en la distancia. En cama, sin pelo y vencedora de la burbuja.

Lunes 1 de junio de 1992

Me abrió la puerta un gigante bueno. "Usted debe ser Ágata", me dijo. Y respondí, contenta del tono de su voz: "Sí, soy Ágata", como si la presencia bienhechora del gigante me asegurara que ser Ágata no era una desgracia demasiado terrible. Así inicié la primera sesión de terapia. En la consulta, un diván y diversos sillones de estilos disparejos, de mimbre o bambú. Me dijo que me sentara donde quisiera.

—¿Por dónde empiezo? —le pregunté.

—Por donde desee —respondió. Le dije entonces que venía recomendada por Diamela Eltit. No era necesario, pero facilitaba mi presentación. Me anticipó que nada sabía de mí. O muy poco. Creía haber visto alguna vez un par de fotografías en diarios y había leído, hacía años, un artículo mío en la revista *Mensaje* sobre un libro de Diamela, precisamente, tal vez *Por la patria*. Sí, aclaré, fui columnista de *Mensaje* durante tres años y medio. Entonces no fue algo ocasional, me dijo. Me ofendió internamente que me confundiera con una aficionada que de vez en cuando lanza un desahogo en letra impresa. Sentí urgencia de que supiera que YO TAMBIÉN era escritora. En la medida en que una puede decir que lo es, porque nunca hay certeza, agregué. Y me puse a hablarle del momento en que conocí a Diamela, en el año 1985. Ya había aparecido mi primer libro, *María Luisa*, con gran éxito de público y buena crítica. Le llamó la atención el título. María Luisa, qué raro, dijo. Le expliqué que estaba basado en la vida de María Luisa Bombal. Comprendió enseguida. A su vez, Diamela había publicado su notable primera obra, *Lumpérica*,

que provocó la admiración de muchos, el desconcierto de la crítica y la incomprensión del público lector. Para mí, el descubrimiento de su literatura fue una revelación: me impresionó y la admiré desde el primer momento.

A ella le interesó mucho la lectura de *María Luisa*, me sentí obligada a agregar. "Pasé la noche entera leyéndolo, no pude dejarlo y hasta lloré, lo que no hacía desde el liceo", me contó a la mañana siguiente por teléfono. De ese aprecio literario recíproco nació una amistad que más tarde se fue profundizando en lo humano.

Por supuesto, no puedo comparar esta relación relativamente nueva y estimulante con el lazo largo y fraternal que me ha unido por años a Olguita Ursić, María Elena, Chepita Rossetti o Constanza Gumucio. Si el nombre de Diamela se pronunció varias veces en la sesión, se debió a mi necesidad de apoyarme en ella, de mostrar un referente exterior para mi quebrantada figura.

Respiré aliviada. Ya le había comunicado lo más importante, aquello sin lo cual mi existencia entera pierde sentido. Los minutos en que ese gigante bueno ignoraba mi condición de escritora me habían sido insoportables.

Le podía seguir contando lo demás. Pasé rápidamente cinco años y llegué a la publicación de *Mi pobre tercer deseo*, al nombramiento como directora de Cultura, al inesperado diagnóstico de cáncer mamario, la posterior decisión de renunciar al cargo, el descubrimiento de la metástasis ósea en noviembre pasado, la quimioterapia y la reciente resolución del médico de suspender el tratamiento.

Me parecía que todo eso había sido tan intenso, tan serio, tan decisivo, que —ahora me doy cuenta— le hablé como si hubiera nacido con mi primer libro.

La vida, sin embargo, reclamaba sus derechos y se abría camino suavemente por las rendijas de lo casual. Le dije que había recibido bien la enfermedad y que si debía ocurrir, había sido en un momento en que podía ser más llevadera, porque ya había publicado mi segundo libro y porque mi hijo menor estaba de regreso de la beca de intercambio a Estados Unidos.

—¿Quién es él? ¿Qué edad tiene?

—Sebastián. Tenía diecisiete años en ese momento, ahora diecinueve —dije, y sentí alegría de que Sebastián existiera.

—¿Cuántos son?

—Dos. El mayor es Luis Cristóbal. Tiene veintiún años.

—¿Por qué sonríe?

—No me di cuenta. Siempre sonrío al pensar en Luis Cristóbal, en su vitalidad.

El médico apuntaba todo, los hitos, los hijos. Una tos me sacudió de repente.

—¿Por qué esa tos? —preguntó.

—Porque fui a una comida de mi curso de Leyes y era una noche muy fría.

—Es usted abogada —constató con cierta sorpresa. Si yo no hubiese tosido, quizás cuánto hubiese demorado en saber ese dato tan importante que es la profesión de la gente. El amplio radio de su mirada abarcaba más allá de mis quiebres, más allá de la arbitraria división de mi vida en parcelas de tiempo, algunas de las cuales quería borrar.

Martes 2 de junio de 1992

Me preguntó por mis padres. ¡Qué raro!, pensé, absorbida por mis nudos presentes, extrañada de que alguien se interesara en hechos tan remotos. Pero le fui contestando. Sí, efectivamente mi apellido es extranjero. Mi padre también lo era, completamente, no se trataba de segunda o tercera generación. Me apresuré a contarle su historia. "Mi padre fue desertor de la Guerra del Catorce", anuncié desafiante. (Me enorgullecía que un cataclismo universal explicara su tristeza y su destierro.) Hablé un poco más, le di detalles. El gigante concluyó con lógica imbatible:

—Entonces no desertó, sino escapó de la guerra.

Lo miré consternada. Tenía razón.

—¡Ah, sí! —aclaré—. Lo que pasa es que yo puse en mi novela ese episodio, levemente modificado. Y ocurre que la realidad de la novela a veces prima sobre la de la vida.

Di esa explicación con total desfachatez, como si lo solucionara todo y nadie tuviera derecho a discutirlo. Con ojos laterales de insecto seguí con la cabeza dirigida al frente, percibiendo que el gigante anotaba mis afirmaciones. Respondí a sus preguntas siguientes. Le dije que mi padre era débil, pasto de las emociones. Traté de expresarlo con severidad y con distancia, como reprochando la blandura para no identificarme, pero él descubrió pronto que alguna vez la emoción me había envuelto y sofocado.

—Ahora, en cambio —le dije—, he perdido el entusiasmo por todo. No sé cómo caminar lejos del resplandor.

—Quizás usted está poco acostumbrada.

Insinuaba que se podía vivir sin entusiasmo y sin pasión, más aun, que quizás ésa era una manera más frecuente y habitual de existir. Me dio miedo oírlo. Me pareció que se abría una puerta irremediable hacia un espacio fatal y sin retorno, un espacio árido y seco en que el temblor no existía.

La pregunta sobre mis hermanos me ayudó a volver a la tierra mediante la descripción y el recuento. Sí, mi hermana mayor, María Eugenia, casada, cuatro hijos, profesora de castellano, apasionada por la educación y la pedagogía, con un trabajo en ese campo que le toma mucho tiempo. Luego mi hermano Nicoló, hombre de éxito, eficiente, comunicativo y encantador, querido por sus amigos, buen profesional, experto en medio ambiente, solicitado en toda América Latina.

Hago una pausa larga. Siento que las lágrimas quieren salir. Es que voy a nombrar a mi hermano enfermo, con trastornos de conducta, desconectado muchas veces de la realidad, una existencia siempre en los límites, como un enigma, una pena sorda paralela a la vida.

—Entonces, los del éxito serían los dos del centro, usted y su hermano Nicoló —resume el gigante.

Así es la vida de curiosa que —me doy cuenta— mirada desde fuera puedo ser clasificada junto a Nico como una persona de éxito.

Trato de hacerle comprender la diferencia:

—Pero mi hermano es de verdad lo que se llama un hombre destinado al éxito. En cambio...

—¿En cambio?

—Lo que podría llamarse mi éxito fue consecuencia de otros procesos, de otras búsquedas.

—¿Qué buscaba usted?

—Sólo buscaba sanar una herida.

Momentos antes, cuando hablamos del entusiasmo, le dije que había pasado largos períodos tristes, depresivos, épocas en que no veía la luz.

—Sobre todo, no olvide que me había recibido de abogada y sabía que lo jurídico no era lo mío. No sabía cómo encontrar mi camino, estaba perdida y eso me afectó mucho.

(No, señor gigante, el entusiasmo no es lo único que ha impregnado mi vida, como usted quiere creer por mi aspecto vital en las últimas fotografías.)

—Podría decirle que, a pesar de todo, sólo en los últimos años me he sentido feliz.

—¿Desde cuándo?

—Creo que desde que publiqué mi primer libro.

Es así. Vuelvo a nacer con mi primer libro.

Las imágenes de Luis Cristóbal y Sebastián, mis príncipes radiantes, se alzan frente a mí. Su sola existencia me entibia el corazón. Son mis hijos, mis alegres y adorados hijos. Su nacimiento me hizo feliz, calmó por algún tiempo mi necesidad de ser. O más bien, "fui" al ser madre. ¿Por qué siento ahora que sólo "soy" desde la publicación de mi primer libro? Mis hijos nacieron más de diez años antes: trece y once para ser exacta. Me parece que los desconozco, que los traiciono. O quizás es mi cuerpo derrotado, mutilado por el cáncer, seco de savias, cuerpo que no puede producir hijos y que está olvidando los movimientos del amor. Es mi cuerpo el que no quiere recordar su mayor gloria, la maternidad. La entierra lejos y no vuelve a mirarla.

Lo cercano ahora es la gran aventura de la palabra ordenadora del dolor y de la felicidad.

—La literatura, entonces, ha sido una solución para usted.

—Sí. Me ha permitido organizar la emoción, manejarla, utilizarla para una obra. No ser pasto de ella.

—Como su padre.

—Sí.

—¿Y cómo es su madre?

—¿Mi madre?

—Sí, su madre.

—¡Mi madre! La verdad es que no sé. Quisiera decirle algo sobre ella, pero no puedo. No sé cómo es, no sé quién es mi madre. Si es objetivamente de la manera que a veces la veo o si es así sólo por las carencias de nuestra relación. No sé quién es. No sé quién es.

Miércoles 3 de junio de 1992

Estoy en la casa de la calle Ejército, que en este sueño está situada en el primer piso y no en el segundo como era en la realidad. Muy bien amueblada, con muebles antiguos y finos, muchos de los que había en la casa de Punta Arenas y que nunca

estuvieron en Ejército, sino que pasaron directamente a la casa de Ramón Puelma. Mi papá y mi mamá ocupan un dormitorio en el primer piso. Los despierto para darles una noticia: ha venido Fresia, Fresia muerta ha venido a vernos, qué alegría. La veo bien maquillada, bien vestida, con sus modales tranquilos. Me agrada que la casa esté tan arreglada para esta visita de Fresia: ella siempre ha sido exigente y preocupada de lo estético. Me hace notar la belleza del marco plateado de un retrato de mi madre joven. Mi padre y mi madre se ven ancianos, pero vivos. Sólo Fresia está muerta y se pasea por las piezas.

La visita se repite, viene varias veces, el pelo tirante hacia atrás y vestida en tonos café. Se sienta con una pierna en alto. Siempre hablamos de su muerte, que ambas hubiésemos querido postergar. No es posible. Cada vez que se va, vuelve a la nada. Cuando regresa estoy feliz y ansiosa al mismo tiempo, me parece un regalo precioso que rápidamente se va a esfumar.

Viernes 5 de junio de 1992

Fui por segunda vez a la terapia. El médico quería ver fotografías de mi infancia, así que llevé el más viejo de los álbumes de Nico. Las fotos son pequeñas, borrosas, casi todas en los alrededores de la casa de la estancia, que fue la inspiración de la casa de La Piedad.

En realidad, mi figura da pena. Una criatura de siete u ocho años, con una gran cinta en la cabeza siempre inclinada y una mirada tristísima.

—¿Cuál fue la pérdida, cuál el dolor? —me pregunta el gigante.

No entiendo la pregunta.

—¿Su madre perdió un hijo? ¿Qué duelo es el que usted reflejaba?

—Que yo sepa no perdió un hijo. Pero no es la única carencia posible. Creo que ella no era feliz. Tuvo un matrimonio estable, pero faltó el entusiasmo, el enamoramiento de parte de mi padre. Él no estaba convencido, no la aceptaba del todo. Me lo dio a entender varias veces.

—¿Y usted cree que eso hacía infeliz a su madre, que algo importante le faltaba?

—No lo sé, pero sí sé que algo importante me faltaba a mí.

—¿Cómo?

—Sí, me faltaba sentir la fluidez, la comunicación, la naturalidad de las relaciones humanas. Necesitaba eso como el agua, como el aire. Su ausencia me hacía replegarme en mi propia piel. Encerrarme.

Me pregunta si mi marido siente entusiasmo por mí, lo que me sorprende. Afirmo que sí, que estoy segura de que lo siente. Varias veces me ha dicho que puede sufrir por mi causa, pero nunca aburrirse.

Quiere saber cómo ha tomado la enfermedad. Cuando le digo que la ha asumido por completo, me cuenta que una de las definiciones de la pareja es la unión contra la enfermedad y la muerte. Oírlo me impresiona tanto que no le pregunto de dónde viene el concepto. Instantáneamente, repito en silencio el trozo final de *Mi pobre tercer deseo:* "quería amarte y que me amaras para derrotar la muerte".

Sin embargo, quisiera que no se explicara sólo por lo negativo. Que fuera una unión por la vida y además contra la muerte. Me doy cuenta de que he vivido más profundamente la experiencia de la primera interpretación: la unión con Lucho se ha acrecentado frente a los peligros, con la protección recíproca. Ayudarse a vivir es en cierto modo combatir la enfermedad y la muerte. Pero, ¿lo será desde siempre? Las parejas suelen iniciarse en la juventud, en una época en que enfermedad y muerte son palabras remotas y ajenas.

¿O la enfermedad y la muerte no están tomadas sólo en el sentido fisiológico sino también en el de las oscuridades del espíritu?

¿Qué busco, qué pretendo? La causa que me lleva a la terapia no es sólo la enfermedad. Es mi empeño en seguir escribiendo a pesar de la sensación de que nada de lo que he hecho tiene vigencia o importancia y a pesar de todas los obstáculos, fundamentalmente mi falta de facilidad y el corto aliento de mi impulso creador, que constato cada vez más.

No veo todavía la unidad de la novela. Estoy empecinada en ganarle la batalla a la vida, obstinada en ser y en construir, entregando a esta lucha las mañanas. ¿Por qué no olvidar todo esto y gozar del aire, mirar vitrinas en las calles, o subirme por media hora a una nube de risa con Rosita Lira? ¿O entregarme a conversaciones inútiles frente a un café y bajo el sol de invierno?

Lunes 8 de junio de 1992

¡Qué lío! No sé si seguir con la terapia o sumergirme en la novela. Lo más importante es la novela. Y lo más dificultoso. Han pasado varios meses, he escrito bastante y tengo algunos trozos que me gustan DE VERDAD. Lo que más he trabajado es la localización, la sequedad de la sal y la presencia del desierto surcado por una red de rieles oxidados. Todavía no se me clarifica una trama firme que sujete las sensaciones. No he descubierto el motor, la tensión.

Hoy es el cumpleaños de mi hermano Geno. Sus cumpleaños me producen pena e impotencia.

Se descompuso el computador.

Martes 9 de junio de 1992

Ahora me siento mejor, dispuesta a salir a la calle con el pelo al ras —se ha tupido lo suficiente para poder prescindir de la peluca— y a aceptar mi realidad en la literatura. He hecho un análisis descarnado, comparando mi trabajo con el de las mujeres que se han consolidado como escritoras. Publiqué por primera vez en 1984, un año después de Isabel Allende y seis meses después de Diamela Eltit. Han pasado ocho años y de repente me he estabilizado en un rango muy inferior a aquél en que me creía. Casi no existo. En ocho años Isabel y Diamela han producido cinco libros cada una. Yo, dos. Y esto no es casual, ni se debe a obstáculos externos. Al contrario, no he debido trabajar por obligación y he dispuesto de bastante tiempo para escribir. Mi falta de productividad responde a mis dificultades internas y a mi manera de ser. Ni siquiera puedo proponerme remediarla. Sé que lo que he hecho no es malo, pero es insuficiente. Me sitúa en un lugar borroso, lo que me causa una gran inseguridad respecto al valor de mi trabajo.

En este momento, entonces, navego a ciegas en medio del mar, luchando en dos frentes por metas inciertas. Estoy escribiendo una novela cuyo desarrollo no tengo del todo claro y estoy empeñada en vivir a pesar de la metástasis ganglionar.

Sólo se rasgó un velo y se hizo evidente esa condición de la existencia que es la precariedad. Se nota más porque se refiere a lo más importante, la vida y el trabajo.

Jueves 16 de julio de 1992

Estuvo aquí mi amiga Olguita Ursić, conversamos una tarde entera y hasta leímos pedazos de la novela. Me hizo observaciones excelentes sobre la importancia de los nombres. Siempre me sorprende su mirada, una mezcla de agudeza con indiferencia absoluta por la erudición cultural. Le conté que Valeria se llamó un tiempo Isidora, hasta que descubrí que hacía demasiada cacofonía con "señora", vocativo que se pronuncia con frecuencia y tiene un especial sentido en la novela. ¡Señora Isidora! ¡Qué horror! Ahora se llama de nuevo Valeria.

Me dio consejos para mejorar mi aspecto y me mandó a arreglar las tinturas con que el peluquero había intentado embellecer mi naciente pelo. Quedé esplendorosa y matizada el primer día, pero pronto empezó a insinuarse un amenazante tono zapallo. Aterrada corrí a pedir un enjuague, ojalá color ceniza. Era la tercera vez que intervenía mi cabeza. Me dejó un poco más decente, pero más oscura que al principio y se escondieron los luminosos hilos que tanto había ambicionado. Según Luis Cristóbal, estoy mejor que cuando tenía pelaje de perro, con mechones blancos, café-rojizos, grises y negros. De noche paso, sobre todo si me pongo *mousse*, que me hace ver más compuestita. Apenas me crezca un poco me haré un buen corte que arrase con la zona amagada. En todo caso, sigo feliz en mi estado de concentración literaria. Lo demás es secundario. Con razón los autores de novelas policiales de principios de siglo pintaban a las escritoras inglesas con sombreros extravagantes y cabellos colorados.

Viernes 7 de agosto de 1992

Releí durante toda la tarde *La enfermedad como camino*, ese maravilloso libro del psicólogo Thorwald Dethelefsen y del médico Rüdiger Dahlke. Llegó a mis manos hace poco más de un año. María Elena me había suplicado que viera a una amiga suya especialista en el tratamiento floral de Bach. Fui y me recetó una esencia en gotas para contrarrestar los efectos de la radioterapia. Las gotas no me convencieron mucho y dejé de tomarlas al poco tiempo. Me impresionó, en cambio, la mujer. Conversé varias veces con ella en profundidad. Afirmó que la introversión era una semilla de muerte que solía llevar al cáncer y me preguntó si tenía rencor.

—Lo he tenido, pero ya no —digo.

—¿Por qué ha pasado?

—Porque los he obligado a amarme.

No hablo de nadie en especial.

Ella lo percibe. Se mantiene en silencio. Duda.

Tiene razón, comprendo. No puede obligarse a todos. No es una deuda que pueda pagarse. Siempre habrá alguien que no te quiera, que te rechace y que te recuerde tu miseria.

Cuando le confesé que la enfermedad había unido mi conciencia con mi cuerpo, me dijo:

—Si has sentido eso, debes leer este libro.

El libro me sirvió mucho más que las gotas de flores.

Miércoles 12 de agosto de 1992

Al apuntar el sueño de anoche, salió una especie de cuento que llamé "Todo menos Darío".

Darío traspasa finalmente la barrera y llega hasta Antonia. Tiene lugar la escena: Antonia envuelta de la cabeza a los pies con tules amarillos sacados del baúl de los disfraces y Darío bajo la carpa flotante, penetrando a Antonia, entrando sin forzarla, casi sin moverse, duro y ciego, y luego su cuerpo levantado en una acrobacia lenta, las piernas rectas hacia arriba, siempre unido por su miembro al pubis de ella. En la perspectiva del sueño, los velos traslucen una estatua armónica, una cópula sin sexo ni lascivia, pero no carente de pasión.

La pasión no nacía del deseo ni de la fiebre de la sangre, sino de una necesidad lejana, insatisfecha, mantenida en el tiempo. Una fibra de mente inyectada en la carne. Antonia ignoró a Darío durante muchos años, y sólo en el último tiempo, cuando su hermana llegó al caserón con los disfraces, empezó a verlo tras las barandas de palos torneados, siempre en el lado de afuera, pálido y acompañado de otros hombres, como si estuviese tratando algún asunto muy serio.

Las barandas, colocadas al azar en los amplios corredores de baldosas de greda, no cumplían función alguna. Nada clausuraban, nada encubrían y eran bastante bajas, de modo que cualquiera podía saltarlas sin esfuerzo.

Algunas, como aquélla tras la cual asomaba el hombre, separaban la casa del exterior y mostraban un terreno en pendiente, con pasto raleado y algunos arbustos. El paisaje era incongruente con la camisa y la corbata impecables y el aspecto irremediablemente urbano de Darío. Antonia no se asombró al verlo, porque sabía que la muchacha de los disfraces era su hermana. Por eso ronda por aquí, reflexionó, y como suele ocurrir en los sueños, quedó satisfecha con ese motivo insuficiente. Pero nunca consideró que Darío fuera Darío. La verdad es que nunca pensó nada y se acostumbró a divisar a veces, cuando se acercaba al salón de los disfraces, una figura que le parecía el cadáver vertical y embalsamado de Darío.

Antonia no recordaba cómo y por qué llegó la hermana de Darío, pero sí sabía que trajo emoción y una tramoya de misterios en su inmenso baúl. Lo había vaciado en parte y algunas vestimentas colgaban de las paredes de la pieza.

¿Qué harás con esto? ¿Lo venderás?, preguntó al principio, cuando todavía no percibía la batalla que la jovencita libraba con el tiempo. Ella contestó algo difuso y gentil. Antonia miraba con agrado su rostro oliváceo y los cabellos brillantemente negros, tan distintos a la opacidad de Darío. Era viva y real. Había llegado con una misión a cuestas y con muchas historias. Se descifrarían una a una, de a poco, junto a las bugavillas que trepaban por las columnas blancas de la casa.

La hermana de Darío guardaba las claves en su equipaje. Antonia no entendía bien lo que hacía, pero cada vez que se encontraban, la muchacha desplegaba una capa azul bordada en oro o un negro ropaje de bruja y terminaba adentrándola en una fábula presente o pasada que venía a enriquecer su vida. O la de todos. Comprendió entonces que el conocimiento la tranquilizaba. Volver atrás hacia lo que había mirado demasiado rápido y saber qué ocurrió con lo que desechó, con lo que olvidó, con los que la olvidaron, con los que desaparecieron. Era un momento privilegiado, en que recuperar respuestas atrasadas la llenaba de una felicidad que no hubiese querido morir sin entrever. Es la ampliación de la conciencia, pensó, lúcida y precisa como si estuviera despierta. No quiero que se detenga. Debo

seguir conociendo, completando tibiamente mi vida con las tristezas y las risas perdidas. Volver a ver esa carita redonda, sucia de resfrío y llanto, que ya no existe, no porque nos haya separado la muerte, sino porque mi hijo ahora es un hombre. Quiero conocerlo todo, en todos los ámbitos: los grandes enigmas de esta tierra y mis propias preguntas. Quiero conocerlo todo, menos lo que tenga que ver con Darío.

Darío quiere verla, hablarle. Lo manda decir con su hermana. Está cerca, podría levantar la voz y pedirlo por sí mismo, pero sabe que Antonia no lo oye. Tampoco lo veía cuando algunas veces, años atrás, se encontraron por azar entre marejadas de gente. La necesidad de existir para ella creció y horadó la tranquilidad del olvido. Nunca la amó demasiado. No recuerda junto a Antonia una época plena, entregada y feliz. Sólo momentos fugaces, muy fugaces, chispas de momentos, más bien la posibilidad nítida de un encuentro de amor. Y se le quedó adentro la ventura vislumbrada, al comienzo dormida y silenciosa y luego exigente, opresora.

Sobre el corredor principal, las nubes oscurecen su color gris y los personajes comprenden que el sueño va a terminar. Que van a terminar sus vidas. Y que deben hacer algo, el gran gesto final que unifique los actos dispersos. Antonia revuelve el baúl de la muchacha y encuentra los largos pedazos de gasa. En medio del corredor, sobre el piso de baldosas de greda, se cubre con ellos, y caen sobre su cuerpo transformándola en otra.

Entonces Darío se da cuenta de que la baranda de palos torneados no está clavada al suelo. La levanta, entra a la casa y se detiene junto a Antonia. Debe hablarle. Siempre ha sido difícil hablar a través de los vidrios, de las rejas, de los velos. Las horas pasan y la vida de todos va a terminar. La evaporación del tiempo podrá precipitar un sarro de amor en el fondo de fracaso. Levanta los tules y se introduce en la capa vaporosa de Antonia. No se oye lo que hablan. Sólo se sabe que Darío, empujado por su pasión sin sangre, la penetra en un acto ausente de sexo, que el vértice velado lo aprisiona, y que se unen en una figura vertical de brazos y piernas desnudas y franjas de gasa, un acto destinado a cumplirse en el último aliento, una escultura de carne con pretensión de eternidad.

Lunes 24 de agosto de 1992

Haber leído el borrador de la novela en voz alta influyó en secar el manantial de la facilidad. Las frases me parecieron inconsistentes y el argumento débil. Además, la semana pasada escribí el cuento "Todo menos Darío", que es el relato de un sueño. Lo hice con gran rapidez y sin correcciones. Así debe ser, sin intervención de la mente, obedeciendo a la brújula del inconsciente. En un momento sentí lo mismo sobre la novela, pero ahora la veo artificial y hechiza.

El sábado 16 vinieron a comer Pepe y María Pilar, Arturo Fontaine y Tamara, Gonzalo Contreras y Constanza, y Carlos Franz con Jeannette, a quien hasta ese momento no conocíamos. Objetivo: festejar la publicación de *Oír su voz*, que finalmente, después de demoras increíbles apareció en Buenos Aires. Arturo confiesa que es una situación incómoda: el libro existe y no existe a la vez. Anunciado con anticipación a la prensa chilena, el autor ha sido entrevistado extensamente en diversas revistas, y ahora, por razones de aduana o algo así, los ejemplares todavía no llegan a Santiago.

Por fin veríamos la novela de cuerpo presente, ya que acababan de llegar dos ejemplares de muestra. "Tamara la trajo", anunció Arturo. Y Tamara, confundida: "No la tengo, creí que tú traías la tuya."

El libro seguía siendo un fantasma. "Quizás no existe", dijo Carlos Franz. "Tienes razón, puede ser sólo un invento", confirmé. Nos miramos con complicidad incipiente, dispuestos a hacer sufrir un poco al flamante novelista; aunque no sería fácil, porque Arturo rápidamente se cambió de lado y se embarcó con desenvoltura en el jueguito, proponiendo que su obra no era tal, sino un póstumo sueño borgiano. La materialidad del libro se convirtió en exigencia de fe. Sebastián apareció en el living y ofreció ir a buscarlo. Todos respiramos. Cuando regresó con la misión cumplida, el ejemplar de *Oír su voz* fue puesto en el centro de la mesa sobre una copa de cristal, mostrando una Adelaida que desbordaba la portada e instalaba entre nosotros su erotismo.

Al día siguiente, domingo, fuimos a un asado donde Ernesto Schifelbein y María Clara. En la semana recorrí tiendas eligiendo los regalos de Lucho y mi mamá, que cumplen años con un día de diferencia. Le compré a Lucho otro suéter inmenso, lo

que fue ridiculizado por mis hijos, y a mi mamá un hibiscus rosado bastante crecido. También tuve una reunión con el médico por la eventual tercera operación, cuya fecha es electiva dado su carácter de cirugía reparadora. De eso no quiero hablar ahora.

Martes 8 de septiembre de 1992

Cada vez que descubro a un escritor verdadero, el cielo se me abre y me parece que penetrando a través de esa abertura encontraré el secreto de la literatura, la forma, la técnica adecuada. Estoy leyendo *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?* (*Will You Please be Quiet, Please?*, en el original), de Raymond Carver. Estoy admirada ante su aparentemente fácil entrecruzamiento de la anécdota con el sentido profundo. Me impresionaron especialmente *Gordo* y *El vendedor.*

Jueves 10 de septiembre de 1992

Fui a acompañar a mi mamá. Se mostró contenta de verme, pero al poco rato me dijo:

—Estás gorda y casi no tienes pelo.

No quiso que sirviera el té y lo hizo ella misma con manos temblorosas. Mientras estuvimos sentadas a la mesa, me miraba como hipnotizada. Repitió:

—Tienes poco pelo, estás gorda.

Mi apariencia la tomaba por sorpresa y se sentía molesta de que el tiempo me hubiese atacado también a mí. La agresión de la vejez se duplica al asistir al deterioro de los hijos. Por primera vez me veía sin peluca y notaba de repente la magnitud de mi cambio. (Las inolvidables correrías por la calle Carmen con Cecilia Salas engañaron también a mi madre.)

—Se te ve grueso el cuello. Pero el pelo no se ve mal. Por fin está ordenado —aprobó.

Pensé que era sincera —toda la gente es sincera a los noventa y dos años—, ya que siempre había criticado mi melena, encontrándola impropia de una señora. Sólo interrumpía su examen minucioso para mirar de vez en cuando hacia la puerta del living, como si esperara a alguien. Me explicó que mi hermano

Nicoló vendría en un rato más. Eso era imposible, pues estaba en Colombia. Luego me preguntó:

—¿Y no trabajas más con Lagos en la Cultura?

—No, mamá, te dije que renuncié hace más de un año.

—Sí, me dijiste. ¿Y qué estás haciendo ahora?

—Escribiendo un poco.

—¡Ah! Puras cosas de ésas. ¿Nada más?

—También trabajo en ediciones de libros. Estoy terminando una.

—¿Te pagan bien?

—Más o menos. Relativamente bien. Estoy conforme.

—Ves, qué tonterías has hecho. Podrías tener un buen puesto.

Seguía pendiente de la puerta, fascinada ante la eventual llegada de su hijo. Luego me miraba con detención y repetía su estribillo:

—Estás gorda, tienes poco pelo, pero no estás tan mal.

Era como si dijera:

"No sé quién eres, te ves muy rara, nada tienes que ver con mi linda hija."

Miércoles 16 de septiembre de 1992

Interrumpí hace más de cuarenta días. He perdido el entusiasmo y vuelvo a preguntarme si no es demasiado ambiciosa una novela en pasado y precisamente en esa época tan especial. Sé que me enamoro de las atmósferas y de los ambientes y que los veo como una cantera de símbolos que tejer al lenguaje. De ahí viene la tentación.

No vale la pena escribirla si no se engarza en una inquietud contemporánea.

Lo más central es la negativa de Valeria a aceptar que el salitre no sirva por sí mismo y que su valor dependa de los compradores. Esto concierne a la vida presente.

En todo caso, la búsqueda de un sentido a la actividad del salitre crece como asunto de fondo y relega a segundo plano el tema del cambio.

Ya no puedo seguir escribiendo sin delinear seriamente la trama. En este segundo principio, que creía ya "la novela", me ha ocurrido lo mismo que con los primeros bosquejos. Se ha empezado a ir para todos lados. El tiempo que he pasado

tanteando y divagando es suficiente para el nacimiento de personaje definidos.

Estoy leyendo *Oír su voz* de Arturo Fontaine y confirmo una vez más que se puede ir para acá y para allá sólo cuando se tienen perfectamente trazadas las líneas. El autor no olvida los dos motores de la acción: la definición de la relación Pelayo/Adelaida y la lucha para instalar el canal de televisión.

En *Boca Ancha* existen las líneas, pero son todavía muy generales. Y se sabe quiénes son algunos, que Valeria ama el desierto, que Mabel lo odia, que La Fresia cerrará y Boca Ancha sobrevivirá.

Hace dos semanas escribí un cuento: "La llegada de Fabiana." Nació de otra fotografía en que también me veo como una matrona alemana y enorme. Alguien me la comentó y respondí:

—¿Yo? ¿En el diario? No, no he aparecido. Es mi tía Fabiana. Los reporteros se confunden a veces.

La escritura fluye fácil y segura cuando se sabe lo que se va a narrar.

Miércoles 7 de octubre de 1992

Ayer fui a un almuerzo de escritores en la Municipalidad de Santiago. Motivo: la organización de un congreso acerca de las letras de España que se efectuará entre el 17 de marzo y el 4 de abril próximos en el centro cultural de la Estación Mapocho. Vendrán importantes escritores y críticos españoles. Se nos pidió nuestro compromiso de participación en diversas actividades, coloquios y encuentros, tanto en Santiago como en provincias. La mayoría de los autores convocados son los integrantes de esa especie de *boom* narrativo que sacude a nuestro país: Arturo Fontaine, Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet, Darío Oses, Carlos Franz. La Marcela Serrano no pudo asistir. El más viejo era Jorge Edwards. Después yo. Me produce cierta desconfianza esta coincidencia entre la selección que hacen las instituciones culturales y las páginas de vida social de los diarios y revistas.

El asunto me interesa y además me gustó que no me hayan olvidado, como suele ocurrirme desde que la enfermedad me ha cubierto con la mortaja de la diferencia.

Noto un gran vacío en Chile respecto del conocimiento de la literatura española. Después del éxito de los latinoamericanos, se produjo una separación entre las dos novelísticas.

El año pasado en diciembre, con el dolor vivo de la operación a la costilla debido a la metástasis ósea, me tocó junto con Mercedes Valdivieso y dos académicos de literatura hispanoamericana integrar en la Feria del Libro una mesa redonda en honor a Ana María Matute. El reposo obligado me había permitido sumergirme en esas novelas maravillosas que todo el mundo debería conocer: *Primera memoria, Los soldados también lloran* y las demás. Descubrí a la Matute en mi viaje a Europa con Lucho en el ochenta y seis. En una librería de Madrid, abrí por casualidad *Los niños tontos* y lo compré enseguida. Después me enteré de que era una gran escritora y sonrío al pensar que influí parcialmente en su visita a Chile, pues en la Dirección de Cultura fui consultada por la embajada de España acerca de las preferencias de los chilenos y mencioné su nombre en primer lugar.

La mesa redonda en la Feria fue realmente profunda, conmovedora e instructiva. Los medios de comunicación la ignoraron completamente, dándoles preferencia a otras actividades en las que participaban caras conocidas para el público nacional. Ana María Matute, excepcional novelista española, más de una vez nominada para el premio Nobel, pasó por Chile inadvertida, sin pena ni gloria. Tres o cuatro meses después, apareció en un suplemento literario una entrevista que una inquieta periodista cultural le alcanzó a hacer.

En el comedor de la Municipalidad relaté esta experiencia, que fue recibida con mucho interés, como una luz roja de advertencia. Me comprometí seriamente a participar en el congreso. Después del almuerzo me entretuve una hora en los portales de la Plaza de Armas, mirando en los puestos miles de objetos baratísimos que copian otros más finos. Compré un bolso para cosméticos y nada más. Siempre pasa lo mismo.

Domingo 11 de octubre de 1992

Han florecido las laurentinas y las coronas del poeta en varias partes del jardín. Los arbustos de flores blancas llenan la tapia del fondo y abajo unas margaritas blancas pequeñísimas cubren parte del césped. Una vez más, he tenido que defenderlas de la máquina de cortar pasto. Miro desde mi dormitorio el juego del blanco entre la tapia y el suelo y se renueva la sensación de dulzura triste que siempre me ha producido. No puedo, aunque trato, recordar las primaveras de los dos últimos años.

He recuperado fuerzas. Casi no quedan rastros de mi debilidad del otoño y el invierno. Esta semana salí un par de veces en bicicleta, como antes. Quisiera escribir que disfruté de esos paseos, pero no es cierto. El ejercicio hace crecer la conciencia de mi cuerpo mutilado y muestra el contrasentido de mi intento. El compás del movimiento de mi pecho izquierdo rebota hacia la derecha en el vacío redondo de una laguna seca. Soy incapaz de entregarme al aire, al dinamismo, a la velocidad. Antes acogía con rapidez la llamada del sol.

Tengo cierta pena, no demasiado grande, pero la tengo. Hoy es la bicicleta. Más adelante serán las playas y la ropa liviana del verano. El reino de la vitalidad se hace ajeno y me inmoviliza.

Lunes 12 de octubre de 1992

¿Qué recuerdo del sueño? Estoy en París, en la casa de Maritza en Montparnasse. Es como siempre una casa de un solo espacio, en primer piso, pero da a la calle y es mucho más amplia que el departamento real. Están Maritza, Sven, hijas de ella o de él, todos adultos. Comparten tranquilamente la vida en ese ambiente común y hacen representaciones teatrales. Entran unos jóvenes que se interesan por los procesos de Chile. Yo había decidido este viaje de un día para otro, violentamente, en reacción contra algo que no puedo recordar. Vengo con una amiga chileno-francesa cuyas facciones no distingo por más que me esfuerzo. Más bien, no tiene rostro. Maritza está cariñosa, cordial, acogedora, con el pelo largo y rubio de su adolescencia y sin la tensión de los últimos tiempos. Baila con gracia en la tarima de un café cercano y lleno de gente. Me dice: "Estoy embarazada." Le contesto: "Yo también estoy embarazada." Nos detenemos en la papelería frente a la foto de Rimbaud y, después de caminar sólo tres metros, llegamos a esa tienda de fachada estrecha que sólo cuenta con un pasillo de longitud interminable lleno de mapas, mapamundis y libros antiguos. Al lado sigue el local atiborrado de piezas de cerámica, el mismo en que hace años compré las fuentes y platos alsacianos. Entonces estoy en el *boulevard* Saint Germain, pienso. Pero no. Maritza descalza retrocede sólo tres metros y vuelve a buscar sus zapatos al café de Montparnasse. "Es Saint Germain pero estoy en Montparnasse", digo. Maritza ríe burlona y maliciosa. La amiga con que viajo me dice: "Vamos a ir

a la tienda Life, donde venden ropa interior finísima." El lugar está lejos del centro, en un suburbio rico como los de las ciudades americanas, que son tan diferentes a la *banlieue* sur de París. Me largo a llorar desesperadamente, por todo lo que antes no lloré. La bella ropa de encajes negros, la seda color carne. Nunca más me la podré poner, gimo y veo la oquedad horrible en mi cuerpo mutilado. Luego camino de nuevo por Montparnasse y recuerdo: juré que al venir a Europa iría a Lausanne a visitar a mi primo Iván. "¿Quieres ir? Te acompaño, tomamos el tren enseguida y volvemos mañana", me propone Maritza. Mi prima está de nuevo encantadora y amable. No sé si ir o no a buscar mis cosas —en la imaginación reproduzco la maleta abierta y desordenada—, pero ella no me da tiempo y debo subirme al tren con la sensación eterna de haber olvidado mi equipaje.

Jueves 15 de octubre de 1992

En un mes no he tenido interés ni ánimo de pensar en la novela. No he escrito nada, ni cartas, sólo la presentación del libro de poemas de Shlomit Baytelman en el teatro Nuval y la conferencia sobre María Luisa Bombal para el ciclo de la Fundación Neruda en la Biblioteca Nacional.

Exigida por un plazo o una urgencia se despiertan mis fibras más alertas y me vuelco entera en esos trabajos pasajeros y sin huella. ¿Por qué la creación no tiene ese impulso? Rectifico: lo tiene cuando la estructura logra armarse y se vislumbra la nueva realidad inventada. ¡Pero mientras se inventa, qué suplicio!

Constanza Gumucio está de nuevo en Chile. Me ha dicho que vino de Tanzania para estar conmigo. Hemos conversado larga e íntimamente. Tengo el misterioso poder de sacarla del carril de su dispersión alegre y desbocada e introducirla en un plano de comunicación profunda, inteligente y centrada. Insistió en ver mis escritos. No le mostré la novela, pero sí los dos últimos cuentos, que le gustaron mucho y le parecieron sustancialmente diferentes a los primeros que escribí en mi vida y cuyos borradores ella conoció. (Eran espantosos.)

Luego le leí una parte de este diario, la relativa a las primeras sesiones de terapia. Sentimos ambas que en ese relato había una fuerza y una intensidad muy grandes. Quiero esa intensidad para mi novela. ¿Cómo traspasarla?

Me ha empezado a rondar una idea, que es hacer la obra con la verdad de la terapia que es la verdad de la vida. Me arrepiento de no haber registrado línea a línea las sesiones posteriores. Hay una emoción y una verdad tan grandes en esas páginas, que no me resigno a trabajar con menos.

Lo que pienso es esto: unir lo que va ocurriendo en la terapia con el ambiente de la novela. Cuando hay referencias a lugares, gente, acciones, trasponerlas desde la realidad objetiva a esa atmósfera que alcancé a trabajar tan bien.

¿Será un pensamiento disparatado? Esas pocas páginas del diario tienen la trabazón apretada que echo de menos en mi propio intento narrativo. ¿En qué medida el plano de la terapia puede vincularse con el paisaje y la vida de las salitreras? Deberían poder fundirse. Todo escenario o argumento debería corresponder a las inquietudes profundas que contiene toda terapia. Si no es así, no tiene sentido escribir. Si las capas no pueden ensamblarse, está mal elegido el tema.

Me está ocurriendo ahora lo que relaté al principio de este diario. De nuevo no sé quién soy. En mis dos primeros libros necesité llorar la no identidad. Ahora tengo menos ganas de quejarme, como si la herida se hubiese cerrado. ¿O se cerró dejando la infección adentro?

Sigo sin saber qué hacer en el mundo, fuera de escribir y amar. Ahora amo menos, con menos exaltación, con menos incondicionalidad. ¿No es una locura la obsesión por escribir? Si me cuesta tanto, si tengo tan poca facilidad, ¿por qué me empeño? Años en que la energía interna estuvo dirigida a un par de obritas, demasiado tiempo para tan escaso resultado. María Luisa Bombal decía: escribir es lo único que sé hacer. Me pasa lo mismo, con una variante. Es lo único que algunas veces he podido hacer. Porque no lo sé hacer, realmente. Carezco del oficio que ayuda a las búsquedas.

Sábado 17 de octubre de 1992

Ayer le hablé al gigante de mi relectura de los escritos sobre las dos primeras sesiones de terapia. De mi propio asombro frente a la intensidad y la verdad.

—No me extraña —dijo.

—¿Por qué lo afirma? —pregunté.

Respondió:

—Le voy a confesar algo. Empecé a leer su libro *María Luisa*.

Quedé inmóvil un momento.

Siguió, casi disculpándose:

—Yo le había contado que estaba en deuda con María Luisa, que nunca la había leído.

En ese momento, se refería a la escritora, a la Bombal. No a mi *María Luisa*.

Tuve simultáneamente dos pensamientos contradictorios. No podría decir cuál fue primero. Empezó a leerlo, me dije, porque soy una paciente que le importa, porque valoriza mi mundo. Y empezó a leerlo, también me dije, porque la noticia del interés del Fondo de Cultura Económica por publicar la obra le llamó la atención. Me incliné por la segunda explicación. Era demasiado coincidente la fecha de la carta de la editorial con su impulso por conocer el libro. Mi parte realista alcanzó a vislumbrar que si el gigante había reaccionado así, el público también lo haría y me alegré por mí y por mi *María Luisa*.

En este metro cuadrado de vida en que ahora estoy situada, advierto un gran progreso en mi pragmatismo. Mi almita no se arrugó ni mi sensibilidad se hirió ante la eventualidad de que el gigante hubiese necesitado, como todos los seres humanos, un seguro de fe, la aureola del prestigio para creer y que no hubiese llegado al libro por los irremplazables motivos de la comunicación gratuita.

No le extrañaba, explicó, porque *María Luisa* también está basado en una realidad. A usted, Ágata, le importa la realidad más que la fantasía o lo imaginario.

Lo sé. Frente a ella el relato es directo, no hay frases literaturosas. Las cotas son claras.

—Hay en usted un sentido de análisis de la realidad —oigo decir.

—¿Análisis? —pregunto.

La palabra me mata, me desorienta. Lo percibe y se explica más. No es en el sentido de análisis científico, sino en el de cuestionar la apariencia, en dejar que la sensibilidad pura reaccione frente a ella. Pero no estoy segura de si fueron sus palabras exactas. Algo distrajo mi atención. Algo como un pequeño miedo, como un temblor.

¿Por qué me perturba la palabra análisis? Me sentí desnuda, desvalida, inepta, muerta de frío. Quizás porque tengo

conciencia de que mi especial modo de análisis es relativo, limitado, irracional en cierto modo, una mezcla sin método de emoción y razón.

Sin método. Por lo tanto, indirigible. Está ahí, pasivo, sin motor propio, esperando que algo lo mueva, que algo lo despierte. Algo tan caprichoso como la inspiración, pienso. Y la idea de inspiración me lleva de nuevo al terreno de la creación, del que la sola mención de la palabra "análisis" me ha expulsado sin piedad.

Ya no sé qué hacer ahí. Desconozco ese horizonte y esa brisa, la creación me desconoce.

Llega la voz del gigante como si hablara desde muy lejos:

—Esto no se opone a la síntesis. En sus relatos hay una enorme síntesis, mucho simbolismo.

Tengo la impresión de que quiere consolarme, casi retirar lo dicho. Se ha dado cuenta de que hemos tocado un punto grave, trascendental: en esa mezcla arbitraria de emoción y razón puede estar la clave de mis dificultades literarias.

Es el impulso, la necesidad, la inspiración, lo que lleva a escribir. Por lo menos en mi caso.

Y aquí me encuentro con la boca abierta, parada con las piernas abiertas para equilibrarme en el áspero potrero de la creación.

Que la emoción tenga que mover a la razón, ¿no es una tarea muy pesada para su frágil estructura? ¿No es todo esto una ironía, un contrasentido terrible?

¡Si la emoción despertara sólo sueños acabados, como en las escenas finales de *Mi pobre tercer deseo!* ¡Si su poder uniera en silencio los hilos que la luz del día no permite tejer!

La palabra *análisis* me ha puesto alerta.

Martes 3 de noviembre de 1992

Soñé de nuevo con la casa de la calle Ejército en que vivimos con mis hermanos en los años universitarios. Pero si ya en esa época era parte de una construcción mayor dividida y refaccionada, ahora estaba cercenada de una manera grotesca. Mi madre se había trasladado ahí, pero sólo ocupaba un dormitorio y un pedazo del living separado del resto por una plancha de cholguán. Sin compañía, sin teléfono y hasta sin vecinos, ya que en ese

momento nadie habitaba la parte más grande de la casa. No quiso suprimir el tabique que daba al lugar un aspecto menesteroso y sórdido. Tenía una cama en una pieza estrecha cercana a la escalera de entrada, frazadas tejidas en el punto correteado de las bufandas y una mesa con dos sillas. Me horrorizaba saberla viviendo en esas condiciones, pero al mismo tiempo me decía: quiere hacerlo, es su voluntad. Con una lógica más propia de la vigilia que del sueño, una voz me decía que si por motivos diversos ella no pasaba más que dos o tres días seguidos en la casa de mi hermana o de mi hermano, la única solución era invitarla a vivir conmigo. Aunque hacía lo posible por taparme los oídos, la conciencia de su estatura disminuida y de la fragilidad de su vejez eran reproches constantes que me perseguían.

—¿Está contigo? —le preguntaba a María Eugenia.

—No. Volvió a su casa de Ejército.

—¡Su casa! ¡Eso no es casa!

—No lo es. Pero a ella le gusta.

Iba a decirle: ¿cómo la dejaste ir?, cuando me di cuenta de que no tenía derecho.

Me mortificaban la situación, mi egoísmo, mi descuido, mi capacidad de pasar días y días sin verla.

Tomé el auto y me dirigí hacia Ejército. La puerta de calle completamente cerrada y yo tocando el timbre durante mucho rato, veinte minutos, una hora. Mi madre no respondía.

El sonido se transforma en la campanilla del teléfono que me despierta, le cuento al gigante. Es mi mamá. Sus protestas deshacen mi angustia. Está enojada porque la muchacha de la cocina quiere robarle, está segura porque no mira de frente y la que no mira de frente es ladrona. La consuelo diciéndole que como la enfermera es un sargento, no lo permitirá. Reclama un rato y acepta. Luego me dice que todavía quedan rosas blancas en su jardín, pero que las rosadas y las color té se marchitaron. El jardín ha sido desde hace muchos años el gran tema común con mi madre. Mis hortensias vienen de su casa, las pequeñas agateas de su entrada son de la mía. Casi siempre estamos de acuerdo, pero no entiende que me gusten las lobelias, tan insignificantes. Me llama porque la mañana está muy fría a pesar de ser noviembre y como soy tan porfiada y no sé cuidarme, debo abrigarme mucho si salgo. ¡Me regaña, qué alegría! No existe la miseria del sueño.

—Sí existe —rebate el gigante.

—¿Por qué?

—Existe en su percepción. Es la miseria de la vejez extrema. El horizonte estrechándose cada vez más. Así ve usted a su madre.

Miércoles 4 de noviembre de 1992

¿Se puede soñar por capítulos, una noche tras otra? En mis sueños de esta semana viajé dos veces seguidas a Punta Arenas. En la realidad, hace diecisiete años que no he vuelto a la ciudad. La última vez, Luis Cristóbal iba a cumplir cuatro años y Sebastián dos.

El primer sueño fue muy raro. Yo viajaba representando algo importante, alguna institución distinta a mi simple humanidad. Llegaba a un lugar del centro de Punta Arenas nuevo y desconocido para mí, una manzana dividida internamente por pasajes y grandes locales, la decoración modernísima, paneles de brillante acrílico negro, pisos también brillantes, iluminaciones halógenas, todo geométrico y limpio de líneas. En los departamentos de arriba gente muy sofisticada, hombres y mujeres jóvenes, actores semidesnudos, modelos, travestis, rostros blancos de mimos y cabellos negrísimos enrulados con gel, ropa loca que no recuerdo, ni tampoco recuerdo lo que hablé con ellos. El lugar quedaba cerca de la Plaza de Armas, superpuesto —y está muy bien usada la palabra, por sus bases de pilares delgadísimos que lo elevaban sobre el nivel de la calle— a un sector de mansiones antiguas que conozco muy bien.

Me iba de ahí repentinamente y caminaba hacia la calle Errázuriz. Me veo subiendo la pendiente suave, buscando a Fresia. La encuentro en una casa parecida a la de su infancia, con olor a cuero y madera, un poco polvorienta, un poco oscura, llena de cacharros y objetos antiguos, muy distinta a las moradas luminosas que ella habitaría después.

Sí, estaba Fresia con su traje de cachemira rosada un poco desteñido, callada y arrebujada con una manta, pero estaba viva.

En el segundo sueño voy a Punta Arenas por mi cuenta. No paso por el centro. Me veo en la calle Ecuatoriana con su pavimento de huevillo y en la playa de la avenida Colón, que siempre me gustó tanto.

Estoy deslavada, con el pelo muy corto, sin maquillaje y con un rostro más borroso que lo normal. Visto un abrigo azul marino muy simple y usado, como de colegio. Paso al lado de la

gente y nadie me ve. Llevo varios días vagando por la ciudad y no se me ocurre qué hacer. El plazo del viaje va a terminar y ni siquiera he recordado que mi amiga Olguita Ursić vive en Punta Arenas. Esto es recurrente, lo he soñado varias veces: voy a Punta Arenas, olvido llamar a Olguita y cuando me doy cuenta es tarde y me angustio. Cuando está a punto de suceder lo mismo aparece una mujer alta y rubia, vestida de un llamativo color verde y con los labios muy pintados. Es Olguita. Nos abrazamos, qué alegría. Llega enseguida Fresia. Ahora su traje rosado es celeste, idéntico, la misma cachemira y la misma forma, pero celeste. También se ve muy rubia y con los labios pintados, aunque en medio de esos colores desafiantes su rostro es cada vez más azulado, en armonía con el vestido, en armonía con la muerte. En medio de la conversación aparece Diamela, silenciosa, muy altanera, vestida de negro, con la cara muy blanca y el pelo muy oscuro, conduciendo lentamente un coche con un bebé. Las demás dejan de hablar. La escena adquiere una luz similar a la de *La strada* de Fellini, el blanco y negro es intenso y cegador.

Al contarle los sueños al gigante, debo explicarle de nuevo quién es Olguita. Parece mareado con tantas amigas.

—Las he recogido a lo largo de la vida. Un arco que parte a mis diez años con Olguita y Fresia y llega hasta el presente. O un poco antes del presente, porque mis últimos hallazgos, Leticia y Diamela, existen desde hace unos buenos seis años en mi horizonte.

—En cambio, nunca nombra a hombres, fuera de Pepe Donoso y Vittorio Cintolesi. ¿Qué pasa con los amigos?

—Se han ido.

—Pero, ¿existieron? ¿Tuvieron fuerza?

—Muy grande. Siempre había en mi mundo interno varios hombres. Al enamorarme, estaban en mí todavía los ecos y murmullos de amores anteriores. Los lazos nunca terminan de un día para otro. Subsistía la complicidad amarrada por el deseo derrotado pero no muerto.

Se fueron esfumando las presencias. Dejé de oír los ecos, los olvidé. No hubo relevo. Nadie llenó el lugar del recuerdo. Algunos amigos —aquéllos con los cuales no hubo erotismo— tomaron caminos incomprensibles. Me aburrieron los discursos repetidos, si quiero ser franca. No sucedió lo mismo con las mujeres, a pesar de las experiencias distintas. Persiste en todas un afán de búsqueda y un sentido de la comunicación que trasciende las diferencias.

—En resumen, en cuanto a amistades masculinas está un poco desabastecida.

—Pero no necesitada.

—¿Lo atribuye a su matrimonio?

—Nunca lo había pensado, pero sí, tiene razón. Lucho llena en gran medida mi necesidad de lo masculino. Y además me ha fabricado, como él dice, dos hijos varones.

—¿Esta presencia masculina es parecida a la de antes?

—Distinta. Y muy cálida. Estoy envuelta por ellos.

—¿Por qué sonríe?

—No me di cuenta. Estaba pensando en Luis Cristóbal. Practica el *zapping*, ¿sabe? Igual que su padre. Es una costumbre bárbara de este siglo y prioritariamente masculina. En esos momentos los aborrezco.

—¿Sueña con sus antiguos amores?

—Muy poco. Lamento desilusionarlo.

—No me desilusiona. Porque tampoco sueña con sus amigas, sino consigo misma.

Me propone una interpretación. Las tres mujeres del sueño son las opciones en que me he debatido. La posibilidad de ser tranquilamente madre y amante, como Olguita. O envenenarme con la creatividad ahogada hasta morir consumida por el cáncer, como Fresia. Y finalmente la literatura realizada, la obra cuya luz blanca apaga lo demás: Diamela.

Jueves 5 de noviembre de 1992

Choqué. Iba a comprar lobelias y primulas al jardín de Espoz. Se cumplió uno de mis terrores más ocultos. Al terminar de cruzar lentamente —demasiado, quizás— la calle Francisco de Aguirre, sentí un golpe estruendoso por el lado derecho y vi volar por los aires a un motociclista que venía a una velocidad tremenda, al punto de destruir completamente la puerta y el parachoques de mi auto.

(Llega la primavera y siempre hay pedazos de tierra desnuda. Amo los cubresuelos y las plantas que florecen sin aviso.)

Quedé paralizada y después de unos minutos me bajé como un robot. El muchacho que manejaba la moto se lastimó una rodilla y la acompañante sufrió un golpe en la cabeza. Yo otro. Todos estaban conscientes, sólo magullados. Lo peor había

pasado, no había muertos ni heridos graves. Viajaba conmigo don Gregorio, a quien sólo le aconteció el susto más grande de su dulce vida de jardinero.

Cada invierno hago esfuerzos para que las plantas se extiendan por todo el jardín. Nunca resulta y termino recurriendo a flores de temporada que no me convencen. Rechazo el colorido fuerte de las petunias y las orejas de oso, reprocho su orden y la transitoriedad de sus raíces.

Sebastián primero, Lucho después, vinieron a buscarme a la esquina del choque y me acompañaron a la comisaría de Vitacura. Detención de ambos conductores, incautamiento de los averiados vehículos, alcoholemia. Llamé a René Farías, abogado penalista que me inspira confianza. Me sobrevino una rara lentitud en los movimientos: el estupor frente al milagro. Me había librado de una desgracia verdadera. Matar a otro o dejar inválido a un hombre joven, ésas son desgracias verdaderas. Lo demás son maneras misteriosas de la vida de acercarse a sí misma.

Nada me importaba afrontar el juzgado, la discusión de la culpabilidad, los trámites, el costo de la reparación del auto. Tuve que esperar mucho rato y me senté en un tronco de árbol caído en el patio de la comisaría. Añoré las lobelias que no alcancé a comprar, sus pétalos azules y minúsculos, esa ternura que las distingue de las demás flores. No mencioné mi golpe en la cabeza para que no me mandaran al hospital. Sólo me dejaron en libertad a las seis y media de la tarde, una vez que el informe médico estableció que las lesiones eran leves y dio de alta a los motociclistas.

Jueves 26 de noviembre de 1992

Mi primo Iván tuvo una buena muerte. O más exactamente, un buen final de vida. Cuando llegó a Lausanne hace ocho años, encontró sin buscarlo lo que tanta gente persigue con desesperación durante toda su existencia: una tarea en el mundo. En Chile sólo había podido aplicar su fantasía a los motores de autos. En cambio, en Suiza se convirtió en pocos años en un diseñador teatral original y apreciado. Sus conocimientos de electricidad sirvieron para fabricar objetos mágicos y árboles descomunales que cambiaban de forma y se encendían gradualmente, acompañando a los personajes de la penumbra a la luz. "¿Te das cuenta?", me decía Maritza la última vez que estuve en París, cuando

su hermano aún estaba sano. "Nosotras dedicadas toda la vida a buscar nuestro destino y aquí está él, a quien nunca le preocupó encontrarlo y le cae en la cabeza como un sombrero."

El hallazgo lo hizo feliz.

Murió en Lausanne de cáncer al pulmón. Exactamente un año y un mes después de mi amiga Fresia. 25 de octubre, 25 de noviembre. No he llorado por ninguno de los dos. Sin embargo, se han desgarrado a tirones nudos amarrados en la infancia, distintos a otros nudos.

En dos años han muerto de cáncer mi cuñada Gabriela Brahm, Gabriela Boza, Fresia y ahora Iván. Nadie demasiado joven ni demasiado viejo, todos entre los cincuenta y cinco y los sesenta años, una edad que parece todavía temprana para irse de la tierra. Lucho está viajando por Europa hace dos semanas debido a los proyectos de la ONG (Cide) y pudo llegar a Lausanne a acompañar a Maritza. Ella le contó que en el último momento Iván dijo: "Ya es la hora, es suficiente." Tomó la máscara de oxígeno, se la sacó y la depositó suavemente sobre la cama. Murió enseguida.

Aquí hubo una ceremonia organizada por sus hijas en la iglesia del Seminario. Todo de acuerdo a lo que él dispuso, en un espacio religioso, pero sin misa ni liturgia, con palabras espontáneas y la música de *Carmina Burana*, que tan presente estuvo en el aire de Chile en los años cincuenta. Fui con María Elena. Me asombró descubrir la huella de mi primo en el alma de sus hijas. Irresponsabilidad, irrealidad, inocencia, inconsistencia y todo lo que el exigente mundo del orden solía reprocharle se traducían en una herencia de libertad. Para las niñas Gligo Sanfuentes había sido un hombre libre y así lo habían visto y amado.

Aunque muchas veces me burlé descaradamente de las extravagancias de Iván y otras me aburrí con él, el nudo de infancia se apretó en el tiempo. Me doy cuenta de que las muertes que causan más tristeza son las que interrumpen una conversación inacabada. Yo quería hacerle preguntas. Y también a Fresia.

Viernes 27 de noviembre de 1992

Va a nacer Sebastián. Hay un mesón de carpintero preparado para recibirlo. De repente lo veo sobre la cubierta. Es un ovulito o algo muy pequeño, de menor tamaño que un garbanzo. Quizás del

porte de una lenteja, pero redonda, con una mezcla de los colores del pelo y la piel de mis hijos. Hay que mudarlo, me dice Lucho. Trato de tomarlo y se me resbala entre los dedos varias veces seguidas. No logro manipularlo, es demasiado pequeño y tengo miedo de que se pierda o se caiga del mesón. Por suerte empieza a crecer. En días se transforma en un niño de un año, hermoso y sonriente. Tiene sus grandes ojos azules más luminosos que en la realidad y una carita redonda y sonrosada que nunca tuvo. Aunque el niño tiene un año, habla, reflexiona, hace cálculos matemáticos. Crece rápida y bellamente.

Miércoles 2 de diciembre de 1992

Fui a la Estación Mapocho a la segunda reunión del proyecto "Letras de España". Esta vez con la prensa. En el primer momento nadie me reconoció. Absolutamente nadie. ¿Es que antes era sólo mi pelo?, me pregunto. ¿No tenía rostro, no tenía personalidad o expresión?

Me parece que no existo.

La ausencia del pelo es la cara visible de la mutilación. Según el gigante, la mutilación fue un golpe mucho más fuerte de lo que he aceptado conscientemente. La sensualidad del cuerpo se me hizo ajena y estoy excluida de la naturalidad de lo cotidiano. Tiene razón. No sólo me avergüenza mostrarme desnuda frente a Lucho, sino que es muy duro y difícil elegir ropa, sobre todo en verano: sin escotes grandes, sin cinturas marcadas, con mangas que oculten el brazo derecho a menudo inflamado por la falta de ganglios. Vestirme y arreglarme ya no es un ejercicio de gozoso narcisismo, sino un prolijo trabajo de disimulo para verme menos mal, menos deforme, menos encorvada. Pronto vendrán la piscina, el mar, y seré descalificada por el aire y el sol. Intuyo que todo lo que me está ocurriendo le pasa a la gente con la vejez. En mi caso, la enfermedad ha modificado el tiempo y me ha llevado a un momento ambiguo, ni vieja ni joven, esfumado el erotismo y cubierta de defensiva indiferencia.

Una mutilación siempre será peor que la más grave de las heridas, le digo al gigante. El dolor de una herida significa que la carne está viva y presente.

El doctor C. afirma que todo esto es muy serio porque me atacó en mi identidad femenina.

Lo estoy sintiendo así cada vez más. Desde que los médicos me hablaron nuevamente de la cirugía reparadora, me parece que no podré volver a vivir con todas mis vidas mientras no la afronte. Ya no se hizo esta primavera. El doctor José Miguel Reyes opinaba que era el momento, que el estado psíquico y la calidad de vida son decisivos para la recuperación definitiva y que, aparte de eso, en mi caso es muy recomendable por los problemas secundarios a la columna vertebral. Desde la mastectomía, camino un poco torcida inclinando el hombro derecho hacia adelante y pegando ridículamente el brazo al torso. El gigante me anima a esta aventura quirúrgica: dice que será otro gesto de lucha por la vida. A Lucho, en cambio, le parece alarmante. María Elena me ha dicho de frente que lo considera una locura. Sin embargo, los oncólogos aseguran que no hay relación entre la momentánea debilidad que pueda producir la operación y el avance de la enfermedad: que según los últimos estudios, la cosa va por complicados caminos inmunológicos que no se relacionan con la pérdida de sangre. Pero lo que realmente me detuvo fue la opinión negativa de la doctora Raquel Herrera. Estima que mi estado ha sido crítico debido a las metástasis a los ganglios y que es preferible no arriesgarse. Este único dictamen médico contrario tuvo mucho peso sobre mí, pero ahora siento de nuevo que el asunto no se ha cerrado. Que está pendiente, muy pendiente.

Jueves 3 de diciembre de 1992

Este año sólo he tomado pequeños trabajos sueltos, compromisos compatibles con los vaivenes de mi salud. Ahora que ya estoy bien, debería pensar en algo más estable. En este momento estoy dedicada a editar las ponencias del congreso sobre la lucha contra la pobreza, que me encargó la oficina de Chepita. Tareas de este tipo me permiten compenetrarme en temas políticos y sociológicos que me interesan mucho y que no domino. Pero lo que más me gusta es el contacto íntimo con el idioma: revolcarme con él. Gozar de la artesanía del lenguaje sin las angustias de la creación.

Constanza está todavía en Santiago. En este viaje la he visto mucho. Hoy me acompañó al Parque Arauco a comprar una chaqueta de lino negro. Soportó estoicamente que me probara en cuatro tiendas distintas, quizás por la comprensión de su alma de

pintora de la búsqueda estética. Tiene menos paciencia para su propia ropa y es capaz de encasquetarse cualquier cosa y salir como un mamarracho si está apurada. A pesar de que el tiempo borra las diferencias de edad, todavía la veo como sabia y experimentada, maternal y protectora hacia mí.

No puede comprender por qué en el momento más esplendoroso y triunfante de mi vida, el momento en que lo tenía todo, belleza, éxito literario, poder, cierta tranquilidad económica, marido amante, hijos encantadores, una casa agradable, en ese momento preciso tuve que fabricar un cáncer. ¿Por qué culpa remota? ¿Por qué me quería castigar?

Se lo cuento al gigante con las mismas palabras.

—¿Y usted qué opina? —pregunta.

—Que sí.

—¿Sí qué?

—Que me quería castigar, que siempre he tenido sentido de culpa.

—Siga.

—En el colegio, porque era rubiecita y más capaz que el promedio. También porque me creían rica, aunque en realidad mi familia nunca lo fue. Más tarde, en la universidad, no era lo suficientemente rubiecita y rica (muchos lo eran más), pero era hermosa de lejos y estaba entre los mejores alumnos.

—¿Usted cree que fue por eso? ¿No le da vergüenza decirlo? Es una explicación muy fácil, impropia de usted.

Me siento estúpida. Tiene razón.

—La pregunta es otra: ¿por qué sus dones se revirtieron, le pesaron? ¿Por qué no los pudo llevar como algo natural? ¿Se sentía indigna? ¿Por qué?

No sé contestarle.

—Sólo sé que nunca pude ser yo misma sin provocar molestia en algunos. Y adoración en otros.

—La adoración dejémosla aparte. Por esta consulta han desfilado los nombres de muchos personajes adorados, adorables y adoradores —(veo que sigue fastidiado con mis amistades)—. Eso se juega en el terreno de las relaciones personales. Lo interesante es la molestia.

—¿Por qué?

—Porque tiene que ver con lo colectivo. Con la relación con el medio, con la sociedad en abstracto. Con la integración a la comunidad.

Integración. Vienen a mi mente las palabras desintegración, exclusión, desarraigo, que he empleado para describir la temática de mis libros. ¿También se relaciona con mi deuda, la más antigua e indeterminada de las deudas? Insisto en quejarme:

—Es que toda la vida me lo han cobrado todo. Como si no tuviera derecho a ser como era, y esto ocurría aun en mis épocas oscuras, de no hacer nada. Usted conoce a Vicky. Me hacía sentir culpable de mi estabilidad matrimonial, de mis hijos, del encanto de mi casa, de la prolongación inexplicable de mi juventud de entonces. Y luego vino el éxito de *María Luisa*. Un día, en el viaje al Norte, conversando en una de las cabañitas de Mejillones, me increpó diciéndome que yo lo tenía todo, que era importante porque era abogada (jamás pensé que reparara en tan burguesa categoría), que tenía premios de la Academia, de la Municipalidad y de las revistas, que ella llevaba veinte años en el arte sacándose la cresta sin resultados y llegaba yo con mi primer libro y de un día para otro todos me conocían, me invitaban a todas partes, a las universidades, a las embajadas. Me lo tiró a la cara como un delito. Quedé atónita y luego respondí: si tú dices eso, tú que eres mi amiga, ¿qué puedo esperar de los demás?

—¿Y en los últimos tiempos? ¿En la Dirección de Cultura?

—Imagínelo. Sólo cabía la eficiencia en el servicio, la perfección en la mirada. Y no era posible. Nunca es posible, pero en ese caso menos. Cuando acepté el cargo, lo hice en el entendido de que se nombraría de inmediato una comisión asesora para las políticas culturales. Por diversos motivos no ocurrió y la necesidad quedó suelta y flotando. Se hubiera podido cumplir mejor si no hubiera existido la representación. ¡La representación! En verdad no la esperaba. La gente buscaba a toda costa la presencia y el contacto con la autoridad. Odié la representación: es la función para mí menos importante, pero robaba espacio a las sustanciales.

—¿Por qué me cuenta todo eso justamente ahora?

—Porque mi deuda continuaba creciendo.

—¿Se sentía acorralada?

—Sí.

Guardo un silencio largo y luego sigo:

—Creo que el diagnóstico del cáncer fue en cierto sentido un alivio.

—Ha bajado la voz para decirlo.

—Pero lo dije.

Lo dije, sí, finalmente. ¿Qué sentí en realidad? Tendida en una cama, desvestida de oropeles, en manos ajenas, a merced de la suerte, con una enfermedad que me marca, puedo empezar a dialogar con los otros. Soy una más, otra mujer desvalida. Soy lo que soy en realidad. Por eso me siento aliviada, por eso respiro. Por fin soy. Ya no estoy envuelta en el brillo ni en nada que me separe de los seres humanos. Están posibilitados de quererme, hasta autorizados a compadecerme.

En esta confesión quedamos.

Viernes 4 de diciembre de 1992

En el espacio del poder el desconcierto llegó pronto. Las audiencias —urgentes, impostergables, ineludibles— eran infinitas, como las cabezas decapitadas de una hidra que vuelven a crecer. En la cuarta semana, yo miraba con desánimo una larga lista que me ocuparía la mañana. "Ferdinando Amiel: 10:30 horas." ¡Ferdinando Amiel! En alguna parte he oído este nombre pero no puedo recordarlo. Mi secretaria hace pasar a Amiel. En el vano de la puerta veo una figura fornida, no muy alta, el pelo demasiado largo para la edad y unos grandes bigotes en medio de un rostro desafiante. Empiezo a sonreírle para iniciar el saludo y, antes de responderme, el tipo levanta la mano derecha, esgrime el índice y empieza a hablar. Recuerdo todo en un segundo. Fue en un acto en la Biblioteca Nacional. Pidió la palabra, se puso de pie y se refirió a su obra, un opúsculo todavía en fotocopia titulado "La bendición de las armas". Ahora dice algo muy distinto: que después de soportar diecisiete años de dictadura, ha llegado el momento de la cultura y de las artes y que él tiene un proyecto que la División podría financiar. ¡Pobre Ferdinando Amiel! ¡No alcanzó a exponerlo! Si por lo menos no hubiera cometido la torpeza de renegar de la dictadura frente a una funcionaria con memoria. La torpeza sigue siendo el peor pecado: el cargo no me ha santificado. Le respondo simplemente: "No. No es posible." Me mira asombrado, más sorprendido por mi claridad que por mi negativa. La mano derecha cae derrotada. No entiende lo que ha pasado. "¿No es posible? ¿Definitivamente no es posible?", repite incrédulo ante la implacabilidad y falta de diplomacia de mi resolución. "No es posible. Muchas gracias por la

visita." Lo acompaño a la puerta, sin recuperar todavía la sonrisa que se detuvo a medio camino en mi rostro.

Sábado 5 de diciembre de 1992

Tengo que ponerme al día con los sueños que me han visitado, asaltado, inquietado, cansado y fascinado. Sueño mucho, hasta cuando hago siesta. Éste es uno de los pocos que recuerdo:

Estamos en una clínica. Aparece María Inés B., alta, perfumada y muy tranquila. No hace frío, pero lleva un elegante gorro de marta cebellina y se protege las manos con un manguito de la misma piel, como una perfecta Ana Karénina. Se va a someter a una operación moderna en que le sacarán una parte de la médula espinal y la congelarán tres días. Es para salvar una vida, la vida de un perrito. Me indigno, no puedo comprenderlo. Después veo al perrito en la pantalla, en la frente tiene todavía la huella de una cicatriz muy grande. Me da cierta ternura. No recuerdo qué más ocurre. Hay una segunda operación y el perrito parece un niño. María Inés sigue imperturbable, congelarse no es nada, dice con esa facilidad que tiene para aceptar cualquier adelanto tecnológico.

Veo de nuevo la pantalla: es realmente un niño de más o menos un año. Mi disgusto se transforma en admiración y felicidad.

Lunes 21 de diciembre de 1992

Ha pasado algo horrible, que me cuesta escribir. Gabriela Maturana y Hernán Correa volvieron de un viaje de dos meses por Europa hace algunas semanas. Hernán sintió algunas molestias en el estómago y consultó al médico el 4 de diciembre. El diagnóstico fue categórico: cáncer gástrico terminal y quince días de vida. Mentira, mentira, no puede ser pero así es. Exactamente quince días, ni uno más y ni uno menos. Cuando me enteré del vaticinio quedé inmóvil, enmudecida e impotente.

(Querida Gabriela, mi compañera de la Escuela de Leyes, una amistad nacida a los dieciocho años que se mantuvo en el tiempo sin mayor necesidad de convivencias cotidianas, querida Gabriela, la primera vez que te nombro en este diario es para contar esta desdichada historia. ¡Cómo quisiera no haberte nombrado nunca!)

No fui a la clínica. Fue una reacción muy rara en mí. Di la espalda a la desgracia para que la desgracia huyera, para que alguien me llamara diciendo que todo fue un error y que Hernán estaba bien. A mi manera apelé a la magia, pero no resultó.

"Ha muerto un príncipe entre los hombres de este mundo", dijo por televisión el ministro del Interior, Enrique Krauss. Hubo emoción en esa declaración pública. Sonó verdadera. No es algo frecuente.

Príncipe entre los hombres. ¿Por qué Hernán? ¿Por qué ese hombre justo, generoso y amado? ¿Por qué se queda sola precisamente Gabriela? Al volver del viaje me dijo: "Soy una privilegiada de la vida. He cumplido treinta años de felicidad matrimonial." Esta declaración era real para quienes los conocían. Estaban unidos por creencias, por fe, por un sentido de la vida superior a la contingencia.

Lo enterraron hoy. El Presidente de la República, don Patricio Aylwin, quiso asistir. (Un año y medio atrás Hernán había sido nombrado presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago.) Hubo una misa en la iglesia de la plaza Pedro de Valdivia, llena de bote en bote de gente atónita frente a las decisiones del destino. De la Providencia, dijo alguien.

No acepto, me rebelo. Podríamos haber enterrado en el Parque del Recuerdo a otro en su lugar. Uno menos inteligente, menos generoso, menos encantador, uno que no estuviera casado treinta años con Gabriela Maturana. Uno que no hubiésemos visto pasearse por primera vez de la mano de Gabriela entre las columnas de la Escuela de Leyes. Algún ocioso, algún inútil, algún estúpido como hay tantos. ¡Tanto bruto suelto! Estoy pensando en dos, concretamente, pero es cruel escribir los nombres y los suprimo al pasar en limpio este diario. Reniego de mi humanismo: hoy los hombres no son todos iguales.

En la noche me llama Nico. Pienso que es porque sabe que la muerte de Hernán Correa me ha afectado (¡más que afectado, indignado!), pero no, se trata de mi madre. Mi hermano estuvo toda la tarde del sábado con ella, que casi no pronunció palabra en cuatro horas. Increíble: no hablarle al hijo amado. El médico no detecta nada especial, aparte del estado propio de su edad. Oigo al gigante asimilando la lobreguez de la casa de mi sueño al horizonte cada vez más estrecho de la vejez avanzada. Nico está sorprendido, cauteloso, habla con lentitud, hace pausas, no hace conjeturas.

1993

Viernes 8 de enero de 1993

Fui de verdad a Punta Arenas, a enterrar a mi mamá.

Murió diez minutos antes de la medianoche del 23 de diciembre. Casi el 24. Ella, que siempre lo había dirigido todo, intuyó en medio de su bruma que la vida se le estaba volviendo una carga demasiado pesada. Esperó —literalmente— que Nico volviera de su último viaje a Europa y al día siguiente empezó a dormir en las mañanas, lo que antes jamás se hubiese permitido. Era muy vigilante —en el sentido de vigilia—, pero durmió durante tres días seguidos.

El miércoles 23 pasé la mañana buscando una repisa llena de cajoncitos de distintos tamaños para poner remedios, cepillos, algodón, y toda clase de objetos que se usan en los baños. A la edad de mi madre, pensé, los más sofisticados regalos son los que aumentan la comodidad del baño o de la cama. El día anterior la había invitado a celebrar en nuestra casa una pequeña Navidad, a las ocho del día 24. Puso algunas dificultades, pero aceptó cuando supo que vendrían Nico y su familia, y María Eugenia y la suya. Nos reuniríamos, encenderíamos el árbol, abriríamos los paquetes y la llevaríamos a acostarse prudentemente temprano, suprimiendo la tortura de la anciana obligada a esperar sin ilusión la medianoche de una fiesta. Después nosotros iríamos a la cena de mi cuñada Yoli.

Había oído decir a mi madre que no encontraba los adornos de Navidad, por lo que a última hora me desvié hacia Providencia para comprarle dos docenas de esferas brillantes. Aunque el arbolito estuviera abandonado en un living con las persianas cerradas por el sol del verano y la dueña de casa en su dormitorio, arriba, me pareció importante mantener el rito. Cuando toqué el timbre con la bolsa plástica en la mano, la empleada me dijo:

—¿Qué, no sabe?

—¿No sé qué?

—Se llevaron a la señora a la Clínica Indisa. Estaba muy mal.

Era un proceso de deshidratación, me explicó María Eugenia apenas llegué. Los exámenes, sin embargo, aparecían bastante normales. Estuvimos con ella hasta tarde, pero no abrió los ojos. Ya en mi casa, cerca de la medianoche, oí que Lucho respondía a media voz una llamada de Nico y le decía que yo estaba durmiendo:

—¿Qué pasó?

—Parece que ha empeorado. Nico dice que no te levantes porque puedes enfriarte, pero que llegues mañana temprano a la clínica —Lucho estaba muy cansado, agobiado por el ajetreo de diciembre.

Me levanté sin ruido y fui a la pieza de Luis Cristóbal.

Luis Cristóbal y Sebastián me llevaron enseguida a la clínica. A esa hora, la entrada era por la sección de urgencias. Una rampa inclinada nos condujo al primer subterráneo. La iluminación era escasa y los pasillos apagados. Lo primero que vi fue a María Eugenia en una semipenumbra firmando un documento ante una ventanilla. Se dio vuelta, hizo un gesto, y supe que mi madre había muerto.

—Está en la capilla, aquí al lado —me dijo.

Tuve miedo de verla, pero me urgía encontrar a Nico.

Estaba solo, pálido e inmóvil, de pie junto al ataúd. Lo abracé muy fuerte y empezó a sollozar suavemente en mi hombro. Me dijo: "¿Por qué, por qué tuvo que pasar algo así?" Repetía la pregunta como si lo ocurrido fuese un hecho inesperado y extraordinario, y no el deceso natural de un ser humano de noventa y dos años. Su emoción de hijo le turbaba el razonamiento.

—Piensa en todo lo que diste por ella, cómo te preocupaste, cómo la acompañaste. Puedes estar tranquilo, en paz —lo consolaba yo.

—Sí, pero todavía podía haber vivido unos años más, cuatro o cinco, ¿no te parece? ¿Por qué tuvo que pasar ahora? —gemía su hermoso amor de hijo y yo lo abrazaba, espectadora impotente del dolor de mi hermano por la muerte de mi madre.

El 26 de diciembre fuimos a enterrarla con Lucho y Nico. Quedó en la tumba con mi padre, mirando el mar del Estrecho de Magallanes a través de las rectas avenidas de cipreses del hermoso cementerio de Punta Arenas. Fue un viaje muy lindo. La ciudad se ha modernizado —aunque no en el

sentido psicodélico de mi sueño de noviembre pasado—, pero su corazón se mantiene idéntico. El mismo cielo tan azul y tan frío y los mismos pinares verdinegros de la avenida Colón. Todo me pareció fácil y armónico, como si hubiese estado por última vez ayer y no hace diecisiete años. Quizás los sueños prepararon mi regreso.

Sábado 9 de enero de 1993

Es una casa grande y conocida, claramente la casa de calle Magallanes 227 en Punta Arenas, donde viví mi adolescencia. El mismo escritorio, tal vez un poco más amplio, el mismo salón iluminado por un largo ventanal curvo. No soy yo la que vuelve a la casa, sino que la casa se ha desplazado en el espacio y se ha incorporado a mi vida presente en que Lucho y mis hijos existen. El único problema es que las piezas están atiborradas de objetos. Cajas, baúles, grandes cajones cuadrados de embalaje, obstruyen el paso e impiden deslizarse con fluidez. Doy vueltas buscando un lugar. Necesito un lugar para algo importante.

En los estantes del salón hay una colección de ánforas de vidrio elaborado. Sorprende verlas tan frágiles y expuestas entre los demás objetos empaquetados. Son blancas y rojas y las adornan dibujos de plomo, como en los vitrales. Las miro con atención y descubro el significado de sus formas, que a primera vista parecen abstractas: dos mujeres, una mujer sola de vientre hinchado, otra mujer estirándose y levantando los brazos en actitud de volar. El efecto de las líneas negras en relieve sobre el vidrio blanco y opaco es dulce y apacible. Las rojas, en cambio, tienen la transparencia de un rubí y su brillo excita el corazón. Mientras las observo siento una presencia molesta a mi espalda y tomo conciencia de que sólo he sido capaz de captar esos matices porque alguien, quizás Maritza, me los ha hecho notar. Si no, yo hubiera pasado de largo, sin percibir que había un tesoro. No supe qué primaba más: si el placer de esa belleza o el disgusto de no haberla descubierto con mis propios ojos.

Voy desde el salón hacia el interior de la casa. Sigo buscando un lugar en el cual estar con comodidad. Es que estoy embarazada, daré a luz un tercer hijo. Me distraigo, desorientada por las murallas de cajas, y pierdo más tiempo del que creía. Voy a la cocina, que no es la cocina de esa casa sino la de la mía

actual. En el pasillo angosto comprendo que ha transcurrido mucho tiempo y que estoy a punto de alumbrar. Llamo a Lucho y no me oye. Lo llamo de nuevo, pero no alcanza a llegar.

El niño nació después de un dolor intenso, un solo dolor de aviso. Yo estaba aún de pie y no pude sujetarlo. Cayó al suelo sin ruido, casi suavemente, creo que sin golpearse, pero supe enseguida que estaba muerto. Quedó de perfil. Era más pequeño que los recién nacidos, tenía la piel de un conejo deshollado y un aspecto irremediablemente inerte. Está muerto, le dije a Lucho, que había llegado a mi lado. Lucho preguntó: ¿cómo lo sabes? No lo has tocado, a lo mejor está vivo. No, le dije, está muerto. Basta mirarlo y, además, ¿no te das cuenta del silencio, que no ha llorado? Todas las criaturas lloran al nacer. Este niño no supo llorar. Lucho me miraba con pena por mí y con tristeza propia. Yo le dije: es que no encontré el lugar.

Viernes 26 de febrero de 1993

Regresamos a Santiago después de unas vacaciones por el sur al más puro estilo Lucho. Estuvimos cinco días en Caburga con Chepita y Vittorio, en una parcela retirada del lago y con vista al volcán Osorno. Me encantó estar con mis queridos amigos. Como las exigencias de la vida —de Chepita, especialmente— han hecho que nos veamos menos, cada vez que vuelvo a convivir con ellos me parece un redescubrimiento.

Mi biblioteca básica de este viaje consistió en *El perfume*, de Süskind; *El jinete polaco*, de Antonio Muñoz Molina; *La madre*, de Bataille, y varias revistas *Quimera* atrasadas. *El perfume* me impresionó profundamente. No lo leí cuando apareció y jamás hubiese pensado que hincaba el diente en un tema como la manifestación perversa en el arte del individualismo extremo. No comprendo el éxito de público de este libro, pero habla muy bien de su autor el haber sabido conducir un asunto de esa dimensión moral a través de un plano sensible y siniestro. *El jinete polaco*, en cambio, me pareció excesivamente trabajoso, me agoté pensando en todo lo que el escritor debió esforzarse para hacer coincidir las piezas de un crucigrama tan largo y perfecto. Sin restarle méritos, ese tipo de obras de aliento interrumpido no me emociona.

Después de Caburga, nos quedamos tres días en un

hospedaje con cocina a leña y arados oxidados al fondo de un gran sitio con pasto sin cortar. Un lugar como vi muchos en mi niñez, increíble de encontrar entre las lujosas cabañas que bordean actualmente el lago Villarrica.

Lucho propuso irnos a Puerto Montt por San Martín de Los Andes. El camino de Curarrehue pasa por un bosque espeso en que el sol se filtra entre los grandes ulmos, coigües, robles y avellanos, y da origen a planos profundos de luz y sombra. Más adelante vimos araucarias solitarias, a veces fantasmales, coronando los picos rocosos. Luego caímos en la parte cercana a Junín, árida y fea. San Martín de Los Andes es un pueblecito lleno de hoteles y posadas, construido con buenas maderas al estilo de los Alpes austríacos y escondido entre montañas muy altas, especial para amores clandestinos de chilenos, sobre todo en la temporada no invernal. Recordé a Fresia. Recorrimos los alrededores y comimos ciervo, que ofrecen en todos los restaurantes. Pero no soy la mejor compañía para un viajero inquieto. Todavía necesito mucho descanso.

En la pasada por Puyehue el auto tuvo una pana grave, justo entre la aduana argentina y la chilena, por lo que quedamos varias horas en tierra de nadie, un camino polvoriento en lo alto de los cerros. Nos sentamos en el suelo esperando no sé qué. Algunos viajeros se detenían, pero ningún recurso era adecuado. Después de una hora, vestida como estaba, una polera y un *short* blancos, me recogió un auto y llegué hasta el puesto chileno a buscar ayuda. Salimos momentáneamente del problema, sólo porque en esta vida se sale de casi todo, y llegamos a Puerto Montt después de pasar dos días detenidos en la hostería de Entrelagos.

En la isla de Tenglo, en la casa de Víctor Brahm y Lorette, encontramos a Luis Cristóbal y Sebastián. Lanchas de motor, esquí acuático, remo, partidos de fútbol y croquet en el gran prado que prolonga el jardín hacia la punta de la isla, renuevan para ellos el encantamiento de un lugar al que han ido desde niños. Los rododendros, las dalias rojas y las hortensias azules cuidadas por Lorette desbordan desde lo alto hacia el mar. Nos quedamos una semana. Pero lo que Lucho ama es la vida real del canal, el ruido de motor asordinado de las embarcaciones que traen las hortalizas de las islas, las velas de las lanchas chilotas infladas por el viento. Y detrás de la gran casa de tejuelas, las siembras, los manzanos cargados, el paseo ordenado de los gansos.

Martes 2 de marzo de 1993

Este verano he confirmado el efecto paralizante de la mutilación: sólo soy capaz de desplegar mi vitalidad a medias. La dirección obligada de esta senda es la vejez y la muerte. Necesito cambiarla, enderezarla. Es demasiado pronto. Ayer fui de nuevo a la consulta del doctor Wilfredo Calderón. Al verme decidida, propone realizar la operación el martes 16 de marzo, fecha lo suficientemente cercana como para evitar una tensión nerviosa prolongada, y a la vez bastante distanciada para permitirme realizar los exámenes previos. Miro mi agenda para responderle y me doy cuenta de que no me han notificado el día exacto de mi participación en el congreso "Letras de España". El médico me pregunta si eso es tan importante. Le digo que tanto no, pero es un compromiso adquirido, y que, además, tengo ganas de hacerlo.

Al llegar a la casa, llamé al Centro Cultural de la Estación Mapocho preguntando por mi intervención. Sin precisar la fecha, me respondieron que el coordinador se comunicaría conmigo. Efectivamente, lo hizo antes de quince minutos y me informó que figuraba en la mesa sobre literatura femenina con las escritoras españolas Rosa Montero, Encarna Castejón y la crítica Elvira Huelbes, el lunes 22 de marzo a las siete de la tarde.

Llamé enseguida al doctor Calderón. Desgraciadamente, no disponía de los días siguientes al 22, por eso me había propuesto el 16. Habría que esperar. Fijamos la cirugía reparadora para el martes 30 de marzo.

Jueves 18 de marzo de 1993

Hoy al mediodía, en la inauguración del congreso "Letras de España", al hojear el programa —un pequeño libro de excelente papel y buen formato—, busqué mecánicamente mi mesa. No figuraba mi nombre. Recorrí la lista de currículos de escritores chilenos. Tampoco estaba.

No podía creerlo, pero así era. Sentí indignación y entendí todo en un segundo. El coordinador fue obligado a llamarme aquel día porque le correspondía afrontar la responsabilidad de mi exclusión. Comprendí su ambigüedad y su tartamudeo en el teléfono.

Llegué completamente abrumada a la consulta del gigante. Le dije que me sentía herida, aplastada y muy triste.

—Me había preparado seriamente. Compré y leí la novela de Rosa Montero, *Te trataré como una reina* y pensaba seguir informándome sobre las demás autoras.

—Todavía puede participar. Vi en el diario anunciado el coloquio con su nombre y el de las escritoras españolas.

—No se trata de eso. Yo era parte del grupo inicial, eso no se tomó en cuenta, me suprimieron y el programa se hizo sin mí. Si me volvieron a agregar a última hora fue porque llamé preguntando y nadie se atrevió a borrarme totalmente. No voy a integrar la mesa del lunes 22. Simplemente no iré.

—¿Por qué esa decisión?

—Me gusta hacer las cosas bien, entrar por la puerta principal. Jamás me he metido en ninguna parte por la ventana y espero no tener que hacerlo.

—La han llamado e incluido su nombre en el anuncio. ¿Sería entrar por la ventana?

—Para mí, sí. Le repito: no iré ese día.

—¿A que atribuye lo que pasó?

—Puede ser falta de seriedad, de profesionalismo, ganas de desbancarme y ocupar mi lugar con sus amigos. Además, a este tipo, el coordinador, le cargan mis libros.

—¿No le gusta *María Luisa?*

—Le molestó desde que se publicó. Le molesta el éxito de los demás, sobre todo cuando es algo repentino e inesperado, de gente que no pertenece —o no pertenecía hasta ese instante— al mundo de las letras o a sus camarillas. Como el caso de Marcela Serrano ahora, a quien no le perdona que la lean tanto. Y mi libro, además, provino de un estudio, que es su campo. Mucho más rabia que contra las novelas. A Vicky le tocó estar con él en un grupo en el café El Biógrafo. Estaba completamente borracho y dijo atrocidades sobre *María Luisa*. Mi amiga, que es muy hábil, lo interrogó y descubrió que había hojeado el principio en busca de datos, pero que claramente no lo había leído. Le puso trampitas y cayó en todas.

Le digo al gigante que no sólo la gente no reconoce mi rostro, sino que además pasan a través mío como si fuera de vidrio.

—¿Y usted sabe por qué ocurre eso? —me pregunta.

—No claramente, aunque algo presiento.

—Usted cree que se relaciona con el valor de su escritura. Está equivocada, aunque tiene motivos. No se relaciona con la calidad de sus obras.

—¿Con qué, entonces?

—Tiene que ver con su enfermedad. Esto se lo he insinuado anteriormente, frente a algunos episodios parecidos que me relató a fines del año pasado, menos graves que el actual y que no la afectaron tanto.

De repente, recuerdo. Eliminación de ML* de un diccionario bibliográfico de autores: sólo aparece MPTD**. Extravío de la carta excusando mi ausencia del Encuentro de Escritores de Valdivia, el único rastro de la existencia de la directora de Cultura de entonces y que no se incluyó en la edición del congreso.

Tiemblo un poco:

—¿Qué me quiere decir? Tengo miedo.

—Es explicable. Porque se trata de una especie de muerte. Pero usted no debe asustarse. Ha sobrevivido luchando contra ella.

—Explíqueme.

—Es el círculo en que la sociedad encierra a los enfermos graves. El cáncer no se reconoce a la luz del día como una enfermedad vergonzosa, pero lo es en la conducta de mucha gente. Actúan como si los pacientes YA estuvieran muertos.

Empiezo a comprender y se lo digo:

—Tiene razón. No sirvo. No importa lo bueno que haya hecho antes, no derivará en poder. Es evidente que no pretendo ser rectora de una universidad, directora de un suplemento literario, embajadora ni agregada cultural. Hay pocas posibilidades de que vuelva a tener autoridad. Mi destino oficial es la muerte que ellos anticipan por la necesidad humana de las clasificaciones claras: debo estar en un lado o en el otro, pero no en el límite. Prescinden de mí posiblemente sin mala intención, por comodidad.

—Lo ha expresado muy bien. Pero usted sabe que sirve.

—Lo de no servir lo dije como reflejo de la opinión de otros. Ahora me doy cuenta de que si yo hubiera sido todavía directora de Cultura cuando se publicaron esas compilaciones,

---

* *María Luisa.*

** *Mi pobre tercer deseo.*

nadie se hubiese olvidado de poner *María Luisa* en la lista, ni nadie hubiese extraviado la carta.

—Así es.

—El poder y la vida tienen una relación que yo no sospechaba.

—Así es.

—Siempre aposté a lo gratuito de la vida. Me cuesta aceptar que el poder tenga que estar metido. Aunque, si lo pienso, esta sórdida trenza aparece claramente en el ensayo de Simone de Beauvoir, *La vejez*. Sólo que ahora lo veo aplicado a mi propio caso. Sin embargo, comprenderlo me tranquiliza. Sí, me tranquiliza enormemente y creo que para siempre.

Martes 23 de marzo de 1993

Tengo que ponerme al día con los sueños, si no, se van a borrar.

Vuelvo a soñar con baños. He ido a alguna parte, no sé si donde una amiga o a realizar algún trabajo. Cuando vuelvo a la casa trato de entrar al baño. Es absolutamente imposible, el escusado entero está tapado de caca, también el lavatorio y parte del piso. Salgo y trato de entrar al otro baño. Ocurre lo mismo. Le pregunto a Lucho:

—¿Qué pasa?

—Los baños se echaron a perder. Ya se arreglarán —me responde.

—Pero, ¿no has llamado al gasfiter?

—No quiero.

—¿Por qué?

—Porque no se me antoja.

La irracionalidad de Lucho me indigna, pero no le discuto.

En sueños anteriores los escusados estaban superpuestos, desconectados de sus desagües y yo vagaba por las habitaciones incómoda por no poder usarlos, pero capaz de seguir en la casa, que generalmente era la del campo. En este caso, la caca rebalsándose de todos los baños me expulsaba, me impedía encontrar un lugar.

Me iba, abandonaba mi casa.

Domingo 2 de mayo de 1993

La convalecencia duró exactamente lo que el doctor Calderón pronosticó: un mes completo, ni un día menos. Yo pensaba que debería permanecer en reposo a causa de los tironeos y dolores de las heridas —que en realidad me molestaron relativamente poco— y no imaginaba que el problema consistía en la fuerte anemia que sobrevino a la operación. Aunque advertida, me sorprendió que el cuerpo acusara la pérdida de esa manera. Atenta al curso lento de mi propia sangre, el silencio del aire se mezclaba a la agonía de mis temas literarios. Ha sido una experiencia que no logré asimilar del todo, sonámbula por la debilidad física. No pude escribir, ni siquiera el diario. Cada doce horas me daban una botellita de Legofer, un remedio compuesto de hierro y otros minerales, y lo tomaba como un licor reconfortante. Me sumergí en libros largos, reeditando mi actitud de lectora primitiva que quiere borrar el mundo y reemplazarlo por otro. Leí *Mi vida*, de Alma Mahler, que me gustó en los aspectos testimoniales relativos a los judíos y a la primera guerra europea, lo que no es ningún mérito porque esos dos temas siempre me han apasionado; *Campos de Londres*, de Martin Amis, que no logró interesarme realmente a pesar de la fama del autor, sus recursos brillantes, sus artificios y su contemporaneidad; y los *Doce cuentos peregrinos*, de García Márquez, de los cuales el último, "El rastro de tu sangre en la nieve", me pareció una obra de arte conmovedora. Y otros más que no recuerdo ahora.

Recibí las visitas frecuentes de María Elena, Chepita y Vittorio, Jorgelina, Gabriela Maturana, René y mis cuñadas Marita, Yoli y Carmen, todos encubridores de esta locura. Admiran mi valentía, y yo *a posteriori* también. Hilse me cuidó con dedicación total: no en vano quería ser enfermera.

Todavía estoy perpleja frente al origen de mi decisión y al resultado milagroso: soy una mujer entera.

Una tarde en que me levanté un momento de la cama, María Elena y Jorgelina, que no me habían visto de pie, me aplaudieron al unísono. Mi cuerpo está muy bien reconstituido, aunque lo surcan grandes cicatrices, muy distintas a aquella costura terrible de la mutilación. Estas nuevas cicatrices muestran la historia de una carne castigada —como muchas— y de su redención. Las amo, me enriquecen. Me miro desnuda al

espejo y paso con ternura el índice por la línea prolija que marca el borde inferior de mi pecho derecho.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta María Elena.

—Me siento... —interrumpo porque no encuentro la palabra.

—¿Te sientes feliz?

—No. No es eso.

—¿Qué es? Trata de explicarlo.

—Me siento importante. Por primera vez en mi vida me siento una persona tremendamente importante.

Martes 4 de mayo de 1993

Sí, me siento importante, muy importante. Capaz de cualquier cosa. He pensado mucho en volver a trabajar. Hay aspectos que tengo muy claros. No quiero un trabajo de representar, sino de hacer. Los cargos de representación se alejan demasiado de la artesanía de las tareas y estoy segura de que en ellas y no en otra parte está la verdadera vida, la creación, aun en sus fases más modestas. Esta fe es herencia del oficio de escribir. Cuando una escribe, es responsable de todo, desde la concepción general del libro hasta la última de sus comas. No puede delegar nada, ni un pensamiento ni una decisión, ni siquiera una duda.

Hice contactos telefónicos con dos universidades privadas en la idea de explorar mis posibilidades.

Por el momento, estoy ocupada en mi participación en el ciclo "Los escritores tienen la palabra", al que me invitó el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura. Me toca pasado mañana. Anoche vino a comer Carlos Franz, para ponernos de acuerdo, pues será mi presentador y entrevistador. Me alegró su designación, pues lo estimo, lo considero inteligente y fino y me gustó su novela *Santiago cero*. Es divertido recibir a gente que ignora que acabas de pasar un mes inmóvil y que en ese momento has vuelto a entrar por primera vez al comedor. Es misterioso, como tener doble personalidad.

Domingo 9 de mayo de 1993

Este sueño trata de mi verdadera casa, la de Manuela Cañas. Ha habido que hacerle modificaciones. Un tablón horizontal divide en dos niveles el antiguo dormitorio de los niños. Vittorio Cintolesi dice que se ve muy mezquino y que hay que suprimir la separación. Queda una pieza suspendida a la altura de un segundo piso, sin el tabique que la cierra, parecido a lo que era antes.

El jardín de atrás es inmenso, tiene más o menos doscientos metros de fondo y está completamente nevado. Pensamos en todas las posibilidades de habilitar una nueva habitación sin arruinar la casa. Alguien me dice: pero tú olvidas que tienes todas las piezas de la casa contigua, varios dormitorios, lugar para baños; las dos casas están unidas por dentro. Efectivamente, en este sueño lo están por la fachada delantera de la mía, que no tiene ventanas y que de hecho se prolonga en la vieja construcción vecina. "Es absurdo, esa casa es muy antigua, se puede caer", respondo. Se trata de la casa de la calle Ejército. Yo miro con orgullo los ladrillos firmes, la sólida estructura de mi verdadera casa.

—Da lo mismo su antigüedad, lo importante es el espacio. Se le pueden hacer cimientos nuevos a la parte vieja —me rebaten.

—¡Cimientos nuevos a la parte vieja! ¡Qué disparate! ¿Por qué no hacer algo nuevo? —me quejo—. ¿Por qué me persiguen esas casas?

Martes 24 de mayo de 1993

Pasamos el fin de semana largo en Carpe Diem, invitados por María Inés B., la Ana Karénina de este siglo. El sitio es parte de Ensenada, una parcelación efectuada al norte de Pichidangui, a bastante distancia de la carretera y prácticamente sobre el mar. La casa es muy hermosa y está construida siguiendo en forma magistral los bruscos declives del terreno. Pisarla me produce alegría por la relación con el mar y el roquerío, que entran por las ventanas a cada dormitorio, a la escalera, a los recodos del pasillo. El único lugar sin gran vista es la cocina, que me parece pequeña para la casa y no permite picar espinacas ni pelar tomates sentados en torno a una mesa de alerce, mirando el mar. (Este

juicio es una trasposición invertida del agrado que siento cada vez que entro a mi grande e iluminada cocina de Manuela Cañas.)

Fuimos con el grupo del curso de Leyes. Una vez más me trataron como a una reina, todos pendientes de mi bienestar y comodidad. Los hombres y parte de las mujeres planearon un largo paseo desde Pichidangui a Los Molles por la playa. Sólo fui capaz de hacer un tercio del camino y me volví lentamente con Gabriela Maturana. Gabriela me dice que la emociona la presencia de Lucho: la misma altura, la misma entrada de frente, el mismo pelo plateado de Hernán.

Me doy cuenta de que a Lucho le gusta este ambiente, la gente, las mujeres, el aire, el trago, la buena comida. Lo veo mucho más espontáneo y gozador de la vida que con mis amistades literarias.

Viernes 4 de junio de 1993

Toda la experiencia de crecimiento e integración que empezó con *María Luisa* ha dado una inmensa curva para quedar de nuevo en cero. Ayer le dije al doctor C. que me sentía empantanada, aunque no deprimida ni triste. Sin nada que decir o escribir, por lo que ya no me interesa continuar en mi casa. Lo hacía por mi pasión, por mi capricho literario. Pero, le expliqué, no es fácil reinsertarse en el mundo laboral cuando se ha tenido un cargo importante como fuera el mío de la División de Cultura. El gigante respondió que eso le ocurre a la mayoría de las personas que han estado muy alto: tienen dificultades para encontrar un nuevo lugar.

—Es irónico. Antes —me refiero a mucho antes, cuando egresé de Leyes— no tenía lugar, porque al no hacer nada que realmente me comprometiera, estaba muy abajo en la escala de la acción —me quejé.

—Así me ha contado.

—Y ahora no lo tengo porque equivocadamente me situé muy arriba.

—Es lo que se llama una experiencia límite. Y usted debe sumar que viene saliendo de otra experiencia límite que es la enfermedad. Aunque no lo acepte conscientemente, durante todo este tiempo el sentido de su vida estuvo en suspenso. Usted se entregó por entero a la lucha contra el cáncer.

Sentí en el gigante una comprensión profunda, de ésas que detienen el tiempo por algunos segundos.

—Siempre fue igual —confesé—. Siempre me entregué a todo, siempre me enamoré perdidamente de lo que la vida me ofrecía. Me enamoré de mis amores, de mis amistades, de la etapa universitaria (aunque no de la carrera), del matrimonio, del descubrimiento de la maternidad, de mis hijos, del trabajo, de mis libros.

—¿Y ahora?

—No hay nada tan distinto ahora. Me enamoré también del cáncer.

El gigante recibe sin asombro mi extraña expresión verbal. Después de un momento me pregunta:

—¿Tiene claro el significado de su frase?

—Un poco. Quizás se refiere a la ampliación de la conciencia, al mayor radio de experiencia. Una vez le dije, no sé si lo recuerda, que cuando supe el diagnóstico lo sentí necesario.

Lo recordaba perfectamente.

—Sí —resumió—. Son dos experiencias límites.

—Tres —corregí.

Porque también fue muy importante haber publicado mi primer libro después de los cuarenta años y que ocurriera lo que ocurrió, pasar de esa manera de la privacidad a ser persona pública. Hubo algo hermoso en el reconocimiento y en la sensación de que mi desorientado y difícil camino no había sido en vano. Pero fue muy fuerte, me puso en un límite de exigencia. Todos estos años, desde que publiqué *María Luisa*, me he estado engañando, haciéndome creer a mí misma que soy escritora. ML se escribió por necesidad absoluta, por una fuerza interna y torrentosa y resultó ese libro amado. Pero eso no mejora mi poca capacidad de tramas, no produce mágicamente estructuras simbólicas ni independiza mi imaginación de mi emoción.

El gigante dice:

—Tiene razón. Son tres.

Domingo 6 de junio de 1993

Sobre aquello de que mi sentido de vida había estado suspendido durante la lucha contra el cáncer, le respondí:

—Siempre estuvo suspendido. Antes era mucho peor.

Porque en realidad, desde que empecé a vivir, algo me tragaba y no tenía sentido de vida.

—¿O lo desconocía?

—Es más exacto. Ahora pienso, por primera vez, que mi único sentido era la intensidad.

Jamás lo había formulado así. Después de los desastres de mis primeros amores, bastante después, empecé a darme cuenta de que había un elemento que no sabía manejar y que siempre amenazaba con ahogarme. Desde que abrí los ojos a la razón, el desorden de la emoción confundía mi curiosidad de vivir. Lo esperaba todo. Todo, todo, repetía en un eco cuyo significado profundo no sabía descifrar.

Pero, ¿era verdad? ¿Esperaba realmente todo?

Quería que me amaran, que se fijaran en mí. Adelantada de mi cuerpo, lo quise antes de mis pechos o de la sangre.

Por la ventana veía pasar un grupo de adolescentes, hombres y mujeres dos o tres años mayores que yo. Una legión unida y orgullosa de serlo. Hasta se pusieron un nombre: las mesnadas. Los mayorcitos ya habían estudiado al Cid y el humor les enseñaba relaciones entre conocimiento y vida. Acostumbraban andar juntos por la calle, en bandas de doce o catorce. El bulto que asomaba en una esquina cambiaba de forma al acercarse y sobresalían volúmenes de sombra que al ritmo de los pasos volvían a su lugar. El nombre les daba sentido de pertenencia y orgullo de la posición conquistada en el terreno fangoso de la adolescencia. Tenían poder, descubro ahora con asombro. En esa época ignoraba el concepto. ¿Por qué surgían así, convertidos en un grupo compacto al que nadie podía penetrar? Aparecían como una fuerza casi omnipotente.

—Nunca me había hablado de esto.

—Nunca lo había recordado.

Es mi primera sensación consciente de exclusión. Estoy segura de que debe haber otras antes del uso de la razón, cuando lo importante era el calor materno. Dicen que el cáncer está profundamente relacionado con la falta de amor. No soy capaz de identificar el momento de la herida incurable. También yo rechacé a mi madre, reconozco. No me voy a hacer la víctima. Pobre mi mamá.

Lunes 7 de junio de 1993

Un año y medio antes de morir, mi mamá escribió una lista asignando a sus hijos los objetos y muebles que le parecían más adecuados o necesarios para cada uno. Mi hermano Nico guardó la hoja manuscrita y cumplimos su voluntad estrictamente. Entre otras cosas, me dejó el mueble tallado de roble americano que hice raspar enseguida para recuperar la veta de la madera y que en este momento gobierna mi comedor como una presencia maternal y conciliadora.

Lo cuento por el sueño de anoche:

De nuevo estoy en una casa muy antigua, mezcla de la de los Brahm en Puerto Montt con la de la calle Ejército. Suelos relucientes de tablas inclinadas, espacios multiplicados, muchas, infinitas habitaciones muy grandes, todas en segundo piso. No existen puertas sino arcadas ovales de separación, de manera que se puede atravesar con la mirada varias piezas a la vez. En cada una de ellas hay un mueble semejante al de mi mamá. Ninguno es exactamente idéntico a los demás, uno es más alto y más delgado, el otro más ancho y bajo, el otro con hileras de columnitas torneadas, otro con más tallado, otro con menos tallado, pero todos parecen derivar de una misma fuente, de una misma madre.

Miércoles 9 de junio de 1993

Sueño, sueño mucho. Es casi una obligación laboral. Los sueños me esperan puntualmente en las noches y a veces hasta a la hora de la siesta. El año pasado, cuando todavía las tres experiencias límites no habían completado su efecto y escribía el comienzo de *Boca Ancha*, soñaba también. Eran sueños muy distintos, con argumentos nítidos aunque disparatados. Una Ágata dormida escribía simultánea y paralelamente a la despierta. Estaba satisfecha de duplicar así mi tarea literaria. La escritora durmiente me estaba ayudando. Cuando alguien formulaba la pregunta insoportable "¿estás escribiendo?", yo respondía firmemente: "Sí." No tenía las vacilaciones propias de quien está empezando una novela y, a pesar de sus aciertos, no sabe muy bien adónde va. Sí, estoy escribiendo, decía sonriente, casi misteriosamente, porque de inmediato me sentía reforzada por el

proceso de las noches y pensaba que mi trabajo no estaba constituido sólo por las páginas crecientes de *Boca Ancha* sino también por mi conjunto de sueños.

Desde que dejé la novela, los sueños se han desordenado y complejizado. Son escenas desbordantes, llenas de gente, en colores muy fuertes, sin que en el fondo quede algún espacio blanco; violentas, como en las pinturas de batallas del siglo dieciocho francés o como en algunas películas de la televisión actual.

Anoche, por ejemplo, me soñé en un espacio compuesto de varias casas conocidas, principalmente la de la estancia y la de Magallanes 227, en Punta Arenas. Somos un grupo de seis mujeres, la mayoría jóvenes —me veo a mí misma mucho más joven de lo que soy— y recorremos una especie de feria o congreso instalado en el primer piso, que de improviso adquiere grandes proporciones. Tomamos un curso de catequesis mezclado con baile folclórico. Las seis somos puntuales, aplicadas y andamos siempre juntas. Alguien determina que debemos quedarnos a alojar. Nos explican que como son muchos los asistentes, se han hecho refacciones en el segundo piso. Subimos. Al final del pasillo, en una especie de recodo, han instalado un wáter a la vista. Hay sentado en él un hombre completamente desnudo, de piel muy blanca, con una gran melena crespa, bigote y barba negra y mucho pelo en el pubis. Sorprendidas, lanzamos gritos absurdos, giramos todas juntas y, utilizando los pasos de baile recién aprendidos, nos dirigimos hacia el lado de la escalera por donde habíamos entrado. Al llegar, en el pedazo de pared que enmarca el vano hay otro hombre apoyado. Está tranquilo, casi displicente, completamente desnudo y mira hacia adelante. Tiene los brazos cruzados, pero con la mano derecha sujeta algo que desde lejos parece una culebra. Es su pene, un pene largo y flexible. Las muchachas se detienen. No intentan cambiar de rumbo. Miro de frente la cara del hombre. No me sorprende su mirada vivaz, pero sí esa pose desafiante. La piel es oscura en el rostro y en las manos y muy blanca en el cuerpo. Desde el primer momento reconocí a mi padre.

La escena se inmoviliza en el tiempo del sueño y luego vuelve al primer piso. El vestíbulo de entrada reluce encerado e impecable. Veo una figura pequeña cuya estatura no alcanza a llegar a la mitad del paragüero. Un pañuelo le cubre la cabeza. Es tan frágil que podría desaparecer. Ya se fue, se evaporó. Era mi madre.

Martes 15 de junio de 1993

Es sorprendente cómo he ido expulsando de mi vida la tristeza, al menos en su fase declarada y evidente. La felicidad, si así puede llamarse a esta especie de paz, proviene de un proceso de unión de la conciencia con la carne que empezó al enterarme del diagnóstico de cáncer y de la realización de la mastectomía. Sé que en ese momento afloró un yo interno fuerte, muy seguro de sí, al que antes la algazara del cuerpo ablandaba y confundía.

Al despertar de la anestesia me sentí desfallecer y levanté débilmente la mano derecha. Me siento muy mal, alcancé a decirle a la enfermera. Ella miró algo —posiblemente el monitor de control— y se asustó. ¿Sería nueva? ¿Justificaría eso su torpeza? Tomó una especie de teléfono y chilló con voz de bombero en apuros: la señora de la mastectomía tiene un *shock*. La señora de la mastectomía. Ésa era yo. La frase llegó al brumoso espacio de conciencia al que me relegó la anestesia. Antes de la operación, el médico me había explicado las tres alternativas. La mastectomía total era la más drástica y sólo recurriría a ella en caso de que se tratara de un tipo de cáncer muy grave y muy diseminado, el lobulillar. Vi el delantal verde del anestesista a mi lado. Me tomó el pulso con suavidad. "Tengo cáncer, ¿verdad?", le pregunté. "Sí", respondió. "¿La peor posibilidad?" "Sí", me dijo y siguió apretándome la mano con dulzura.

Lo supe así, enseguida. En cierto sentido fue favorable, pues volví a la conciencia trayendo conmigo la noticia de mi nueva realidad. Nadie se vio en el apuro de decírmelo con delicadezas infinitas. La enfermera chillona de la Clínica Las Condes nos hizo un favor, a Lucho y a mí. Sobre todo a Lucho. Apenas él se me acercó a la salida del pabellón le dije que lo sabía todo y que estaba muy tranquila. Y era cierto.

Más tarde, oí hablar de la función correctora del cáncer, que surge para enmendar lo errado de las vidas. Me veo tendida, mutilada, desnuda e indefensa, despojada de todo lo superfluo, como si al volver de la anestesia hubiera nacido por segunda vez. ¿Qué sentía superfluo? Me pregunto ahora. No lo tengo claro, pero me inclino a pensar que era lo relacionado con las amarras y disfraces del poder. Viví tantos años sin pronunciar esa palabra, sin pensar siquiera en el concepto "poder". Y mi tan ansiado lugar en el mundo, mi incipiente oficio de escritora, irónicamente, había terminado concediéndome poder, un poder que

me disminuía, porque me quitaba la libertad. Era una tremenda contradicción que sólo comprendí esa mañana en que postrada en la camilla supe que tenía cáncer al oír la palabra mastectomía. No le mentí a Lucho, no le dije que estaba bien para tranquilizarlo. La desnudez y la indefensión eran una invitación a vivir de nuevo y, sobre todo, a abandonar mi obsesivo empeño de volver atrás para corregir lo mal vivido.

Siempre tuve una incómoda conciencia de haber hecho casi todo mal. Me molestaban mis errores grandes y pequeños. La escritura borró en parte esa sensación y hasta les encontré sentido a algunas equivocaciones. Haber estudiado leyes y no literatura, por ejemplo, me dio libertad para escribir un libro como *María Luisa*.

Las experiencias límites no son un ejercicio. No sirven para perfeccionar una actividad como la gimnasia, la guitarra o el idioma inglés. No se pueden hacer ensayos para saber afrontar la próxima vez el primer hijo, la publicación exitosa del primer libro, una responsabilidad superior a la debilidad humana o el diagnóstico de cáncer. No habrá otro primer hijo, otro primer libro, otro cargo de poder ni la revelación de la enfermedad.

No son un ejercicio, pero son aprendizaje en otro sentido, en el sentido de crecimiento y de pasaje a otra etapa de la vida.

Sábado 19 de junio de 1993

Hoy leí sobre las amazonas. El uso del carcaj solía atrofiarles el pecho izquierdo, y cuando eso no ocurría, se lo extirpaban para manejar mejor las armas. ¿Cómo lo hacían, con qué hoja afilada de cuchillo, con qué dientes apretados, con qué metal hirviente? Ejercicio feroz, el de ellas, el mío al desangrarme bajo el bisturí para reconstituir mi pecho mutilado. Necesité hacerlo a toda costa, sin razones claras, ni siquiera las del sexo o la lactancia. Sólo por la identidad femenina maltratada de que habla el gigante, aunque el galope de las amazonas lo desmienta.

Su pasión era la guerra, el triunfo sobre el hombre: una ambición que es el reverso de la mía.

Pero amamantaban con el seno derecho.

En todas las mujeres que conozco, el cáncer ha atacado el seno derecho. Me llama la atención la coincidencia, como una complicidad oculta entre la biología y la leyenda.

La reparación sanó milagrosamente mi tendencia a mirar hacia atrás y me libró de convertirme en estatua de sal. No he vuelto a corregirme a mí misma y acepto el presente en una síntesis alegre a través de mi cuerpo temporalmente victorioso.

Martes 6 de julio de 1993

El año pasado en septiembre escribí el cuento "La llegada de Fabiana" y se lo alcancé a dar a Pepe "con los mejores deseos en tu viaje para siempre".

¿Por qué "para siempre"? Lucho me reprochó diciendo que desafiaba al destino. Es posible, pero, más que eso, expresaba mi contrariedad. Se iba por un período demasiado largo, cargante de largo y en el estado actual de su salud no puede darse el lujo de pasar tantos meses lejos. Y también porque en su último tiempo en Chile me pareció que nos alejábamos, que se desplazaba de nuestra amistad y de los afectos en general hacia un ámbito introvertido y solitario. (Me confesó una vez que su sordera incipiente era la causa de esa actitud.)

Regresó del viaje y vino a verme enseguida. Lo encontré muy bien. Hilse dice que don Pepito llega siempre rejuvenecido y que a los pocos días empieza a palidecer. Me trajo una carterita preciosa de mostacillas plateadas, negras y oro viejo que en nada desdice el acierto de sus regalos anteriores. Todos han sido objetos muy bellos en sí y que además han tenido la virtud de llenar un vacío que hasta ese momento nadie salvo él había notado. Ni yo misma. Es importante ese conocimiento del otro que se refleja en una elección acertada. Los aros de cristal de Murano que me trajo de Venecia cuando fue por *La luna en el espejo* iluminaron un rostro en ese momento opaco, y la lupa mexicana con el angelito de plata se hizo indispensable para mi vestimenta. La uso casi todos los días.

Ha vuelto a llamarme diariamente. El viaje, por suerte, no era para siempre. Nos hemos reído mucho, de él, de mí y del mundo. Las conversaciones telefónicas le parecieron peligrosamente largas a Luis Cristóbal y decidió defenderse suscribiendo nuestro número al sistema de llamada en espera, en el que una señal avisa cuando alguien más quiere comunicarse.

Pepe se puso muy contento al saber que había seguido con el diario, y menos contento por la interrupción de *Boca*

Ancha. Él tuvo una beca del Wilson Center para investigar y escribir una novela sobre la vida de Richard Burton, el explorador y traductor de *Las mil y una noches*, por lo que pasó los primeros meses de su estadía en Washington metido en la Biblioteca del Congreso. Pero empezó a encontrar belleza en las gordas jóvenes que se le cruzaban por todas partes, abandonó a *mister* Burton y empezó una nueva novela que transcurre en una universidad norteamericana del Medio Oeste, con una protagonista gorda llamada Ruby y que se titulará *Donde van a morir los elefantes*.

Lunes 19 de julio de 1993

Pero hoy tengo pena. Después de mucho tiempo de evitarlo, tomé varias tazas de café con gesto de borracha.

Porque de nuevo, como en los versos de Delia Domínguez, la muerte viene a sentarse con nosotros a la mesa.

No he llorado por mi madre ni por los amigos perdidos, todos tristemente, aunque nadie en forma tan injusta e inexplicable como Hernán Correa. Ninguna lágrima. La sabiduría de la enfermedad —o el efecto secundario de los medicamentos— secó en menos de un año mi capacidad de llorar. La última vez fue el 11 de marzo de 1990, la noche de la fiesta del Patio de los Naranjos en La Moneda. Al ver los rostros de los que llenaban ese espacio recién recuperado, lloré de emoción por la gesta colectiva que insertó nuestras individualidades en el tiempo histórico.

Rápida y silenciosa la muerte, esa desconocida, se ha situado en primera fila. La miro, casi dialogo con ella. Recito mentalmente un trozo de *María Luisa*: "Hace tan poco tiempo todos eran tan jóvenes, inconscientes del futuro, unidos por invisibles e inmateriales lazos de poesía." Hace tan poco tiempo. Sólo nueve años atrás. Yo no era joven, exactamente, pero me sentía en la plenitud de la existencia, mis hijos creciendo a mi lado, mi primer libro publicado y la pasión por la literatura como la única manera vibrante de vivir.

Esta mañana me sentí abrumada y triste después de la visita a Mercedes Valdivieso. Ya he aprendido cómo se muere de cáncer. Vi los últimos días de mi cuñada Gabriela Brahm, de Gabriela Boza y de mi amiga Fresia. Reconozco en Mercedes el mismo rostro pálido y estragado, la misma flacura repentina y

triunfante. Tener cáncer terminal es algo absolutamente distinto a tener cáncer.

En sus inicios, el cáncer es una enfermedad hipócrita y absurda en que el enfermo se siente relativamente bien, ignora el castigo del dolor físico, sufre tratamientos mucho más agresivos que la patología misma y, aunque disminuida la energía, lleva una vida casi normal. El diagnóstico esparce un hálito de riesgo y fúnebres presagios, pero todavía la muerte sigue siendo sólo un número de la ruleta, una probabilidad.

Martes 20 de julio de 1993

La muerte, esa desconocida. Nunca pude imaginar su rostro ni sentir su presencia enemiga y forajida. Cuando el gigante dice que he luchado contra la muerte, asiento bajando dócilmente la cabeza, sólo porque en mi interior doy vuelta la situación para hacerla comprensible y compatible con mi empeño: he luchado POR la vida. En los últimos días de la quimioterapia —cuando perdía la voz en las tardes— comprendí que la extinción de la energía podría llevarme a algo parecido a la muerte, parecido en su poder sobre la vida, en su capacidad de limitarla. Pero ella tampoco se asomó entonces. La que se mostró fue la vida, quejándose, anunciando que se adelgazaba en un murmullo.

Jueves 12 de agosto de 1993

Gané la beca del Fondart con el proyecto de novela *Boca Ancha*. Postulé a instancias de Lucho, que practica la doctrina de aprovechar los esfuerzos anteriores y ha tratado desesperadamente de inculcármela. Sus argumentos fueron: que había trabajado en el tema gran parte del año pasado, que sólo tenía que adaptar la propuesta presentada a la Beca Guggenheim, y que en ese período de convalecencia me convenía no embarcarme en proyectos nuevos y fatigosos. Me resistí por el entusiasmo perdido. Lucho sostuvo que lo recuperaría en un minuto si ganaba la beca. El penúltimo día —11 de mayo— presenté la solicitud. Jorgelina me acompañó a entregarla.

Mi marido tenía bastante razón, porque ayer y hoy he vuelto a trabajar en la novela. Escribí páginas incisivas sobre las

vacilaciones de Mabel adulta, alejada de Valeria. Mabel confiesa que a veces le preocupan la salud de su madre, su edad, su soledad, pero que en general la imagina intacta, endurecida y conservada por el aire salino del desierto.

Ya llevo tres semanas de clases con Francisca Bertoglia. El hatha yoga es indicado para una persona como yo, sin grandes condiciones deportivas. Sabía que lo necesitaba, pero postergué su inicio porque antes de la operación reparadora era demasiado cruel pensar en el ejercicio físico para mejorar el cuerpo. Ahora no. Voy moviendo uno por uno, suavemente, cada músculo. Adquieren importancia. El conocimiento del cuerpo se amplía, y con él, todo se amplía.

Jueves 15 de agosto de 1993

Concurro a una cita para un trabajo. Hay humo de cigarrillos, música muy fuerte, semioscuridad. Veo a varios negros, no estilizados como los etíopes que conocí en Francia, sino medianamente altos y fornidos, de pelo crespo y ropaje africano.

Son los clientes. ¿Clientes de qué?, pregunto. Los tuyos, me dicen. Parece que voy a ser prostituta, haré el ejercicio de la prostitución como requisito para llegar a algo que me interesa mucho, pero que en el sueño no queda claro. No estoy precisamente envejecida, sino oscurecida, ésa es la palabra exacta. Cambiando, transformándome a medida que me adentro en el local. Mi piel es gruesa —¿se ha puesto gruesa al entrar?—, mi rostro muy moreno y ancho y tengo el pelo negro tomado con un cintillo raído de lentejuelas rojas. Mi vestimenta tiene reflejos anaranjados y también la del hombre. Me voy con el primer tipo y me desvisto, pero no corre por mi piel ese orgullo voluptuoso que antes me provocaba mi propio cuerpo desnudo. Tampoco tengo vergüenza o sentimiento de degradación. La verdad es que nada siento, una especie de parálisis, de indiferencia. Al hombre apenas lo miro. No logro saber por qué hago lo que hago, pero estoy convencida de su necesidad.

Luego es de día y estoy con Luis Cristóbal en una calle ancha y clara. En la vereda del frente se detiene un Fiat 600 y baja una mujer vestida con una chaqueta de gamuza azul clara. Es igual a mí, descubro. Los ojos, el pelo rubio y largo de antes. La mujer echa la cabeza hacia atrás en un gesto decidido que

llama la atención, porque el resto de su actitud es vacilante. Tiene algo levemente distinto a mi recuerdo de mí misma. Miro ansiosa a Luis Cristóbal, temo que no se dé cuenta del parecido y que crea que soy la mujer de lentejuelas rojas del local nocturno y no la que cruza la calle hacia nosotros. ¿Y si no me reconoce?, pienso con angustia.

—Es igual a ti. Es igual a ti, mamá —dice mi hijo.

Miércoles 18 de agosto de 1993

Acabo de leer una novela extraordinaria: *El buen soldado*, de Ford Madox Ford, publicada en 1985. De buenos soldados tiene muy poco, ya que los protagonistas son dos matrimonios, uno inglés y otro estadounidense. Desde una presentación neutra, la fachada inicial se desmorona en una historia de apariencias, falsedades, abismos y complejidades. El autor es un ilusionista, un novelista que saca más y más cartas de un sombrero. Es fascinante cómo construye su trama desde la nada. Tengo verdadera ansiedad de buena literatura, de leer todo lo que por un motivo u otro no he leído.

Viernes 20 de agosto de 1993

Llego muy decaída a la consulta del gigante. Le pregunto si la causa puede ser la suspensión irracional e irrazonada de la fluoxetina y responde que indudablemente sí. ¿Por qué la dejó?, me reprocha. Estos remedios deben disminuirse gradualmente en el momento adecuado. No tengo explicación alguna que darle. Fue una tontería.

Me he levantado muy temprano estos días debido a exámenes médicos, gimnasia yoga, feria de los viernes. Estoy agotada. Cansarme así por trajines que hacen todas las mujeres de este siglo es humillante. Ayer en la mañana, después de la gimnasia, me puse a trabajar en la novela y a las doce estaba desplomada en el sillón rosado de mi dormitorio, gozando del calor del sol a través de los vidrios y sin el menor remordimiento por no escribir. No quería otra cosa que adelantar el almuerzo para dar por terminado el horario de trabajo y ponerme a dormir.

Hoy sigo en vacaciones literarias. El gigante dice que

demoraré unos días en retomar mi energía y mi capacidad asociativa. Pero tengo necesidad de escribir lo que hablamos ayer. A propósito de la fluoxetina, alabé el ojo farmacológico del doctor D., que me la prescribió seis meses después de enfermarme, cuando la neumonitis actínica derivada de la radioterapia y una sucesión de cistitis desarrolladas por las defensas bajas me habían mantenido en cama gran parte del verano de 1991 y estaba francamente deprimida y decaída. Acertó con el remedio. Sin embargo, en el campo de la terapia no hubo mayor afinidad. Le conté al gigante que consulté al doctor D. después de la publicación de *María Luisa*, porque no podía volver a escribir.

—¿Ya en esa época? Entonces hace tiempo que usted tiene una depresión.

Su sorpresa me demuestra que no ha captado del todo mi historia. Lo comprendo y lo perdono, porque sé que es difícil imaginar una angustia tan sostenida, aun para un gigante astuto.

—Sí, siempre, desde siempre. Antes de ML, antes de los niños. Lo viví como una gran angustia más que como una depresión.

Le cuento: nada hice hasta los treinta años, pasto absoluto de mis emociones. Cuando digo "nada" me refiero a nada verdadero. Por supuesto, terminé el colegio, estudié exitosamente Leyes, me recibí de abogada, trabajé. Pero no sabía hacia dónde iba. Hasta el momento, no había relacionado mis emociones amorosas con una manera concreta de vivir. Sólo quería imperiosamente que me amaran. Y el matrimonio, en la medida en que consolidara el amor. A los treinta años fui capaz de casarme.

Junto a Lucho pude salir de la parálisis que me había detenido hasta ese momento: había logrado algo que respondía a mis deseos profundos. Sólo entonces empecé a construir mi vida. Y nacieron mis hijos.

—Nunca perdí la compostura en mis depresiones...

El gigante ríe y dice que esa frase es el comienzo de un libro. Que debería tener una grabadora que recogiera mi hablar.

—Son chorros aislados —le digo.

Le explico más:

—Jamás tuve ese tipo de depresiones en que la gente no se levanta de la cama, tiene permanentemente una botella en la mano, los tipos se dejan barba hasta la cintura y las mujeres se pasean completamente chasconas con la camisa de

dormir abierta de arriba abajo. Era capaz de ir a mi trabajo, aunque no de hacer algo en realidad interesante. Más tarde, en épocas de tareas sin horario, no dejaba de abastecer la casa, no faltaban la mantequilla ni las verduras. Por eso dije que la depresión no me hacía perder la compostura. Incidía en mi parte interna, en mi parte creativa. No podía expresarme.

Interrumpo, alarmada por mis propias palabras.

Me estremezco frente a un problema que siento fatal y sin remedio.

—Por otro camino, llegamos de nuevo a lo mismo —digo.

Hacía un momento el gigante había empezado a referirse a la creatividad como una gran matriz. No lo dejé terminar cuando hablé de la escritura como chorros intermitentes.

Vuelve atrás hacia esa expresión. Me dice que mientras él intenta hablarme de la matriz, yo enarbolo un elemento fálico, masculino: el chorro. Y que si efectivamente estoy empleando mi parte masculina en mi trabajo literario, se explicarían mis dificultades, mis interrupciones. La labor del hombre es más difícil. Necesita lo espectacular, la erección, lo heroico.

Constato con sorpresa que ahora puedo oír hablar de mi parte masculina. Cuando era pequeña también la aceptaba. Jugué discretamente con muñecas, pero los costureros y las cocinitas me irritaban bastante. No soñé con casarme, ni con ser mamá o una gran dueña de casa. Me asimilaba más a los héroes de capa y espada que a las damiselas esperando tras las cortinas. Luego me identifiqué con los escritores. Esos deseos secretos se mezclaron con el más profundo, el más grande e irrenunciable: ser amada. Y quizás la mezcla no funcionó bien.

El gigante me señala que a pesar de mi parálisis yo elegí muy pronto el camino intelectual, algo distinto a los que mis padres me ofrecían.

—No lo elegí. Me eligió a mí. Eso lo tengo claro. Y le disgustaba sólo a mi madre.

—¿Y a su padre?

—Para mi padre, en cambio, era importante que estudiáramos. Siempre hablaba de la importancia de un título profesional. Le parecía la mejor herramienta después de la experiencia de la guerra.

—¿De la guerra?

—Claro, de la guerra.

—¿Su padre fue a la guerra? ¿A qué guerra?

—A ninguna, en definitiva. Pero la guerra le determinó la vida.

Le hablé de esto al gigante el día que lo conocí. Dice que es posible, pero que no le tomó el peso porque nunca volví a mencionarlo. De nuevo perdono su olvido. Debe ser difícil retener los datos de tantos pacientes.

Ahora, repentinamente, le parece muy importante, iluminador. Ahora que conoce mis abismos.

Resumo la historia. El viaje, la escala en Buenos Aires y la noticia del asesinato en Sarajevo. La Guerra del Catorce se declaró en ese momento preciso y mi padre no volvió al buque. Se quedó solo en Buenos Aires a los diecinueve años sin saber castellano y con muy poco dinero en el bolsillo.

—Eso le penó toda la vida.

—¿Cómo lo sabe?

Me habló de ese episodio muchas veces cuando era pequeña. Después me lo volvió a contar. Siempre le di importancia. Me llamó mucho la atención que cuando publiqué MPTD mis hermanos no sabían de dónde había sacado la historia, que es la única parte autobiográfica de la novela. Mi madre tuvo que decirles que era verdadera y que yo tenía razón.

—¿Por qué su padre depositó en usted esa confidencia?

—No lo sé. Quizás sintió que era receptiva al tema, que me atraía.

—Y le dejó esa herencia. ¡Pesada herencia! Porque usted ha cargado con la pena de su padre. La suya no ha sido una depresión química, como son las depresiones corrientes. Esto es una depresión existencial.

Sube desde mis vísceras una pena profunda y tengo ganas de llorar como en el tiempo en que sabía llorar. Revivo el dolor, el desamparo, el desconcierto del hombre que perdió su lugar en el mundo.

—Quizás usted quiso reemplazarlo —dice.

—¿Por qué quise reemplazarlo? ¿Por qué hice mío su destierro?

Tengo la impresión de haber llegado en la terapia a un nudo fundamental de mi vida. Hace dos sesiones le dije al gigante: "Para mí, sanarme es poder escribir." Estoy sumergiéndome en verdades profundas, lo creo, pero no estoy segura de poder sanarme.

Pienso ahora, al día siguiente:

La pena, el desarraigo, el desconcierto y el desamparo son grietas atrayentes, señuelos para penetrar en el misterio del mundo. Más prometedoras que el aburrido orden doméstico que proclamaba mi madre. Quizás por eso tomé el camino equivocado. La arcilla blanda de esos años modeló un ser tempranamente entristecido.

—Era un dolor existencial, un dolor relacionado con la historia y con la guerra —repitió el gigante.

Vivir entonces sería dejar atrás el dolor, tener fuerzas para construir otra vida al lado de la vida. No fue posible a través del flujo suave del sentimiento femenino. Al revés, la emoción me aprisionó, consolidó la parálisis causada por la pena heredada. Necesitaba vitalmente ser amada y deseada como mujer, provocar en el hombre una emoción incendiaria y tremenda como la mía. No me daba cuenta de que la herencia de la pena se enredaba en mi deseo, lo doblaba, lo multiplicaba, lo desfiguraba cambiándole el rostro, lo hacía trascendente, incontenible, aterrador, imposible de insertar en la vida diaria. Cada minuto era de vida o muerte, y como cada minuto era de vida o muerte en la emoción, no me quedaba energía ni creatividad en lo cotidiano. El amor se agigantaba como tragedia, potenciado por su ingrediente de tristeza histórica.

—Nunca se me ocurrió que el amor estuviera así de disfrazado, así de confundido.

Como la emoción me mataba, tuve que darle la espalda. Le tomé terror. De a poco empecé a dominarla y a centrarme en la construcción de mi vida. Ése es el momento en que empezó de nuevo a actuar mi parte masculina, aquélla que en la infancia quería ser héroe. Un héroe que reemplazara al desertor. Mi parte masculina se preocupó especialmente de afinar a la mujer que había en mí, de mejorarla en todas sus facetas, pero fracasó respecto de la servidumbre a la emoción.

Creo que me hice un tremendo engaño, una trampa feroz.

Sábado 28 de agosto de 1993

Nunca perdí la compostura en mis depresiones, le dije hace algunos días al gigante.

No desmoronarme me producía cierto orgullo, pero no demasiado, ya que nada heroico había en mi conducta. No

trataba de cuidar mi dignidad ni de mantener las apariencias. Las cosas eran así.

Eso explica que el estigma del fracaso no me marcara y que al egresar de la universidad con buenas notas y un título en la mano, no se me haya ocurrido suicidarme ni ponerme la túnica roja del grupo "crecimiento personal", sino buscar trabajo.

Me pareció que ese período en que no era estudiante ni cesante ni empleada o profesional establecida, condenaba al fracaso mis esperanzas dispersas y definía para siempre mi identidad. No era nada, no era nadie.

Las posibilidades ilimitadas de la adolescencia se habían reducido a una lista de instituciones. No veía o no quería ver más allá. No me apasionaba nada de lo que se presentaba como posible y tampoco deseaba otra cosa. Carecía de impulsos profesionales propios y me tranquilizaba la existencia de entidades organizadas que acogieran mi falta de iniciativa.

Después de varias vueltas y antesalas, y cuando parecía que la ruleta se detendría en la Corporación del Cobre, encontré un puesto en la Corporación de la Vivienda.

En mi primer día de trabajo, vi al entrar una enorme oficina con escritorios alineados como las camas de un internado. Catorce personas que en ese momento me parecieron iguales entre sí. Acompañada del abogado jefe, pasé entre ellos saludando y no saludando al mismo tiempo, inclinando la cabeza mientras sonreía discretamente al zócalo superior, cuya línea no coincidía con rostro alguno. Así llegué a un pequeño despacho de dos por tres metros y paredes de vidrio catedral, un reducto privilegiado, comprendí mientras mi anfitrión me citaba a una reunión al mediodía para asignarme mis labores.

Tenía frente a mí tres horas de soledad. Me desplomé en la silla giratoria como si en lugar de haber atravesado una sala llena de seres humanos hubiese escapado de perros furiosos.

En un estante, varias carpetas. La asignación sería sólo un ritual, entonces. Respiré hondo, pero no fui capaz de alargar la mano para examinar algún expediente. Mi curiosidad sucumbía ante la certeza absoluta de su falta de atractivo. No necesitaba abrirlos. En la facultad, el trabajo en este tipo de corporaciones era conocido como rutinario y aburrido. Y éste era el ámbito que voluntariamente había elegido.

¿Voluntariamente? De repente, por primera vez, no estuve segura. Ahí me había llevado el cumplimiento del deber, las

buenas notas, pasar de curso. Un peldaño tras otro y la escalera fue subiendo hasta terminar de pronto en el cielo vacío de los cuadros de De Chirico.

En lugar de voluntariamente, la palabra adecuada era fatalmente. Me sentí producto de una fatalidad que no comprendía muy bien y por primera vez vislumbré que tenía que ver con la libertad. La libertad, entonces, no se improvisaba a los veintidós años. Para saber elegir debería haberla ejercitado, haber seguido el camino de mis sueños. Nunca supe apropiármelos.

¿Significaban algo? ¿Eran deseos, anhelos, ambiciones para la vida concreta? ¿O eran sólo vaporosos, incoherentes sueños?

Desde muy temprano aprendí a tenderme con un tomo de Proust en la mano, habitando las casas y los jardines de Combray y olvidada de mi entorno. Antes habían sido los dartañanes, el collar de la reina, los dos años de vacaciones, Ninon-Rose, la castellana de Shenstone, mundos más deslumbrantes que la realidad cotidiana, sí, pero lo que me cuesta comprender es que hayan sido más verídicos, más creíbles para mí. Entregada a la fantasía y a la pasión ajena, ahogué mi propia fantasía y mi real pasión. Pasión. Es raro que una misma palabra tenga sentidos opuestos. Según el diccionario, pasión es el apetito o afición vehemente por una cosa y es también lo contrario a la acción. La pasión de Cristo es la acción de padecer. Me gustan todos estos significados. Me doy cuenta de que no son tan distintos. La pasión está en la base, en el sustrato que marca las preferencias del alma. Es lo contrario a la acción. Pero también es o debiera ser su motor. Ese apetito vehemente tendría que expresarse siempre en una acción que le correspondiera.

¿Qué hizo que mi cuota de pasión posible se transformara en sueños quebradizos? Ahí quedaron, débiles y arrinconados. Tal vez ni siquiera se los pueda llamar sueños. Eran un mundo más bello que este mundo, una espuma acariciadora. Inyectaban emoción al sentimiento y confusión al pensamiento. Suave y amorosamente descartaban la acción.

Traidora, con este gran cuchillo carnicero del análisis estoy descuartizando mi mundo de lecturas y de ensueño. ¡Si me llenaba la vida, si en esas horas no necesitaba más! Era mi encantamiento, mi fascinación, mi mayor felicidad. Pero, me pregunto ahora: si era tan débil, ¿era pasión?

Sí, lo era. El paso del tiempo respondió afirmativamente. La pasión por la literatura estuvo siempre y sobrevivió a todas

las tempestades. Gozosa y muda, gozosa y paralizada, luego sofocándose, pudriéndose, fagocitándose, envenenándose por ello, y finalmente luchando por emerger, apareciendo, trabajando, escribiendo, callando.

Quizás por eso era triste. Sólo triste podía vivir la que se alimentaba de su pasión marchita. ¿Qué hizo que se encerrara? ¿Por qué su impulso no la llevó hacia el mundo exterior?

Quizás no era fácil. Quizás el mundo que veía fuera no era aquél en que cabían las pasiones y los sueños. En este descarnado proceso de recuerdo, en este esfuerzo por ir hacia atrás y entender, percibo la mole inmensa del mundo del deber y de la ética, en el cual —comprendo por primera vez— creí tan ciegamente como en las historias de heroísmo y amor. Sí, yo, la misma, la que se creía libre, la insolente que cuestionó desde pequeña el Evangelio, los dogmas y una que otra costumbre.

No sé si lo defino bien al hablar del deber y de la ética. Era una sensación aplastante de que el mundo estaba hecho de cierta manera. El discurso autoritario de mi madre y de la Iglesia me hizo mucho más mella de lo que yo creía y en un sentido muy diferente. No estuve de acuerdo con la mayoría de sus normas: me reí, me burlé y me rebelé. Sin embargo, no me sustraje al peso de ese universo moral, por así decirlo. De la amenaza de una realidad más poderosa que yo, inmensa y temible como las monjas reunidas en una mancha negra en la capilla del colegio.

¡Mala suerte creer que en el ámbito invisible existe también lo que no amamos, lo que rechazamos! No por ser horrible el dragón deja de existir.

Planteadas así las cosas, mi dilema adolescente fue aceptar el mundo o quedarme fuera. No se me ocurrió decir: el mundo no me gusta, lo cambiaré.

Por eso mi pasión se sofocaba. No podía salir. Mirando esa montaña de deberes, no encontraba un hueco, un recodo florido al cual llegar. No tenía el camino hecho ni los peldaños marcados.

¿Qué me llevó a excluirme? ¿Tendrá razón el gigante cuando dice que cargué con la herencia de mi padre? Lo vi vivir desterrado, sintiendo siempre que en las azules aguas del Adriático estaba el mundo verdadero, lleno de sol, un mundo mil veces mejor que el frío y provisorio lugar en que le había tocado vivir.

Lunes 30 de agosto de 1993

Desterrado es una palabra que me conmueve por su intemporalidad y por su seca exactitud. Con ella evoco a mi padre. Exiliado, en cambio, es un término acotado por la reciente historia de Chile, del que nos apropiamos totalmente como si nadie antes lo hubiera empleado. "Uribe está exiliado en Holanda", se decía en voz baja, con reverencia. Dentro del país, levantábamos banderas contra esa injusticia. Exiliado y héroe, casi sinónimos. "Uribe ya no está en Amsterdam sino en Santiago." Políticos y artistas festejaban el tiempo del regreso, mientras en la División de Cultura yo empezaba a descubrir nuevos síntomas lingüísticos. Ahora no se dice exiliado sino retornado. El retornado carece de la aureola del exilio, se le cayó al pisar su tierra. A mi escritorio llega el currículum de Uribe; por su experiencia, podría hacer un gran aporte. "Es un retornado", rumorean, dicen, me dicen con expresión neutra. No logro dilucidar si es un pecador o un santo. Observo. El término *exiliado* aparece cada vez menos en la televisión y en los diarios y revistas. Llegamos al reinado del lenguaje aséptico que no hiere susceptibilidades ni "resucita dolores del pasado". "¿Qué tan pasado?", me pregunto con estupor. Se trata de ayer, de anteayer, no estamos hablando de la Guerra del Pacífico. Un pesado manto de consenso sofoca la libertad del diálogo y empieza el reinado de otro término, la *reconciliación*. La postulación de Uribe se complica, se estanca, se diluye. Todo se diluye.

Viernes 10 de septiembre de 1993

Ayer hablé con el gigante sobre el endiosamiento.

Más bien, el desendiosamiento.

Un nuevo sueño trajo el tema. Veo un lugar compuesto por el salón de la casa de calle Ecuatoriana en Punta Arenas y una terraza como la mía en Santiago. Mi padre muere en ese momento. F. F. llega de visita por casualidad, unos minutos antes. Muy cariñoso, natural, se sienta conmigo y Sebastián junto a la mesa de la terraza. Luego se dirige hacia el salón donde está mi padre. Mi hermano Nico le dice que la agonía fue terrible y que estuvieron a punto de zajarlo. A última hora se había evitado.

Zajar era abrir con un bisturí o una navaja un cuerpo que se había puesto entero morado y sacarle el líquido que contenía.

En el sueño, zajar se presenta como algo terrible, la peor muerte, el desborde del veneno morado que contiene las penas, los conflictos, las frustraciones y los fracasos del que agoniza.

El gigante me pregunta qué hay de común entre F. F. y mi padre.

—Nada —respondo.

Pero después me corrijo:

—La falta de igualdad en la relación.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, un padre es siempre superior; a F. F. yo también lo miraba hacia arriba.

Me sorprende pronunciar con facilidad un nombre casi olvidado, que nunca había entrado en las sesiones. Le cuento de ese enamoramiento-endiosamiento. De mis posteriores enamoramientos-endiosamientos. De mi endiosamiento de la amistad. De que hablo menos o nunca de algunas personas porque no los endiosé.

—Endiosar no es amar, porque es no ver la realidad.

—Lo aprendí. Ahora se me han muerto todos los dioses. Nadie se ha mantenido en esa calidad. Ni un hombre, ni una amiga, ni un autor literario.

Este apagamiento afectivo ha influido en mi desierto. Ya no siento adoración por Proust ni por María Luisa Bombal. Los encuentro tan buenos o aun mejores que antes, pero he dejado de mitificarlos.

Algunos afectos se han salvado dentro de la limitada realidad humana, sin ingredientes divinos. Hace unos meses, cuando le confesé al gigante que había perdido la incondicionalidad en las relaciones personales, estaba anticipando el tema de la muerte de los dioses.

Los hermanos no son dioses. Los padres tampoco. Nunca lo fue mi madre. Mi papá un poco, por lo que no entendí de él, por la carga de desterrado que siempre lo mostró lejano.

Sí, la muerte de los dioses ha influido en mi expresión. No es que no pueda escribir. Escribo. Pero no tengo claro, como antes, lo que quiero decir; como antes, cuando los dioses refulgían y su distancia era una herida.

Esto es un tránsito. Debería ser un tránsito a un estado mejor. Todos iguales, propios y ajenos, dioses y hombres. Todos iguales.

Domingo 12 de septiembre de 1993

La intromisión de F. F. en el sueño de la muerte de mi padre abrió una puerta enmohecida. Ha vuelto a aparecer. Es muy rico y poderoso. Me invita a un viaje en una nave espacial redonda y con paredes de vidrios curvos, cuya dura transparencia aumenta mi sensación de terror al vacío. No quiero estar ahí, no entiendo por qué subí y no puedo salir. Como en la realidad, F. F. habla mucho de sí mismo en el sueño. Me cuenta que ha vivido aventuras de toda clase, empresas millonarias, amores, matrimonios dejados atrás. ¿Fracasados?, pregunto. Me mira con reprobación. Esa palabra no existe en su vocabulario: concluidos es mejor. Ahora lo vivifica su imperio, multiplica su potencia de hombre. La nave en que estamos es única, la más adelantada del universo. Aterrizamos en la misma planicie de la cual partimos, el cielo oscuro y en un costado un inmenso hangar que en la mañana no existía. El gran vehículo entra lentamente y se detiene. Caen desde el vértice superior unas cortinas de terciopelo rojo que tienen la virtud de pegarse a los vidrios curvos, siguiendo su forma centímetro a centímetro. Estamos en una gran caja roja, el espacio ha desaparecido, la tierra no existe. Me abraza fuertemente, nos besamos, me acaricia los muslos, toca las axilas con cuidado como si me buscara un rincón conocido. El deseo produce un calor muy grande que el hermetismo del lugar aumenta y que se mantiene después de haber hecho el amor. A F. F. no le interesa preguntarme nada sobre mi vida. Sólo manifiesta una gran felicidad de haberme encontrado y en ese momento le creo. Me habla como si hubiésemos estado juntos la semana pasada. Aumenta el calor, me sofoca el deseo, la desnudez aumenta el erotismo, vuelve a recorrerme la unión del muslo con la pelvis, nos estrechamos con afán de fusión. Desaparecen la escena y la nave, desaparece F. F., no sé dónde está. Lo busco una tarde entera, empieza a oscurecer en los edificios del centro, el número no corresponde, me equivoqué de piso, subo y bajo escaleras, hay paredes ciegas donde debería haber puertas con letreros claros. No lo vuelvo a encontrar.

Se abrió una puerta enmohecida, le digo al gigante.

He tenido varios sueños eróticos, ya no con F. F. sino con otros hombres en los cuales no he pensado a la luz del día y que, sin embargo, aparecen en las noches a cobrar —o pagar— una cuenta atrasada.

* * *

Estaba triste, desanimada, y le pedí a Chepita que viniera a verme. El impulso debe haber nacido de algún lugar dormido, de la memoria inconsciente de conversaciones pasadas, pero al llamarla no tenía conciencia ni recuerdo de ellas. Quizás vagamente esperaba fortaleza del encuentro.

Entramos, por supuesto, en el tema de la literatura. Le conté que me sentía incapaz de seguir con la novela, ya que a raíz de la terapia toda mi sensibilidad iba hacia el diario de escritora que empecé el año pasado. Leímos parte del diario y también de las "confesas", esos trozos de narraciones sueltas en que lo ficticio deriva de lo autobiográfico. Como siempre, Chepita manifestó gran interés por la verdad que contiene el relato real. Le gustaron mucho el tono y el contenido del diario y me dijo que en eso había un libro.

Según ella, yo experimento una descalificación interna del relato personal y no lo considero realmente literatura. Por otra parte, tengo una mitificación de la ficción. Y todo eso serían tonterías. Lo que importa es el impulso, la verdad y la necesidad del que escribe.

Sé que básicamente tiene razón, aunque no puede negar que en literatura la ficción constituye un peldaño superior. Es precisamente la capacidad de transfigurar la experiencia real.

Eso es lo que me es difícil hacer. MPTD me costó mucho. El resultado: una novela con cierta belleza y sin ninguna resonancia.

Un tipo de escritura como la del diario implica consecuencias claras para la vida real: excluirme definitivamente del camino de los novelistas actuales. Digo camino y no carrera, porque esta palabra la relaciono con la abundancia de publicaciones y con el frenesí por aparecer y no perder plataforma en el público. Ese afán, honestamente, nunca lo he tenido: creo más en los tiempos interiores. Pero hay algo que me importa en ese fenómeno: salir de la pista es desgajarse, es perder la integración con otros escritores y quedarse a la orilla. De nuevo sola.

También me pregunto si la desintegración no proviene de una dispersión interna mía. En algunas oportunidades he usado lúcidamente mi parte masculina para ordenar los materiales literarios. Pero antes de usarla, qué confusión, qué parálisis, qué fracaso. Recuerdo cuando muchos años atrás le decía a María Elena: es que tú no sabes, no sospechas la magnitud del caos

que llevo dentro. Ella me miraba con incredulidad y, con la ternura que sabe prodigar a los seres humanos, trataba de entenderme. Ahora relaciono ese caos con la emoción que no podía contenerse a sí misma. Este último tiempo creía haberla dominado, pero me doy cuenta de que sigue latiendo, dispersándome, desconcentrándome, desordenándome, confundiéndome.

Volcarme en el diario y olvidar la novela es iniciar un viaje que no sé adónde va ni cuándo termina. Pero por otra parte es aquello a que me lleva mi sensibilidad, lo que hago en este momento con más naturalidad y también, por qué no decirlo, con más alegría.

La novela me hace sufrir. Tiene trozos bellos, sí, pero tropiezo a cada rato.

Tengo tres, cuatro, siete principios magníficos. Todos han perdido el aliento a las pocas páginas.

Otra cosa me preocupa si tomo la vía del diario. Un diario no es suficiente motivo para no trabajar en otra cosa. Si no encuentro algo pronto, me sentiré ociosa, cesante, desocupada, sin lugar. Sería distinto si estuviera escribiendo un libro con forma propia y una estructura diferente a mi alma.

Chepita cree que estoy escribiendo ese libro. No lo veo tan claro. Eso sí, defiende un sistema de escritura que a mí tampoco me parece malo. Y es volcar el alma en el papel, para poder mirar lo que hay en ella.

Algo así hice cuando escribí MPTD, aunque percibo una diferencia grande. Yo vomitaba y vomitaba en torno a los temas centrales de la comunicación y la memoria. Ahora, en cambio, desde que todos los dioses han muerto, ningún tema me obsesiona en especial y escribo sobre lo que va saliendo. Puedo hacer un monumento a la dispersión.

Ningún tema me obsesiona, salvo mi bloqueo literario.

Después de MPTD, al sentirme con más facilidad de pluma, me puse a escribir la nueva novela desde afuera. Creí poder hacerlo al tener más experiencia de escritura. Para muchos, en eso consiste el oficio. Pero la verdad es que el sistema no me sirve. Al escribir desde afuera, me estoy saltando el proceso del espíritu. Y el espíritu es lo único que tengo.

Quizás deba volver a mi alma, entonces. Confiar en que encontrará su expresión. O entregarme también a la posibilidad de que no la encuentre y escribir un montón de páginas inútiles para una obra literaria.

Estoy pagando también mis pecados de orgullo. No haberme esforzado por perfeccionar la técnica y no haberle dado importancia, no porque pensara que no la tenía, sino porque me era más urgente y necesario comprender mi obsesión, mi inquietud, aislar la parte del mundo que quería manifestarse a través de la escritura.

Ahora pienso que los que dominan la técnica saben seleccionar los materiales justos y no corren peligro de ser sofocados por mil incitaciones.

Planteadas así las cosas, la "técnica" que me propone Chepita es la más adecuada para mí. Yo misma lo he sostenido en otras ocasiones: cuando la verdad y la necesidad son fuertes, encuentran su forma.

Lunes 13 de septiembre de 1993

Transcribir lo hablado con Chepita me trajo a la mente un importante diálogo telefónico con Pepe, justamente una semana atrás, a la misma hora, como si la hora de la melancolía no pudiera pasar sin adentrarse en lo que ocurre con la literatura. El sábado recién pasado le pedí a Chepita que viniera, pero el anterior fue Pepe quien llamó e inició el tema sin sospechar las profundidades a que llegaría. La conversación fue muy importante y me doy cuenta ahora de que fue exactamente lo contrario de la de anteayer con Chepita. Trataré de recordar, aunque sea sin orden.

A propósito de las sesiones de terapia, me dijo que para el doctor C. debía ser difícil trabajar conmigo, porque yo tenía perfectamente ubicadas mis fuerzas y mis debilidades, mis virtudes y mis defectos, mis posibilidades y mis limitaciones. Un mapa claro, iluminado y coherente en el cual yo veía, profundizaba y analizaba lo que había decidido que entraba en la realidad. Pero que había toda una parte subterránea, contradictoria y oscura, que no tomaba en cuenta, como si no existiera. Me impresionó oírlo, ya que hacía muy poco le había contado que había entrado en zonas cerradas explorando aspectos insospechados de mí misma, por ejemplo la falta de libertad.

Me dio la impresión de que él veía mi esquema tan claro, fuerte y definitivo que no creía realmente que pudiera descubrir nada nuevo en la terapia. Se me cortó un poco la respiración.

En voz alta le pregunté si el punto se relacionaba con la contención de la cual hablé con Elena Castedo y con Diamela, y con la falta de valentía que me atribuye la propia María Pilar. También aquel aspecto fue una de las pocas reservas del crítico Javier Edwards Renard al referirse —muy positivamente— a *Mi pobre tercer deseo* cuando se publicó.

Me respondió que indudablemente sí.

Le dije que no sabía bien a qué apuntaban cuando hablaban de la contención y de la transgresión en mi caso. La contención quizás la entiendo: tiene que ver con una cierta elegancia de prosa, con un cierto pudor, con una cierta reserva de autora. Le conté a Pepe la afirmación de Elena Castedo: que ese estilo contenido y reservado estaba bien para mis dos primeros libros, pero no sería posible en un tercero. Y le conté también la inesperada respuesta de Diamela: "A no ser que lo extremes."

El año pasado en noviembre, al ver parte del borrador de *Boca Ancha*, Leticia Vigil me dijo: "Cómo no te vas a demorar en publicar con este lenguaje. Tus personajes nunca hacen caca."

Le confesé a Pepe que no entiendo el tipo de transgresión que me piden. Que simple y desesperadamente no lo entiendo.

Esa presumible negación de una parte de la vida, que podría obstaculizar la terapia, según Pepe habría dificultado ya mi literatura:

—Pones lo que quieres poner, lo que entra en tu mundo visible. No tienes fe en la dinámica del lenguaje, no crees que el lenguaje tenga una movilidad propia que te lleva a rincones que no esperabas. Es importante tener una idea base, pero hay que dejar salir lo oculto.

Cree que le doy importancia al significado, en circunstancias de que la literatura es significante.

Me lo dijo como a una niñita chica a quien se le enseña el abecedario por primera vez.

Puso el ejemplo de un crítico inglés moderno que hizo una relectura completa de *Pride and Prejudice*, de Jane Austen, con base en las palabras "intereses moratorios" aplicadas a una relación personal en el último párrafo. Esa expresión habría sido la luz para comprender cuánto escondía la novela de crítica a la sociedad de su época.

En otras palabras, la carga semántica del lenguaje transformaba la situación.

—De eso tú no entiendes, no lo sospechas —me dijo.

—Creía entenderlo —le respondí—, que no me resulte es otra cosa. Me importan mucho los distintos sentidos que arrastra una frase, una situación. Los trabajo mucho.

Pepe no supo qué decirme. ¿Qué me iba a decir el pobre? Había sido descarnado en esa conversación cruel y al mismo tiempo amoroso, amigo, con una necesidad de hablar en verdad.

—Entonces, hasta ahora no he hecho nada en literatura —concluí.

—¿Ves que eres blanco o negro? Las cosas no son así, tienen matices.

—Pero tú me dices que no miro el significante sino el significado. Es como decirme: no has cumplido la regla número uno, la más elemental.

Me repitió que en verdad tenía problemas en ese terreno, pero que mi escritura mostraba otras virtudes importantes, como la verdad literaria, la transparencia, la capacidad de hacer vivir personajes, el buen gusto y la insinuación de un universo personal.

—Vas a tener que trabajar mucho.

—¿En la terapia?

—Y en la literatura.

En la vida, en consecuencia, pensé. Y me sentí cansada, enferma, sin energías para empezar a construir de nuevo la vida. Siempre desde cero. Nunca queda nada. Heme aquí cuestionada en el corazón del oficio. Por José Donoso, alguien que me quiere, humana y literariamente. Alguien que sólo busca ayudarme a comprender.

Desgraciadamente, ha pasado una semana desde ese diálogo telefónico. Hubo muchos matices, muchas pausas y silencios, muchas ricas observaciones que se perdieron. Creo, eso sí, que lo que transcribí es lo esencial. Me dan ganas de mostrárselo a Pepe, para ver si se acuerda de algo más. Para él fue también una conversación excepcional. Me llamó el miércoles pasado para decírmelo.

Le creo. Pero, ¿en qué sentido? No puede haber sido lo mismo.

Para él, me parece, fue una hermosa experiencia humana de sinceridad profunda, de comunicación recíproca, de respeto por lo literario: no aceptar mentir para suavizar. Para mí, si bien también tuvo esa emocionante dimensión, fue fundamentalmente una dolorosa aventura, una penetración en mis carencias, en mis debilidades, una constatación de que los demás ven más

claro que yo misma las causas de mi bloqueo. Recordé cuando el gigante me dijo que nada de mi mundo onírico había asomado "todavía" en mi literatura. Todo confluye a lo mismo: a una escritora incapaz de dejarse llevar por el poder del lenguaje.

Ha sido importante poder relatar juntas estas dos conversaciones de sábado. Son dos caminos. Uno sería la persecución del significante, que no me ama, que no viene con facilidad a mis brazos. Sería, entonces, una posibilidad melancólica y paralizada. El otro es el que propone Chepita, dejar fluir hasta que se revele bajo el agua el negativo de la fotografía, sin seguridad de que me lleve a la literatura.

Miércoles 15 de septiembre de 1993

Leo con emoción *Crimen y castigo*, como si fuera la primera vez. Me detengo en las razones y los desvaríos de Raskolnikov, razones y desvaríos del espíritu de Dostoievski y que desbordan la forma literaria escogida por arriba y por abajo y por los lados. VUELVO A PENSAR: Cuando la necesidad es muy grande, encuentra su expresión.

Viernes 17 de septiembre de 1993

Necesito ordenarme. Antes de casarme debo solucionar el asunto del cheque. Se trata de una cuenta de Diners que no pagué. Algo simple. Hace unos meses el procurador encargado vio el proceso y me indicó el camino, pero preferí olvidarlo antes de pisar los tribunales. Cuando no me quedó otra que ir, me encontré con Juan Pablo en la esquina de Huérfanos con Bandera. Nuestra relación me pareció fresca e intacta a pesar del tiempo transcurrido. Claro que antes esa relación desbordaba los océanos y ahora cabía en un dedal.

Juan Pablo también cree que lo de Diners puede traer graves consecuencias. No era complicado en sí mismo, pero llegó a serlo por la negligencia. En lo judicial, el tiempo complica los caminos y pone sobre situaciones flexibles lápidas difíciles de remover.

Se acerca el procurador y me pregunta cómo es la nueva esposa de Juan Pablo. Bella, respondo, él siempre se ha

caracterizado por su buen gusto. Juan Pablo recoge la alusión, sonríe apenas, sin perder su compostura de abogado. Mi respuesta es liviana, como si el encuentro en la esquina bajo el sol le hubiese robado a esa mujer parte de su belleza.

Cuando quedamos solos, Juan Pablo me promete preocuparse seriamente del proceso para que pueda casarme tranquila. Lo noto cómplice, solidario y amigo. Le digo que confío en él y que tengo que dejarlo para probarme el traje de novia.

Nadie sabe que aún no lo he elegido. Estoy de nuevo en el primer piso de la casa de Magallanes 227, en Punta Arenas. Me muevo por el comedor de diario en ropa interior de encaje y medias. Todo blanco. Constanza Gumucio, que ha venido de Tanzania para mi boda, trata de apurarme. Le digo que ella no comprende, que debo gozar lentamente las etapas, que poder ponerme de nuevo esa hermosa ropa íntima es para mí una gran felicidad. Demoraré el momento de vestirme.

Antes hay que limpiar la casa, le digo. Me responde: hay quien lo haga. Además de Hilse está la vieja de la pieza de atrás y la niña que ayuda. Comprendo. Todas se han juntado hoy porque olvidé decirles que no vinieran. Me preguntan qué deben hacer. Distribuyo trabajo, zonas de limpieza, pero me abruma la totalidad, saber que entre uno y otro sector quedarán franjas de mugre pegada que nadie verá ni tocará. La organización es una tarea extenuante. Puedo entregarme tranquila a una labor concreta pero me angustia la idea de alinear el universo.

Doy vueltas por la casa vestida a medias con mi sostén y mi calzón de encaje. Por más que me preocupe, algo quedará sucio.

¿Cuál es el traje?, pregunta Constanza. Un blusón vaporoso aparece en un gancho de la pared. La falda, en cambio, cuelga de la manilla de la puerta y el ruedo empieza a ensuciarse imperceptiblemente. No permito que lo toquen. Póntelo, me dice Constanza. Todavía no, respondo. No sé qué espero ni estoy segura que de sea el vestido. ¿Te gusta?, le pregunto y mientras hablo el apresto desaparece y la tela se adelgaza y cambia. Aunque insisto en decir que ése es mi traje de novia, se ha transformado en una camisa de dormir blanca muy semejante —aunque no tan linda— a la que vi en la vitrina de Barbizón una semana antes de operarme del pecho. Era un verdadero vestido de baile y quería comprarla a toda costa, apostar a poder ponérmela en la clínica. Lucho me hizo ver el desatino: era mejor una buena camisola de raso con botones adelante, que no entorpeciera el movimiento

de los brazos. Obedecí y salí de la tienda mirando de reojo la camisa prohibida.

No, no era tan linda como la de Barbizón, pero era bastante parecida. Yo sólo quería ese traje de novia, no otro. Constanza me pregunta con quién pienso casarme. Sugiere algunos nombres y no menciona a Juan Pablo. Me mira a la cara, se da cuenta de que yo misma no sé quién es el novio y que por mucho rato no he sabido tampoco cuál es el vestido. No quiero ponérmelo todavía, porque hay que seguir limpiando la casa.

Lunes 20 de septiembre de 1993

Hoy no quiero escribir diario ni novela. Me ronda un relato (¿cuento?, *¿nouvelle?)* al que titularé "El anticipo". Aquí comienza:

La noche de la comida doña Florencia se preocupó de relacionarnos con invitados importantes. Con un ademán aéreo y casi circular, nos señaló sucesivamente y recitó:

—El diputado F. F., mi sobrina Francisca Romana Arezabalo y su amiga Bárbara.

F. F. cayó en éxtasis ante el nombre de Francisca Romana. Se refirió largamente a la historia de la santa, dando por supuesto que la ignorábamos —lo que era cierto— y que nos interesaba, lo que no era tan seguro. En el siglo dieciséis, la hermosa mujer se había dedicado por completo a los pobres y enfermos del Trastévere, se había mantenido fiel a su noble marido prisionero y cuando éste fue finalmente liberado, le había pedido dedicarse a Dios haciendo votos de castidad dentro del matrimonio. El relato era sustancialmente conservador y hagiográfico, y nada señalaba los afanes emancipatorios de Francisca Romana ni su entrega al trabajo elegido, por lo que su vida me pareció bastante sosa. Percibí misteriosamente que F. F. jamás se hubiese interesado en las virtudes de la santa si no hubiese sido dueña de una belleza esplendorosa.

Era una reunión de gente mayor. Nunca había asistido a una cena tan elegante. Me tocó a la derecha de F. F. y con Francisca Romana al frente. La mesa larga pero no demasiado ancha nos permitía seguir conversando cómodamente y un mantel blanco bordado caía rozando mis piernas y las de F. F., a quien mi amiga y yo

escuchábamos embobadas. Tenía la virtud de hacer entretenido cualquier tema. Una lámpara de lágrimas aumentaba el brillo de los ojos de Francisca Romana y pensé que era una pena no poder contemplarme a mí misma en parecida situación, en ese momento importante de mi vida.

Pasamos a tomar café y al poco rato Francisca se levantó para ir a hablar por teléfono. Desplegó el cuerpo lentamente, como una serpiente que despierta al sol. Era mucho más alta que F. F. y su porte pareció una agresión. Aunque para mí nada podía menoscabar el magnetismo del diputado, del que me sentía repentina y absolutamente enamorada. Con su menor estatura, ya era ajeno a cualquier juicio, opinión, medida o recuento humanos. Acaricié con gratitud uno de los brazos del pequeño sofá que me acogía junto a él, como un carruaje seguro hacia la felicidad. F. F. hablaba con entusiasmo (yo le respondía), me miraba a los ojos y no me decía Bárbara sino Barbarita.

La ausencia de Francisca Romana continuaba, por lo que mi *tête à tête* se pudo prolongar bastante rato. Cuando regresó, venía con dos muchachos. Aunque el grupo se agrandó, F. F. seguía dominando la conversación con esa curiosa mezcla de autoritarismo y cortesía por la que, después supe, lo habían bautizado como Luis Catorce.

—Creo que ya es hora de irse —dijo de repente Francisca Romana.

F. F. miró su reloj.

—Es cierto. ¿Cómo te vas a ir?

—No lo he pensado. Siempre hay algún modo.

—Yo iré a dejarte, Francisca Romana —dijo F. F., y pronunció Fran-cis-ca Ro-ma-na separando las sílabas, de un modo que parecía un homenaje al nombre y a su dueña.

Ella aceptó.

Imaginé el interior del auto en la noche, el hermetismo de las puertas y los vidrios ayudando a crear intimidad. Y yo rezagada, apoyándome en el brazo de mi desmantelado carruaje de brocato azul.

—Yo te puedo acompañar a ti, Bárbara. Creo que vivimos bastante cerca —me ofreció uno de los muchachos.

Guardé silencio. No sé si fue un segundo imperceptible o si me puse en evidencia demorando demasiado en responder. Quise dar una oportunidad para que F. F. aclarara lo que no aclaró: que por supuesto nos llevaría a las dos.

—Sí, me viene muy bien, muchas gracias —respondí por fin.

F. F. se dirigió hacia mí con cordialidad:

—Bárbara, nuestra conversación ha sido muy interesante. Créeme que he tenido un agrado enorme en conocerte.

Un agrado. Con esa palabra amable clausuró el encuentro que creí trascendental. Sentí estupor. En los días posteriores, fui asimilando amarga y dificultosamente su desinterés. Regresé en un par de ocasiones a la casa de la viuda del notario Arezabalo en busca de rastros y rumores, pero ninguno me llegó.

Sólo volví a encontrar a F. F. unos meses más tarde, cuando iba caminando por la Alameda hacia el centro de Santiago. Sentí que alguien me tomaba del brazo. Mi sorpresa fue inmensa al reconocer a mi frustrado amor de aquella noche. Traté de aparentar la máxima naturalidad, pero pronto me di cuenta de que mi esfuerzo no era necesario. Él estaba más ansioso que yo. Sin embargo, con esa fluidez en el hablar que le servía para apoderarse de los otros en pocos minutos, se refirió a una conferencia sobre *La comedia humana* a la que había asistido la tarde anterior como si fuera el asunto más cotidiano y, sobre todo, igual que en el caso de santa Francisca Romana, como si nada pudiera interesarme más. Yo lo oía y no lo oía a la vez. Habíamos caminado varias cuadras y la longitud de su discurso me acariciaba y me ayudaba a pensar. ¿Qué ocurriría ahora? ¿En qué momento desaparecería, con una frase cortés como la del final de la comida de doña Florencia? El hombre me atraía tanto como la noche que lo conocí, a pesar de vislumbrar que escasamente tomaba en cuenta a los demás. Temí que se esfumara al agotar el tema y le dieran ganas de estar solo bajo el cielo azul de ese día frío.

Al llegar a la plazoleta del Teatro Municipal, detuvo el paso y se plantó frente a mí. Esperé.

—Estaba pensando. No sé, quizás no te va a parecer bien.

Yo contemplaba con asombro la timidez que lo transformaba. Finalmente habló. Quería convidarme a almorzar y tenía miedo de mi negativa. Se había dulcificado al pronunciar la frase y esperaba mi respuesta mirándome a los ojos, como no lo hizo mientras caminábamos.

La mesa del restaurante Miraflores estaba en un rincón y las sillas quedaron en ángulo recto. En esa posición, que invitaba a conversar, F. F. desplegaba con cautela sus armas de conquista. Yo no podía evitar preguntarme: ¿qué había ocurrido con Francisca Romana? Según ella me dijo, nada. No lo había vuelto a ver. F. F., frente a mí, dejaba pasar el tiempo sin mencionar su existencia.

Pero él sabía y yo sabía que esa elección primera era una sombra atravesada en cualquier camino posible. Si ofreció a Francisca Romana ir a dejarla esa noche fue porque la encontró atractiva y deslumbrante. Eso significaba que me había encontrado menos atractiva y menos deslumbrante.

Era un hombre que me había medido y comparado, que no me había encontrado la mejor. Si no lo hubiese conocido junto a Francisca Romana, nunca hubiese tenido esa certeza. Frente a un nuevo amor, cada mujer se siente la más maravillosa. Yo había podido constatar que no lo era y que puesta al lado de otra había perdido el torneo.

¿Por qué?, me preguntaría más adelante, cada vez que alguna actitud suya me hacía desconfiar. ¿Por qué no me encuentra la más hermosa? Porque no lo eres, me respondía el espejo de Blanca Nieves. Me examinaba largamente, desesperada, enojada, rebelde contra mi rostro y mi apariencia. Existen pocos factores más determinantes y definitivos que el propio cuerpo. Sí, doña Florencia me había recomendado productos para mejorar el cutis y el pelo tieso, maquillajes refinados para hacer brillar los ojos en un rostro plano. Pero todo eso se estrellaba contra la estatura, el ancho de los hombros, la forma de cara, el elemento estructural e incambiable que no dependía de cuidados ni sucumbía a nada.

Cuando Francisca Romana se estiró esa noche

como una espectacular serpiente dorada, me había confirmado en mis dimensiones imperfectas. El hombre se había inclinado ante la majestad de la estructura ósea, ante la parte soberana del cuerpo humano.

F. F. volvió a gustarme. Igualmente irónico, pero más suelto y divertido, juntaba a Balzac y a santa Francisca Romana con mortales corrientes como doña Florencia y el difunto notario, que desde el purgatorio sin duda contemplaba la inesperada vida social de su mujer y se arriesgaba a otro infarto. Nos reímos un poco a costa del matrimonio Arezabalo y pronto estuve absolutamente segura de que seguiría viendo a F. F.

Al despedirse, prometió llamarme el sábado.

Lo hizo puntualmente. Me pasaría a buscar para ir a tomarnos un trago. "El trago" era un código de encuentro, un pobre y lamentable lenguaje de encuentro, distinto al alcohol que riega una comida compartida o al licor que amasa un final de fiesta. Una bebida ridícula, adornada con un *cherry* y una inmensa torreja de naranja, desconectada de la voluntad real de los que lo pedían sin pensarlo, como quien paga la entrada a un espectáculo.

Había transcurrido ya una hora, cuando me di cuenta de que los dos vasos seguían intactos frente a nosotros, con sus torrejones de naranjas como grandes paraguas.

—No has tomado nada —le dije a F. F.

—No. Veo que tú tampoco.

Nos miramos, al principio desconcertados y luego empezamos a reír. La risa incitó a las manos a encontrarse, necesidad de acercarse, abrazo, besos largos, piernas pegadas al compás de *Stormy Weather*, la lengua del hombre recorriendo mi cuello y luego su boca en mi oído, diciéndome:

—Francisca Romana era estúpida.

Me dio una gran alegría oír que mi amiga era estúpida. Permanecí en silencio. Se había abierto la compuerta del tema vedado, el de la ofensa punzante anterior al amor. Mi reclamo era íntimo y secreto. No podía quejarme en voz alta ni reprochar a F. F. su destreza para anticipar la decepción. La traición no era tal. Pero quería oír de nuevo que Francisca Romana era estúpida.

Sí, confirmó, después de la cena la convidó a

tomar un trago (¿en qué otra parte se puede conversar?, agregó para justificarse) y ella se había apagado completamente, como si todo su esplendor hubiese provenido de las miradas de la gente y de las luces de la lámpara del comedor.

—Era imposible sacarle una palabra que no fuese sí o no.

—¿No eres injusto?

—Bueno, quizás un poco. También decía a cada rato: ¡Qué especial! ¡Qué especial! Empecé a aburrirme, Barbarita Romana, y comprendí que ese momento tan entretenido de la mesa no hubiera existido sin ti.

Hice caso omiso del nombre Barbarita Romana, porque lo pronunció amorosamente, besándome y bajando de nuevo con la lengua por mi cuello.

—Fuiste bien tonto, entonces.

—Pero no tanto como tu amiga.

Repetir que Francisca Romana era estúpida, él lo sabía, empezaba a construir entre nosotros un idioma cifrado, aumentaba el erotismo y era una manera diferente de tocarme.

Hasta aquí llegué hoy.

Martes 21 de septiembre de 1993

En el sueño de anoche la casa de la calle Ejército está entera, acogedora, reluciente, con buenas cortinas, adornada con el gran reloj de bronce, los candelabros y los muebles de la casa de Punta Arenas. Digo entera porque se ha reconstituido totalmente, han desaparecido los tabiques que la transformaron en un sucucho mezquino en mis últimos sueños.

Está vivo mi padre y le parece natural vivir en esa casa. Yo digo, en cambio, ¡de nuevo aquí!, y me parece que haber vuelto a Ejército es un terrible paso atrás.

Estoy en la universidad, una universidad norteamericana situada en la otra punta de Santiago, donde nieva y hace frío. Tengo siempre a mi lado a una amiga a quien al principio no identifico, pero pronto reconozco a María Elena. El primer día nieva fuerte y dos muchachones negros nos ofrecen llevarnos en su auto. Yo voy adelante con el más alto, es fuerte y bello, me

abraza, me acaricia los pechos, siento calor y deseo en medio de la nieve.

Al día siguiente María Elena me lleva donde un cura de la universidad que me sanará. Debo subir una larga escalera y llegar a un espacio amplio y plano que corona con cemento el edificio. Es la escalera caracol del primer capítulo del *Ulises* de Joyce, que ha crecido exageradamente. También veo la navaja y la palangana de agua jabonosa. Los ejercicios del cura me atemorizan y me da miedo mirar hacia abajo.

Los jóvenes negros nos esperan, creen que somos de su propiedad, me arrepiento de las caricias de ayer, quiero borrarlas, me siento prisionera. La nieve va desapareciendo al avanzar desde el sur hacia el centro de Santiago. Ningún rastro y mucho sol. Seguimos en el cacharro que los muchachones estacionan en Ejército a ochenta metros de mi casa porque han encontrado una pensión en la misma cuadra. Me da rabia, no quiero tenerlos de escolta. Esto pasa por seguir viviendo aquí. No me atrevo a decírselo a mi padre pero lo pienso, podríamos haber comprado algo moderno y cómodo y no seguir amarrados sin motivo a esta casa vieja. Pero mi padre está feliz como pocas veces lo he visto y me dice que esa casa es en realidad de Jorge Campos, como si eso le diera otro valor.

Arturo Fontaine está también en la universidad, pasa a mi lado y no se detiene. Me sorprende la frialdad de un amigo tan afectuoso y en un primer momento creo que es a causa de los negros, pero cuando sigo la dirección de su mirada descubro que se detiene en una mujer alta y flaca, rubia, de ojos azules, con arrugas, una mujer en que María Elena y yo nos hemos transformado juntas. Me desdoblo y miro con atención a esa mujer única y un poco marchita que ambas somos ahora. Sus arrugas no son demasiado marcadas, pero bastan para hacerla diferente en el campus de la universidad. Arturo pasa de largo frente a nuestro nuevo aspecto: no reconoce mi existencia en esa mujer.

Miércoles 22 de septiembre de 1993

Francisca Romana me convidaba con frecuencia a su refugio en la montaña.

—¿Por qué no viene F. F. con nosotros? —me propuso.

—No sé si le gustaría.

—¿No sabe esquiar? Puede aprender.

Cuando más tarde se lo pregunté, me miró con extrañeza. Odiaba la cordillera, con su tropel de gente obligada a divertirse y esos trajes de tela impermeable colorida y brillante que parecían el uniforme de la dicha.

—Sin duda, Francisca debe deslizarse como una experta —opinó.

—¿Por qué?

—Bueno, con esa facha... y porque algo tendrá que saber hacer bien.

Francisca Romana le parecía pertenecer a una altura cubierta de nieve endurecida, capaz de guardar sin deshacerse los distintos reflejos que el sol de invierno imprime a las hondonadas y pendientes. Respecto de mí, en cambio, no preguntó demasiado, pero dio por sentado que esquiaba menos que regular. Me supuso una intrusa en la blancura de la nieve. Tácitamente me negaba la fantasía de desdoblarme en deportista o bailarina, o de atrincherarme simplemente en la posesión de mis roles atávicos: hija, hermana o madre futura. Yo era sólo lo que era: una aventajada estudiante de derecho, condenada a la parte seria de la vida. Y esa percepción perjudicaba nuestra relación, aunque yo no comprendía la causa.

La segunda vez que le propuse a F. F. subir a la cordillera, respondió que yo era absolutamente libre y que si quería ir con mis amigos, lo hiciera.

¡De repente comprendí! Él tampoco pertenecía a las cumbres, tampoco sabía esquiar. Eso era. Jamás se sometería en público a un aprendizaje.

Mi relación con F. F., intermitente, discontinua, ocasional, llevaba ya dos años. Era un lazo centrado en él y en mí: su rostro, mi rostro, su frase, mi frase, su pregunta, mi respuesta, sus besos, mi cuerpo. Siempre solos, abrigados, sin impulsos de movernos y salir. Ningún espectáculo, ninguna actividad puede ser mejor que estar juntos, solía decirme. ¡Qué extraordinario entretenerse tanto con otra persona, olvidarse de todo! Oírlo me confirmaba su interés, aunque entretenerse era una palabra que lo alejaba de mí. Entretenerse es divertirse, verterse afuera, hacerse otro, salirse de uno mismo. En cambio yo, esas tardes que pasaba

con él, sentía lo contrario, que entraba en mí misma como nunca, que mi parte vagabunda dejaba de gemir bajo el viento y que me desplegaba en mi medida máxima. Era natural que si F. F. se DIVERTÍA conmigo, volviera tranquilo y descansado a sus actividades políticas y a su intensa vida social. Era natural que me olvidara por unos días. En cambio, una parte mía no quería renunciar a la intensidad, quedaba presa de él, prendida a su amor frío, y yo desgarrada, deshecha, desarmada.

Mi sentimiento amoroso había crecido solo, desamparado y al viento. F. F. era su objeto lejano, mi pasión abstracta, pero no mi compañero de vida.

Viernes 24 de septiembre de 1993

Noche, verano, ventana abierta de par en par. La luz del farol de la calle refleja las hojas de los árboles en la pared del living. F. F. al lado de Bárbara besándola, acariciándola, y ella más audaz que antes, más sabia, más decidida, más necesitada de entender. Hasta ese momento se había empeñado en sujetar la venda que le tapaba los ojos. F. F. solía decirle "te quiero mucho", expresión que encontraba abominable, tan mezquina y equivocada como hablar de entretenerse en lugar de ser felices. No era posible decir "te quiero mucho", el adverbio sobraba, modificaba lo que no admitía modificación. Decir te quiero era absolutamente distinto a te quiero mucho. Pero Bárbara oía sin responder, porque si nunca F. F. le había dicho que la amaba, tampoco le había dicho que no la amaba. Y eso era lo que ella hubiera querido evitar oír, se dio cuenta mientras F. F. abría los botones de su blusa y la bajaba hasta los hombros simulando el escote de un vestido bajo la luz del farol de la calle. Debes hacer que se defina, debes ponerlo entre la espada y la pared, le decía Francisca Romana con el sentido práctico de los Arezabalo. Un consejo valioso si su mayor interés hubiese sido establecerse en la vida como esposa de F. F. No es que no deseara el matrimonio. Pero si jamás F. F. se vio en la necesidad de definirse, fue en gran parte por causa de ella, porque

había algo que le importaba aun más. No oír jamás una de las respuestas posibles: que no la amaba.

Y ahora que le había dicho que quería casarse con ella, un zumbido de extrañeza la acompañaba persistentemente. No sabía cómo saltar desde la nube a veces rosada y a veces gris en que se había desarrollado la relación a la vida de todos los días. Sólo quedaba confiar en la fuerza secreta de los sentimientos. Le resultaba raro imaginarse visitando con F. F. un departamento para vivir, discutiendo un contrato de arriendo o comprando un refrigerador.

Cuando F. F. marcó con la blusa la línea de un vestido escotado, miró a Bárbara y tal vez se imaginó entrando de su brazo a alguna ceremonia oficial. Seguía navegando en otras aguas, Bárbara lo quería más cerca. La blusa se deslizó finalmente y quedó sólo con un pequeñísimo sostén de encaje color carne. Iba desafiante hacia la desnudez total y él lo comprendió enseguida. Perdió el control que le había permitido repasar lentamente con el dedo los dibujos del encaje sobre los pechos de ella y le sacó la falda y el calzón. La luna brillaba en el cielo oscuro. Bárbara nunca había visto desvestirse a un hombre. La ropa de F. F. cayó desordenada sobre la alfombra y él la cubrió entera con su cuerpo. Buscaba correspondencia en los tobillos, las piernas, el pubis, el vientre, el pecho. Ella le acariciaba la espalda y las axilas, bajaba deteniéndose en cada una de sus vértebras. Sintió cómo se endurecía y con un movimiento instintivo de caderas le dijo que siguiera, que no tuviera miedo. F. F. la besó apasionadamente, le mordió como antes las orejas y bajó con la lengua por el centro de su cuerpo. Sin dejar de abrazarla, empezó a penetrarla. La muchacha estaba cerrada, clausurada por su virginidad. Fue avanzando poco a poco, cuidadoso del dolor. No era fácil entrar, no se rasgaban las telas del resguardo. La sangre empezó fluir, tibia y pastosa, a mojarla y a envolver el miembro del hombre. Una inmensa mancha roja y redonda se dibujó en la funda blanca del sofá. En algunas culturas orientales, después de la noche de bodas el novio se asoma al balcón a mostrarle al pueblo la sábana ensangrentada. Bárbara tenía ganas de enarbolar la suya como una banderola, asomarse envuelta en ella a la noche de verano. F. F. la acariciaba dulcemente, sin intentar volver

a entrar. Su deseo perdió osadía con la sangre, se puso lacio, semejante a la languidez de la ternura. Siguieron besándose y luego se estrecharon en un abrazo largo e inmóvil, el abrazo primitivo del amor. Hay que ir poco a poco, es importante que la primera experiencia sea dulce, decía el hombre amorosamente y acariciaba los cabellos de ella. Su nueva herida de mujer acaparaba las palabras y los cuidados. Esa noche el amor no se consumó.

Al día siguiente Bárbara se quedó hasta tarde en cama para sentir entre las piernas las huellas materiales del amor. El ardor era cada vez más tenue y pronto pasaría. Ella no quería que se fuera: era el testimonio de que la noche pasada no había sido un sueño.

F. F. la llamó a media mañana para verla en la tar-de. Entonces se lavó el pelo y lo secó largamente al sol de la ventana. La funda del sofá flotaba en la tina de baño y había teñido de rosado la espuma jabonosa. No importaba que se borraran esas huellas, porque las marcas en la carne continuarían la vía del amor. El pelo se le había secado completamente. Ella hubiese permanecido horas sin moverse, pero le dieron ganas de tener ropa interior nueva. Salió a recorrer algunas tiendas y terminó en una muy elegante en que todo era rebuscado y un poco irreal, la disposición de las prendas vaporosas, los rostros artificiales de las vendedoras, la alfombra clara, los inmensos ramos de flores negras. Una jovencita con cara de mimo le ofreció una romántica camisa de novia de tul blanco, los hombros minuciosamente bordados. No, lo que ella quería era algo hermoso para llevar pegado al cuerpo debajo del vestido, algo para cuando el vestido volviera a caer.

Sábado 25 de septiembre de 1993

En dos meses más debo entregar el primer informe de avance de la Beca Fondart y el 15 de diciembre la versión completa con el informe final. Mi intención era dedicarme por entero a la escritura de *Boca Ancha*, pero hace más de diez días empecé a escribir obsesivamente un relato cuya extensión final ignoro y que nada tiene que ver con la atmósfera ni el lenguaje de la

novela. Llené cuarenta y dos páginas, de las cuales incorporé a este diario algunas en las que encuentro una franca relación con su tema y espíritu.

Siempre en la inquietud del trabajo para el próximo año, he conversado con Rosario Carcuro la idea de preparar un proyecto de difusión masiva de lectura para presentar al Fondo Nacional del Libro. Lo realizaríamos con las escuelas municipalizadas del sector norponiente de Santiago: Huechuraba, Recoleta, Colina, Pudahuel y otras. Cuando escribo esto, siento cierto orgullo de pensar que estas posibilidades fueron concebidas en mi período de directora de Cultura del Ministerio de Educación, aunque sólo se hayan concretado en etapas posteriores. La riqueza irónica de la vida me permite ahora postular a estos fondos como cualquier hija de vecino. Cambio de roles. En los cambios de roles hay siempre ampliaciones de conciencia.

En la época que mis hijos eran pequeños, había cerca de mi casa un almacén y una librería donde comprábamos plastilina y lápices de colores. Un día esperaba pagar una compra en el almacén, cuando Sebastián me tocó el brazo y me dijo con su carita roja de excitación: "Mamá, mamá, mira, la señora que vende en la librería está comprando." El mundo había sufrido una variación importante en el caleidoscopio de su mente.

En el cuento "Los soñadores", de Isak Dinesen, la soprano Pellegrina Leoni pierde la voz en el incendio del teatro de Milán y, ayudada por el rico judío Marcos, da al mundo la noticia de su propia muerte, para poder enterrar al personaje que ha sido. Más tarde dice: "Tengo muchas vidas donde elegir. Si soy feliz o desgraciada, necia o inteligente, nadie se preocupará en absoluto. Ya no volveré a ser una sola persona, Marcos; desde ahora seré muchas personas. Nunca más mi corazón ni mi vida entera estarán atados a una sola mujer, para sufrir tanto." Los tres jóvenes soñadores que sucesivamente amarán a la protagonista (Olalla en Roma, la revolucionaria madame Lola en Lucerna, y la santa Rosalba cerca de Saumur), notarán que no hallaba diferencia entre la alegría y el dolor, entre las cosas tristes y las desagradables. Todas eran bien recibidas por ella, como si su corazón supiera que todas eran lo mismo.

Domingo 26 de septiembre de 1993

Pasó el verano. F. F. nunca intentó consumar las relaciones físicas con Bárbara. Ella tampoco tomaba iniciativas, nunca más haría nada, ni siquiera emborracharlo como otras veces con relatos, atraparlo con ingenio y encanto para no oír que no la amaba. Que dijera lo que quisiera. La noche de amor y de sangre se había esfumado junto con el deseo de él y la osadía de ella, pero entre los dos subsistía un equívoco. Para F. F. estaba en suspenso la definición de un futuro común y para Bárbara la percepción de su virilidad, lo que era mucho más complejo que dar placer a un cuerpo de mujer al que ya había provocado dolor. Un final pendiente. F. F. había fallado y ninguna de sus seductoras palabras podría reparar la grieta. Después de años de ambigüedad, la relación había cambiado de rumbo para jugarse en el terreno de la adrenalina y las hormonas, de la piel y la carne.

En pocos días la cadena había cedido a la poca resistencia de su propio material. No había nada que decidir. Sin dárselas de anarquista, la muchacha suponía que las instituciones no tenían valor en sí mismas, sino que existían para proteger situaciones reales. Por ejemplo, el matrimonio a la pareja y la familia. ¿De qué matrimonio podrían hablar? La de ellos, precisamente, no era una situación real, sino cada vez más irreal, más inexistente. El fracaso amoroso empezaba a no importarle e imperceptiblemente se alejaba día a día de F. F., que en la distancia se empequeñecía, se transformaba en un pobre hombrecito detenido en su confusión.

Empezaron a pesarle los años consumidos en esa relación. No es que renegara de un día para otro de F. F., pero sí creía haberle dedicado demasiado tiempo. La misma historia pudo haber durado la mitad. O un tercio. La razón regateaba con el pasado en un pleito sin posibilidad de solución.

Estaba contenta de su desfloración, aunque hubiera ocurrido de esa manera egoísta e incompleta. No lo vio así aquella noche en que la luna iluminaba sobre el sofá blanco los cuerpos desnudos. Entonces el cuidado de los pasos y la dulzura en las caricias le parecieron

expresiones de amor. Quizás lo eran, a su modo. Pero era un modo muy diferente al que ella anhelaba para su vida futura. Porque ya estaba pensando en su vida futura, ya se sentía liberada y en las mejores condiciones: sin la amarra atávica de las vírgenes. Si no la hubiera rasgado, su cuerpo hubiese mantenido la tristeza del temor. Aunque nunca oyó las palabras que tanto tiempo evitó oír, todo estaba claro para siempre: F. F. no la amaba.

Martes 28 de septiembre de 1993

Le cuento al gigante:

Me encontré con veintitrés años y nada que hacer. Tenía la sensación de haber vivido mucho e intensamente y ahí estaba con las manos vacías. Aunque no me diera cuenta, había hecho con el amor lo mismo que con los estudios. Fui la mejor alumna de mi curso, cumplí responsablemente. La dedicación a los textos legales llenó gran parte de mi tiempo, tiñó mi atmósfera interna, usurpó un enorme espacio que hubiese podido destinar, por ejemplo, a la literatura, ese sueño constante que aún no había podido entenderse a sí mismo. Y llegado el momento de aplicar esos disciplinados, hasta sacrificados estudios, no se me había ocurrido nada que hacer con ellos. Sólo lo mínimo, lo indispensable. Con un lugar aparente, la gente, la familia, los amigos se tranquilizaban, podían resumir mi vida en una frase, "está trabajando en la Corporación de la Vivienda", como si eso fuera el remedio al desconcierto de vivir, la respuesta a la pregunta adolescente y eterna: qué hacer con la propia vida. Había tenido los elementos para explorar el ámbito de lo jurídico y encontrar por ahí un camino. Con el tiempo comprendí la importancia humana del derecho penal, pero al salir de la escuela mi creatividad estaba castrada, no existía. Había un puente que no sabía pasar, el que va de la experiencia mental o intelectual a la realización práctica. Mi acción era sonámbula, repetición de pautas dadas, no exploradas ni inventadas por mí. Ya que no tenía poder ni fuerzas para modificar al feo mundo, ni siquiera lo intentaba. Acaté la maldición bíblica del trabajo como castigo, sin conciencia del bagaje de conocimientos que con displicencia había bloqueado en mi interior. Si había gastado tanto tiempo y tanto esfuerzo, lo lógico, lo sano, hubiera sido recuperar la inversión. Pero parecía que para mí lo importante era la vida de

los sueños, y la de la acción era secundaria. No estaba convencida de que los sueños pudieran concretarse. Los creía sin destino. Mi pasión estaba maniatada, no tenía fuerza.

Y con el amor, ¿no había hecho algo semejante? Años de vivir enamorada, pendiente de los vaivenes de F. F. Años de no interesarme en otros mundos porque todo era descolorido al lado de las tardes pasadas con él. Años de una fidelidad que nadie me pedía. (Los dos romances que tuve cuando él estaba en Inglaterra me ayudaron a comprender lo que eran una mujer y un hombre en un mundo abierto.) Años de dedicación interna, exclusiva, obsesionada. Pero mi obsesión se consumía en sí misma. Nada se estaba tejiendo en la vida real. F. F. no era mi marido ni mi amante. Y en el momento en que se abrió una posibilidad concreta de que fuera mi marido o mi amante, yo seguí persiguiendo mi meta única: saberme amada por F. F. Yo, que había transado tanto, que había aceptado esa relación a medias, no quise maniobrar, no quise tomar iniciativas. Podía haberlo besado con lujuria, inventado la impudicia, decirle que habláramos de corazón a corazón. Me negué a retirar la valla que se había alzado. No me convencieron las invitaciones posibles. Ni la del marido bien compuesto ni la del amante apagado. Mi gran amor sólo lo era en la imaginación. En la realidad parecía destinado a concretarse en una forma inferior. Nuevamente, no había podido cruzar el puente entre la pasión y la vida real.

Pienso ahora: el amor se desarrolla en varios planos paralelos y simultáneos, como la literatura. Si es limitado, no se le puede agregar de repente condimentos para hacerlo milagrosamente vital y comprometido. Por eso la expresión "tejer la trama". Si al comienzo urdes menos puntos, el ancho del tejido que omites, lo omites para siempre. No es como la costura, que consiste, precisamente, en hacer una unidad de piezas diferentes.

En *El arte de escribir una novela*, John Gardner dice que el novelista debe hacer algo más que simplemente idear los personajes y preocuparse después de darles autenticidad de alguna manera, asignándoles, por ejemplo, las motocicletas y las barbas adecuadas, la memoria y el vocabulario adecuados. Debe modelar simultáneamente, en un momento creativo que puede expandirse, sus personajes, su trama y su escenario, cada uno inextricablemente relacionado con los otros. Debe crear su mundo en un solo gesto coherente, como un alfarero elabora una maceta;

o, según la expresión de Coleridge, debe copiar con su mente finita el proceso del infinito.

Ahora me parece que mis primeras relaciones amorosas fueron un anticipo de las tristezas y los goces de la literatura.

Miércoles 29 de septiembre de 1993

He tenido que vivir esta terapia con el gigante para comprender lo que es el bloqueo de la creatividad. A veces lo he descrito como la imposibilidad de cruzar un puente entre el mundo mental —el del conocimiento y los sueños— y el de la realización. Esto viene de muy atrás. Emocionarse, sumergirse, adentrarse en *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust —pongo este ejemplo porque fue real y porque sus siete tomos crean un universo autónomo—, fue mi experiencia más central y abarcadora en un momento. Sin embargo, no se me ocurrió que sirviera para construir algo. La dejé guardada y continué con las acciones paralelas, plantas sin raíces: asistir a clases, estudiar Derecho, cumplir con las pruebas.

Lo natural hubiese sido decir: esta lectura me conmueve, me remece, es más incitante que los estudios jurídicos, averigüemos qué hay detrás, cambiemos de rumbo, juntemos el sueño con la acción, estudiemos literatura. Sé que a veces estudiar literatura no es lo más acertado para un escritor, por el peligro de la sequedad académica. Eso lo sé ahora, después de haber escrito, publicado, conocido y vivido, pero en esa época no lo sospechaba, por lo que girar hacia los estudios literarios hubiese sido señal de salud.

Mis primeros amores, los que me agarraron el alma, tuvieron en común la intensidad y la complacencia en el propio sentimiento. Su impulso no se dirigía a construir una vida en pareja. No era que yo la desechara, no, por ningún motivo. Al contrario, la deseaba.

Simplemente no había llegado el momento de pensar en eso o había inseguridades recíprocas. Por un motivo u otro, nunca estaba lista.

Valoricé como nadie el sentimiento en sí mismo. Me sentía privilegiada por esa capacidad antipragmática.

Mi relación con Lucho se basó, por primera vez, en el deseo de hacer, de construir, de insertarse en el mundo a través de la unión con otro. Emergía mi derecho a ser parte de la realidad. Era natural, dada mi historia, que mi integración comenzara

por el lado afectivo antes que por el del trabajo. Siempre digo que el matrimonio fue mi primera creación. A los treinta años.

Me estremece comprender que en toda mi biografía amorosa prematrimonial estaban los síntomas evidentes de mi parálización, de mi falta de creatividad.

He hecho algunas cosas, sí. Una familia, dos libros, una casa, grandes amistades cada vez menos grandes. Hablo de la familia como de una obra, y sin embargo, si existió alguna jovencita carente de la meta marido-hijos, ésa fui yo.

La pasión literaria aún no identificada y el sentimiento erótico llenaban el imaginario de mi intensidad. Nunca hubiera visualizado la escena en que, recién dada de alta en la Clínica Las Condes por la mastectomía, ya vestida para regresar a mi casa, vi a las diez de la mañana a Lucho, Luis Cristóbal y Sebastián en el umbral de la puerta, el bello gesto de haber ido a buscarme los tres juntos, inmensos en su metro ochenta y nueve, amados, con sus pelos rubios y las parkas rojo oscuro ocultando la inquietud. Es cierto que no habían sido mi mayor ambición, pero eran mi mayor riqueza. Fue un momento de felicidad total.

Y los libros. Escribir ML y MPTD es lo más importante que me ha pasado en el plano vocacional. A veces pienso que esas obras distorsionan el cuadro, hacen menos evidente mi carencia. ¿Cómo no vas a ser creativa si tienes dos buenos libros? ¿Buenos? ¿Hasta qué punto? Cada vez es más pequeño su alcance. Sufrí al escribirlos. ML es aceptado por el mundo. De MPTD no se acuerda nadie, sólo yo. Es tan grande mi dificultad, que quizás, si esas obras no existieran, yo diría bueno, abandonemos el intento, olvidemos para siempre la literatura.

Pero estoy mintiendo, no es así. No lo haría. Terminaría mi vida sollozando, intentando escribir. Porque tan grande como mi dificultad es mi necesidad.

Fracasado un camino, busco otro. Quizás escribo este diario para aclararme, valorizando de nuevo las raíces internas, la pasión básica, la inquietud, el sueño dormido. Descubrir qué hay adentro para saber qué hacer.

Antes las pasiones, las inquietudes y los sueños se permitían existir por sí mismos. Ahora me sumerjo en ellos utilitariamente porque presiento que pueden encerrar el germen, la columna del libro que debo escribir.

Jorgelina me preguntó sobre qué trataba el diario y le respondí que finalmente, después de muchas páginas, se perfilaba

como central el tema de la creatividad. Decirlo fue una luz, una novedad, un descubrimiento para mí. Más atrás expliqué que si bien en *María Luisa* y *Mi pobre tercer deseo* tenía muy claro el asunto de fondo, ahora no sé cuál es mi razón de clamar, como si el tema se hubiera agotado y la herida sanado al trabajar sobre ella. Pero, ¿son tan diferentes ambas problemáticas? Desde que el mundo me hizo examinarme y explicar mis libros en entrevistas y conferencias —una desgracia que les ocurre a todos los escritores—, comprendí que mi inquietud subyacente era la necesidad de expresión humana. ¿Qué diferencia hay con la creatividad? ¿No son inmensamente cercanos, inmensamente similares? Haciendo un esfuerzo de delimitación, me parece que hasta ahora he enfocado la expresión tronchada como una fatalidad, como una desventura del destino humano. Hoy, en cambio, el problema de la creatividad me parece centrado en una posibilidad dinámica: pasar de la pasión a la acción y transformar los sueños en obra. Es similar, pero no es lo mismo. Ha variado el foco de atención. No se dirige al elemento estático, al sueño, al punto de partida. Lo importante es el puente, el camino hacia el punto de llegada. La creatividad implica la posibilidad de pasar de un estado a otro. ¿De qué depende? ¿Es un don misterioso, como dibujar o cantar? ¿O un grado de madurez de la conducta humana? ¿O un mecanismo de sabiduría innata? ¿Por qué María Luisa Bombal, con esa voz maravillosa, se quedó callada? ¿Por qué dejó de cantar María Elena? ¿Y Pellegrina Leoni, la protagonista de Isak Dinesen?

Estoy igual que en mi adolescencia y en mi primera juventud. Llena de imágenes y necesidades e incapaz de ordenarlas y pasar el puente hacia la construcción.

Jueves 30 de septiembre de 1993

Anoche soñé con amor, con dulzura, durante todo el sueño al borde del llanto. De nuevo la casa de la estancia, en Tierra del Fuego. Estoy en ella después de mucho tiempo. He olvidado el frío y el viento y me parece el mejor lugar del mundo. Quiero quedarme, hacer de todo para que sea menos difícil vivir ahí. Al lado, muy cerca, la casa de Magallanes 227 se levanta junto a la primitiva. Detrás, antes del galpón, hay otra construcción grande y oscura. La casa está entonces rodeada de otras casas que la aprisionan, todas absurdamente amontonadas en la soledad

inmensa de la pampa. Le pregunto al joven ingeniero del frente si les gusta vivir ahí. Quiero oír que sí, pero me dice que no y que pronto será peor, el viento será más cruel y no habrá ni siquiera flores. Sí, sí las plantarán, digo, prometo, aseguro para convencerlos de que el lugar puede ser un paraíso.

Vuelvo a la casa, miro por la ventana. Algún festejo la llena de vida y destierra el vacío. Ana Karénina, con su sonrisa dulce y vestida de negro, sin joyas, trae en una fuente un gran asado de jabalí con las patas apuntando al cielo. Está también mi padre. La casa se siente estrecha y muy incómoda con tanta gente, los problemas de los baños se han agravado y ahora los artefactos están sólo superpuestos, no conectados al piso. Nada me importa. Me quiero quedar para siempre, desesperadamente. Miro por la ventana la perspectiva de la planicie interrumpida y se me caen las lágrimas.

Sábado 2 de octubre de 1993

Releí el comienzo del Tomo II del diario de Anaïs Nin. Corresponde a su estadía en Nueva York en 1935, trabajando en psicoanálisis con el doctor Otto Rank. Después de la extraordinaria descripción del parto, es la parte que más me gusta de esa obra. Copié algunas observaciones importantes:

El análisis permite ver el yo potencial de cada uno y a veces da también falsas esperanzas, porque no siempre puede desarrollarse ese yo potencial.

Me asustó la idea, tan correspondiente a mi preocupación.

Se la leí al doctor C. y también le hablé de mi desconcierto. Haber detectado el problema de la creatividad significa cero en el campo de la creatividad.

El gigante, que además de enorme es bondadoso, me dijo que hay dos tipos de escritores: los que producen continuamente, a la luz del día, y aquéllos en que la creatividad se desplaza por napas subterráneas. Que yo pertenecía al segundo grupo y que no me olvidara de que había escrito dos libros.

—Si no los hubiera escrito —dije—, no podría estar enfocando en forma tan descarnada estos temas de la creatividad, la escritura y la impotencia. Me moriría de dolor.

El gigante rió con risa grande y dijo que no le cabía duda.

Le conté que Pepe Donoso mira mi diario como un futuro libro, pues le parece imposible que una escritora trabaje

sistemáticamente en un texto sin vista a su publicación, y que siempre me recomienda leer el diario de Virginia Woolf, lo que no he cumplido.

Íntimamente le agradezco a Pepe el título de escritora, pero no estoy segura de si la dueña del diario es una escritora o una persona muy necesitada de resolver sus perplejidades internas. Ahora que tengo claro que mis dificultades literarias no son algo diferente a las demás facetas de mi comportamiento, comprendo como nunca por qué me enfermé de cáncer.

Según Anaïs Nin, el doctor Rank cree que el neurótico es un paralítico de lo emotivo y no hay que permitirle que permanezca quieto meditando acerca de su impotencia. De paso le pregunto al gigante:

—Porque soy neurótica, ¿verdad?

—Bueno —me responde—, la neurosis es una de las maneras posibles de describir su proceso, pero yo nunca he usado ese término.

La frase de Anaïs Nin me trajo a la mente el trabajo de escritura de mis dos libros, la angustia frente a la página en blanco, mi desesperación por la expresión exacta, mi dolor en los períodos larguísimos en que no vislumbraba resultados. Quieta meditando sobre la impotencia. Al no intuir entonces que se trataba de una conducta abarcadora de mi personalidad completa, era más doloroso, porque la falla, la carencia, el fracaso, estaban en el terreno reverenciado de lo literario.

Sonrío al darme cuenta de que empiezo a expresarme como si el hecho de no ser un drama estrictamente literario hiciera las cosas más llevaderas. Por lo menos las hace más comprensibles.

Para Rank la experiencia no puede sustituir la sabiduría. El proceso de aceleración del conocimiento puede convertirse en un atajo peligroso, dice Anaïs Nin. Pareciera que el doctor Rank cree en la importancia de la sabiduría, de la conciencia, del conocimiento y de la luz, más que en su proceso posterior de encarnación. (No lo entiendo del todo.)

Bueno, retomo el hilo. El cáncer, he oído, nace de focos de energía bloqueada, que empieza a afectar a las células que la cercan. Mi cuerpo y mi alma se comprometieron enteros en la aventura de la expresión, en la lucha contra el esquema del puente cortado. Había que cambiar eso aun a costa de mi vida. No sabía entonces que mi vida estaba en peligro en la realidad biológica, pero secreta, hermosamente, lo presentía y

estoy segura de que por eso ahora he escrito: había que cambiar eso aun a costa de mi vida.

Pero, ¿este diario no es acaso estar quieta meditando sobre la impotencia? ¿No implicará un nuevo riesgo para mi vida?

Tengo confianza en que no. Escribo de corrido, feliz, sin pensar, sin pausas, despreocupada de las repeticiones. No podría dejarlo ni siquiera por mi salud. Si me lo prohibieran, me sentiría expulsada del paraíso. ¡Qué extraña frase! ¿Qué quise decir? Ya lo sé: que me sentiría lejos de la verdad. Estaría angustiada e inquieta mirando hacia atrás, queriendo recuperar este espacio de trabajo introspectivo. Languidecería, gemiría, me pondría pálida y me enfermaría de verdad.

Domingo 3 de octubre de 1993

Constanza me trajo de Dinamarca un fino marquito antiguo de bronce con el cristal convexo. Puse hoy una fotografía de mi padre que apareció al deshacer la casa de la calle Ramón Puelma. Muy joven, delgado, hermoso, parece identificado con su propio cuerpo. Sin duda, ése era él y no otras máscaras que más tarde vendrían a superponerse a su cara de muchacho orgulloso. En mis primeros recuerdos, ya una masa de carne había empezado a esconder su figura y a agrandar el contorno de su rostro. Nací cuando él tenía más de cuarenta años y la piel curtida por el viento helado. Al ver la fotografía, comprendo de otro modo su tristeza de desarraigado. El aspecto es la única identidad en un mundo ajeno. Hubiese debido conservarlo para siempre, hubiese debido ser omnipotente y suprimir la crueldad del viento. Nada fue tan definitivo como su belleza primera. Sólo era posible enfrentarla construyendo un mundo luminoso. No fue capaz de hacerlo y quedó prisionero, perdido dentro de la carne blanda del adulto.

Todo esto me da pena, una gran pena, y tengo ganas de mentirle al gigante e inventarle una historia heroica y maravillosa que relegue a planos secundarios el vacío de su vida y compense la desolación de la vejez.

Anoche, desvelada, empecé a imaginar que el gigante se metía en esta historia y por ahí *Boca Ancha* tomaba otro camino.

He escrito mucho estos últimos días. Varias horas diarias. Tenía razón Lucho, la beca constituyó un estímulo. En todo caso,

mi compromiso con el Fondart es terminar sólo la primera versión. Tengo bastantes páginas y escenas muy buenas, pero en el fondo del fondo no sé lo que ocurre realmente en esta novela.

¿He sido capaz, alguna vez, de crear un buen argumento? En *María Luisa* estaba dado por la realidad y en *Mi pobre tercer deseo* construí una estructura general con mucho sentido, lo reconozco, pero no desarrollé grandes episodios. Los que escribí fueron posibles porque sabía hacia donde iba.

Quizás esta novela del Norte no tiene pies ni cabeza. No soy capaz de agarrarla.

Al contrario de otras veces de parecido desaliento, vuelvo enseguida a la escritura del diario, en que hay algo que tampoco sé claramente lo que es, pero que no huele a falso.

¿Me habrá engañado *María Luisa*, me habrá hecho creer que soy capaz de narrar?

Lunes 4 de octubre de 1993

No sé si es imaginación mía, pero me parece que el gigante ha empezado a crecer. Antes pasaba con facilidad por la puerta de la consulta y ahora se agacha levemente bajo el dintel. Llegó hasta su nuevo sillón de cuero y todavía tenía los hombros encogidos. Me preguntó:

—¿Dónde me dijo que trabajaba su padre? No lo tengo completamente claro.

Respondí:

—En la oficina salitrera Boca Ancha, en el Norte, cerca de Antofagasta.

El gigante parpadeó.

—Siga —me dijo.

—¿Qué quiere saber?

—Todo. ¿Desde cuándo trabajó allí?

—Bueno, mucho tiempo. Desde que yo era pequeña.

—¿Usted nació en el Norte, en Boca Ancha?

—Sí.

Invento y miento con facilidad y felicidad.

Él me pregunta qué hacía exactamente mi padre.

No sé al principio, le respondo. No sé cómo llegó a un lugar tan distinto al que había dejado. La guerra, usted sabe.

—No sé nada.

—Sí sabe. Sé que hizo una buena carrera y muy rápida. Boca Ancha era una pequeña ciudad reproducida a escala menor en la extensión desnuda del desierto. Como muchas más que bordeaban la línea del tren de Antofagasta a Calama. Vivíamos en la casa grande. Tenía unos salones inmensos y ovalados. Ahora que lo pienso, nunca más vi habitaciones ovaladas. Mi padre era el administrador general.

—¿Se quedó allí muchos años?

—Muchos años. Para siempre.

—¿Nunca pudo salir?

Nunca quiso salir, aclaro. No era un prisionero del desierto. Lo amaba, lo elegía. Llegó mucho después de la guerra en que Chile disputó a Perú y Bolivia esos territorios. Los muertos estaban sepultados en la arena y la riqueza no dejaba lugar a la memoria. Boca Ancha era para él un reducto de paz.

El doctor C. me observa con más atención que nunca.

—¿Y su madre?

—Se llamaba Valeria. Era muy hermosa, y cuando murió mi padre, guardó duelo dos años completos. Nadie llevaba luto en el calor de la pampa. Sólo ella caminaba por la plaza de Boca Ancha con un sombrero alado de paja negra del que colgaban velos de viuda.

—¿Hablaba de su padre?

—Siempre. Decía que era un hombre hermoso, feliz y que nunca tuvo frío.

Vuelvo a ver al gigante a tamaño natural. Dice:

—Me alegro de que su padre no haya tenido frío.

Miércoles 5 de octubre de 1993

El doctor C. es sin discusión un hombre inteligente. La mayoría de la gente se queja de que sus psiquiatras se limitan a escucharlos con cara de buda inmóvil, lo que los hace sentirse ridículos sin percatarse de avances reales en el propio conocimiento. Yo también tuve esa sensación en mi intento de terapia con el doctor D. y en alguna rara sesión aislada con el propio gigante. Pero en general tiene la capacidad de recoger e iluminar la conversación y ordenarla de una manera que la hace comprensible y hace comprensible la vida.

Ayer me puse a hablar largamente de mis hijos. Le conté que había pasado el último mes en una relación dulce y

tranquila con ambos. Me extendí sobre las astucias de Luis Cristóbal para manipularme y en la complejidad a veces perturbadora de Sebastián. De repente comprendí que me había introducido en un tema tan distinto al de las sesiones anteriores porque Lucho estaba por llegar de Estados Unidos después de un mes y yo te mía que la paz se terminara, porque la dinámica de los cuatro juntos es a menudo conflictiva y cambia el registro de la emoción. Es decir, sin Lucho puedo llevar a mis hijos a la zona pacífica y sombreada del intercambio afectivo y hablar de amores y deberes, de errores, aciertos y artefactos eléctricos, de películas y libros, de motores, estupores y fascinación. Lucho, en cambio, se apodera de una alborotada franja informativa que desplaza los susurros, una franja ancha y exaltante del protagonismo de las máquinas, cámaras de video, computadores. El aire se llena del portento de la electrónica sin que logre iluminar los rincones del alma. Hay algo apremiante y excluyente en esa relación de los tres hombres determinada por la ansiedad del padre.

El gigante me dice que Lucho tiene interés en mantener niños a sus hijos, porque dada su manera de ser quiere seguir siendo padre de niños y no de hombres. Los hombres se enfrentan al padre y lo destruyen, y Lucho ha entregado demasiado para aceptar ser vencido en las pupilas de sus hijos.

No es esto lo que me movió a alabar la inteligencia del doctor C., sino lo siguiente:

Me extendí más que otras veces en describir la dinámica familiar, el largo tiempo en que Lucho me desautorizaba frente a Luis Cristóbal, su actitud alternativamente admirativa, protectora o descalificadora hacia mí según la materia, el exceso de blandura con los hijos, casi de mimo, podría decir, y la unión profunda y el sentido de solidaridad de este cuarteto singular.

—¿Y quién es la hija? —pregunta el gigante.

—Hilse —respondo atolondradamente, entendiendo que se refiere a alguna presencia femenina en la casa.

—No, no. ¿Quién juega el papel de hija?

Es claro que yo lo juego. Hija de Lucho.

—¿De qué edad?

—De unos veinticinco años —respondo.

—¿No será de menos, no será una hija adolescente?

Insisto en que no. El gigante me recomienda que no olvide que tengo dos roles: soy escritora y madre, mujer de fuerte

personalidad, pero como hija soy adolescente. Bueno, será así, tendrá razón, él sabe más. Además me señala que mi papel no es sólo doble sino triple, cuádruple. Soy esposa, madre, hija, pero también soy hermana de mis hijos, hermana de mi marido, madre de mi marido y a veces hija de mi hijo casi ingeniero.

El doctor C. opina que lo hablado en esta sesión es importante porque esa diversidad de roles femeninos, ese entrecruzamiento familiar, aliviana mi vida y la descansa del mandato de construir una existencia según la herencia pesada y trascendente de mi padre.

Lo he sentido así en muchas ocasiones, pero me gustó oírlo convertido en una forma lúcida distinta a mi emoción.

Tengo una sensación suave de la vida. Algo se ha ablandado y dulcificado. Lo último que he escrito de la novela ha sido alegre, sin la menor pretensión ni angustia.

Jueves 6 de octubre de 1993

Se reprodujo la escena de felicidad electrónica entre los tres hombres, con justificados motivos. Lucho llegó muy bien y trajo una cámara de video, un dispositivo para compact-discs, una misteriosa memoria para el computador de Luis Cristóbal y un computadorcito portátil para mí. A pesar de ser la más beneficiada, no pude ingresar al jolgorio del estreno de los aparatos y permanecí sentada en el sillón rosa de mi pieza contemplando la escena. Luis Cristóbal se hizo cargo del *laptop* como si fuera propio, lo que era de esperar. Yo lo había husmeado en el aeropuerto cuando Lucho me lo entregó, pero no he vuelto a acercarme a él. Lo miro desde lejos. He logrado manejar autos, lavadoras y procesadores de palabras, pero cada vez que por cambio del modelo debo aprender nuevas técnicas y olvidar las que con tanto trabajo dominé, me resisto a hacerlo. Tengo cierto cariño por las máquinas viejas y, sobre todo me siento enriquecida por las destrezas adquiridas en relación a ellas. Me parece horrible tener que desecharlo todo en un segundo y reemplazarlo por hábitos nuevos.

El *laptop* constituía una de mis pocas ambiciones en el campo electrónico. No sé si se justifica en mi estado actual —o permanente— de no producción literaria. El Staff-2PC/XT, un vejestorio según Luis Cristóbal, basta y sobra para mis necesidades.

Lucho tiene esos rasgos de generosidad y al mismo tiempo vive preocupado por la incertidumbre económica. Sus entradas han disminuido levemente y amenazan con bajar más el próximo año por falta de financiamiento para el proyecto Educación y Trabajo en la ONG. Tengo que recordar que gané el Fondart para no sentirme terriblemente culpable, pero así y todo me siento disminuida en lo laboral, pues la beca es algo excepcional. He terminado no sirviendo para nada después de haber hecho un esfuerzo tan grande para escribir y así servir. Hoy he pensado que renunciar a la División de Cultura sin negociar condiciones constituyó un error económico. Fue muy raro, pues tenía plena conciencia de que a esas alturas de mi vida no debía dar paso alguno sin averiguar sus consecuencias previsionales. Sin embargo, fui incapaz de elegir la solución obvia —nueva licencia médica, licencia varias veces renovable— para pensar con calma la situación. No quise estar enferma ni siquiera en el certificado, me repugnó estar enferma para las obligaciones administrativas y sana para lo literario y social. Porque mi intención era sanarme, no convertirme en eterna paciente de cáncer, dejar atrás el mal hasta en las gestiones burocráticas. Actué como si el mundo fuera más pequeño de lo que es y yo más importante. ¿A quién afectaba que en un formulario anónimo, insignificante, figurara junto a mi nombre la anotación "licencia médica por cáncer de mama", mientras yo recuperaba mi salud y mi energía en lugares menos demoledores y demandantes que la División de Cultura? Hubo mucho orgullo de mi parte y poco a poco he ido comprendiendo la parte equivocada. La elegante decisión de renunciar incondicionalmente fue posible porque contaba con el apoyo de mi marido. Ahora me veo dependiente de él, y él me regala un computador portátil que no me atrevo a tocar.

Viernes 7 de octubre de 1993

La entrada de Vitacura y el barrio El Golf han perdido toda su placidez y son ahora un campo de torres torcidas e inquietantes, fantasmagóricos brazos en alto con las manos empuñadas. Llama la atención su asimetría programada desde el primer cimiento. No se trata de nuevas torres de Pisa. No hay derrota de materiales, cálculo errado, paso del tiempo. Se ha seguido un plan perfecto, la adecuación de la arquitectura a las normas sobre rasantes, esto es, el respeto de la distancia a los edificios laterales. Como la

distancia no es igual hacia el oriente o el poniente, el norte o el sur, se aprovecha ansiosamente la posibilidad de recuperar espacios suspendidos y aparecen tumores de ensanchamientos sólo para un lado. El barrio entero está bailando nervioso e inclinado.

Premisa elemental: la infraestructura económica determina la superestructura social, política, cultural y artística. Por lo menos parcialmente, agrego. Nunca adherí al marxismo en forma majestuosa, pero me inclino ante su faceta de filosofía interpretativa de la historia.

Mientras manejo el auto hacia la entrada de Vitacura, los edificios inquietos resucitan mi preocupación por el sentido del trabajo humano. Estos constructores han adaptado —demasiado, sin duda— su quehacer a la realidad económica presente. Ha nacido una nueva forma arquitectónica, en muchos casos aberrante, pero ha nacido. Dentro de esa estética podría surgir una expresión realmente artística.

En un rápido viraje, pienso en la soledad y el individualismo de mi escritura. Sería bueno producir una literatura que le sirva al ser humano. Pero es un ámbito en que no entra el cálculo de conveniencias, medidas, metrajes y rasantes, en que no entra el cálculo de nada. El que escribe dispara un tiro al aire, el tiro que le es imperioso disparar. Aunque vea nítidamente lo que la sociedad necesita, su labor no está dirigida por esa necesidad, no puede estar dirigida por nada distinto a su impulso y a un cierto sentido del arte y de la técnica.

Todo esto me lleva a *La enfermedad como camino*. El libro plantea que no existen las enfermedades en particular, sino una situación general de no estar bien que en cada individuo adopta los síntomas fisiológicos propios de sus carencias y conflictos espirituales. Al hacer una analogía entre el individualismo y el cáncer, expresa que todo lo que percibimos como unidad es por un lado parte de una unidad mayor y por otro está compuesto de muchas unidades. Ejemplo: paisaje-bosque-árboles. La unidad está en permanente conflicto entre la vida propia personal y la supeditación a los intereses de la comunidad superior. Cada organización compleja —Estado, humanidad, cuerpo humano— se basa en el sometimiento de la mayoría de las partes a la idea común.

Todo sistema soporta la separación de algunos de sus miembros sin riesgo para la totalidad. (Un buen ejemplo son los insurgentes que no se identifican con los conceptos del Estado y

propugnan sus propias ideas.) Pero existe un límite, y si éste es superado, el organismo entero corre peligro.

Según *La enfermedad como camino*, "el cáncer no sería un hecho aislado que se presenta bajo formas determinadas sino un proceso muy diferenciado e inteligente que debería ocupar a los seres humanos en todos los planos. No existe, como en las demás enfermedades, el combate del cuerpo contra un bacilo, toxina o enemigo exterior. Al revés, aquí una célula que hasta el momento realizaba su actividad al servicio de un órgano y, por lo tanto de un organismo en su conjunto, deja de identificarse con la comunidad. Pone por encima de todo su propia multiplicación, no se comporta como ser multicelular sino que retrocede a la etapa anterior de la vida unicelular. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué una célula obediente deja de comportarse como tal? Era una de tantas buenas células que tenían que realizar un trabajo poco atractivo, por cuenta ajena, y lo hizo durante mucho tiempo. En un momento dado, el organismo perdió interés como marco para su desarrollo. Un unicelular es libre e independiente, puede hacer lo que quiera y con su facultad de multiplicación puede hacerse inmortal. La célula somete a la comunidad a sus propios intereses y con implacable perseverancia empieza a labrarse un futuro de libertad".

Según esta obra de Dethlefsen y Dahlke, es un proceso cuyo defecto no se descubre sino cuando ya es tarde, es decir, cuando el sacrificio del otro y su utilización como tierra nutricia acarrea también la propia muerte. Ahí residiría el pequeño pero trascendental error en la realización de la libertad y de la inmortalidad. Uno se segrega de la comunidad y no se da cuenta de que la necesita sino cuando ya es tarde.

Tengo claro que el problema más importante y angustioso de esta época es la contradicción entre los intereses personales y los colectivos. Recuerdo haber enfocado desde ese prisma dos de mis comentarios críticos predilectos de la revista *Mensaje*, uno sobre *La vida exagerada de Martín Romaña*, de Bryce Echenique, y otro sobre *La desesperanza*, de José Donoso. En esos artículos sólo formulé explícitamente una angustia que llevaba desde siempre y que también he descrito en este diario, a propósito de mi adolescencia, como el conflicto entre la pasión y los sueños por un lado, y la acción y la realidad por el otro. No es lo mismo pero es lo mismo.

La enfermedad como camino no desarrolla teorías políticas o sociales ni recomienda conductas determinadas. Reconoce

la inteligencia y las razones de la bella empresa suicida de la célula, su necesidad de desobedecer la ley y ser ella misma, aun a costa de su vida.

Lo grave está en otro plano. Establece implícita pero claramente un pronóstico médico, biológico: la célula rebelde enfermará, agotará al organismo al cual pertenece y a la larga morirán ambos. Receta: para no desarrollar un cáncer hay que acallar la rebeldía, la necesidad de ser inmortal. Me resisto a aceptarlo.

También a través de este libro hermoso y querido llego al mismo callejón sin salida de siempre. Los arquitectos de los altos edificios torcidos de El Golf y la entrada de Vitacura se adaptaron —¿sabiamente?— a la norma, diseñaron torres que parecen caerse, integraron su vida laboral a la de otros y hasta más de uno creó obras de valor artístico como la de Borja García-Huidobro en la calle El Bosque con Napoleón, según estuvimos de acuerdo con Pepe cuando le comenté este tema.

¿Y los demás arquitectos? ¿Tenían algún concepto, algún sentimiento del arte que no cabía en los reglamentos sobre metros de distancia, alturas y rasantes? ¿Qué pasó con ese sentimiento? ¿Se quedó dormido esperando su turno o empezó a moverse y a pugnar por salir?

Estrictamente, el arte es un trabajo. Pero no todo trabajo es arte. Una vez escribí que la literatura es una forma privilegiada del quehacer humano. Lo extiendo al arte. Pero el arte es muchas veces prescindible para la sociedad. Va por caminos distintos a la necesidad colectiva. Sigue el dictado de la célula cancerosa y rebelde, la célula-individuo que persigue una quimera propia.

A este callejón me ha traído antes, en distintas instancias, el análisis de la depresión, de la herencia paterna, de la creatividad tronchada, del sueño irrealizado, de la dificultad literaria.

¡Querer hacer lo que no sirve! Absurda elección. Y además, tener dificultades para hacerlo.

¡Esos edificios! El trabajo, la adaptación a la vida de la comunidad. Ya, dejemos el arte a un lado. Ni siquiera en el trabajo he sido capaz de adaptarme, siempre queriendo dar salida a lo propio.

El cáncer es la gran oportunidad para ver en él nuestros vicios mentales y equivocaciones, dice *La enfermedad como camino*. Tengo una clara sensación de aprendizaje, de haber unido la conciencia con el cuerpo. La tuve muy pronto, después de la primera operación y antes de la metástasis ósea. Pero, ¿he aprendido realmente algo? ¿Tengo conciencia de una unidad mayor a

mí misma? La realidad es que mis células son voluntariosas, caprichosas y quieren escribir a cualquier precio.

A cualquier precio.

Sábado 8 de octubre de 1993

Le hablé al gigante de la unidad mayor mencionada en *La enfermedad como camino*, esa unidad universal a la que no pertenezco y que va por caminos de desprendimiento y santidad que me son lejanos. Parece una visión religiosa, comenté, y me respondió que sería una de las maneras de mirarla. Al confesarle que mi distancia del concepto estaba determinada por un ingrediente de miedo, miedo a dejar de ser, me explicó que el máximo logro era relacionarse con el macrocosmos manteniendo la propia individualidad. Respiré hondo, aliviada. Me gustó mucho más esa interpretación que la amenazante idea de disolverme totalmente en el ser universal. Vislumbré alguna posibilidad de salvación. El macrocosmos y yo. Yo y el macrocosmos. Al vincularme con el macrocosmos, bajarían algunas de las barreras que me cercan y desaparecería la parte de mi individualismo que me condena al cáncer y al silencio.

Todo está claro en teoría. Por todos los caminos he llegado a lo mismo. A la conciencia de la segregación, de la mudez, de la falta de lugar, del sueño dormido. Y ahora, ¿qué? ¿Qué hago, qué pasa?

—Ahora, al haber llegado por tantos caminos distintos a una conciencia tan clara del problema, ya no es necesario el cáncer —dice el doctor C.

—¿Usted cree?

—Por supuesto. El mecanismo tiene que cambiar.

Lo miro con desconfianza.

—Yo no lo creo —le digo—. Es demasiado tiempo, demasiados años tratando de entender, de superar el encierro interno. ¿Usted cree que de un día para otro me voy a sanar y voy a poder escribir?

—Ya está escribiendo. Lleva doscientas veinte páginas de un diario y, según me ha dicho, sólo en los últimos dos meses ha escrito setenta.

—Es una escritura personal, impublicable.

—Pero puede ser un futuro libro.

Sí, podría, quizás, dar origen a algo. Esta escritura ignora su destino.

Sigo mirándolo de reojo, dudando del poder mágico del conocimiento.

Domingo 9 de octubre de 1993

También un escritor puede sucumbir ante el agotamiento del suelo nutricio. Alimentarse de sí mismo es una etapa primitiva, inicial de la literatura. La cumplí con ML y MPTD. En todo este tiempo he estado inconscientemente buscando una manera de saltar a otro peldaño, en que pueda trascenderme, ser en la literatura alguien distinto a mí.

El año pasado Sebastián representó el papel de mendigo en una obra de Jorge Díaz que montó el grupo teatral del Colegio Saint George. Me preguntó:

—¿Cómo estuve realmente, mamá, cómo estuve de verdad, sin pensar que soy tu hijo?

—Estuviste adorable, eras un príncipe en el escenario.

—¡Un príncipe! Pero si mi papel era de mendigo.

—Fue un mendigo igual a Sebastián.

Estábamos almorzando solos en la casa. Hablamos largo rato de su interpretación y luego del mismo fenómeno traspuesto a la literatura. Nos enfrentamos juntos a una verdad sin duda más importante para mí que para él, porque mi interés por escribir es más antiguo y arraigado que su atracción por el teatro.

Alimentarse de sí mismo no es el camino mejor ni el más abierto o universal. Es, sí, el más desdichadamente auténtico para un escritor aislado del mundo.

María Luisa Bombal guardó silencio muy pronto. En el intento de descifrarse, creó dos novelas eternas y un par de cuentos. ¿Qué pasó después? Escribí un libro entero para comprenderlo. Ahora tengo algunas cosas que agregar. El encierro hipertrofia el material precioso de la emoción sofocada, cuya fuerte corriente impide oír otros sonidos. Sólo existe la emoción, parte fundamental de la sensibilidad de la escritora.

¡De qué manera magnífica la Bombal se tradujo a sí misma! Quizás después no encontró una nueva forma de narrar o se secó el manantial de su universo. Encerrada entre las cuatro paredes de su departamento de Nueva York, se empequeñeció mientras bebía e intentaba infructuosamente escribir otra novela.

He aquí una autora que habría sucumbido a problemas de abastecimiento, que se habría devorado a sí misma.

Devorarse a sí misma es emplear sólo la propia emoción interna, no tener ojos ni oídos para realidades exteriores, no perseguir los símbolos que cargan de sentido al lenguaje y permiten la existencia de la literatura.

Comprendo en un plano más profundo aun la relación estrecha entre creatividad y enfermedad. En todo este tiempo, no he logrado encontrar el libro de Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas*. Sé que plantea el cáncer como la enfermedad del amor equivocado. Quisiera realmente leerlo. Yo estaba condenada, tenía que enfermarme, envenenarme con la parte estancada de mis sueños. Tenía también que morir de cáncer, pero me rebelé y torcí la línea marcada y creo que me he salvado. Me estoy salvando en gran parte gracias a la escritura de este diario.

Y sin embargo, ¿qué puede haber más personal y egocéntrico que este diario, más relativo a la propia persona? Nada. Sin embargo, es un ejercicio de comprensión y me ha dado la alegre experiencia de escribir sin pensar, detenerme ni corregir. Modestamente, tiene esa virtud horrenda que es la autenticidad. Si no puedo hacer otra cosa, acepto trabajar con lo que tengo, acepto escribir doscientas veinte páginas sobre mis dificultades creativas. Quisiera hacerlo sobre miserias más elementales de otros, pero esto es lo que aflora. Sigo sin trascenderme a mí misma, pero ya no me estoy devorando.

Martes 12 de octubre de 1993

Sospecho, me intrigo, indago el significado de los sueños sobre la División de Cultura. Es una pesquisa difícil. Mi actividad consciente es literaria y a pesar de sus dificultades y vaivenes la asumo como mi auténtico afán. Estoy en el buen camino. Es mientras duermo que aparece una deuda no saldada. ¿Por qué? Anoche tuve otro sueño de desdoblamiento. Aparezco en la pequeña oficina vidriada para tres personas de mi primer empleo, en la Corporación de la Vivienda, recién recibida de abogada. Nadie comprende que después de tantos años y tanta vida haya vuelto al mismo trabajo mediocre y aburrido. Me siento incómoda, no quiero que me reconozcan. Algunos de mis antiguos compañeros se han ido y otros han progresado en categoría. Para mí, en cambio, el tiempo no ha pasado y soy la

misma principiante que a mis veintitrés años. Los escritorios están apretados, los expedientes arrumbados en pilas de más de un metro cuadrado y los pasillos son tan angostos que hay que caminar de lado. Me miran con curiosidad. Es que no saben, pienso con soberbia repentina. Los engañé. No saben que ésta es la División de Cultura del Ministerio de Educación. No es lo que parece sino un lugar maquillado, disfracé el lugar en vez de disfrazarme yo.

Más allá de las oficinas, los largos corredores de vidrio están abarrotados de gente inclinada sobre sus papeles. Me deslizo entre ellos sin que me vean, por momentos me vuelvo transparente y eso me gusta, conviene que no me identifiquen, porque debo venir a trabajar, a completar lo que no pude hacer, y es mejor que nadie lo sepa hasta que termine.

Viernes 15 de octubre de 1993

En la última sesión el gigante me recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

"Leí *Mi pobre tercer deseo*", me dijo, como si el hecho explicara por sí solo su actitud alegre. Supe que venía una hora entretenida, fascinante. ¿Qué más puede pedirse a la vida que alguien lea tu novela con interés y la comente con sinceridad? Era una fiesta.

En lo literario, le costó entrar en las primeras páginas y luego el libro lo atrapó. Encontró el comienzo un poco "literaturoso"; no me lo dijo así, pero me di cuenta. Esa morosidad la hicieron notar antes dos críticos, Ignacio Valente y Javier Edwards Renard. ¿Le costó entonces mucho introducirse en el libro?, le pregunté. En realidad, no demasiado, aclaró. Lo impresionó profundamente la escena amorosa entre Karla y Ladislao, la del Parque Forestal. Dijo:

—Tiene un erotismo que me conmovió.

—Hay también otras escenas eróticas más adelante, entre Karla y Salvador.

—Sí, pero ésas son más parecidas a las que escribe toda la gente. Ésta tiene algo muy distinto.

También lo emocionó el trozo en que Elena llega al caserón de Santa Beatriz a despertar a Karla tapada hasta la frente, para ofrecerle trabajo.

—Pensé en Diamela Eltit como inspiradora de Elena.

—No. No es así. Cuando escribí esas páginas apenas nos conocíamos. Pero usted puede tener cierta razón porque el personaje de Elena es una abstracción de varias mujeres que han sido muy capaces de enfrentar su vida, mis amigas Chepita Rossetti, Elena Castedo, mi prima Maritza Gligo y quizás Diamela, aunque no haya pensado en ella en ese momento.

—Está también el otro extremo.

—Mara. Plasmada en el punto alto de la amistad. Después vino mi saturación, mi cansancio. Era un personaje secundario, de contraste, y tomó más cuerpo que Elena.

Aunque los acontecimientos no sean autobiográficos, la novela le confirmó y amplió un panorama de mi vida que se había abierto en nuestras conversaciones. Importantísimo fue ver desplegada la historia del padre desertor y su supervivencia en Ladislao.

Cree que MPTD es el principio, el resumen de un libro mayor.

—¿En qué sentido?

—Contiene apretados temas que apuntan en distintas direcciones y no se desarrollan.

—Entonces, ¿sería un embrión de novela?

—No en ese sentido, sino en el de la concentración de temas. ¿Conoce la *Octava sinfonía* de Beethoven?

—No.

—Pero la *Novena* sí, sin duda. En la *Octava* están muchos de los motivos que se desarrollarán más tarde en la *Novena*. Y a la luz de la *Novena*, puede captarse toda la dimensión de la *Octava*.

Eso me lo había dicho Andrés Gumucio, curiosamente también psiquiatra. Que si bien la historia principal estaba redonda y cerrada, el libro debía reescribirse penetrando en los caminos inconclusos.

Ninguno de los dos médicos nombró los temas, pero yo los sé. Estoy segura de que la memoria y el olvido están tratados satisfactoria y frontalmente. Sin embargo, también se esboza el conflicto entre lo individual y lo social, el rechazo interno a la norma colectiva, la muerte nacida del cansancio de los hombres y el sentido que pueden tener en un país en guerra acciones concebidas para un mundo de paz.

Pensé vagamente en ésos porque son los que se me quedaron dentro. En la próxima sesión se lo preguntaré al gigante.

—¿De dónde salió Ladislao? ¿Existió?

—Es absolutamente inventado. Salió de muchas partes. Me pregunta si el pueblo es Porvenir, en Tierra del Fuego.

—Es la inspiración, por lo menos. El emplazamiento, la bahía. Le agregué la imprenta y la casona. Conocí de pequeña un diario y una imprenta, pero no en Porvenir.

¡Es tan reconfortante hablar así!

Pasando de lo literario a lo terapéutico, me dice:

—El cáncer está en el libro.

—¿Dónde?

—En el hecho de que Karla no termina nada de lo que empieza. Su energía se paraliza. Una situación que usted ha revertido en la vida real. En la novela, el cáncer está en los caminos cerrados.

Llama mi atención sobre el nombre de la protagonista. Es un nombre masculino, feminizado. Al pronunciar Karla en voz alta se oye común y suave y sólo su grafía revela un misterio de origen.

—¿Y qué pasa con la madre?

—Bueno, Karla casi no tiene madre.

—Pero la madre está en el libro.

—Sí, se marca su ausencia.

—Yo no diría eso. La madre está muy presente.

—¿Cómo?

—La madre es la tierra. Esta tierra estéril, inhóspita y fría de la isla, a la que usted da tanta vida como a los protagonistas, esbozándola, describiéndola, pintándola desde varios ángulos, magnificando su desolación.

Como en otras sesiones, siento que se me corta la respiración. De nuevo está diciendo la verdad. Una verdad terrible, tranquilamente, desde esa capacidad de interpretación que por momentos ilumina mi vida.

La tierra es la madre. En la tierra busco a la madre. De ahí mi atracción por la tierra yerma y mi capricho de escribir una novela sobre el desierto de Atacama, mi fascinación por el ocre cambiante de los cerros desnudos, los colores violáceos que marcan las sombras, el secreto de los fantasmas rugosos de sal. La aridez me sugiere una posibilidad de trabajo mucho más grande que un episodio lleno de anécdotas o una ciudad bulliciosa y poblada. Me embriaga el silencio, me detengo en el desierto y sufro al escribir sobre la tierra cruel y vacía.

Domingo 17 de octubre de 1993

En el sueño de anoche iba en una montaña rusa muy larga que atravesaba el Atlántico y finalmente me llevaba a París. Allí estaba, como siempre, mi prima Maritza. No comprendo, y quizás nunca comprenderé, el motivo de su presencia constante en mis sueños. Aunque ahora pienso que hay razones: fue mi primer arquetipo femenino consciente, la primera mujer que realmente admiré, sobre todo por su sentido de la libertad. Mi admiración fue más bien tardía, siendo ya adolescente. En la niñez hubo ausencia de modelos. Ni mi madre, ni una tía, ni una monja o profesora, ni una perfumada dama del perrito. Nadie. Maritza era libre como el viento, de gran inteligencia innata y de una belleza aérea. Y además, joven, de mi misma edad, aunque pareció venir de un mundo de gente mayor e importante. Ahora en el sueño tiene el pelo largo y liso, de un rubio brillante, artificial y medio rosado, una peluca que nadie confundiría con su pelo. Además, es sólo media peluca, desde el lugar de la partidura central, el lado izquierdo de la cabeza se ve absolutamente calvo.

Alguien cuenta la historia de cuando recién llegó a París. Tenía veintiún años, se ponía ropa grande que le caía elegantemente y así encontró enseguida trabajo como modelo en la Galerie Lafayette. Aparece la imagen esplendorosa de Maritza, y a continuación la mía. Llevo un vestido celeste desteñido que se levanta en forma dispareja, se ve desordenado y parece haberse encogido: cuando me lo puse me llegaba al tobillo y ahora sólo alcanza a la rodilla. Mal cosido, fruncido en algunas partes. Me avergüenzo de que Maritza me vea así. Siempre que ella está presente mi ropa se arruga, se acorta y yo me siento desamparada.

1994

Lunes 17 de enero de 1994

En estos tres meses en que no escribí el diario, trabajé de la mañana a la noche. Concluí la primera versión de *Boca Ancha* y la entregué puntualmente al Fondart el 15 de diciembre pasado. Ciento treinta páginas que al espesarse deberían llegar por lo menos a doscientos cincuenta. Aparte de la escritura, había tenido mucho que hacer: el proyecto de difusión masiva de lectura con Rosario Carcuro, el informe para la beca, la presentación de la novela *El aire visible* de Fernando Saéz (que me gustó mucho) y la de los *Relatos nómadas* de mi amigo Vittorio Cintolesi en la Feria del Libro. Y luego ordenar la casa, el corazón y los regalos para la Navidad, las comidas por mi cumpleaños y el Año Nuevo y la frescura de las noches de verano, todo eso me expulsó una vez más de la escritura. Como siempre me ha ocurrido, al principio estaba feliz, ocupada en lo urgente, trabajando de sol a sombra, escribiendo páginas esperadas dentro de un tiempo que no sólo yo había imaginado, sino que era un plazo objetivo para que algo se pusiera en movimiento y se concretara como un hecho en el mundo de los vivos. Esa tiranía de las fechas tiene algo fuerte, hace sentir la utilidad de un trabajo acotado, a diferencia de la escritura de una novela que es como un ilimitado campo de trigo en que se confunden los puntos cardinales y una no sabe por dónde ni cómo empezar a amarrar las gavillas.

Ahora estoy de nuevo afuera.

No escribí siquiera el sueño de la mona negra. Por suerte se lo conté al gigante y a alguien más, María Elena o María Eugenia, y así las palabras me ayudaron a fijar su realidad y a recordarlo.

Martes 18 de enero de 1994

Anoche soñé largamente, como antes. Ha habido aluviones de barro en Vitacura. Cambió el tránsito y en lugar de calles pavimentadas, veo los caminos de tierra de la época en que llegamos a vivir aquí. Sin embargo, mi casa se ve ordenada, con un acceso muy geométrico, más grande de lo que es. Con la amplia puerta central abierta, una puerta que en la realidad no existe, se ve hacia adentro un jardín en profundidad. La casa es mi casa, pero tiene algo completamente distinto en la dimensión y ordenamiento de la fachada. En lugar de los adoquines dispuestos en círculos hay baldosas cuadradas de greda combinadas con piedras de color gris. La gente se agolpa asombrada frente a la casa sin barro en medio del aluvión. Los arquitectos trabajan, hacen una caseta para herramientas que iba a ser grande pero termina pareciendo un kiosko de guardia o un retrete de campo. Van a modificar la construcción de al lado y deben maniobrar desde nuestro antejardín. Ya lo habíamos acordado, pero de todas maneras me disgusta. La última visión que tengo es una fosa a la entrada del patio embaldosado. Es de cemento, profunda, muy iluminada por ampolletas interiores y cubierta por una reja horizontal de fierro delgado y labrado. Parece una tumba.

Viernes 25 de febrero de 1994

Me pregunto si pueden ablandarse los sueños, amasarse en la confusión. Antes eran nítidos, con escenario y argumento. Ahora estoy soñando lo ya soñado, lo requeteconocido por mi inconsciente, un intermedio entre batido y repaso. Sueño mucho y cada vez que despierto alguna sensación me impregna de sudor. Después no recuerdo nada, nada, ni una imagen. Debería apuntarlas al despertar, aunque me parece inútil conservar sueños borrosos. Son raros, sin tensión y sin misterio. Pienso: visiones de resignada. La que duerme está quizás cansada de buscar y de vivir. Quiere estar tranquila, arropada por un tejido de sueños de segunda clase.

No he podido recuperarme del viaje. Estaba razonablemente cansada cuando llegamos, pero al recibir la noticia telefónica de que Sebastián se quebró el tobillo en Pichidangui quise ir con Lucho a buscarlo y me subí de nuevo al auto, lo

que terminó de agotarme. Más que descansar de la fatiga, la sabiduría médica recomienda evitar extenuarse. En este caso no alcancé a pensar, quise ver con urgencia a mi hijo.

Nada he escrito de la novela, que en Caburga, a la luz de la lectura y las miradas de Vittorio y Chepita, me pareció viva y llena de posibilidades. Como todos los veranos, hicimos planes y conversamos las alternativas de trabajo para el año que comienza. Tengo una oferta como coordinadora del nuevo centro cultural de una municipalidad, con amplias atribuciones y flexibilidad de horario. Aunque sé que a la larga no la aceptaré, me agrada ver que la máscara de ex directora de Cultura empieza a borrarse y a dejar emerger mi propio rostro. También me llamó la actriz Carla Cristi (una de mis más fieles lectoras), para invitarme a impartir un taller de literatura en la Casa Larga, sede del Teatro del Alma. Varias veces me habían sugerido la idea de enseñar y yo me resistía, empecinada en seguir siendo alumna y no profesora, empecinada en ser hija más que madre. Los argumentos de Carla cayeron en terreno abonado y le respondí que en principio sí.

Aunque se trata de escritura creativa y no de un curso académico, llevé a Caburga algunos textos básicos de teoría: *Estructura de la obra literaria*, de Martínez Bonatti; *Interpretación de la obra literaria*, de W. Kayser; *El grano de la voz* y *El grado cero de la escritura*, de Roland Barthes; y el *Arte de escribir una novela*, de Gardner. En otras épocas bostezaba en la primeras páginas de estos tratados. En cambio, leer teoría literaria después de la experiencia de escribir es una verdadera fiesta.

En los paseos por la ribera del lago, Chepita fue categórica: en el estado de desarrollo de la novela el asunto de la municipalidad es un disparate, incompatible con la escritura, más aun tomando en cuenta los talleres de la Casa Larga, que parecen más atractivos y menos demandantes. La novela se estancaría si yo aceptara ese cargo. Sería interesante en otro momento, me dijo, si *Boca Ancha* no existiera. Estuve de acuerdo, pero le hablé de una parte de mi inquietud que la obsesión literaria suele silenciar: aportar algo directo en el terreno de la educación y la cultura. (Un escritor siempre aporta algo indirecto.)

No tengo ganas de salir ni de ver gente, ni siquiera a Pepe o a María Elena. Los recibiría feliz si llegan, pero carezco de energía para marcar un número de teléfono o tomar cualquier otra iniciativa. Ya haber escrito estas líneas me cansó.

Martes 26 de abril de 1994

Después de dos meses, reinicio el diario de escritora. Sí, de escritora. Porque ése ha sido su título desde que lo empecé y porque suprimir la palabra sería la rendición final.

Digo esto con tranquilidad, sin sombra de desesperación. Antes hubiese escrito "seguir usando el amado nombre de escritora" o algo parecido. Mi angustia pasada me produce respeto y me impide burlarme de mí misma y del fenómeno en sí. No sé a dónde ha ido a parar mi desesperación.

Luis Cristóbal encontró un trabajo. En esta época de actividades interdisciplinarias y a veces desdibujadas en que los dentistas dirigen restaurantes y los ingenieros administran fábricas de ropa interior, le han ofrecido una labor estrictamente profesional relacionada con su pasión por la robótica y los controles automáticos. Es una empresa pequeña, pero muy especializada. Debido al horario de su último año de universidad, acordó trabajar los jueves y viernes todo el día y los martes en la tarde. Me gusta la libertad con que ha buscado su camino. Él es él, con novia propia desde hace tres años, y con gustos y conceptos que tal vez no entiendo pero que respeto y que lo convierten en todo un hombre de veintitrés años.

Ayer Sebastián cumplió veintiún años. Abril ha estado especialmente dulce. Me siento feliz con los colores del otoño cuando manejo el auto por Américo Vespucio hacia mis clases de gimnasia yoga, que cada día me vitalizan más. O cuando tomo Bellavista rumbo a la Casa Larga. La iniciación de los talleres de literatura me ha desencadenado una necesidad urgente y desbocada de releer a Cortázar. Sus cuentos guardan claves fundamentales.

El año pasado en esta época estaba recluida en reposo, convaleciente de la última operación. Por eso todo me parece novedad, el aire del otoño, la independencia del auto. Claro, si entre el choque, la suspensión de la licencia, la pierna enyesada por el esguince y el período postoperatorio pasé casi seis meses sin manejar un auto.

Hay algo importante que no consigné en este diario: hace cinco meses, en noviembre pasado, después de un año del primer choque, exactamente a la misma hora, diez para las doce del día, en la esquina de O'Brien con Espoz, la siguiente a la de Francisco de Aguirre con Espoz, con el mismo disco *ceda el*

paso, en la misma posición, me detuve igual que la vez anterior y seguí lentamente cruzando la calle y fui idénticamente embestida desde el lado izquierdo por un jovencito automovilista (no motociclista esta vez, por suerte) a una velocidad de ciento cuarenta kilómetros por hora. El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. La mujer también.

El cuerpo se fue hacia adelante y me golpeé bastante fuerte en la cabeza. Me sentí mínima y estúpida. Demasiado. Llamé a mis hijos, quienes a pesar de haber venido enseguida en mi auxilio y haberme acompañado a la comisaría, se unieron después al padre para censurarme y vilipendiarme. Los tres hombres dictaminaron que no podía seguir manejando. Les respondí que era lo suficientemente inteligente para comprender que algo andaba mal y que apenas pudiera volvería a la esquina en cuestión para rastrear el error. Sólo después de eso decidiría. Jorgelina se plegó a la jauría masculina. La única comprensiva fue Mili Rodríguez, que vino para ir juntas a una mesa en la Feria del Libro en honor de José Donoso (me desempeñé con bastante decoro a pesar del golpe en la cabeza) y al ver frente a la casa el auto entero abollado y sin máscara, llegó hasta mi dormitorio y sin preguntarme nada me dijo:

—No te aflijas, Gatita. Sólo fue un choquecito, fue sólo un choquecito.

No me quitaron los documentos de conducir y ahora puedo gozar de las hojas y del aire de abril.

Viernes 29 de abril de 1994

Esta mañana me encontré con Rosita en el supermercado. Empecé a reírme y a alegrarme interiormente apenas la divisé.

—¿Cómo lo pasaste en la comida del viernes? —me preguntó.

—Más o menos —contesté.

—Eres sorprendente.

—¿Tú crees? Fundamenta tu acusación —le pedí.

—Porque no me respondes que lo pasaste sensacional. Mal que mal, yo era la dueña de casa.

—Cierto. Debí halagarte, se me olvidó. ¿Cómo lo pasaste tú?

—Más o menos.

—¿En serio? Creí que estabas entretenida con la mujer del francés. Es bastante divertida, algo parlanchina.

—Sí, pero a mí me gusta un ritmo como el de nuestras conversaciones, variadito, con harta risa y también con un poco de seriedad.

—Reconozcamos que tiene humor.

—Pero no sabe dosificarlo, interrumpirlo. Lo desvaloriza. Debería aprender.

—Tienes toda la razón. Has puesto en palabras algo que yo sentía difusamente, sin formularlo —le dije.

—Pero la escritora eres tú.

—Esta vez eres tú.

—Tengo que irme.

—Yo también. Adiós.

—Adiós.

Miércoles 4 de mayo de 1994

En la época de la quimioterapia, acompañé una tarde a Pepe a elegir tapices en las tiendas del Parque Arauco. Estábamos tomando helados de chirimoya —pleno verano del 92— cuando lo reconoció una estudiante de literatura hispanoamericana en Australia. Resultado: posibilidad de invitación a la Universidad de Sidney, proposición de un seminario y etcéteras. Seguimos armando historias en torno al viaje y riéndonos mucho rato después de que la muchacha se había ido. Pepe de repente se puso muy serio y me dijo:

—Lo que pasa es que tú no crees en la muerte.

—Es posible —respondí.

—Explícame más.

—Parece que no la percibo como una realidad demasiado distinta. Quizás porque estoy satisfecha de mi vida —al decirlo, me di cuenta de que en algún sentido era rigurosamente cierto—. Es como un paso más dentro de la existencia. Otro eslabón. Ahí está la cosa: le niego a la muerte una identidad propia, sólo la tiene en relación con la vida.

—¿No le tienes miedo, entonces?

—¿Te refieres a mi propia muerte? Porque es completamente distinto pensar en la pérdida de los que amamos. A eso le tengo pánico.

—Estamos hablando de ti.

—No siento miedo. No por valentía, sino por ignorancia, por incapacidad de visualizarla.

Lo decía de verdad. Jamás pienso en las manifestaciones físicas de la muerte, en la gelidez, la descomposición y la podredumbre de la carne. Todo eso sucede cuando el aliento se ha ido y ya no hay vida. Es algo aparte, ajeno, algo con que la naturaleza recupera su materia. Un cadáver ya es otra realidad: tiene menos relación con la muerte que el instante de la respiración interrumpida en la agonía.

Viernes 13 de mayo de 1994

Otra vez el sueño. Estoy en el colegio, en el último año de enseñanza media. Desde la primera semana de clases me invade una gran indolencia y no logro estudiar las materias, especialmente derecho civil. Pasan los días y se acumulan libros sin abrir, tratados enormes, pasan los meses, tampoco voy a clases, duermo, pienso que el examen está lejano, no llegará nunca, estoy permanentemente inquieta frente a una vía férrea despejada, en cualquier momento puede aparecer una locomotora rugiente, y no entiendo lo que pasa, por qué tengo que estudiar derecho civil en cuarto medio, no es un ramo del colegio sino de la universidad, yo antes era abogada y sabía derecho civil y ahora no sé nada y con el uniforme azul tableado y el cuellito blanco de puntas redondas adornado de valencianas tendré que pasearme por las oficinas de la Dirección de Cultura buscando qué hacer, algo que concluya lo inconcluso y llene de una vez el pozo vacío.

Domingo 15 de mayo de 1994

Casi no puedo creer lo que pasó. Me extendí comentándole a Lucho lo bien que estoy, lo feliz y recuperada que me siento. Al contrario, él ha estado muy tenso, preocupado de tomar la decisión acertada respecto a su cambio de trabajo. Me confesó que sentía una angustia opresiva que pocas veces había conocido antes.

—Aunque no ha sido mi peor momento —agregó.

—¿Cuál fue?

—Cuando te enfermaste.

—¿Por qué? —pregunté, casi sorprendida de que no hubiese tenido una fe alucinada semejante a la mía.

Entonces me contó que, al salir de la primera operación, el doctor Gac me pronosticó dos años de vida. El compromiso ganglionar era muy alto y, en casos como el mío, el ochenta por ciento de las pacientes muere dentro de ese plazo, confirmó días más tarde el doctor Juan Solé.

Lo miré atónita. No podía creerlo. Una cosa es estar grave y otra tener un plazo para morir.

—Te veo tan bien que me atrevo a decírtelo. Llevamos casi cuatro años.

Yo, muda. Después de un rato hablé:

—¿Y tú soportaste solo todo eso?

—No me quedaba otra.

—¡Pobrecito!

Luego me largué a reír:

—¡Qué inteligente soy! ¡Qué inteligente!

—Puede ser. Pero, ¿por qué lo dices ahora?

—Bueno, por mi claridad, por todo, por haber botado ese puesto tan importante que tenía. La estabilidad laboral que protege a los enfermos, en mi caso cerraba las puertas a la libertad de vivir. Necesitaba mi libertad para dormir y perder el tiempo, para estar tranquila y mirar el jardín por la ventana. Y pude hacerlo.

—Sí, tuviste razón. Me daba mucho miedo tu decisión.

—A mí un poco, pero una estrella señalaba la buena ruta.

De repente, quise saber quiénes se enteraron del pronóstico. Como si el conocimiento de terceros confirmara la realidad de esta revelación.

Lo habían sabido mi hermana María Eugenia, María Elena, Jorgelina y mi hermano Nico.

—¿Y Vittorio y Chepita? ¿Y Pepe Donoso? ¿Y tu hermana Marita?

—No, frente a ninguno de ellos se mencionó el plazo.

Sólo supieron que el caso era muy serio, pero no tuvieron a la vista un calendario de muerte en el cual ir tachando días.

Me puse contenta, agradecida a los dioses por mi impulso de vida. Apenas Lucho partió, llamé por teléfono a los conocedores del secreto. Mi hermana y mis amigas parecían

conmovidas y aliviadas de poder por fin tocar el tema. Nico fue el único que lo había borrado de su mente: no pudo soportar una cifra objetiva que asegurara mi muerte y lo olvidó.

La risa y el estupor duraron tres días. Al cuarto amanecí con el cuello y el hombro derecho paralizados de dolor.

¿Un mal movimiento en la gimnasia yoga? ¿Tensión subconsciente bajo la risa?

Me receté sola antiinflamatorios que no hicieron efecto. Luego llamé al doctor Reyes, quien ordenó medicamentos especiales que deberían suprimir el dolor en cinco días. En caso negativo, un cintigrama óseo de control.

Domingo 22 de mayo de 1994

En mi penúltima conversación con el gigante, le hablé de mi falta de entusiasmo, de mi pasión vencida. Por todo. Hasta por la literatura, hasta por la amistad, hasta por el amor. Él preguntó:

—¿Cuántas fluoxetinas al día está tomando ahora?

Me apresuré a defenderme:

—Dos. Estoy tan agradecida de ese remedio. Me ha hecho tanto bien. Me ha apaciguado tanto.

—Demasiado —responde.

Tiende a culpar a la fluoxetina de mi incapacidad literaria. Olvida que los dos libros que él conoce fueron producto de un esfuerzo sobrehumano. O es posible que nunca lo haya asimilado realmente. Yo se lo conté, es cierto, pero las portadas coloridas y brillantes de las obras editadas pueden haber opacado la fuerza de mi relato. Aun en mentes como la suya, el poder de la imagen suele imponerse al concepto, a la explicación. Los dos libros lucen magníficos, desafiantes y orgullosos, olvidados del dolor de su historia, redimidos de miserias por el sacramento de la publicación.

Lo engañé también a él. Le he traspasado mi convicción de ser profundamente escritora y de que si no soy escritora, muero.

El gigante desea que escriba porque desea que viva.

Los dos libros fueron necesarios para sanar heridas, desarraigos sumados, soledades sin remedio. No los dictó la maestría. Fueron un acto de lucha por la vida. Un acto extenuante, agotador.

¿Fue también sanador? (Me descubro usando esta palabra acuñada por los yoguis y las doctrinas orientales, reacuñada por

los grupos de oración que en los últimos años se han dedicado a atenuar los efectos que la ciencia y la razón causaron en la ingenuidad humana.) Me parece que sí. El gigante cree que la fluoxetina me ha sanado. La fluoxetina y este proceso en que juntos nos dedicamos a cazar fantasmas para interrogarlos, en que a las sesiones de las tardes de jueves se sumaron los sueños, el padre, mi padre, y una profusión de casas repetidas, agrandadas, modificadas, afeadas, divididas, cercadas. Todas las casas de mi infancia, todas las casas de mi historia concurrieron al concierto de sueños. Sueños agotadores, obligatorios, sueños que no eran pasatiempos nocturnos sino auténtica vida buscando sus cauces subterráneos. Nadie me convencerá jamás de que eran espejismos. Despertaba mojada entera de sudor por la seriedad del compromiso. Se vertebraba mi existencia en sus napas profundas y la claridad lograda a la luz del día se juntaba a mis noches volviendo a oscurecerlo todo, a removerlo todo para poder seguir ordenando y comprendiendo los jueves en la tarde.

Terapia mágica, pócima mágica.

Al gigante no lo conmueve tanta magia. Decide disminuir la pócima:

—Lleva demasiado tiempo con la fluoxetina. Empezaremos bajando a uno y medio.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunto con temor.

—Unas dos semanas, después veremos.

Me parece ver un gran letrero verde con fosforescentes flechas blancas que indican una encrucijada. Primera posibilidad: permanecer en este apaciguamiento que mi terapeuta considera excesivo. La paz desarmada, la paz exagerada. Los adjetivos bosquejan una situación estática. Puedo instalarme en ella. Tengo bastantes pretextos. Además de haber vivido, amado y escrito, he estado gravemente enferma y mi recuperación definitiva aconseja que nada me produzca tensión. Sería bueno refugiarme en mi casa y recorrer día por medio el romántico jardín de mucho verde y pocas flores con una tijera de podar en la mano. Puedo ser solamente la señora de Luis Brahm, madre de los dos jóvenes Brahm Gligo, entre satisfecha y cansada de vivir, adornada con un hermoso collar de lágrimas de plata por los veinticinco años de matrimonio y por otro collar casi invisible de ilusiones literarias fugaces.

Segunda posibilidad: prescindir de filtros, dejar el remedio poco a poco, volver a la inquietud y a la tristeza, volver a vivir.

Me espanta lo que he escrito, pero en mi íntima conciencia lo reitero. La vida es movimiento, cambio. Al afirmarlo así, comprendo en un segundo y retrospectivamente que empecé mi existencia al revés. Me pregunto qué sombra escondida, qué palabra de padre, qué lectura, qué nube mareadora de incienso en la dorada capilla del colegio me hizo pensar en un destino especial y prefijado que me esperaba en alguna parte y que debía descubrir. ¿Cómo hacerlo? ¿Dónde? ¡Mi pobre desesperación adolescente! Ninguna señal. Una muchacha sola, desorientada, perdida en su propio llanto y en las risas ajenas, sabiendo que todavía no era, que sólo llegaría a completarse el día que encontrara su camino. Qué absurdo, qué tortura inútil, qué dolor desperdiciado. Pocos años más tarde cualquiera cantaba por la calle que no había camino y que el camino se hacía al andar. Camino, cambio, movimiento. El movimiento vino de la necesidad. Sin preguntas. Deshecha la nube envolvente y vaporosa del estudio semiobligatorio, hubo que trabajar, amar, equivocarse, tener hijos, llorar por escribir, lograr escribir, dejar de escribir, enfermarse, sanarse, asombrarse: el camino estaba hecho sin haberlo trazado.

—Era, si lo pienso ahora, un poco monárquica.

—¡Monárquica! ¿Qué hacen aquí las monarquías? ¿Qué tiene que ver?

Inmenso y paternal, no ha entendido esta vez algo tan evidente.

—Monárquica, sí. Creía que los destinos bajaban del cielo, que los lugares estaban esperando, que se heredaban de quizás quién. Y que...

—Siga.

—No había entendido que había que trabajar la propia vida.

El gigante me consuela:

—No es tan grave ser monárquico a los dieciséis años.

—¿Y a los veinte? ¿Y a los veinticuatro? ¿Y a los veintiocho?

Lanzo cifras al azar, no creo en lo que digo, no espero respuesta. Soy incapaz de encontrar en el tiempo la línea que separa mi primera inercia del momento en que empecé a construir mi vida con los destrozos que todo cambio implica.

—Es posible que la culpa la tenga *El Peneca* —tiro la piedra y oculto la mano en una sonrisa.

—¿Por *Los tres mosqueteros?*

No es cualquiera. Agarró la idea. Es un terapeuta fino, un gigante adivino.

—Sí. *Los tres mosqueteros, Pimpinela escarlata, El tesoro del rey Carlos.* Lo máximo era ser rey.

—Pero también realizar hazañas, correr aventuras.

—Dedicadas al rey.

No doy tregua, sigo mi pista. No había protagonistas que trabajaran sus vidas. Sólo nobles y sirvientes. Y nosotros, pequeños lectores inocentes, convencidos de que en épocas lejanas hubiéramos tenido un ducado o un condado por derecho semidivino: envenenados de importancia, dueños de nuestro lugar en el mundo.

—Por eso no pensé que cada uno tenía que construirlo. Me quedé parada, asombrada, angustiada por no conocer mi lugar y no sabiendo qué hacer para llegar a él —agregué.

—¿Por qué habla así? Lo ha ido construyendo, tiene un lugar.

Pero mi feudo se ha estabilizado, defendido por incontables y efectivos gramos de fluoxetina. Hace más de tres años que no lloro.

Y el médico quiere quitarme la fluoxetina.

Me explica que es posible que el remedio haya influido no sólo en mi falta de entusiasmo, sino también en mi incapacidad de llanto.

Seca, le pregunto:

—¿Es eso verdad?

Cree que sí, aunque no está absolutamente seguro.

Repentinamente, echo de menos la humedad de las lágrimas. (No el impulso ni la causa del llanto, no el sufrimiento.) Como si su tibieza y su gusto concentraran una sensación importante de la vida que en el último tiempo he perdido. Echo de menos la emoción y la locura del amor, el calor que recorre el cuerpo moviéndose bajo la piel. Necesito movimiento, el movimiento que construye la vida.

—Entonces, doctor, de acuerdo. Desde mañana bajaré la dosis de fluoxetina.

Domingo 29 de mayo de 1994

Durante catorce días tomé una cápsula y media de fluoxetina y ahora me he estabilizado en una diaria.

Poco he escrito durante este año de revelaciones. Sólo

unas páginas al regreso de Caburga y algunos apuntes sorprendidos. Cuando llevaba dos semanas con la última dosis, empecé a querer escribir. Fue entonces, sólo hace ocho días, que retomé realmente el diario al relatar en detalle las sensaciones que el asunto fluoxetina me había provocado. Aunque quedó grabada en un solo archivo ("Diario 94.225", esto es, "Diario de escritora: 22 de mayo de 1994"), esa parte la fui escribiendo poco a poco, durante varios días. La necesidad renació suave y naturalmente y comprobarlo me emocionó con prudencia, como puede emocionarse una persona reeducada por la fluoxetina.

Pero volví al diario, no a la novela. El diario, he descubierto, me permite sentirme acompañada por mi tiempo. En cambio, la época histórica de *Boca Ancha* marca límites precisos y en cierto modo me separa de mí misma. (Es raro lo que digo, todavía no lo entiendo del todo.) En el desierto que estoy recreando no he encontrado cabida para la tibia humedad del amor y de las lágrimas.

Aunque han sido más largos los períodos de abandono que los de trabajo, dialogo y juego con el tema de *Boca Ancha* hace más de dos años. Pareciera que mi apaciguamiento, mi rara felicidad indiferente, hubiese encontrado eco en su inmovilidad estática. En la narración, que pretende ser una obra sobre el cambio, hay en realidad más quietud que movimiento.

—¿Está segura de que es sobre el cambio? —me preguntó el gigante en uno de los primeros jueves del año pasado.

Sí, estaba segura, dije. Lo único que me interesaba —sin desesperación, por supuesto— era ese tema. Yo misma había cambiado mucho. Lo sabía más por haber perdido a la primera Ágata que por haber entendido a la actual. La de antes desapareció mientras se modificaba botando la piel antigua con rapidez, presionada por la multiplicación de las propias células, enferma de una gravedad mucho mayor que la de cualquiera de sus sublimes tragedias soñadas, esperadas o imaginadas.

El cáncer no anduvo con rodeos. Atacó directamente al seno derecho. (Iba a decir la mama, como acostumbro desde que utilizo desenfadadamente el lenguaje de la medicina. Algo me hizo retroceder a la visión estética del cuerpo sano y puse "seno". Pero me parece una palabra antigua, inútil y muy lejana.)

El cuerpo tomó desde ese momento el mando de la vida. No es que antes no tuviera importancia, no, todo lo contrario.

Nunca pertenecí al bando de las sacrificadas por sí mismas, de las postergadas que tanto han hablado y dado que hablar. Quise mi cuerpo y me preocupé de su belleza, su satisfacción y su descanso. "Tú siempre has oído a tu animalito interno", me decía María Elena cuando el agotamiento provocado por el trabajo excesivo castigaba ese hermoso rostro que debió haber tenido otro destino. Tácitamente ella contrastaba mi actitud con la suya, sin reproche alguno por mi cuota de frivolidad, la cara buena de la moneda del egoísmo: un seguro de cordura, salud y porvenir tranquilo.

Oí al "animalito interno", quise a mi cuerpo, es cierto, pero, ¿cómo lo quise? Ahora, después de más de tres años de estar sometida a él, comprendo que antes lo sentía ajeno y que temía su traición. Explicar esto es muy difícil. Lo veía frente a mí como una realidad distinta y tenía que vigilarlo continuamente para que no se desbocara y expresara algo diferente a lo que yo era o pensaba. (O a lo que creía que era o pensaba.) No me gustaba ser hermosa a medias, con marcas de ausencias. Hubiese preferido una apariencia física menos rutilante, que no se adelantara a mí misma.

—¿Puede usted seguirme, comprender lo que digo? —le pregunto al gigante.

—Oh, sí. Perfectamente.

—Me alegro mucho. Esto es muy complicado, casi angustioso. Al tratar de explicarlo, lo estoy entendiendo por primera vez.

Tampoco me gustaba la relación que mi apariencia creaba con la gente. Determinaba halagos, timideces, admiración o antipatía. No amor ni amistad. El amor y la amistad surgían pasada la barrera de la belleza incompleta. Entonces los ojos y el cuerpo adquirían importancia de tesoro, valiosos ceros a la derecha de la *sympathia* y de la comunicación.

—Entonces, usted hubiese deseado que la quisieran por su cuerpo.

—No estoy diciendo eso.

—Sí lo está diciendo. Eso es lo que está diciendo, no otra cosa.

El gigante se ha puesto severo. Quiere que reconozca mi añoranza, mi frustración frente al amor. Un deseo profundo de ser amada por mí misma. (¡Cuán resbaladizos pueden ser los sentidos del lenguaje! En este contexto, "mí misma" significa el aspecto físico. Sin embargo, unas líneas más arriba

escribí: "hubiera preferido una apariencia que no se adelantara a mí misma". Ahí el "mí misma" se concentra en el ser interno, como si le sobrara la belleza.)

—Y era verdad en los dos momentos.

—Lo creo.

—Me doy cuenta de que estaba disgregada. ¿Es posible?

—En cierto sentido.

No dice más. Soy yo la que debo entenderlo, no él. Además, percibo que lo comprende todo por su sabiduría milenaria de brujo, por sus conocimientos de psiquiatra moderno, no por mis explicaciones confusas. Sin duda, para él mi disgregación, mi escisión, mi dicotomía —que tanto me sorprende constatar retrospectivamente a estas alturas—, no constituye un fenómeno único sino que pertenece al acervo de trizadura y llanto de la humanidad.

Yo todavía no lo comprendo bien.

Viernes 3 de junio de 1994

Sueño con un hombre alto y fuerte con el cual hago el amor. Estamos tendidos en mi cama, mirándonos, y él me contempla con pasión, con la misma mirada clara de Lucho que nunca he olvidado en la semioscuridad del hotel de Verona, en los comienzos de nuestro matrimonio. El hombre es Lucho, descubro. Una gran ternura me invade dentro del sueño, empiezo a besarlo, a acariciarle el cuerpo, largamente, prolijamente, mucho rato, con mucha pasión. Soy feliz mientras sueño y despierto llena de amor. A mi lado está Lucho, lo miro, pero me quedo quieta, sin un movimiento: la inmovilidad del presente paraliza también las caricias de mis manos.

Jueves 9 de junio de 1994

En los últimos meses he temido por la vida de Pepe. Una sombra permanente, un sentimiento oculto a medias por la arena de mi desierto.

Fue hospitalizado varias veces. Primero por problemas renales y luego por una hemorragia hepática. Estuvo muy mal, envejecido, encorvado, vacilante al caminar, indiferente a la amistad, el hígado incapaz de procesar los remedios, y apenas

superadas las crisis, todavía en medio del desastre, sostenido por una fuerza secreta y bella, subía con dificultad la escalera hacia la mansarda del tercer piso de Galvarino Gallardo y, confundidos los horarios, permanecía catorce, dieciocho, veinte horas escribiendo su novela *Donde van a morir los elefantes*.

Pensar esto último me produce emoción. Verdadera emoción.

Ha sido una preocupación contenida, como son las inquietudes de los apaciguados. Una preocupación constante mientras mi salud mejoraba y yo adquiría optimismo y un aspecto rozagante de madona —o matrona— sobrealimentada.

Lo hablé muchas veces con el gigante. Como médico, conocía las implicaciones del diagnóstico y estaba de acuerdo con mi temor.

Ahora el doctor C. no está. Más exactamente, la que no está soy yo. Dejé de ir a verlo hace más de un mes. Juré que si Lucho daba el salto de dejar el Cide me pondría avara como una bruja. Mis gastos más pesados eran los honorarios del psiquiatra. Además, sentí que empezaba a repetir el círculo. Necesito un tiempo de distancia, aunque sigo en este diario el diálogo que inicié en la consulta de los jueves.

El gigante siempre celebró mi lucha por vivir. A veces, me parecía que exageraba. Yo no luchaba tanto. Creía poco en mi propia muerte, no la sentía tan próxima como la sombra que quiere apoderarse de Pepe. Avanzaba confiada en las fuerzas del cuerpo y en las fuerzas del alma y cerraba los ojos ante el poderío del cáncer.

El dolor de mi hombro derecho se prolongó demasiado y hubo que hacer el cintigrama óseo. Enseguida apareció en el esternón una mancha opaca y negra sobre la transparencia de la placa. Días de dudas, nuevos exámenes, ecotomografías y la hipótesis escrita por los radiólogos al final del informe: metástasis ósea.

Martes 14 de junio de 1994

En el sueño de anoche caminé mucho y al final me tendí a descansar sobre el pasto, cerca de unos arbustos. Durante largo rato creí que el hombre que dormía a mi lado era Lucho, pero de improviso me di cuenta de que era mi padre. Está claramente

preñado, con un vientre correspondiente al embarazo de siete meses de una mujer. Usa terno gris y corbata de seda. Del pantalón impecablemente planchado asoman unos tobillos de piel muy blanca y los pies calzados con zapatillas de entrecasa.

Sábado 25 de junio de 1994

Hubiese preferido taparme para siempre la cara con las sábanas, pero finalmente no lo hice y me sometí a todos los exámenes. Lucho tomó las riendas del asunto, me puso el teléfono en las manos para que pidiera horas a los laboratorios (jamás ha sido capaz de hacer ese tipo de cosas) y, al captar mi resistencia a vestirme y arreglarme, me llevó a hacerme el *scanner* con sólo un piyama puesto, cubierto el desánimo con mi lindo impermeable nuevo.

Hay una amenaza grande en una metástasis a estas alturas del tratamiento. ¿Qué es la muerte? Esta vez la veo como el corte del impulso, la clausura del aliento. No tiene sentido iniciar nada que vaya a ser interrumpido.

Al cintigrama siguieron dos análisis de sangre y la radiografía planigráfica cuyo informe también decía: metástasis ósea. Lo leí, temblé un poco y le creí. Me metí otra vez a la cama a hacer el duelo y ya había empezado a aceptar el rebrote traidor, cuando el doctor Reyes tuvo nuevas dudas debido a mi buen estado general y pidió más exámenes, ecotomografías, *scanner*, hasta llegar al último, anestesia local, una camilla durante tres cuartos de hora y la perforación del hueso del esternón en busca de muestras para biopsia en el milímetro preciso que indicaban los ojos monstruosos de una moderna máquina radiológica.

Metástasis, hipótesis, análisis, oncólogo, exámenes, milímetro, radiológico.

Siguen las esdrújulas. Lo temible y complicado se expresa en esdrújulas. Para cada realidad hay palabras especiales, familias de palabras.

Amor, hijos, libros, aire, agua, cielo, tierra: la dulzura de las graves (y una aguda).

Me sentí tan aliviada de haber abandonado esa camilla, que dejó de importarme lo que ocurriera. Fue el viernes y sólo tendríamos resultados el martes 21. Quedé bastante adolorida, un nuevo motivo para refugiarme en mi cama. Así y todo,

preparé la fiesta de San Luis: no podía exaltar el riesgo frente a mis hijos y amigos ni romper la tradición justo en ese momento. Reservé hora con el oncólogo para el miércoles 22 en la mañana y le propuse a Lucho que fuera a buscar el informe y que —para no arruinarnos la fiesta— guardáramos el sobre cerrado hasta el día siguiente, para verlo bajo la mirada sabia del doctor José Miguel Reyes. No sabía que el médico que practicó la biopsia tendría el generoso gesto de llamarme por teléfono esa misma tarde de martes para decirme que todo estaba bien. Alcanzamos a celebrar la buena nueva en la noche, entre amigos queridos, almejas a la parmesana, vino de todas clases y comida abundante.

Después de tres semanas de incertidumbre, no era metástasis, no era cáncer.

Debería estar saltando de alegría, pero no lo estoy. Hay una trizadura en el esternón (nunca había escrito tantas veces la palabra esternón), debilitado por la radioterapia de 1990 y —descubrimiento de última hora— afectado por el choque de noviembre pasado. Ésa podría ser la causa de los dolores que iniciaron la pesquisa. Podría. No está claro. Los dolores no son permanentes, sino que afloran con el movimiento.

Pero me siento desanimada. Más que cuando recibí el diagnóstico la primera vez, hace casi cuatro años. Las tres semanas de exámenes me aplastaron. Paso en cama más de lo que realmente necesito. Salgo lo mínimo: voy a impartir clases a los talleres de literatura, que cada vez me gustan más; asisto con Lucho —nunca sola— a alguna comida indispensable. Me aconsejan no manejar auto mientras no se defina el origen de los dolores y el tratamiento a la fractura, si es que la hay. Y creo que ahí está gran parte del problema. Sé que me esperan más exámenes, nuevas decisiones y el peligro de otra operación. Frente a esto, no tengo deseos de mejorarme transitoriamente ni de hacer un esfuerzo por vivir dos semanas y media con todas mis vidas. Necesito continuidad: la biología reina.

Lunes 27 de junio de 1994

Me pregunto: ¿habré hecho mal los movimientos del hatha yoga, forzando la columna vertebral, con todos los efectos que implica?

¿O saludar al sol repitiendo "omnitraya manajá" y "omsuriaya namajá" sin fe, sólo por disciplina de buena alumna, habrá enojado a algún dios? Suspender las sesiones me produjo desazón, la sensación de un castigo injusto, más injusto que la enfermedad, porque la enfermedad, siempre lo supe, tenía que tener un sentido. En cambio, la eventual imposibilidad de continuar con el yoga me hiere en el campo gratuito y sagrado del placer. Los ejercicios, estoy segura, cohesionan mi materia, ese organismo que, indiferente a su estética, ahora comanda mi vida. Al hacer esta gimnasia sabia estoy trabajando por vivir, mereciéndome vivir.

Martes 28 de junio de 1994

No está la muñeca negra, ni la casa del campo, ni la culpa. Todo se evaporó, suspiro al aire, lágrima al mar, llovizna inútil. Mucho material se ha perdido así, por no escribir a tiempo. La imagen y la palabra refulgen nítidas y eternas en la noche, pero la luz del día borra los contornos y anula las urgencias. Las imágenes se esfuman, las palabras se van, se van. Tantas se han ido. Quizás hubieran podido ser literatura.

No puedo dormir por eso.

En las páginas anteriores encuentro una referencia: "ni siquiera apunté el sueño de la mona negra".

Es en la casa del campo, en Tierra del Fuego. Sí, el núcleo interior es la casa del campo. Y afuera también: los cipreses oscuros, el cerco altísimo que corta el viento. Sobre la construcción han agregado varios pisos de un hospital moderno y sólido, que se unen a la frágil casa de madera sin aplastarla, en la armonía delirante de los sueños. Circula gente por los pasillos, enfermeras de largos hábitos azules y grandes tocas blancas. Monjas vicentinas, comprendo. ¿Qué hacen aquí, dónde estuvieron todo este tiempo en que nadie las nombró? Hay que vigilar sus pasos, saber dónde están. Porque nosotros vamos a cometer un crimen. Un asesinato. Hablo en plural porque lo realizaré dirigida o en connivencia con alguien. Mi cómplice es un hombre, pero no lo identifico. Puede ser el gigante, o Pepe. O el mismo Lucho, o una mezcla de los tres. En todo caso es una figura paterna, según el lenguaje de los entendidos. Lucho es mi marido, pero también tiene algo de paterno para

mí. Un psiquiatra-gigante y un escritor-mito-maestro como Donoso lo tienen por definición. Reconozco padres aparte de mi padre.

No puedo identificar a mi cómplice ni me importa demasiado. Es alto, corpulento y lleva un enorme antifaz que le oculta el rostro. La protección masculina me tranquiliza. Me siento segura, avalada en el proyecto.

Logramos (el hombre y yo) llegar sin que nos vean hasta la pieza de la futura víctima. Está dormida en la cama: una muñeca de cuero negro, del tamaño de una mujer, con pelo de lana amarilla. La cortamos de arriba abajo en rebanadas, cuidadosamente. (Sólo alma de sangre, operación meticulosa y limpia.) Luego la armamos para que recupere su forma, como un gran molde de pan partido o un pavo trozado para la cena de Navidad. Lo hicimos con conciencia criminal, con la intención, la gravedad y el dolo con que se aniquila a los seres humanos. Desalmados y feroces, el hombre del antifaz y la niña de doce años. (Olvidé informar que tengo doce años.)

Trasladamos el cuerpo hasta una sala del hospital contiguo. El hombre lo ha preparado todo bien. Cuando se descubre el cadáver tenemos coartadas perfectas. (Aunque no las recuerdo.) Viene la policía e instala un tribunal en un banco de carpintero protegido del viento por los inmensos cipreses del parque. Todos desfilan, todos deben responder: los visitantes, los trabajadores, los dueños de casa (no sé quiénes son), las monjas vicentinas, todos menos el caballero protector sin antifaz y la niña de doce años.

Miércoles 29 de junio de 1994

La muñeca de cuero negro sería mi madre y yo la habría asesinado apoyada por mi padre.

¡Los psiquiatras! Aunque sean gigantescos, inteligentes y de humanidad excepcional, siempre terminan haciéndote matar a tu padre o a tu madre.

Posiblemente la cosa no es tan burda. Durante el tiempo de la terapia intenté afrontar y comprender mi mala relación con mi madre. Pero fue su muerte la que me hizo perdonarla y perdonarme. Lo maternal que algunas veces percibí en ella hacia mí y que nunca olvidé, ha ido creciendo y rodeando su

imagen de calidez. Digo: mi mamá. Este cuadro, este hermoso mueble tallado de roble americano, este servicio de porcelana delicada, esta pequeña cruz de brillantes, son herencia de mi mamá. A menudo nombro esos objetos como muy propios y entrañables, embajadores de una ternura que en esta tierra no logró existir.

¿Por qué habría de matarla, cortarla en rebanadas y dejar su cuerpo de cuero negro como si estuviera entero, con prolijidad engañadora y siniestra?

El gigante me consuela. No es a ella a quien he asesinado.

¿No me doy cuenta, acaso, de que el cuchillo se hundió en un monigote sin sangre ni calor? Mi madre estaba muerta cuando la maté.

—¿Muerta?

—En cierto modo. Lo que quedaba eran restos de rencor, de frustración, agresión, incomprensión y abandono. Obstáculos, sobras malolientes, molestas, que había que eliminar para despejar el espacio de la reconciliación.

Comprendo. Tiene razón. No estoy luchando con mi madre viva, con mi madre real. Ella se deshizo en la inesperada dulzura de la muerte.

Lavado automático, limpieza instantánea, ofrecen los letreros de neón. No crea usted que es tan fácil, doctor. Han pasado algunos meses desde esta conversación que sólo apunto hoy. Ya no voy los jueves a la consulta de El Bosque, pero me gustaría contarle que hace unas semanas vi *Las mejores intenciones*, una película emocionante realizada por Billie August sobre los padres de Ingmar Bergman. Cuando salimos del cine, Lucho me preguntó:

—¿Qué te pareció?

—Que no hay nada peor que una madre.

A los pocos días, le recomendé a Fernando Sáez que fuese a ver el film pronto, antes que lo sacaran de cartelera.

—¿Es tan bueno?

—Para mí, sí. Y también lo es objetivamente.

—¿Por qué?

—Porque no hay nada peor que una madre.

—Sí lo hay.

—¿Qué?

—Un padre.

Viernes 8 de julio de 1994

¿Por qué soñé ese episodio horrible? Es cierto que justo antes de dormirme hablé una hora por teléfono con Diamela y, como siempre ocurre, nos pusimos al día pasando revista a varios temas: el desarrollo de los talleres literarios que ambas dirigimos; la preocupación del Ministerio de Educación por haber organizado para octubre los festejos de los setenta años de José Donoso sin darse cuenta de que en septiembre cumpliría ochenta Nicanor Parra; la importancia de corregir esa *gaffe* sin que pierda un ápice de brillo el homenaje a Pepe; el accidente de la actual directora de Cultura y mi creencia de que ese cargo está maldito, ya que caen sobre sus titulares desgracias espantosas, y si no caen, nadie puede permanecer mucho tiempo en el puesto por motivos tan dispares como justificados. El golpe hirió a Marcia en pleno rostro y en forma notoria, pero los médicos dicen que afortunadamente las huellas desaparecerán. Encuentro preferible tener cáncer a desfigurarse la cara. A la hora de almuerzo, Lucho y Jorgelina encontraron esta opinión un tanto disparatada. Diamela no se pronunció. Siempre me enriquece hablar con Diamela. Me gusta su cuestionamiento de lo establecido, se trate de filosofía, política, literatura o chismes.

Cuando recién conocí a Diamela, hace más o menos ocho años, tenía reservas hacia ella por su percepción de la gente, que destacaba con puntería los defectos, incoherencias, resentimientos, caídas y fracturas de cada uno. A pesar de la admiración que le tuve desde el primer momento, me desconcertaba su acidez respecto a personas que veía con frecuencia o de las cuales, incluso, había recibido algún favor. Yo en esa época tenía el defecto contrario, sólo era capaz de relacionarme bien con gente que estimara y quisiera. Orgullosa de mi autenticidad, no percibía su componente de egocentrismo: sólo importaban mis ídolos y el resto del mundo no existía. Una tonta incondicionalidad que ahora, afortunadamente, he perdido. Noto que también Diamela ha cambiado, pero en el sentido contrario. Ha evolucionado hacia la tolerancia, y hacia una posición más comprensiva y amorosa: ve mucho más que antes lo amable de los seres humanos.

Pero no era de esto que quería hablar. Lo terrible fue el sueño. Un grupo de siete personas, vestidas de negro, al

parecer integrantes de una religión o de una secta, se habían preparado para morir voluntariamente. El tiempo de espera había terminado y se acercaban a la entrada de una tumba de piedra a la cual descenderían vivos. Entre ellos estaban Diamela y la mujer de mi hermano. Tratamos de disuadirlas, pero era inútil, pues estaban completamente decididas. Mi hermano decía: "Qué se le va a hacer, siempre ha hecho lo que ha querido." Parecía resignado y se paseaba alrededor de la tumba como cumpliendo el deber de acompañar a su mujer. Yo, en cambio, estaba desesperada. Hablaba con Diamela, trataba de convencerla, lloraba. Ella miraba y quizás oía, pero sin responder. Descendía a la tumba con otras autocondenadas, y las que no bajaban ponían encima una gran lápida de piedra.

Llegaron la madre de Diamela, Sonia Montecino, vestida de blanco Eugenia Brito, Lotty Rosenfeld, otras amigas, algunas críticas literarias. Venían a un velorio, a un hecho consumado. Parecían comprender el motivo de su sombría determinación, la encontraban concordante con su historia, y movían discretamente la cabeza en actitud de sabias. Me compadecían y quizás despreciaban por no comprender nada.

Mi hermano y yo permanecimos rondando el lugar durante más de dos días. Al tercero, una de las mujeres que puso la lápida nos dijo que sin duda ya habían muerto, que era mejor que nos fuéramos. Mi hermano repetía: "Se terminó." Yo no lo aceptaba. Me quedaré aquí, esperaré, decía. No fue inútil. De repente Diamela apareció en la superficie, viva y fuera de la tumba. ¿Vivirás?, le pregunté. Pero ella no hablaba, sólo miraba, con los ojos muy abiertos, mucho más claros de lo que son en realidad. Aunque aún no había muerto, volvería a enterrarse, volvería a morir.

Amanecí llena de dolor y de preguntas. ¿Qué significaba ese sueño horrible? Antes de dormirme, también hablamos de la idea de Diamela de cambiar de editorial, a raíz de que Planeta no va a publicar *Los vigilantes* en el plazo acordado. Diamela estaba molesta y lo dijo. ¿Consideraría mi subconsciente que su decisión era suicida? No lo creo. Esa actitud de capricho —o firmeza— puede valorizar frente a los editores a una autora de su prestigio.

Más bien pienso en lo que me decía el gigante. No es ella la que baja a la tumba, soy yo. Yo me suicido, me entierro viva.

Y elijo para soñarlo la noche en que acabo de hablar largamente de literatura con otra escritora, a quien sé mucho más prolífera que yo. La palabra publicación, repetida en medio del diálogo telefónico, debe haber sido el detonante del episodio. Revivo mis argumentos, mi llanto, mi angustia junto a la tumba. Mi parte escritora no quiere morir, a pesar de mi dispersión y mi descuido.

Lunes 11 de julio de 1994

Soy yo la que se entierra, la que se suicida y la que muere en ese negro sueño de piedra. Desde fuera de la tumba lloro con desesperación por mi parte escritora. Algo en mí se resiste a enterrarla. ¿Por qué?, me pregunto. Estoy bien, tranquila, sin ambiciones. He recordado que antes de publicar, ni remotamente perseguía ser escritora. Buscaba sobre todo expresarme en un ámbito que correspondiera a mis inquietudes internas y también liberarme del trabajo de abogada. *María Luisa* fue mi primera experiencia literaria y me produjo una gran identificación con el oficio.

Me siento profundamente escritora, declaré públicamente más de una vez. Lo decía desde el fondo del alma, como si fuera de vida o muerte. Y en verdad lo era, comprendo retrospectivamente, ya que el proceso de expulsión de la muerte en la lucha contra el cáncer barrió con la desesperación y la angustia por escribir. Aquí estoy, dominada por mi cuerpo, reinstalada en la vida con la encantadora posibilidad de cumplir mi primer objetivo: trabajar discretamente en los aledaños de la literatura, dirigiendo talleres literarios, escribiendo artículos. Son acciones que me gustan y me producen satisfacción y paz.

Si mi creatividad fuese mayor y más espontánea, podría insertar mi caos en una estructura. Pero no tengo una visión clara, una idea redonda, un impulso fuerte. Todo está disperso, mis imágenes y mis deseos nacen con la anemia de los desangrados.

He dado una gran vuelta para llegar al mismo punto. Mi actividad intelectual más permanente, la escritura de este diario, no consiste en otra cosa que en mirarme a mí misma. Tuve la ilusión de haberme integrado al mundo y de haber aportado algo. Si fue, fue muy corto.

Eso se llama egocentrismo: la incapacidad para percibir a los demás tan fuertemente como a sí mismo en el plano literario. Chéjov escribe en una carta a un joven cuentista que para

dejar de lado la subjetividad "se requiere ser más honesto, lanzarse por la borda donde sea, no interponérsele al héroe de nuestra novela y renunciar a uno mismo aunque sea durante media hora".

¡Renunciar a uno mismo aunque sea media hora! ¡Qué frase!

Lleno con facilidad páginas y páginas rodeando el tema de la creatividad, porque me atañe directamente. Uno de los primeros descubrimientos que hice en la consulta del gigante fue que las dificultades literarias corresponden a limitaciones humanas. Quiero decir: que los problemas no existen exclusiva y aisladamente en el ámbito literario y que, sin desestimar la importancia del oficio, el punto álgido no es corregir la técnica sino corregir la vida.

Incapacidad de sentir a los demás como a sí misma. ¿Será lo mismo que incapacidad de amar? En un sentido amplio, cósmico, sí, es lo mismo. Pero la idea no abarca el plano afectivo, los lazos inmediatos. Siento muy fuertemente a los que amo, con amor hondo, firme, y mucho menos dramático desde que me civilizó la fluoxetina.

Aunque el desgarro revive ante la idea de una desgracia que pudiera afectarlos: prefiero no pensar. También se trata del apego a los pilares de la propia vida. Por ese rodeo vuelvo a encontrar el egocentrismo, pero no me martirizaré un segundo más intentando dilucidarlo. Tengo muy clara la complejidad de los sentimientos humanos.

En todo caso, podría empezar a aceptar que la cosa es así. Que nada —aparte de lo propio— susurra dentro con la fuerza suficiente para dar nacimiento a una obra grande y generosa.

Jueves 14 de julio de 1994

El egocentrismo. Quisiera comprenderlo y definirlo. En la mayor parte de las personas, el rasgo desborda el sentimiento y tiñe también la capacidad de juicio. No aceptan, por ejemplo, ser derrotados o excluidos. Creo que eso me pasaba antes de darme cuenta de que no tenía mayor fuerza como escritora. Pero lo que nunca me ocurrió, fue tratar de imponer mi sensación subjetiva como una realidad, actuar para hacerlo, descalificar a los que de alguna manera me disputaran algún pequeño cetro. Mi egocentrismo era limitado, porque no cegaba el entendimiento. Pero esto que parece mejor puede ser peor, porque implica una nueva

dicotomía. Sería preferible ser un elefante que pasa por la cristalería sin mirar para los lados. Sería más productivo, más creativo, se llegaría más pronto a algún fin concreto. En cambio, mi tipo de egocentrismo debilita los mundos ajenos en la sensación interna, pero no tanto como para arrollarlos e imponer desbocadamente el propio, que por lo menos sería algo. Por distintos caminos llego siempre a una dislocación profunda en mi interior, al quiebre que parece haber sido la causa de mi parálisis creativa. He luchado, es verdad, y mucho, pero los resultados han sido escasísimos. Sólo con afán estadístico, sin envidia, contemplo la facilidad de otros y me vuelvo a abismar frente a mis dificultades.

Cuando hablo de dificultades, me refiero a la novela. Es el ámbito en que, acertada o erradamente, pienso que debo trabajar.

Motivos, muchos: toda mi vida leí fundamentalmente novelas (poca poesía y menos ensayos); al empezar a sentir y comprender por el prisma de la literatura, el mundo me llegó siempre a través de la novela y no de otros géneros, quizás con excepción de los cuentos de Cortázar, José Donoso y Guimarães Rosa con esa maravilla que es *Soroco*. También los de Raymond Carver, que conocí en épocas bastante posteriores. (Carver me movió a leer a Chéjov, que ha sido mi tarea de estos últimos días.) En mis primeros relatos —vergonzosos y lamentables— se hizo evidente que mi tipo de frase y mi sentido del tiempo no apuntaban a la síntesis del cuento, sino a la lasitud soñadora de la novela; cuando escribí la biografía de María Luisa Bombal, resultó una especie de novela y el público la leyó como tal; y mi segundo libro, *Mi pobre tercer deseo*, es una novela.

Como a la pobre María Luisa, no se me ocurre algo mejor que hacer.

Sin embargo, he perdido confianza en la novela en sí. Es un proceso nuevo y sorprendente. En tiempos pasados, mis dificultades personales jamás rozaron su esencia. Era el género perfecto, y yo una escritora imperfecta. El mundo entero cabía bella y emocionadamente en una buena novela.

Ahora, un inmenso batallón de novelas aceptablemente construidas, casi buenas, ha reemplazado en mi mente la idea de novela, antes tan pura. La lectura de esas obras no ha sido inocua, sino bastante destructora. Posiblemente no ha contaminado el juicio, pero ha debilitado la fe.

La fe literaria es semejante a la fe religiosa o la fe política. Un incomprensible impulso de adhesión a una causa, sobre todo y contra todo.

Viernes 15 de julio de 1994

Mi declaración de falta de fe en la novela —en abstracto— me ha dejado inquieta. Tengo ganas de revisar la situación y ver por dónde podría empezar a hacer algo. Cuando la gente me pregunta si estoy escribiendo —intrusa y cargante pregunta— y respondo que llevo un diario, me dicen: entonces ya tienes el material. A mí me gustaría que fuera así, pero no lo es. Lo que he escrito es demasiado personal, demasiado obsesivo y repetitivo. Tampoco se me oculta que en esa obsesión y repetición podría encontrar una clave. Una escribe sobre lo que le duele, afirmaba tiempo atrás. Si ya no lo digo no es porque haya dejado de creerlo, sino porque ahora nada me duele demasiado. El verbo doler ya no me sirve. Debo buscar otro. Podría ser: inquietar, preocupar, obsesionar.

Que el dolor ya no sirva quizás signifique subir un peldaño en la escala de un humanitarismo abierto, opuesto al egocentrismo del que antes hablé. Mudarse de las vísceras a la mente. Escribir con un sentimiento tamizado por la conciencia.

Al decir esto, sólo exploro caminos.

Me es muy difícil transformar mi personaje en hombre, puta, cantante, gato o asesino. Hacerlos vivir como seres simples. María Luisa, Karla y Ladislao vivieron en mis libros aventuras fundamentalmente literarias. Ése es mi principal material, lo que conozco, mi riqueza acumulada, mi pobreza.

Justo en este momento, me llama Pepe para comentarme mi artículo de *La Época* sobre los "medios premios" municipales. Me pregunta qué estoy haciendo y le cuento que escribo en mi diario sobre la pérdida de fe en la novela. Él dice:

—Ya te dije lo que hay que hacer con ese diario. Que Lucho Brahm escarmene lo que valga la pena y luego lo publica.

—¿Tiene que repetir lo que hizo Leonard Woolf con el diario de Virginia?

El maestro ríe en el teléfono, feliz de que haya captado su alusión.

—Exactamente —me dice.

—Pero no es el caso. En primer lugar, no soy Virginia

Woolf, con lo que quiero recordarte que no tengo detrás mío una obra consistente. Por lo tanto, el público no tiene por qué interesarse en la marca de mis perfumes o en mis pensamientos o amores recónditos. Y en segundo, todo esto es muy personal, de interés sólo para mí.

—No lo creas. Ese tipo de escritura es muy valioso. Valioso en sí y para mucha gente.

—No estoy segura en este caso. Escribir esto ha sido intentar comprender algunas cosas, en especial mis dificultades respecto a la literatura. Me gustaría poder volcarlo en una obra objetiva. Pero siento que en el proceso de trasposición se pierde mucho.

—Por supuesto. Se pierde esa cosa directa, el tono reflexivo fundamental. No entiendo por qué quieres traspasarlo a una obra de imaginación o, como tú dices, objetiva. Lo reflexivo es tan importante como lo imaginario.

—No estoy segura.

—Debieras estarlo.

En ese momento de la conversación telefónica, no se me ocurrió responderle lo que pienso ahora. Que lo imaginario se integra al mundo de la creación, y lo reflexivo no. Es una tremenda diferencia: la diferencia entre lo que es arte y lo que no lo es.

No se trata de ser artista o novelista a toda costa. Las cosas son lo que son. Pero no dejo de darme cuenta de que literariamente estoy en tierra de nadie, que tengo algunas cualidades de novelista (dar vida a los personajes, crear atmósferas), y deficiencias graves, como la dificultad para visualizar historias redondas. Y tampoco soy una pensadora como para tirarme de cabeza al lago de la reflexión.

Comprendo a Pepe: no quiere que mi escritura quede dentro de cuatro paredes. Vislumbra que con mucho trabajo y dedicación yo podría dar a luz otra novela medianamente decente, que integraría el batallón de las casi buenas. Y piensa que en definitiva no vale la pena el esfuerzo, que puede volverse muy angustioso, aun para una escritora adormecida por la enfermedad y la fluoxetina.

Así de simple, así de claro.

A raíz de esta conversación, se me ha ocurrido por primera vez que es importante mostrar lo que se está explorando, siempre que se reconozca en ello cierta seriedad y verdad. (A esta edad, de nuevo: caminante, no hay camino, se hace camino al andar.)

Estoy repitiendo en la literatura mi conducta adolescente: situarme en los borradores de la vida.

¿Hasta cuándo los borradores lo son? ¿Cómo se sabe cuándo dejan de serlo y se transforman en páginas definitivas, en vida seria? Me he resistido a contestar esta pregunta en lo literario. En cambio, no puedo olvidar el estupor, la impresión y la emoción que sentí cuando fui llamada por el gobierno de la Concertación a la División de Cultura. La vida se ponía inesperada y repentinamente seria, desechaba los bosquejos para siempre.

Si publicara este diario, significaría asumir las limitaciones de mi realidad literaria y vital. Sería hacer el camino al andar. Por eso le dije a Pepe antes de despedirme:

—Bueno, de acuerdo. Cuando termines la novela, escarmenaremos el diario.

Domingo 17 de julio de 1994

De lo que escribí ayer me quedaron dando vueltas dos ideas:

Hacer vivir a los personajes como seres simples (preocupación literaria).

Mostrar a tiempo lo que se hace, evitando que se transforme en borrador eterno (preocupación humana).

Aunque todo va unido.

¿Por qué mi inquietud de hacerlos vivir como seres simples, no literarios?

Por lo de siempre, para salirme de mí, por el pudor de repetir un personaje que soy yo misma. José Donoso, sin embargo, está siempre en sus protagonistas y eso precisamente les da profundidad y humanidad. Yo no sé transformarlos lo suficiente ni crear un equilibrio entre la parte real y la imaginaria. Claro, eso es. La falta de imaginación. La verdad es que tengo poca. En varias ocasiones, hablando con Elena Castedo, con Arturo Fontaine, con Vittorio Cintolesi y Chepita, hemos tocado este tema. Ellos sostienen que la capacidad de lenguaje es más decisiva para la literatura. Me dejo convencer transitoriamente de la poca importancia de la imaginación —sólo escribir esta frase delata su absurdo— porque me conviene. Pero tengo claras las dificultades que su ausencia provoca. Desde luego ésta, tan elemental, de no diversificar los personajes.

Podría, en verdad, trabajar personajes que no tuvieran

inquietudes literarias o artísticas. La novela *Boca Ancha*, de la cual tengo escritas ciento ochenta y seis páginas, la planteé fundamentalmente desde el temor y la necesidad de cambio. Nada más común a todos los seres humanos. Sin embargo, en la narración misma me tranqué. No supe desarrollar el temor y a cada rato me iba hacia la búsqueda, el deseo de expresión, como en el caso de Mabel, que desde su primera aparición revela esa temática y luego termina haciendo un periplo absurdo por Antofagasta y Santiago, llevada por sus ganas de cantar, que no se define si responden a un gran talento, a un capricho o a qué. Otra cosa: ¿por qué Mabel no canta simplemente? ¿Qué la retiene? ¿Qué le complica la vida en algo tan elemental como cantar? No es Mabel la impedida, la reprimida. Soy yo, yo que sigo concibiendo el proceso de romperlas amarras de la expresión estética como la máxima aventura humana y termino alineando en ella a mis posibles protagonistas de una manera muy obvia, demasiado evidente.

Hay que detenerse en estas palabras. Salto nuevamente del proceso humano de la literatura —ponerle a Mabel los problemas de la autora— a lo estrictamente técnico. Que la expresión de Mabel se manifieste en forma burda, obvia o evidente es una deficiencia técnica. Es carecer de la maestría necesaria que permite escribir bien. Eso lo comprendí a fondo al exponerlo frente a mis alumnas del taller de escritura creativa.

Entonces, todo se mezcla.

Lunes 18 de julio de 1994

El sueño de anoche:

Veo una especie de gran liceo relacionado con el Instituto Nacional y situado en la Alameda, en el lugar que ocupa en la realidad la Librería Universitaria. Estoy interna. Visto un traje celeste de verano y siento el ruido del agua de la fuente en medio de un patio de cemento. Una de mis compañeras me pregunta mi edad. No le respondo, pero tomo conciencia de que tengo veintiséis años y todavía estoy en el colegio. No sé qué ha ocurrido, qué hizo desaparecer mis anteriores estudios y trabajos. Me preocupa haber pasado el año entero sin estudiar derecho civil, porque si salgo mal en ese examen no podré dar la prueba de aptitud académica. Me desconcierta que mis logros anteriores se hayan borrado,

yo antes era abogada y ahora soy una estudiante de enseñanza media. Nadie nota que tengo veintiséis años, sólo yo lo sé.

En otro momento, digo que soy casada y tengo hijos. Declaro seis, cuatro biológicos y dos adoptados. Mis compañeras tienen dieciséis y diecisiete años.

—No puedes tener diecisiete años si tienes seis hijos —me dice una.

—Sí puedo.

—Tampoco puedes vestirte así y tener ese pelo.

Pero yo las convenzo de que puedo ser todo eso. Las intrigan mi edad y mi pasado.

Sigo sin comprender por qué estoy de nuevo en el colegio. Me río y comparto juegos con las demás. Hay un hombre alto, flaco, de cara delgada y larga y hermosos ojos azules. Viste uniforme de la Fuerza Aérea. Dice que viene de *La esposa del Dios del fuego*, el libro de Amy Tan sobre los pilotos chinos. (Lo leí hace más o menos dos semanas.) Se amontonan las alumnas, luego forman una ronda, el joven piloto me toma por la cintura y eso me encanta. Quiero seguir bailando con él.

Pero tenemos que ir a un inmenso templo dorado. Habrá una proclamación. Me aseguro un buen puesto en primera fila y, como siempre pasa, descubro que no se ve nada. Estamos en un balcón del segundo piso. Jorge Edwards tiene que decir un discurso político. Me acerco a sentarme a su lado y veo absolutamente todo lo que pasa, abajo, en la nave central, a los lados. Está lleno de gente. El acto se demora, demasiado. Le digo a Jorge: "Pregunta qué sucede, hay algo raro." En el primer piso del templo la gente empieza a desaparecer. Queda a la vista un piso bellísimo de cerámica dibujada en fondo verde oscuro. Algo está fallando. Una traición, un sabotaje: no habrá discurso. Bajamos con cuidado y llegamos al lado sur de la Alameda, donde está el colegio. De nuevo tengo el vestido celeste corto y descolorido y el pelo enrulado.

Jueves 21 de julio de 1994

Recupero momentáneamente la fe al leer el borrador de la última novela de José Donoso, *Donde van a morir los elefantes*. Recupero la fe abstracta en el poder de la novela en sí y vuelvo a sentir admiración por la capacidad de Pepe de crear

un mundo nuevo tejiendo elementos disímiles, integrando la humanidad desparramada.

Es una obra de sonrisa. Distinta a las demás, aunque está su inconfundible voz de autor, irónica, incisiva, esta vez en una atmósfera clara que me conmueve menos que sus pájaros obscenos, sus desesperanzas y sus casas de campo sin límites.

En lo personal, retrocedo al escepticismo. Jamás podría escribir así. Para eso es necesaria una amplia comprensión del mundo, ver con igual fuerza planos y relaciones diferentes. En el mejor de los casos, con mucho trabajo, podría integrarme al batallón de novelas mediocres.

No sé si me gusta la alternativa. Quizás sí.

Lo importante es la necesidad.

Miércoles 24 de agosto de 1994

Leí en *El Mercurio* un artículo sobre *Tocado por el fuego*, un libro acerca de Schumann que analiza la vinculación entre la enfermedad maníaco-depresiva y el temperamento artístico. El artículo se refiere en general a la relación genio-locura, la exaltación romántica de las emociones extremas y todo eso que se sabe hace rato. La autora de *Tocado por el fuego*, la psiquiatra Kay Jamison, sostiene que en el siglo veinte los tratamientos farmacológicos para la enfermedad maníaco-depresiva, en algunos pocos casos pueden reducir las facultades creativas.

Recordé mi antiguo pleito con la fluoxetina, que todavía sigo tomando. A propósito de esto, pedí hora con el gigante para pasado mañana. Hace tres meses que no lo veo. Debe indicarme qué hacer con el remedio. También sentí necesidad de decirle que todo sigue igual. Que nada ha mejorado. Sigo sin energías, sin pasión, sin creatividad. He pensado que definitivamente se terminó la parte constructora de mi vida y que sería más inteligente aceptarlo. Por supuesto, estoy hablando de la literatura. Más aun, si lo aceptara, no creo que me quedaría tan tranquila: el impulso constructor se iría por un camino más práctico y visible, menos misterioso. Pero a mí me cuesta mucho comprender esto. Me sentiría, creo, muy fracasada, que en definitiva no hice nada, que no ejercí como abogada, que no seguí siendo escritora, que no hice nada completo. Por eso me cuesta. No por angustia creativa. Vivo un

mundo de nubes suaves e impulsos fragmentarios. Nada con fuerza, ni el impulso ni yo. Y el peligro de que los fármacos afecten la creatividad. La verdad es que antes de empezar con la fluoxetina, nunca fui demasiado creativa. Me costaba pasar el puente, todos los puentes. Pero si no era demasiado creativa, estaba desesperada. Lo que he perdido es mi desesperación. La pócima actuó sobre ella, se vuelve sospechosa.

Sí, la desesperación mantiene el brazo en alto, la mano que escribe. He escrito, no puedo negarlo. Sin embargo, he empezado a sentir molestia hacia mis temas. Al principio los veo fuertes e importantes, y después me doy cuenta de que todos tienen algo vencido y suplicante, como ese adjetivo "pobre" aplicado a mi tercer deseo, arruinando el título de la novela, haciéndolo plañidero, según mis queridos amigos escritores José Donoso y Diamela Eltit y también otras opiniones menos ilustres.

¿Por qué ese rechazo a mis propios temas? ¿Por qué, realmente? No es tan deshonroso ser vencido. Al revés, los vencidos y excluidos, los desdichados y desamparados, han sido siempre personajes a través de los cuales la literatura ha podido penetrar el alma humana.

¿Qué matiz especial está perturbando mis propios enfoques? Debería tratar de descubrirlo.

Sábado 27 de agosto de 1994

No preguntes, Ágata, por tu desesperación. No importa que haya desaparecido. Es posible que fuera tu enemiga y no una amiga, como pareces creer.

Escribo así después de la sesión con el gigante. Lo puse al día de lo que había ocurrido desde que no nos veíamos, empezando por la revelación de Lucho sobre el pronóstico de los dos años de vida. También le conté la historia de la mancha del cintigrama y las terribles tres semanas de exámenes, que finalmente descartaron la metástasis ósea.

—Ahora estoy segura de haber sanado. Estoy sana para siempre —le dije.

Aunque debí contarle la tristeza de este invierno, con esos dolores que no se sabía si eran musculares, nerviosos u óseos, y el médico que no me soltaba, exigiendo controles mensuales que hacían sospechar algún peligro.

—Me dolió más el alma que el cuerpo —expliqué.

—¿Por qué?

—Por el encierro. Por la percepción anticipada de la invalidez. El dolor físico impide el movimiento. Temí que se hubiera instalado en mi columna para siempre.

La crisis pasó, sin diagnóstico definido. Lo más probable: exceso de peso para un esqueleto destinado a cargar sólo con cincuenta y ocho kilos. A pesar de los efectos siniestros del maegestrol acetate, logré adelgazar un poco, lo suficiente para suprimir los dolores y recuperar el movimiento.

Le hablo al doctor C. de la literatura, de mi rara sensación de rechazo frente a los temas del fracasado, del doliente y del vencido.

—Usted es la vencedora —dice el gigante.

—¿Yo?

—Sí. Los ha derrotado a todos. Al doctor Gac, al doctor Solé, a todos esos médicos que le dieron dos años de vida. ¿Cuántos llevamos?

—Cuatro. Se cumplieron recién, el 14 de agosto.

—Hemos duplicado el plazo.

Agrega que todo va bien. Que me ve muy bien.

Estoy de acuerdo. Sólo el no escribir me inquieta de repente. Si no fuera por eso, cantaría.

—La canción del vencedor. Quizás por este motivo se siente lejana de los derrotados. Ha ganado en un plano distinto a aquél en que usted suponía que se daba la batalla.

He ganado, digo para mí misma.

He ganado, repito sin creerlo.

Es hora de irme. Antes de partir le pregunto qué hago con la fluoxetina.

—No la interrumpa. Siga con una cápsula diaria.

—¿De verdad? Llevo tanto tiempo. Usted mismo me dijo que iba a ser bueno dejarla.

—Sí, lo dije. Pero ahora veo otras relaciones. Las cosas son muy misteriosas, Ágata. Es posible que la fluoxetina le haya salvado la vida.

Sábado 3 de septiembre de 1994

Me salvó la vida. Me pregunté enseguida qué vida me había salvado. La batalla se dio en un terreno que yo no esperaba.

Para mí, salvar la vida era construirla, inventarla, permitir que el caos de sentimientos, sueños y energía que habita el alma humana encontrara salida. Y la salida más clara: plasmarse en una obra literaria.

Bueno, yo creía que estaba luchando en ese plano. La vida contra la vida, por decirlo de algún modo. Y de repente me encuentro con que la batalla ha sido contra la muerte. Y que resulté triunfadora.

Todo esto me desconcierta. Soy dueña de un tesoro que no esperaba, por el que realmente no combatí. Esta victoria se ha adueñado de mí. Muchas páginas atrás escribí que mi cuerpo ahora comandaba mi vida, pero no comprendía el total alcance de mi propia frase.

Las necesidades son claras y fáciles: alimento, sueño, trabajos creativos y agradables, ternura, hatha yoga (sólo pude proseguir la semana pasada), aire puro. La felicidad de una gata al sol.

Se produjo un desfase, estoy segura. Este proceso no debió ocurrir ahora sino al final de la vida, cuando ya no hubiera inquietudes constructivas. Todavía existen, lo sé. No gimen ni gritan, pero andan perdidas, desconcertadas, apaciguadas. Su susurro interrumpe la siesta bajo el sol.

Algo tendré que hacer con este tesoro que es la vida. Algo distinto a lo previsto y soñado.

Si no, ¿por qué gané esta batalla? ¿Por qué?

También me pregunto: ¿para qué?

Miércoles 7 de septiembre de 1994

Repetición de un proceso que ya conozco. Sentirme bien, ocupada en acciones fugaces que directa o indirectamente se relacionan con la difusión de mi trabajo literario: presentación de las obras inéditas de Teresa Wilms, entrevista en el Show de los Libros del Canal 7, respuesta a un cuestionario sobre regalos ideales para un escritor de la revista *Marie Claire*, taller literario de los martes, selección y fotocopia de páginas de *Mi pobre tercer deseo* sobre el paisaje de Tierra del Fuego, reunión en la Biblioteca Nacional para tratar la inclusión de estos textos en la *Geografía poética de Chile*, Tomo IV, que se referirá a Magallanes. Lo último me gusta. Ver reproducidos en otro libro trozos de esa novela tan querida. También me pidieron que escribiera un

párrafo especial sobre la Cueva del Milodón. Me espantó la idea. La beatificación turística del bicho lo aleja de la esfera de mis preocupaciones y llena mis ojos de telarañas de prejuicios. Ser autora de un libro al que la crítica le ha alabado unánimemente la compenetración entre el paisaje y el alma humana, me parece la mejor contribución a la *Geografía poética de Chile*, Tomo IV. El milodón se hubiese comido el beneficio del proyecto si yo hubiese debido exaltar por encargo sus virtudes.

Cuando terminan las lecturas, trámites y respuestas, enfrento el día en blanco y la hoja en blanco. Ayer ocurrió. Vine al escritorio a continuar "El anticipo", ese relato sobre la muchacha que supo el primer día que no la iban a querer y se empeñó en vivir la historia. Lo encontré demasiado lineal. La verdad es que yo siempre he escrito en forma lineal. ¿O no? *María Luisa* es una vida que fluye desde la infancia a la muerte. "Las bicicletas" es un relato menos lineal y salpicado por el mundo exterior. ¿Por qué dije mundo exterior? Creo que me refiero a lo que no es el conflicto central, lo ajeno al robo mismo de las bicicletas.

Pero *Mi pobre tercer deseo* no es lineal en absoluto. También narra la historia de una vida, pero para hacerlo quebré el tiempo y eso fue un elemento importante en la profundidad del relato. Tampoco el borrador de *Boca Ancha* es lineal: tiene muchos saltos de tiempo. Sí, compruebo todo esto con sorpresa. Tenía unas impresión errada. Al escribir "El anticipo" en forma tan lineal, volví atrás. Lo encontré obvio, difuso, innecesariamente alargado. (También entretenido y bien escrito, lo reconozco.) Sé que lo hice de esa manera porque quería sacar hacia afuera la situación, verla a la luz cruel de la letra de imprenta y decidir ahí si valía la pena trabajarla. Pero, ¿por qué ocurre esto? ¿Por qué la historia no sale armada, lista en su tensión que es distinta a la tensión del erotismo que contiene? Quizás, pienso ahora, un episodio autobiográfico necesita primero traducirse a un tiempo ordenado, contarse en la sucesión que fue. Lo inventado es distinto, se trabaja por muchas puntas que son los hilos de Ariadna del relato que aún no es y que será. No estoy estableciendo una máxima general. Este proceso es mío. Otros no tienen caminos tan largos, tan trabajosos para llegar a algo quizás posible.

Diamela me preguntó hoy:

—¿Cómo va la escritura?

—Mal.

—Trabaja, ponte a trabajar.
—No va por ahí.
—¿Va por la mente?
—Sí.
—Es triste —dijo, y me gustó oírlo.

Lunes 12 de septiembre de 1994

El cansancio del viaje a Huaillilemu (Punta de Tralca) con Sergio Vodanović y Betty Johnson me impidió escribir anoche mismo. Me dormí triste. En el noticiero del Canal 7 vi al ministro Germán Correa acudir con su mujer y algunas otras personas al Cementerio General, al nicho en que está enterrado Salvador Allende. Parecía la visita secreta de unos pocos catecúmenos, un grupo gris y raleado con sus ramitos de flores, no el homenaje de quien ocupa la Vicepresidencia de la República, ahora que Frei está en Brasil. Quedé muda y más muda aun al contemplar la escena siguiente: una grandiosa misa solemne en la Escuela Militar, en conmemoración —o celebración— del 11 de septiembre. Que los militares lo hagan, me da lo mismo. Allá ellos con su incomprensible lógica de guerra. Lo que me duele es que parezca que el país y los medios de comunicación están presentando esa ceremonia como la oficial, la respetable, y que la otra, la modesta romería del ministro del Interior convertido por azar en Vicepresidente ese día es un gesto disidente o alternativo.

Jueves 15 de septiembre de 1994

Hace dos semanas reinicié las sesiones de hatha yoga. Están bien, sí, pero no me dan el mismo placer que antes. Entonces me sentía revivida, superada la convalecencia de la tercera operación —la reparadora—, enfilando bajo el sol de primavera hacia la salud definitiva. Los ejercicios me hacían entender mi cuerpo través del movimiento suave de los músculos y las articulaciones.

Ahora hago la gimnasia mecánicamente. Los síntomas esquivos y las dudas de este año debilitaron mi impulso. Ya no me siento en marcha hacia un lugar iluminado. Tengo presente la oscuridad de este invierno, la inmovilidad. Es mejor hacer las

cosas que no hacerlas, pero sé que en cualquier momento puedo volver atrás. El vaivén erosiona la fe.

Recuerdo la primera visita de María Elena a la clínica. Yo estaba con Lucho y María Pilar y le pedí a la enfermera que María Elena esperara afuera, porque no quería encontrarme con ella delante de testigos. Había pasado algo demasiado serio, descubrí entonces, algo con que no contábamos en nuestras largas conversaciones adolescentes sobre la vida, el destino y sus rutas.

¿Por qué tuve esa sensación de gravedad —que antes no había tenido— en el momento preciso de oír el nombre de María Elena?

—¿Ya lo sabes? —le pregunté.

—Me lo acaba de contar Lucho. Por eso no entré enseguida.

En los ojos discretos de María Elena había un imprudente brillo de lágrimas.

—Estoy bien, aunque no lo creas —la consolé.

—Me dijo Lucho que estabas muy bien. Y lo creo.

—Pero...

Y en ese momento sentí un escalofrío, tomó forma aquello que perturbaba mi calma.

—¿Pero qué? Trata de decírmelo.

—Estoy bien, lo acepto, acepto todo lo que ha pasado. Pero... ¡la repetición! Le tengo miedo a la repetición, María Elena, ¿comprendes? Ahora es esta clínica rodeada de jardines, el amor, la atención de todos. ¿Y luego? Entraré en un túnel. La rutina, las antesalas, los hospitales. La repetición me asusta, presiento su importancia. ¡La sordidez de la repetición!

¿Bruja, profética, visionaria?

Revivo todo esto cuando levanto automáticamente los brazos en esta etapa nueva de la gimnasia yoga, esta etapa de entusiasmo perdido.

Viernes 16 de septiembre de 1994

La paciencia es el tiempo de Dios y la impaciencia es el tiempo del ego, dijo esta mañana Francisca Bertoglia en la clase de hatha yogha.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué es el tiempo de Dios? —pregunté.

—Según los yoguis, porque es el tiempo de la creación.

Comprendo. No desde la religión, sino desde la literatura. Al ingresar al ámbito de la creación, la medida del tiempo desaparece. Muchas horas equivalen a un segundo de los relojes, si es que equivalen a algo. Una mañana entera tras una imagen, una coma, un verbo o una relación. Ése es el único tiempo posible para un escritor. El tiempo fuera del tiempo de que hablaba Kafka y al que en cierto modo temía. Yo no le temo, estoy segura. Al revés, lo ansío profundamente y siento que penetrar en él es encuentro y verdad. Una comunión. Ves, Francisca, no te enojes, por otro camino acudo a palabras religiosas. Parece que todo es lo mismo en el universo.

Domingo 18 de septiembre de 1994

Ser escritor, ¡qué mal negocio! No hay acumulación de capital, no hay posición ganada. Siempre empezar de nuevo. La práctica de inventar la realidad me deslumbró al vivirla. Me refiero a la escritura de ML y de MPTD. Repentina, rápidamente, entendí mucho acerca de todo. Sobre política, sobre filosofía, sobre arte. Quizás lo menos, sobre literatura. Se amplió la visión de la existencia y el significado vital de la creatividad en todos los campos. No se escribe impunemente. No es un ejercicio pasajero sino una experiencia que te modifica para siempre. Un poco tarde. ¿Por qué tuve que buscar tanto? ¿Por qué no lo recibí sencillamente al empezar a vivir?

Buscar tanto. ¿Fue así? De nuevo viene a mi mente una antigua conversación con María Elena, unos quince años atrás, bastante anterior a mi primer libro. Junto a la puerta de calle de su casa, cerca del teléfono, yo hablaba de la oscuridad del mundo y de la completa falta de sentido de mi trabajo de entonces en la oficina de propiedades. Dije:

—Creo que me lo merezco.

—Yo también lo creo.

—¿Tú también? Dime lo que crees, pero dímelo de verdad.

Me lo merecía, me dijo, porque no me había jugado realmente por nada. A pesar de la autenticidad, de la conmovedora verdad de mi búsqueda, agregó con esa cauta ternura con que se dirige a los seres humanos. Pero, por ejemplo, ¿qué había ocurrido con mis estudios de leyes, con mi título de abogada? Apenas tuve claro que no era la senda de mis ambiciones, me había

limitado a un trabajo mediocre, superficial, en que no existía —o que no me daba— una oportunidad real de profundizar en la profesión. Me había hastiado, por supuesto, y había cerrado la puerta, pero la había cerrado sin haber llegado a conocer la esencia de su ejercicio y sentido.

—Es que sabía que no era lo mío.

—¿Qué es lo tuyo? Tampoco lo sabes.

—No, no lo sé —dije aquella vez—. Sólo sé que va por el lado de la literatura. Aunque no sé por dónde empezar, no sé qué hacer.

—Si por lo menos te hubieras lanzado a fondo en la práctica profesional, tendría mucho más sentido cambiar. Son puras tareas probadas a medias. Ahora quieres también abandonar tu trabajo actual sin haberte entregado del todo y sin tener claro qué hacer. Creo que tocar fondo en cada experiencia puede ayudar a ver claro.

—Tienes razón. No agoté la experiencia.

María Elena estaba extraordinariamente lúcida ese día. Y casi severa. Ahora sonrío y pienso que tal vez la tarde anterior había conversado con Lucho. Solían intercambiar confidencias en aquella época tormentosa de mi matrimonio. Esos razonamientos llevaban la marca de mi marido. Entonces no se me pasó por la mente que Lucho, que en ese momento no podía hablarme así, me enviase mensajes a través de María Elena.

Fue un dardo agudo y sirvió. Pero no para lanzarme de cabeza y sin reserva al trabajo de la compraventa inmobiliaria como una manera de tocar una realidad, según interpreto la insinuación de María Elena ese día. Sirvió para concentrar la angustia, para hacer la presión insoportable, renunciar al empleo e intentar sólo escribir. Es que yo estaba segura que no ganaba nada quedándome, que por ahí la cosa no iba.

Iba por la literatura.

Y ahora que he revivido esta conversación olvidada, me asalta el temor de que el diagnóstico de María Elena (o de Lucho) siga vigente, aunque de otra manera, porque a la literatura sí me entregué entera. Entregué todo lo que tenía, todo lo que podía, y el milagro ocurrió, se inventó la vida. Pero, como decía al iniciar la página, no hay capital acumulado. Ahora estoy paralizada, todo lo que escribo inconcluso, y la tristeza dispersando la energía. Quizás, de nuevo, no estoy haciendo todo lo posible.

Hoy *El Mercurio* se refirió positivamente a *Relatos nómadas* y *Un violín que rueda* de Vittorio Cintolesi en la sección de reseñas. Firma Luis Vargas Saavedra, un crítico en general exigente y ácido. Vittorio estaba feliz y yo con él. Pensé con envidia en su entusiasmo incansable para escribir todos esos cuentos que no se redondean totalmente, pero en los cuales alcanza a guardar jubiloso el aroma de las situaciones.

¿Por qué no hago lo mismo? Me paraliza no ver el nudo totalmente claro. La frase "no se redondean totalmente" es para mí lapidaria, definitiva. No puedo pasar sobre ella.

Miércoles 21 de septiembre de 1994

Ayer martes, al terminar la clase, las alumnas hicieron todo tipo de declaraciones positivas. Encuentran maravillosas las sesiones, la dinámica y a la profesora. Fedora y Ximena sostienen que su opinión es fundamentada, ya que han pasado anteriormente por conocidos talleres literarios: el nuestro sería algo extraordinario. Fedora, que sólo se integró en el segundo semestre al taller que ahora desarrollo en mi casa, dice que en estas seis clases ha aprendido más que en toda su vida, que doy mucho, que ilumino y comunico mucho en lo literario y que hago aflorar el sentido filosófico del trabajo. Las demás confirman. Se las ve convencidas. Yo siento que me entrego de verdad a esta tarea. Jamás hubiera pensado que, con todas mis dificultades para escribir, iba a ser capaz de ayudar a otros. Es emocionante. El grupo se ha consolidado muy bien. Me sorprende Ximena. Tiene talento e imaginación, pero carece totalmente de pasión por escribir y, aunque no lo diga, es la única escéptica respecto al propio progreso literario. Intuyo que viene sólo para entretenerse.

Me hizo feliz comprobar el gran avance de Fresia Grimberg. Cuando analizamos sus trabajos anteriores, fui muy clara y estricta respecto a la falta de selectividad del material, que debilitaba los efectos de buenas imágenes y escenas. Según Fresia, en el último cuento no se dejó llevar por su exuberancia literaria, sino que se descubrió aplicando lo que había aprendido en el taller. Lindo, ¿verdad?

No se invadió Haití, qué alegría. Aunque se invadió de otra manera. Me angustió la posibilidad cercana de una masacre, de otra guerra. Siempre odiaré las guerras.

He descubierto a la gran novelista húngara Agota Kristoff. Leí *El gran cuaderno*, el primero de la trilogía. Su excepcional sentido de esquematización y síntesis da origen a una forma literaria admirable y original. Y además, su tema es la guerra. La devastación de la guerra a través de una mirada descarnada de mujer. ¡Qué más puedo pedirle a una escritora!

Sábado 24 de septiembre de 1994

Releí este diario y pensé que era un libro. Se me hizo urgente, necesario mostrarlo. ¿A quién?, me pregunté y pensé, uno por uno, en María Elena, Chepita Rossetti, Jorgelina, Vittorio y Diamela. Descarté rápidamente a las tres primeras. María Elena tiene una vida demasiado saturada de exigencias con su trabajo de profesora a horario completo, para agregarle la tarea de leer mi diario de escritora, y aunque añoro su mirada de testigo permanente de mi vida, pienso que ese lazo tan fuerte le impediría separar el aspecto literario del testimonial. Chepita también está en este momento recargada de trabajo y, además, siempre la dejo para segunda mirada porque le tengo miedo a su certera inteligencia crítica. Jorgelina, en estos últimos meses, como consecuencia del angustioso momento que está pasando, permite que la emocionalidad se apodere de su juicio y en algunas ocasiones opina sobre la literatura por identificación.

No pensé en Pepe. Está demasiado ocupado con motivo del próximo coloquio en honor a sus setenta años, y sobre todo porque, a pesar de su genialidad, su juicio sobre las obras ajenas me parece a veces errático y arbitrario.

Vittorio Cintolesi, en cambio, es un lector excepcional, amplio y capaz de comprender obras de muy distinto registro. Tiene el defecto de ser demasiado bondadoso en sus juicios. Hablé con él y me prometió no incurrir en benevolencia excesiva.

El fin de semana pasado lo leyó Diamela. Y ya esta tarde, la misma gruesa carpeta anillada y con tapa de mica pasó a manos de Vittorio. Son doscientas ochenta páginas.

Diamela me llamó ayer para hablarme del "texto". El uso de esa palabra me indicó de inmediato que lo consideraba producción literaria. Le pareció interesante, "bastante bonito" y

absolutamente publicable, por supuesto que después de una labor de corrección y ordenamiento no demasiado difícil.

Como siempre, hizo observaciones inteligentes que confirman o aclaran mi mirada acerca de mi propia escritura.

El diario de escritora estaría construido sobre tres líneas claras: en primer término, la onírica (los sueños); en segundo, la acción fracasada de escribir la novela *Boca Ancha*; y finalmente, la reflexión sobre el tema de la creatividad.

Mirado así, yo agregaría una cuarta: la enfermedad.

Diamela está de acuerdo en no mezclar el diario con la novela. Sería otra cosa, una novela semiexperimental —digo *semi* porque ese recurso ya se ha usado mucho—, y perdería jerarquía la forma diario, que por sí misma y sin mayor propósito ha conducido una historia.

Igual que yo, encuentra importante reordenar los sueños.

—¿Distanciarlos, darles un ritmo? —le pregunto.

—Exacto. Redistribuirlos a lo largo del texto. Yo empezaría con uno de los sueños y cerraría con otro.

—Buena idea —dije, pero después pensé que esa exigencia formal podría perjudicar el flujo natural del relato.

Me encantó que a Diamela le gustaran los sueños. Yo los amo, en su loca inutilidad.

Me señaló dos carencias:

—La autora de este diario no enfrenta la muerte.

—¿Cómo no?

—Habla del cáncer e incluso escribe frases desafiantes, frases muy fuertes. En una parte dice: "Me enamoré del cáncer." Y luego defiende la libertad y la rebeldía de la célula enferma. Pero no es un enfrentamiento total a la muerte.

Esta vez no estoy de acuerdo con Diamela.

La segunda carencia sería en relación al deseo.

—No hay deseo. Se habla mucho del amor, mucho, mucho. Pero no del deseo.

—No siento deseo sexual. Ya te lo he contado. Empezó cuando la vida se puso terriblemente seria. Y los años habían ido pasando, aunque yo siguiera en mi esquema de juventud prolongada. Pero, fundamentalmente, lo atribuyo al medicamento, el Megace (megestrol acetate) que tomo diariamente y que tiene un fuerte componente bloqueador de estrógenos.

—Pero entonces dílo. Dí: no tengo deseo. Eludes el tema, como si te diera pudor.

—Puede ser. También está el hecho de que una escribe el

diario cuando está seca. Hay muchos episodios, importantísimos, que no he mencionado.

—No es necesario ponerlo todo.

—Lo sé.

—Pero sí referirse a algo tan importante como el erotismo.

—Muchas veces, cuando nombro el amor, me refiero al amor erótico. Otras, claro, al amor a los hijos, a la literatura, a los amigos.

—No se nota.

—Quizás porque para mí siempre ha estado mezclado.

—Lo que se nota es un deseo narcisista de ser amada, del espejeo, del verse reflejada en los ojos de otro. Pero no el deseo.

Con la palabra "narcisismo", Diamela hace detonar instantáneamente una nueva relación con el tema de la creatividad. Me parece importante y lo dejo para mañana.

Lunes 26 de septiembre de 1994

—Parece más bien un idealismo excesivo frente al amor. Lo que hay es el anhelo narcisista de verse en los ojos del otro, el espejeo —me dijo Diamela.

—Bueno, entonces quizás soy así.

—¿Estás segura? Porque también puede ser pudor excesivo o un miedo que no corresponde a tu lucidez.

La última observación ya no me interesó. La palabra narcisismo había sonado fuerte, anulando lo demás. Indicaba un nuevo elemento relacionado con la capacidad de escribir.

Verse en los ojos del otro. Buscar la propia imagen para estar segura de ser. Esa etapa primitiva del amor adolescente, que a veces se eterniza. Nunca pude superarla. Muchos la dejan pronto atrás: construyen sobre la fuerza de su deseo y no se preocupan de mirada alguna, sino de confundirse con la piel del otro.

Jamás pude resistir la idea de la muerte de mi rostro en los ojos del otro. Cuando empecé a comprender que ese rasgo me hacía tremendamente vulnerable, busqué otros recursos para afirmarme y defenderme: no creer en el reflejo de la imagen, no desvivirme por proteger su integridad y su brillo. Era un paso adelante, si no en la convicción íntima, al menos en la actitud.

Sin saberlo, me estaba aplicando una terapia conductual casera, obligándome a actuar como si existir victoriosa en la mirada del otro no fuese una necesidad trascendental.

Diamela lo percibió en los reflejos del pasado, en un momento en que la tiranía del cuerpo me ha hecho perder completamente ese miedo.

Claro. El narcisismo es lo que provocó que en la novela (*Boca Ancha*) Mabel se definiera por la necesidad de expresión y perdiera complejidad como personaje.

Hoy almorcé sola con Sebastián y le conté que Diamela opina que el diario es un libro armado sobre tres líneas, y las mencioné.

—Cada vez me doy más cuenta de que lo que resulta sale de la verdad —respondió.

Cuán hijo mío es: nadie me lo cambió por otro en la cuna.

La estructura lo convenció enseguida. Por eso, piensa que el proyecto "ha resultado", sin haberlo siquiera leído.

Se me hace cuesta arriba presentar este manuscrito —si decido afinarlo— en el medio editorial nacional. En un libro de esta clase el conocimiento de los autores puede jugar a favor o en contra, y no deseo ninguna de las dos cosas. Me gustaría que lo leyeran fuera de Chile, gente que no sepa quién soy. Sólo así sabré si tiene real interés.

Sebastián sugirió trabajarlo como una novela. Cambiando los nombres, ciertos detalles.

—No es la idea —le dije.

Su valor reside en seguir siendo diario. Afrontar esa opción. Además, aunque modificara los nombres de todos los personajes, hay dos que no podría cambiar.

—¿Cuáles? —preguntó.

—Los de *María Luisa* y *Mi pobre tercer deseo*. Son protagonistas imprescindibles, cuya existencia avala a la autora. *María Luisa* es un trasfondo importante para el nuevo libro.

Miércoles 28 de septiembre de 1994

Este año he conseguido por primera vez en mi existencia trabajar en algo que me satisface y vitaliza, algo que no me separa de mi camino, sino que lo alimenta y lo enriquece. La dirección de los talleres de narrativa es una experiencia extraordinaria

para mí, ya que en cierto modo me ha significado desandar lo andado y examinar para los alumnos —con convencimiento real— etapas y aspectos de la literatura en los cuales nunca tuve paciencia de detenerme para mi propia escritura. Es una especie de desdoblamiento, en que por una parte hago uso —buen uso, creo— del conocimiento, y por otra mantengo fresca y aparte la intuición. También me ha llevado a leer o releer con atención obras literarias fundamentales como *La metamorfosis* de Kafka, *Luz de agosto* de Faulkner, y algunas tragedias griegas.

Tuve razón en mi adolescencia al dar tanta importancia a la búsqueda de un trabajo acorde con las inquietudes internas. Tuve razón al temer deshacerme a fuego lento en una labor ajena. Si este trabajo —aparentemente modesto— me ha dado tanta satisfacción y tranquilidad es porque constituye la respuesta a la más antigua y profunda de mis inquietudes.

Jueves 29 de septiembre de 1994

Me llamó Leticia Vigil desde Buenos Aires. Está a punto de partir a China como embajadora —más exactamente, como esposa del embajador— y de nuevo va a lanzar una novela en el último minuto, como lo hiciera con la anterior al trasladarse de Chile a Argentina. Me invita a Buenos Aires por cinco días con el fin de presentar el libro. Iría volando, me hubiese encantado, pero la fecha fijada es el martes 4 de octubre. Imposible, Leticia, olvidas que la próxima semana empieza el coloquio internacional en honor a José Donoso, cómo se te ocurre elegir ese día, si al revés, nosotros te esperábamos aquí para los festejos y el martes tenemos una comida en la embajada de Italia que tiene el doble objetivo de recibir a Francesca Duranti y darle a Pepe el abrazo de cumpleaños a la medianoche. Leticia cree que es muy difícil para su editorial cambiar la fecha —todo se armó con rapidez por la inminencia del viaje—, pero lo intentará. La única posibilidad sería el lunes 10, nos conviene a las dos. Ahora espero su llamada, me fascinaría volver a recorrer las calles y las tiendas de Buenos Aires con Leticia, tanto por lo que me gusta Buenos Aires como porque Leticia se va tan lejos.

Sábado 8 de octubre de 1994

Estoy en Buenos Aires y tengo la sensación —que tuve en varios sueños anteriores— de no comprender la ciudad. Estoy alojada en una colina que mira al centro a través del mar y pronto me doy cuenta de que es ese mágico parque lleno de lagunas, ríos y puentes que soñé una vez como el corazón de Montevideo. Éste es menos grandioso, pero es el mismo, lo reconozco con emoción. Pregunto por la laguna Borgoña y me informan que está un poco más abajo. Le digo a Leticia: "Es el mismo, Leticia, el mismo paraíso donde en una ocasión estuvimos." Nos detenemos en el puentecito de la primera vez. Es difícil ir al centro desde este cerro rodeado de agua. Antes de salir, vamos bajando de un piso a otro del hotel, en todos tenemos que hacer algo, entrar al restaurante, al baño, a la lavandería, pero nos equivocamos y enredamos y nunca logramos salir. Hemos perdido medio día en este laberinto. Una vez en la calle miramos hacia atrás y nos damos cuenta de que era fácil ir al centro, porque hay un funicular como los de Valparaíso, con rieles rojos, larguísimo y empinado, que pasa sobre los ríos y lagos. Le digo a Leticia: "Tengo que volver al hotel." Ella responde: "No hablarás en serio." "Sí, es en serio." Una vez más he olvidado mis documentos, el bolso y el dinero.

Lunes 10 de octubre de 1994

Me da vueltas el sentido del cáncer que plantea *La enfermedad como camino*. Simpatizo con la rebeldía de la célula enferma. Sus objetivos distintos no logran parecerme crimen o pecado mortal. Me da vueltas también el período de la Dirección de Cultura, su permanencia en los sueños. ¿Por qué?

Aceptar en 1990 el cargo de directora de Cultura fue una de las decisiones más serias que he tomado. La historia de Chile me enseñó a desbordar el individualismo, a comprometerme con el destino del país, a no quedarme encerrada en el sentimiento. Lo manifesté en acciones, participé en marchas y manifestaciones, caminé muchas veces a lo largo de la avenida La Paz para enterrar a muertos que no conocía. Caminar, caminar, caminar, cómo y cuánto caminamos en ese tiempo. Mi parte ciudadana crecía inocente y gratuita. Perseguía derribar la dictadura con la

emoción. Esta frase absurda es la más cercana a la verdad. Todavía creía —por sobre todo— en la fuerza de la emoción. Si no hubiésemos ganado el plebiscito de 1988 y luego las elecciones, quizás seguiría creyéndolo. La victoria me empujó al otro lado, al de los triunfadores. ¿Qué hacer en el lado de los triunfadores? Por mí, hubiera continuado aplaudiendo, formando la mayoría semianónima, escribiendo, revisando con calma *Mi pobre tercer deseo*, entonces a punto de publicarse. Pero el nuevo gobierno necesitaba gente; gente como tú, me dijeron.

No podía creerlo. No estoy preparada, respondí.

No estaba preparada. Después supe por qué no tuvo peso mi primera excusa. Si bien los políticos activos estaban mucho más "preparados", nadie lo puede estar realmente para las expectativas de la gente frente a la autoridad: saberlo todo, dominarlo todo, decidirlo todo en un segundo. Oh, cuán lejos estaba yo de la omnisciencia y de la omnipresencia.

Acepté el cometido. Sin abandonar la literatura, nunca había estado tan profundamente identificada con los objetivos de la comunidad, usando los términos de *La enfermedad como camino*. Pero hay otros términos que se cruzan con éstos, los hacen más complejos y trasladan el foco de la tensión. Al escribir más arriba "no estaba preparada", encendí sin proponérmelo una pequeña luz. Mi primera angustia fue frente a la improvisación. La rechazaba en un ámbito que muchas veces la requería, porque la labor pública se desarrolla en los plazos corrientes de las tareas humanas. En cambio, yo necesitaba actuar en el tiempo sin tiempo de que hablaba Kafka, en el tiempo de la creación que es el tiempo de Dios, según dicen los yoguis. No fue la naturaleza del anhelo lo que provocó el choque. La batalla entre lo individual y lo colectivo no se dio en el plano de los objetivos, sino en el plano del tiempo.

La experiencia de la Dirección de Cultura fue la más intensa de las pruebas, mi gran posibilidad de participación. A mis cincuenta años, una edad en que la vida está trazada, se unían esas dos líneas de quehaceres y anhelos que nunca habían convergido. Tuve el privilegio de una misión a la altura de mi interés por el país, la oportunidad de respirar desde el corazón colectivo. Definitivamente, no fui capaz de beber el vino de una integración total. Pero encontrarme enfrentada a un reto tan fuerte me hace llegar sólo ahora, retrospectivamente, al fondo de mi sentimiento de no pertenencia. Y la comprensión lo

exorciza. Todo se aclara. Es otro mi camino para formar parte del mundo. Era verdad lo primero, la pasión bajo la obra, el sueño bajo la acción, un tiempo mío que es el tiempo del escritor, aunque nunca más publique un libro.

Empiezo a entender la deuda de los sueños.

La enfermedad como camino sostiene que el cáncer es la expresión somática de la lucha entre lo individual y lo colectivo. Aunque la fricción interna de ese episodio no haya originado mi enfermedad, estoy segura de que influyó en su crecimiento violento y en su carácter expansivo. Un conflicto de toda la vida llegó a su punto culminante y el tumor se desbordó hacia los ganglios. Muchas veces pensé que el objeto de mi experiencia había sido el poder. Quizás sólo lo fue tangencialmente. La confrontación simultánea del cáncer y el trabajo me hizo comprender para siempre que mi mayor bien es el tiempo.

Martes 11 de octubre de 1994

La mitad de los fieles festejantes de Pepe Donoso terminamos enfermos, agotados por la semana de charlas, debates, cócteles y comidas. Particularmente atractiva fue la conferencia del escritor negro John Wideman sobre la fusión de literatura y humanidad que le aportó Donoso en la etapa de Estados Unidos.

Lucho tiene fiebre muy alta desde el domingo en la noche. Está en cama a mi lado con su alma de niño y su irracionalidad a flor de piel, como le ocurre, desde que lo conozco, cada vez que se enferma. El lunes pasado yo había postergado mi control médico mensual para asistir a la condecoración que el Presidente Frei le otorgó a Pepe en La Moneda, de manera que quiso la buena suerte que el doctor Reyes me examinara precisamente ayer, con la tos viva y la sospecha de otra neumonitis. Pero no, parece ser un comienzo de gripe, y sólo me indicó cama hasta dos días después de desaparecer la fiebre, que ya bajó hoy.

Anoche volví a soñar con la casa de Ejército. Definitivamente, se está derrumbando. Hay una pieza del segundo piso que corre especial peligro, las paredes que forman el ángulo suroriente sobresalen suspendidas sobre el vacío. Cada cierto tiempo, los vecinos, la Municipalidad y el propio ocupante me recuerdan mi responsabilidad de arreglar la construcción y reprochan mi negligencia. Me siento incómoda en el momento, pero lo

olvido al día siguiente. La realidad es que evito enfrentar el problema y dejo pasar el tiempo sin buscar remedio ni tomar medida alguna. No es un asunto fácil. Carezco del dinero necesario para la reparación y tampoco tiene sentido hacerla, ya que se trata de un edificio demasiado antiguo. Y por otra parte, me resisto inexplicablemente a modificar la situación y sigo recibiendo la escuálida renta que me dan los inquilinos. Porque misteriosamente, de sueño en sueño, he terminado siendo propietaria de esa casa que en la realidad nunca fue mía. Ni de mi familia. Ahora me pertenece. Como una fatalidad me ha perseguido en el tiempo y en los sueños y he terminado siendo la única dueña, la única depositaria de una carga cuyo origen y significado ignoro.

Miércoles 12 de octubre de 1994

El viernes 7 a las cuatro de la tarde tuvo lugar la mesa redonda de los "discípulos". Como el resto de mis compañeros de panel, había recibido una invitación del Departamento de Literatura de la Universidad de Chile a leer en el coloquio un trozo de "mi obra" y a establecer su relación con la novelística de José Donoso, todo en un total de diez minutos. Aunque el título de discípulos ya está gastado —aparecimos en los últimos cuatro años tres veces en la Feria del Libro en ese carácter, y recientemente en el Show de los Libros del Canal 7—, fuimos en realidad los únicos escritores chilenos de novela (no me atrevo a decir novelistas) considerados en el coloquio por su propia producción. Acepté de inmediato, por una razón tan solidaria como egoísta: quería acompañar a Pepe en el homenaje y me gustaba la idea de leer partes de *Mi pobre tercer deseo* ante un público de buen nivel. Elegí el trozo que relata la vida de Karla en Viena.

Bueno, el panel fue demasiado largo. Diez integrantes. A alguna gente le gustó y a otra la cansó, entre éstos Vittorio y Diamela. Al final habló Pepe. Dijo algo como: "Esta gente tiene talento, unos más, otros menos. Pero, en general, no saben contar." ¿Fue eso lo que quiso expresar? Aunque lo dudo, así se oyó. Luego recordó la historia de los narradores del mercado de Marraquesh, en que todos referían el mismo cuento, que cada vez se diferenciaba de los demás fundamentalmente por los detalles. La intervención de Pepe me pareció descalificadora,

por decir lo menos, y bastante pesada: mal que mal, Carlos Cerda fue finalista del concurso latinoamericano Pegaso con *Morir en Berlín*, y casi todos los "discípulos" tienen alguna gracia —o más de una— en su currículum. Pero en ese momento no me importó nada, excitada por la farándula.

Después vino la mesa de cierre del coloquio, con la magnífica improvisación de José Saramago. Ya Saramago me había llamado la atención el día de la apertura, con una interpretación poética e inteligente de la obra de Donoso, que tituló "El inventario del mundo". Ahora, en la última sesión, retomó la idea del detalle planteada por Donoso y la amplió, precisó y profundizó en relación con su oportunidad y necesidad. Citó como ejemplo una de las novelas de Balzac, en que comienza describiendo minuciosamente, durante quince páginas, todos los objetos de una cocina que nunca más será mencionada en la narración. Lo calificó como el "gran error de Balzac". También noté que no le había gustado la historia del maestro y los discípulos y estoy segura de que cuando usó la palabra "apóstoles", se equivocó irónica y deliberadamente.

Terminamos el día en el Palacio Cousiño, en el cóctel de la Municipalidad de Santiago. Pepe me había llamado a la hora del almuerzo para pedirme especialmente que fuera, y —como en la época en que Luis Cristóbal y Sebastián saltaban garrocha y yo iba heroicamente a verlos al estadio a las ocho de la mañana— cumplí, aunque estaba cansadísima y casi me dormí de pie, como los caballos. ("Las caballas", decía Delia del Carril, acotó el experto Fernando Sáez.)

Al día siguiente telefoneó María Pilar. Aunque seguía con una fuerte gripe, la Pilarcita se había preocupado de tener vino y quesos para que los invitados extranjeros pudieran ir a despedirse de Pepe. No convidarían a chilenos, con excepción de "los de la casa": naturalmente tú, me dijo, más Carlos Cerda, Arturo Fontaine, Fernando Saéz y Marco Antonio de la Parra. ¡Los apóstoles!, pensé.

Fui. Tenía interés en darle un MPTD al crítico Amadeo López, que me lo había pedido después de la lectura. Y en seguir conociendo a Saramago. Es un hombre original y dueño de sí mismo. Hace mucho tiempo que no encontraba tal coherencia tranquila en un escritor y ése es uno de los motivos por los cuales he perdido interés en la vida social literaria. (Alguien en quien percibí también lucidez, pero de un tono distinto, fue

el argentino Ricardo Piglia, a quien conocí en la Feria del Libro de la Estación Mapocho hace tres años.)

Saramago, ese hombre alto y delgado, fue primero mecánico. Hijo de una madre analfabeta y de un padre policía, no hizo grandes estudios. Tuvo la ocasión de entrar como corrector o linotipista, no entendí bien, a un diario y allí se enamoró de la materialidad de las letras y de las palabras. Fue periodista autodidacta y director de un periódico importante de Lisboa durante mucho tiempo. A los cincuenta y tres años perdió el empleo, no buscó otro, y al poco tiempo publicó su primera novela: *Alzado del suelo*. Nos contó también que cuando leyó la frase que le inspiró *El año de la muerte de Ricardo Reis*, ignoraba que se trataba de un *alter ego* de Pessoa.

Sentados en torno a la mesa redonda del comedor de los Donoso, pasamos mucho rato oyéndolo contar la hermosa historia de su vocación tardía. No es un hombre de intercambio fácil, pues toma poco en cuenta a los demás. El único que pudo realmente dialogar con él fue Lucho, con quien hizo un aparte hacia el final de la conversación. Lo entusiasmó que conociera la existencia de los trescientos cráteres de la isla Lanzarote (una de las Canarias), donde vive. A nosotros, en cambio, los escritores, "los apóstoles", nos miraba como a una fauna conocida y uniforme, que difícilmente agregaría algo nuevo a su universo.

Yo no me había acercado a Pepe en toda la noche. En parte para dejarle libertad para atender a las invitadas extranjeras y en parte porque la frasecita aquélla, "esta gente no sabe contar", había ido creciendo por su cuenta y me había producido cierto distanciamiento. La actitud de participar como discípulos, a pesar de que en las barbas de Carlos Cerda y Fernando Saéz se asoman canas evidentes, y si las mías se notan poco es sólo gracias a mis astucias femeninas, no fue correspondida ni comprendida por el maestro. Fue absurdo que no pudiera desprenderse de su superioridad y tuviera que calificar y poner nota. Muy raro en él.

Bueno, ahí estaba Pepe, en el otro lado de la mesa, conversando primero con Pepita Delgado y después con Delfina Guzmán. El haz de luz de Saramago lo dejaba fuera, en un vértice de sombra creado por la estatura del otro. Con el correr de los minutos, lo informe y flotante se plasmó en la superficie, como la nata de un caldo que ha hervido lo suficiente. María Pilar, vigía

experimentada, verbalizó: "¡Miren, miren lo que está pasando! ¡El maestro arrinconado y todos sus discípulos predilectos embobados en torno a Saramago!" Y ahí tomó fuerza la historia de esa noche. Las risas no impidieron que siguiéramos escuchando al escritor portugués, hasta que de repente el dueño de casa dijo que se retiraba a su dormitorio, pues estaba muy cansado. Nadie se atrevió a retenerlo, a decirle "quédate". Cuando subió, nos miramos: "¡Está deprimido!", dijo Fernando. "Deprimido no: desesperado", corrigió Arturo Fontaine. "Lo que pasa es que nos echa de menos, no puede vivir sin nosotros", agregué yo y noté que todos gozábamos no sólo ante lo cómico del asunto, sino ante la posibilidad de ese sufrimiento. El pequeño rencor que sembró la frasecita "esta gente tiene talento, unos más, otros menos, pero no saben contar", desataba nuestra maldad. El único bondadoso fue Marco Antonio de la Parra. Primó su condición de médico psiquiatra. Subió a acompañar a Pepe un rato largo y volvió con la noticia de que no bajaría. "La cosa es grave, más de lo que pensábamos", dijo Arturo. "¿Crees que hay peligro de suicidio?", inquirió Fernando. "¿Le tomaste el pulso, le pusiste la mano en la frente? ¿Lloró en tu hombro?", pregunté yo.

Y Saramago no perdía detalle, con su mirada atenta y entrecerrada, parapetado tras sus párpados bien amaestrados, impidiendo a los demás entrar al campo turbio de sus ojos.

—Podríamos buscar nuevos horizontes. Llevamos demasiado tiempo como apóstoles —concluyó Arturo Fontaine.

—Una buena idea sería trasladarnos a las islas Canarias. Por supuesto, a Lanzarote. Podríamos instalar un campamento a una distancia prudente de la casa de Saramago, ni muy cerca ni muy lejos —propuse yo.

—¿Un campamento?

—Sí, una gran carpa de ésas de los gitanos. O de los beduinos. Da lo mismo.

La idea prendió. Nos iríamos los cinco apóstoles a las islas Canarias, tras el nuevo gurú.

En ese momento miré el inmenso centro de mesa preparado por la Pilarcita para adornar el comedor de su padre. Con varias clases de frutas, hojas de paltos y zapallitos italianos intensificando el verde, traía a la mente la fertilidad de nuestra patria. Imaginé el suelo pedregoso y la tierra volcánica (los riscos y otras palabras usadas por la literatura española) de Lanzarote, nuestro futuro destino, y la diferencia me estimuló.

Después de tres meses, más o menos, la experiencia de las Canarias no parecería demasiado exitosa y la bravura del Atlántico nos amenazaría por todos lados. Justo entonces, pasaría García Márquez por la isla a visitar a Saramago, de regreso de un congreso organizado para celebrar los setenta años de Juan Goytisolo. Al oírlo hablar nos encandilaríamos, cifraríamos en el autor de *Cien años de soledad* todas nuestras esperanzas, haríamos las maletas, empaquetaríamos la carpa y lo seguiríamos a Cartagena de Indias.

Las construcciones de ventanas enrejadas encerrando la plaza y el empedrado suavizado por el tiempo nos devolverían la sensación de seguridad, filiación y pertenencia que suele dar el corazón de una ciudad. "No hay nada como lo urbano", diría alguno, y lo proclamarían los demás día por medio, en un coro de cinco voces.

Sin embargo, nuestra literatura peligraba. La demora en recuperar la paz de la costumbre, perdida en cada mudanza, la brisa extranjera de las tardes y una cierta incapacidad de encontrar enseñanzas en los discursos de García Marquez, todo conspiraba contra el éxito de nuestra producción literaria.

La plaza seguiría atrayéndonos, en particular el viejo edificio colonial en que está el Correo. Muchas veces caminaríamos bajo su alero, mirando sin leer la hoja bajo cubierta de vidrio que un funcionario cambiaba diariamente y luego cerraba con una pequeña llave.

La lista contenía la correspondencia sobrante, ésa que es enviada a cargo del correo porque se ignora la dirección del destinatario. En uno de nuestros paseos, el ojo avizor de Arturo Fontaine descubriría algo:

—Miren lo que dice aquí.

Nos acercaríamos y leeríamos claramente: *Señor Carlos Cerda, Representante Grupo Apóstoles en Viaje, Cartagena de Indias, Colombia.*

¿Quién nos enviaría un mensaje?

El telegrama diría:

"Circunstancias aconsejan pronto regreso punto mayores detalles conversaremos personalmente. Firmado: María Pilar Serrano de Donoso."

Una ola de culpa nos invade. ¡Está de nuevo enfermo! ¡Y grave! Quizás nuestra ausencia lo ha afectado. Deberíamos pensar en el retorno. El largo país que es Chile se reduce en

nuestra memoria a la sala de espera del cuarto piso del Hospital Clínico de la Universidad Católica, cuyas alfombras y tapices de felpa amortiguaron en otros momentos las exclamaciones de la inquietud. A esa sala conocida volveríamos sin vacilar.

Anunciamos de inmediato nuestro regreso para ese mismo fin de semana.

José Saramago nos aporta el final:

Al salir del recinto de la aduana de Pudahuel, nos encontramos con José Donoso en persona. Se ve bien, con una sonrisa de gato satisfecho, la barba blanca cuidadosamente recortada y con un viso levemente azul, producto de algún moderno enjuague. Lo rodean jóvenes de bluejeans y pelo largo y algunos personajes desconocidos, mujeres y hombres treintones. Hay también una muchacha de pelo rubio y ojos claros que con creces podría ser mi hija, que lo toma del brazo y que me recuerda algo, aunque no sé precisamente qué.

Donoso nos dice:

—¡Bienvenidos! Les presento a mi nuevo taller. Tienen talento, algunos más, otros menos, pero esta gente sí que sabe contar.

Domingo 16 de octubre de 1994

Éste es un diario relativamente honesto, por lo que debo retroceder hasta la mitad del cuento del miércoles recién pasado y, saltando sobre las volutas de la fantasía, retomar el curso real de los hechos.

Es verdad que Pepe estaba cansado, que subió un momento a su dormitorio y que Marco Antonio fue a acompañarlo. En mi relato lo dejé arriba. Lo cierto es que volvió relativamente rápido y se integró al grupo del comedor, participando en nuestros desvaríos. Los invitados extranjeros, Saramago incluido, se retiraron alrededor de las doce y nos quedamos en el salón, todos vivificados por la risa. ¡Fue una noche magnífica!, repetíamos excitados. Fue una noche magnífica, decía también Donoso.

Seguí riendo dos días seguidos y al tercero escribí la historia en el diario. Claro, me fui entusiasmando. Cuando la terminé, me dieron unas ganas incontenibles de mostrársela a Pepe, y como eran incontenibles envié una copia a la calle Galvarino Gallardo. Según supe esta mañana por María Pilar,

Pepe está furioso conmigo, herido hasta el fondo de su alma de amigo, maestro y escritor por el contenido de mi panfleto. Debería agradecer que le expresaran los sentimientos o resentimientos de frente. Siempre nos ha predicado la importancia del humor y ahora, cuando él es el objeto, no lo comprende. Lucho dice que yo estoy loca por haberle enviado la "separata" de mi diario y que se va a enojar por mucho tiempo. Francamente, no lo creo: confío en su inteligencia.

Martes 18 de octubre de 1994

El personaje abrumado que se desahogaba en un diario se convirtió por arte de magia en una escritora que estructura un futuro libro. Me siento feliz. No cambió el material sino la actitud. Estoy revisando lo que tengo y me ha dado bastante más trabajo de lo que creía, por varios motivos. El primero y más estúpido: casi los dos tercios del texto se habían borrado o enredado en los archivos del computador, debido a mi artesanal costumbre de trabajar con disco blando. Afortunadamente, siempre imprimo lo que he hecho al terminar el día, así que tenía por lo menos el borrador que mostré a Diamela y Vittorio, lleno de rayas y anotaciones marginales. Mi tarea actual consiste en gran parte en pasar trozos completos en limpio. Luego, y muy importante: he debido suprimir párrafos demasiado repetidos, relacionados con mis angustias literarias pasadas. (¿Pasadas? Sí, pasadas.) Además, decidí intercalar episodios registrados en cartas a Elena Castedo, Leticia Vigil o Constanza Gumucio —por suerte grabadas en la memoria del computador— que no estaban en el cuerpo del diario y que son bastante iluminadores para comprender este período. Y finalmente, la lógica corrección de faltas derivadas de la rapidez y espontaneidad de la escritura.

Abandono para siempre el bello y deshilvanado borrador de *Boca Ancha*. Ahí quedará, estéril, aunque sé que nada de lo que se escribe es inútil para el espíritu. La necesidad de vivir me empuja en otra dirección.

Me gusta ver a Lucho satisfecho con el cambio de trabajo. Lo que antes era sólo placer se ha transformado en su tarea diaria. Además de poder dedicar más tiempo al Instituto, está participando en dos consultorías diferentes sobre temas

geográficos, en una de las cuales ha debido navegar en lancha por el canal Moraleda y sus inmediaciones. Es lo suyo. Qué viraje. La maldición quedó atrás. Ahora es la bendición bíblica.

Pepe sigue enojadísimo conmigo. Estoy empezando a preocuparme.

Viernes 21 de octubre de 1994

La lectura del *Diario íntimo* de Virginia Woolf (Tomo I, 1915-1923) me revive algunas inquietudes. La principal: ¿cómo puede hacer todo lo que hace? El seguimiento de sus actividades cotidianas no literarias es para mí la pesquisa más fascinante e instructiva del libro. Virginia vive en dos lugares diferentes: uno es Hogarth House, en Richmond, y el otro es la casa de campo (primero la de Asheham y luego Monks House, en Rodmell), con todo el trabajo que significa aprovisionar y mantener dos moradas, sin contar el tiempo que se emplea en ir y venir. Trabaja en Hogarth Press, la imprenta que ha instalado con Leonard, componiendo, cortando y encuadernando hojas. Va con frecuencia al centro de Londres, asiste a conciertos, conferencias y exposiciones, toma té en el Club 17, viaja en bicicleta a visitar a amigos en sitios apartados, escribe reseñas como crítica literaria para el *Times*, el *Athenaeum* y otras revistas, pinta la casa, las barandas, las escaleras, recibe continuamente a comer a sus amigos y dedica mucho tiempo a largas conversaciones con ellos (cuya impresión general suele registrar), cocina pasteles (aunque en general tiene criadas) y escribe el diario con bastante regularidad. Sobre todo en los primeros dos tercios, apenas menciona el trabajo de la escritura de sus novelas, pero sé que en ese período escribió varias.

¿Qué es eso? ¿Vitalidad?

Me aplasta sólo pensarlo.

Es cierto que, guardando las diferencias de época y estilos de vida, hago cosas más o menos parecidas, aprovisiono la casa, veo amigos, asisto a algunas conferencias. Actualmente no hago crítica, pero preparo y doy el taller literario. No ando en bicicleta como antes de enfermarme, pero confío en que si sigo bajando de peso podré volver a hacerlo. Y también escribo el diario cada vez con más extensión y frecuencia.

Perfecto.

Ahora bien, ¿a qué hora, cuándo se desarrolla el trabajo de escribir novela? ¿En qué momento realiza Virginia Woolf su principal trabajo?

Mi respuesta es:

No necesita tiempo. No es un problema de tiempo. Es un problema de claridad y de fuerza. Por eso lo puede hacer en cualquier momento, sin siquiera mencionarlo. Por eso las demás actividades, las que nombra en su diario, no le quitan concentración ni energía. Su luz es potente y, en los momentos privilegiados de la escritura, encandila y borra la minucia de la realidad cotidiana. Es un asunto de claridad.

Pero también de vitalidad.

Al leer el *Diario íntimo*, estoy intercambiando experiencia con una mujer escritora, casi veinte años menor que yo, en esa época. No sé por qué siempre prescindo del dato de la edad. Como si mi larga búsqueda me hubiese fijado en una edad muy inferior a la que tengo. La juventud prolongada por los hijos pequeños y los libros tardíos terminó bruscamente con el cáncer, las operaciones, los tratamientos de radio, hormonoterapia y quimioterapia que no sólo me hicieron tomar conciencia de la vejez y de la muerte, sino que cambiaron bruscamente mi aspecto y la constitución íntima de mi organismo, convirtiéndome de un día para otro en una señora respetable.

Y olvido todo eso al leer a Virginia Woolf, identificada por la semejanza de la inquietud.

Ella, eso sí, no tuvo hijos.

Leí en los *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, del escritor dominicano Juan Bosch, una idea sobre la vitalidad literaria que me impresionó dolorosamente; tanto, que me ha costado meses mencionarla en el diario. Aunque se refiere fundamentalmente al cuento, la extiendo a la ficción en general: "...narradores de apreciables cualidades han perdido su don porque mientras tuvieron dentro de sí temas escribieron sin detenerse a estudiar la técnica y nunca la dominaron; cuando la veta interior se agotó, les faltó la capacidad para elaborar, con asuntos externos a su experiencia íntima, la delicada arquitectura de un relato. No adquirieron el oficio a tiempo y sin el oficio no podían construir".

Lo irremediable produce un dolor semejante a la muerte. Sí, eso es la muerte. Lo que ya no puede cambiar.

Lunes 24 de octubre de 1994

Cuando desperté de la siesta del sábado, Pepe me había dejado un recado. Lo llamé enseguida. Era para otorgarme su perdón episcopal, me explicó. Lo acepté y, por mi parte, le di mi absolución de abadesa, aunque nada hacía suponer que se sintiera en deuda conmigo. No comentamos el incidente. Me prometió venir al día siguiente, domingo, a leerme el segundo capítulo de sus memorias "conjeturales", que me gustó mucho, creo que más que el primero. Sin embargo, he descubierto que no me entusiasma que un escritor de la imaginación y genialidad de José Donoso navegue en las aguas del recuerdo testimonial. Siempre ha sido un poderoso transfigurador de la realidad, virtud que no cualquiera tiene.

Empecé a releer *Un artista del mundo flotante*, de Kazuo Ishiguro. Es una novela muy sutil en que literatura e historia se potencian mutuamente, con el trasfondo de la guerra chino-japonesa. La elegí como una de las obras de referencia en el resumen de mi ponencia para el seminario de Historia y Literatura al que me invitó la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, y creo que finalmente me limitaré a ella, ante la indignación de Jorgelina, que cree que debo hablar sobre mi propia experiencia de escribir *María Luisa*. También podría ser, pero la novela de Ishiguro me parece más prístina y pedagógica por su ausencia total de información documental.

Viernes 4 de noviembre de 1994

Vittorio me dice que le gusta mucho el tono del diario y que le recuerda *El oficio de vivir*, de Cesare Pavese. (No lo he leído.) Que ciertamente es muy personal y sincero, pero que la autora se centra claramente en determinados temas y que mantiene un núcleo de reserva en el cual no penetra ni permite penetrar. Le llama la atención que, habiendo tratado con tanta gente importante en los últimos años (¿tanta?, ¿de dónde lo saca?), sólo aparezcan nombradas ciertas personas. Como si hubiese querido borrar ese mundo y quedarme sólo con el de los afectos. No hay nada de eso, le digo. Es pura casualidad. O también una consecuencia de que en el periodo del diario —no olvides que empieza recién en 1992, simultáneamente con la quimioterapia— mi vida ha sido muy tranquila y

privada. Indudablemente, si lo hubiera iniciado en 1990, los personajes serían otros y algunos de los que tú piensas, Vittorio. Sí, conocí a muchos ministros y a Joan Manuel Serrat, a García Márquez, a Rafael Alberti, al rey Juan Carlos de España, a Rómulo Betancourt, a Víctor Flores Olea y a tantos otros como directora de Cultura, una instancia en que se ve a la gente por fuera. No supe nada de ellos ni ellos de mí. Nada que no me dijeran sus obras, aparte de que Alberti es simplemente encantador con sus noventa años.

Vittorio aplaude con entusiasmo al padre desertor y se preocupa por explicarme su opción por la vida a los diecinueve años, como justificando su decisión. Debo aclararle que siempre estuve orgullosa del gesto: lo que me pesó fue que de alguna manera él no hiciera por completo las paces con su historia.

No le gusta mi mitificación de la literatura de ficción ni cree que haya decapitado realmente a los dioses. No se convence demasiado. Yo sí.

Sugiere referirme a mis libros como ML y MPTD, para que sus nombres no pesen. No se me había ocurrido. Le haré caso al pasar en limpio.

Dice que, en mi lugar, se dejaría de melindres y publicaría el diario. Le cuento que estoy trabajando mucho en su reconstitución y que por eso estoy perdiendo el aire de esta primavera. Sólo escribir justifica perderla, agrego. Pero me quejo sin motivo. Esta noche comeremos con Vittorio, Josefina y los Vodanović en la terraza de Santos Dumont.

Miércoles 16 de noviembre de 1994

Leo *El Mercurio* de hoy. Mis plumas de pavo real se despliegan de orgullo por haber impulsado desde la Dirección de Cultura la creación de los fondos especiales. Se anuncian los premios del Fondo Nacional del Libro, una realidad en grandes letras de imprenta. Y entre las obras inéditas gana precisamente una novela sobre las salitreras: *La reina Isabel cantaba rancheras*, de Hernán Rivera Letelier.

Yo conocía el proyecto, aunque no el texto. Me llamaron la atención la fluidez y el entusiasmo de la propuesta: tenía la sonoridad de una canción.

Lo hizo, lo hizo, pensé mientras mis plumas de pavo real se retraían humildes y ordenadas. Escribió su novela sobre las salitreras, escribió la novela que yo no logré terminar. No

era verdad que sólo a mí me interesaba el momento del cierre y del desastre. O quizás sí. Porque aunque no la he leído todavía, intuyo que *La reina Isabel cantaba rancheras* es una novela poblada y gloriosa —muy distinta a la desolación contenida en el borrador de *Boca Ancha*—, una novela de la condición del hombre, del sudor y la rudeza, continuadora de las primeras escritas sobre el norte. En cambio, yo he pretendido apropiarme de las salitreras vacías y simbolizar con ellas una historia diferente a la historia real que las tiñe. ¿Puede hacerse eso? ¿Puede tomarse desnuda una realidad que ha sido revestida por la literatura y por la historia y que la literatura y la historia han completado y hecho crecer? Para utilizar un símbolo así constituido, habría que arrasar con lo anterior y eso sólo tiene sentido cuando se superpone una visión más fuerte. El conflicto individual —que es mi idea de novela— siempre será más débil que la gesta colectiva del desierto chileno. Me siento una ladrona, usurpadora de un mundo que ya tiene dueños.

Sábado 19 de noviembre de 1994

Lo que escribí ayer es absurdo. Nadie es dueño de nada, nadie PUEDE ser dueño de nada. Y TODO debería ser posible en literatura. Cualquier mirada original podría apropiarse de un paisaje o de otra realidad. Eso es libertad.

Sin querer hinqué el diente en un tema muy serio: la literatura condicionada por la historia literaria y cultural.

Se metió en el medio la ética literaria (¿ética?), que no relaciono con doctrina alguna, sino con la profundidad del pensamiento y la intuición.

Lunes 5 de diciembre de 1994

Han pasado cosas importantes. Pepe viajó a Barcelona el 20 de noviembre, con la intención de asistir después a un congreso en Madrid sobre su obra y de ahí seguir a Ginebra y Roma. Un periplo de un mes. Reconozco que estuve poco simpática con él y en la comida del viernes pasado le respondí una pesadez grande. No sé la causa. Afortunadamente, el sábado anterior a su partida fui a despedirme llevada por un temor, una fea intuición

respecto de su salud. Hablé poco, casi nada, con él, porque había otra gente. Sólo al irme le dije que no olvidara el pequeño *necessaire* de cuero que le regalé para los remedios y me respondió que ya lo tenía listo.

A la semana siguiente, estaba internado en el Hospital Clínico de Barcelona debido a una nueva hemorragia de várices esofágicas que le produjo un compromiso de conciencia. Está muy grave y corre serio peligro, me contó Diamela por teléfono. Recibí la noticia con tranquilidad, pero con el correr de las horas la inquietud y la desazón me ahogaban. La televisión informaba a cada rato sobre su estado. Sentí tristeza y miedo. La idea de la muerte de Pepe me producía un dolor profundo. Con sorpresa, me confesé a mí misma que prefería que quedara con alguna de las temidas secuelas del coma, a que se muriera de repente. La muerte es una intrusa. Prefiero la vida arrinconada en algún núcleo del cuerpo a la interrupción implacable de la muerte.

Pepe es inmorible, me dijo a los pocos días María Pilar, cuando la llamé por teléfono al hotel de Barcelona. Había superado también esta crisis. Cuando abrió los ojos pidió la novela *Corazón tan blanco*, de Javier Marías. A la semana siguiente seguirían viaje a Roma.

El miedo queda.

Esa misma semana asistí en la Feria del Libro al lanzamiento de *Los vigilantes*. Este último libro de Diamela tiene la fuerza y la profundidad poética de *Lumpérica* y *Por la patria*, con una estructuración narrativa excelente, muy superior a la de *El cuarto mundo* y *Vaca sagrada*.

Fue la única vez que pisé la Feria del Libro de este año. He hecho otras cosas, como trabajar en la ponencia sobre *Un artista del mundo flotante* y comer con amigos al aire libre, montándonos en un espiral de historias y de risas que se van potenciando recíprocamente y dejan abajo la tierra, arrinconada y chiquitita.

Estoy en otra, según expresión de mis hijos.

A ellos las primeras ferias del libro, ésas en el Parque Forestal, los deslumbraron en la infancia. Fueron de nuevo este año. No pueden dejar de hacerlo. Es un rito.

Sábado 31 de diciembre de 1994

Aquí termino el diario. No se refiere a sucesos importantes sino a un tiempo arbitrariamente elegido, aunque en verdad no puede hablarse de elección, sino de necesidad. 1992, 1993, 1994. Una mirada estrictamente temporal.

Trabajé en la reconstrucción del *Diario de una pasajera*, con la idea de leerlo de un tirón antes de fin de año. Redescubrí la piscina y nado casi todos los días. No pensé que volviera a hacerlo después de la crueldad de este invierno. En cada zambullida mis hijos festejan el agua, el verano, el calor y, en cierto modo, la vida.

Casi no he salido de mi casa y sus alrededores. Fui con la Mili Rodríguez a la Biblioteca Nacional al lanzamiento de la *Geografía poética de Magallanes*, con excelentes fotografías, en que aparecen seleccionados tres párrafos de *Mi pobre tercer deseo*, para agrado de su autora.

Pensé en mi mamá el día de Navidad, pero no lo dije en voz alta. Fui con Lucho, Luis Cristóbal y Sebastián a la cena de mi cuñada Yoli. La casa iluminada y yo menos huraña, sintiendo que al mundo se puede entrar por muchos de sus lados. La experiencia del cáncer trabajó contra la segregación.

Pepe me llamó varias veces seguidas apenas llegó. Quería entregarme con urgencia una billetera italiana de cuero de tres colores, tan fina o más que los regalos anteriores. Fui a buscarla y a saludarlo, pero no lo he vuelto a ver.

—No quiero alternar con gente —me dice por teléfono.

—¿Soy gente? —le pregunto.

—Todo el mundo es gente. Estoy mucho más sordo que antes. Me cuesta conversar. Sólo trabajar en la corrección de las pruebas de mi novela me consuela.

El aumento de la sordera fue el gran efecto de la última crisis de salud.

No le dije que el 27 era mi cumpleaños. Esta vez no me fugué de la casa ese día. A los que me llamaron —los más íntimos, los más queridos— los recibí a medida que llegaban en la mesa de la terraza con la tetera-samovar que permite tomar varias tazas de té sin levantarse de la silla, contagiados de intemporalidad. El jardín, en su época más exuberante, se apretaba en torno al grupo construyendo una cúpula de ramaje verde. María Elena me trajo camelias blancas de la planta de siempre y

Nico la novela *La reina Isabel cantaba rancheras*, de Hernán Rivera Letelier.

—Es sobre la vida en las salitreras —me dijo.

Eché de menos a Cecilia Salas, pero nuestra amistad es así, abstracta y suspendida en el vacío, sin ninguna circunstancia que la sujete: sólo la comprensión profunda.

Diamela me llamó, pero no pudo venir porque esa misma tarde sería la sesión final de su taller.

—¿Cómo va el diario? —me preguntó.

—Bien, muy bien. Lo he reconstituido entero. Creo que es un libro.

—¡Extraordinario!

—¿Qué es lo extraordinario?

—Haber hecho esto. Hiciste lo que no hizo la Bombal —afirmó.

—¿Sumergirse en la propia esterilidad, en la parálisis?

—Sí, así puede explicarse. Si ella hubiera enfrentado el problema, su bloqueo se hubiera convertido en producción literaria y se hubiese salvado.

—O por lo menos, se hubiese entreabierto una puerta por un tiempo. Nada es eterno.

Otros títulos publicados:

Cuentos de fútbol
Selección y prólogo de Jorge Valdano

Two much
Donald E. Westlake

El viaje prodigioso
Manuel Leguineche
María Antonia Velasco

Miedo a los cincuenta
Erica Jong

Un polaco en la corte
del Rey Juan Carlos
Manuel Vázquez Montalbán

Viernes de trabajo
y otros cuentos
Varios autores

Colores primarios
Anónimo

Este libro se terminó de imprimir
durante el mes de febrero de 1998,
en los talleres de Antártica Quebecor S. A.,
ubicados en Pajaritos 6920,
Santiago de Chile.

Otros títulos publicados:

Cuentos de fútbol
Selección y prólogo de Jorge Valdano

Two much
Donald E. Westlake

El viaje prodigioso
Manuel Leguineche
María Antonia Velasco

Miedo a los cincuenta
Erica Jong

Un polaco en la corte
del Rey Juan Carlos
Manuel Vázquez Montalbán

Viernes de trabajo
y otros cuentos
Varios autores

Colores primarios
Anónimo

Diario de una pasajera, de Ágata Gligo, es un intenso y conmovedor documento que, de manera múltiple, da cuenta de las delicadas tramas en que se tejen cuerpo, literatura y enfermedad.
Cuando ya la incertidumbre corporal se ha desencadenado, la escritura literaria aparece como un cuerpo alternativo, la única vitalidad posible para contrarrestar los devastadores efectos de un organismo que se ha vuelto en contra de sí mismo. De esa manera, la escritura se erige contra el tiempo, o bien como un tiempo suplementario y decisivo.
En este libro el siempre angustiante dilema entre cuerpo y escritura se despliega evidenciando una fisura, una escisión donde se encuentran y chocan cercanías y distancias.
La escritora chilena Ágata Gligo nos entrega en *Diario de una pasajera* —libro póstumo— un material literario de inestimable valor, un texto que sin duda va a servir como modelo para visualizar y comprender los avatares en que habita la mujer escritora, empujada simultáneamente al límite de su finitud y al impulso vital de ejercer su creatividad literaria.

Diamela Eltit

ISBN: 968-19-0263-7
9 789681 902636
EXTRA ALFAGUARA